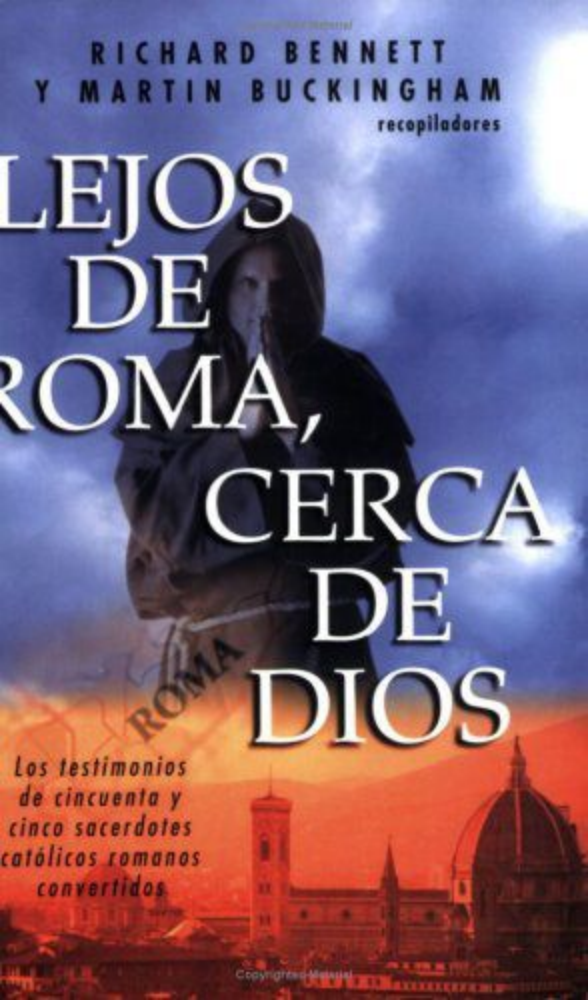


Copyrighted Material

RICHARD BENNETT  
Y MARTIN BUCKINGHAM  
recopiladores

# LEJOS DE ROMA, CERCA DE DIOS



*Los testimonios  
de cincuenta y  
cinco sacerdotes  
católicos romanos  
convertidos*

Copyrighted Material

## Sacerdote, pero desconocido para Dios

*Joseph Tremblay*

Dios puede salvar a cualquiera, en cualquier momento y en cualquier lugar. Donde quiera que se encuentra la persona, cualquiera sea su profesión, cualquiera sea su raza, Dios todavía puede salvar en nuestros días a quien se arrepiente de sus pecados y confía en Jesucristo para su salvación. Mi propia experiencia es un testimonio de ello.

Todo comenzó en 1964 en Chile, cuando era misionero de la congregación de los Padres Oblatos de María Inmaculada y terminó en Canadá en 1966. ¿Qué ocurrió entre esas dos fechas? La salvación de mi alma. Había querido entregarme al Señor. En realidad pensaba que ya lo había hecho por ser miembro de la religión en la que había nacido. Pero un día Dios me abrió los ojos, permitiéndome comprender mi pecado y su camino de salvación. Esto es lo que ocurrió.

Nací en Quebec, Canadá, en 1924. Desde la niñez mis padres me inculcaron un gran respeto a Dios. Yo deseaba intensamente servirle lo mejor que pudiera y consagrarme totalmente a él para poder agradecerle, según las palabras del apóstol Pablo: *"Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional"* (Romanos 12:1). Fue este deseo de agradecerle lo que me motivó a decidir tomar las Ordenes Sagradas de la Iglesia Católica Romana.

### **Misionero en Bolivia**

Luego de varios años de estudio fui ordenado sacerdote en Roma, Italia. Un año después me enviaron como misionero a Bolivia y Chile, donde serví durante más de trece años. Me gustaba esa vida mucho, y trataba de cumplir lo mejor posible mis responsabilidades. Disfrutaba la amistad de todos mis colegas, e incluso si me miraban con cierta ironía por mi pronunciado gusto por el estudio de la Biblia, sus invitaciones a compartir con ellos los resultados de mis estudios evidenciaba su aprobación. Cuando me llamaban "Joe la Biblia", yo sabía que a pesar de la expresión sarcástica, en realidad me envidiaban. Mis fieles también apreciaban el ministerio de la Palabra de Dios, tanto que organizaron un club para hacer estudios bíblicos en los hogares. Me sentía impulsado a entregarme al ferviente estudio de la Biblia, tanto para prepararme para las improvisadas reuniones caseras como para preparar mis sermones del domingo.

### **Estudios bíblicos serios**

El estudio de la Biblia, que hasta ese momento había sido solamente un pasatiempo, pronto se convirtió en una obligación profesional. Tomé conciencia de la claridad con que se enseñaban allí algunas verdades, y por otra parte, descubrí que no había nada en absoluto escrito sobre muchos dogmas que yo había estudiado. Mis estudios bíblicos me revelaron que yo no conocía la Biblia. Cuando llegó mi

período de vacaciones, les sugerí a mis superiores que quería hacer estudios más profundos de la Biblia. Mientras tanto, los jesuitas de Antofagasta me invitaron a enseñar Biblia en la Escuela Normal de la Universidad que ellos dirigían. No sé cómo supieron de mi interés en la Biblia. A pesar de mi falta de preparación, acepté la invitación, sabiendo que esta nueva responsabilidad requeriría estudios todavía más serios de la Palabra de Dios.

### **El Evangelio por la radio**

Consagré horas, días y noches a la preparación de mis clases, mis reuniones y mis sermones. Para mantener el ánimo durante mis lecturas y estudios, tenía la costumbre de escuchar música. Me habían regalado una pequeña radio a transistores en la que podía escuchar hermosa música de fondo sin tener que estar cambiando los discos. Fue así que un día me di cuenta de que lo que me estaba llegando por medio de la pequeña radio eran himnos y música religiosa. Escuchaba la palabra "Jesús" de tanto en tanto mientras leía la Biblia o los comentarios bíblicos. La atmósfera era muy propicia. Pero los himnos no siguieron mucho tiempo. Les siguió un breve lectura bíblica. El último versículo de la lectura me llamó la atención: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Corintios 5:21). El sermón que siguió se basaba en este versículo. Al comienzo me sentí tentado a cambiar el dial, porque me distraería mucho escuchar hablar mientras trataba de estudiar. Además, pensé interiormente: ¿qué más me puede enseñar este ministro, después de todo? A mí, con todas mis acreditaciones. Yo podría enseñarle a él. Después de dudar un momento, decidí escuchar lo que tenía para decir y, verdaderamente, aprendí algunas de las cosas más maravillosas en relación con la persona de Jesucristo. Incluso me llenó de vergüenza saber, sin lugar a dudas, que yo no hubiera podido hacerlo tan bien como la persona que había hablado. Me había parecido que era Jesús mismo quien me estaba hablando, que El estaba allí mismo frente a mí. Y qué poco lo conocía, a este Jesús, quien sin embargo era el objeto de mis pensamientos y de mis estudios. Sentí que estaba lejos de mí. Era la primera vez que se me había presentado un sentimiento así en relación a Jesucristo. Parecía muy extraño. Parecía como si todo mi ser no tuviera otra cosa que vacío, alrededor del cual había levantado una estructura de principios y dogmas teológicos, hermosa, bien construida, bien ilustrada, pero que no había tocado mi alma, que no había cambiado mi ser. Sentí un gran vacío dentro mío. Y a pesar del hecho de que continué estudiando y atracándome de lectura, oración y meditación, este vacío crecía con cada día que pasaba.

### **Conocí la salvación por gracia**

Seguí escuchando esa estación radial, en cada programa que podía. Me enteré de que la estación estaba en Quito. Era la HCJB. También supe que era una estación radial dedicada exclusivamente a la predicación del Evangelio a todo el mundo. A veces me sentía muy conmovido por todo lo que escuchaba y en esas ocasiones escribía directamente a la estación para agradecerles y pedirles información.

Lo que más me impresionó de todo lo que escuché fue la insistencia con que se hablaba de la salvación por gracia, de que todo el mérito de la salvación del hombre debía darse, no al que se salvaba sino al Señor Jesucristo, el único Salvador; que el hombre no tenía de qué jactarse, que sus obras no eran otra cosa que trapos sucios, que la vida eterna se podía recibir en el alma solamente como un don gratuito, que no era una recompensa a cambio de méritos logrados sino un regalo inmerecido de Dios a cualquiera que se arrepintiera de sus pecados y recibiera a Jesús en su corazón y en su vida como Salvador personal. Todo eso era nuevo para mí. Era contrario a la teología que se me había enseñado: que el cielo y la vida eterna se obtienen por los méritos propios, la rectitud, la caridad y los sacrificios. Y eso era por lo que yo había estado esforzándome tantos años. Pero, ¿cuál era el resultado de mis esfuerzos?

Al pensar en el asunto, me dije: No he ganado nada. Si cometo un pecado mortal, iré al infierno si muero en ese estado. Mi teología me había enseñado que la salvación es por obras y sacrificios. En la Biblia descubro una salvación gratuita. Mi teología no me da ninguna seguridad de la salvación; la Biblia me la ofrece. Me siento confundido. Tal vez debería dejar de escuchar esos programas evangélicos.

Mi batalla interior estaba tomando proporciones alarmantes. La sufría en el cuerpo y en el alma, con dolores de cabeza, insomnio, temor al infierno. No tenía ningún deseo de celebrar la misa ni escuchar confesiones. Mi alma tenía más necesidad de perdón y consuelo que todas las demás personas con las que estaba en contacto. Evitaba a todo el mundo.

Pero Dios siguió hablándome en la soledad de mi alma angustiada. Afloraban a mi mente muchas preguntas. La Palabra de Dios vino en mi rescate, untando un bálsamo refrescante sobre mis emociones afiebradas. *"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna"* (Juan 3:16). *"Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús"* (Romanos 3:23-24). *"Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro"* (Romanos 6:23). Muchos otros versículos vinieron a mi mente, versículos que conocía porque los había oído con frecuencia por la radio de la estación HCJB.

### **Mi iglesia Madre**

Comencé a pensar que debía hablar con mi superior. Un hombre muy sabio y verdadero padre para todos, ya había notado mi actitud. Comentó que yo había cambiado, que algo andaba mal. Le expliqué por qué había cambiado. Me dejó hablar. Al terminar mi confesión le dije: "No solamente me gustaría leer y estudiar la Biblia, sino también tratar de adaptar mi vida a lo que ella dice, vivir de acuerdo a lo que está escrito en ella sin imposiciones de hombres". Su respuesta fue muy vaga. No quería ofenderme. Me aconsejó seguir leyendo la Biblia, pero me recordó que debía mantener mi fidelidad a las enseñanzas de nuestra "madre, la santa iglesia", a quien debemos someternos incluso en lo que no entendemos. Escuché a mi superior con todo el respeto que le debía. El mismo no estaba seguro de su salvación. Pero en

mi corazón yo había perdido la confianza en mi iglesia porque no enseñaba sobre la seguridad de la salvación. Ya se había producido una fisura en mi corazón, que crecería y rompería todo, y más rápido de lo que yo mismo esperaba.

La luz brilló en mi corazón en el momento que menos lo esperaba. Me tocaba predicar en mi parroquia. Para ese domingo había elegido como tema la "Hipocresía religiosa", basándome en el pasaje de la Biblia que dice: *"No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: No os conocí, apartaos de mí, hacedores de maldad"* (Mateo 7:21-23).

### **El Espíritu Santo obra**

Yo conocía a mis fieles. Quería llevar su atención a la vanagloria que manifestaban ciertas personas en relación a sus buenas obras, olvidando que sus buenas obras con frecuencia ocultaban un corazón corrupto. Mientras daba mi mensaje, estaba consciente de que la Palabra de Dios se volvía hacia mí, como una pelota de ping-pong que rebota y golpea al jugador en la cara. Es curioso ver cómo el espíritu humano, en pocos segundos, puede construir un marco de pensamiento completo, que quizá llevaría horas poner en palabras. Fue así que, mientras yo daba mi mensaje, algún otro estaba hablando a mi corazón y predicando un sermón precisamente adaptado a mi necesidad personal. Yo pensaba que, por ser religioso y sacerdote, era mejor que todos los que me estaban escuchando. Y sin embargo, esas palabras también golpearían mis oídos algún día: *"Nunca os conocí, apartaos de mí"*.

Escuché mis propios argumentos frente a esa amenaza y condena: ¿Cómo es posible, mi Dios, que no me conozcas? ¿Acaso no soy tu sacerdote? ¿No soy un religioso? Mira todos los sacrificios que he hecho por ti: los años de estudio, la separación de mi familia y mi país, mis votos de pobreza, obediencia y castidad, consagrándote todas mis riquezas, mi voluntad, incluso mi cuerpo, para servirte mejor? ¿Y me dices que no me conoces? Piensa en todos los sufrimientos que he padecido durante mi vida misionera: no siempre he comido lo suficiente, he llorado con los que lloraban, he bautizado cientos de niños, he escuchado toda clase de confesiones, he consolado tantas almas desesperadas y angustiadas, he pasado frío, soledad, desprecio, ingratitud, amenazas, incluso estoy dispuesto a dar mi vida por ti.

A pesar de todos los argumentos que presentaba a Dios, la misma condenación seguía resonando en mis oídos: *"Nunca os conocí . . . "* Había llegado al final de mis argumentos, al final de mis fuerzas. Sentí que me vendría abajo y comenzaría a llorar allí mismo frente a los fieles, que también percibían la tormenta que se avecinaba. Me era imposible soportar la desilusión que sentí al ser confrontado con esa terrible frustración de los propósitos de toda mi vida, frente a mis pecados y a la condenación de Dios. Me refugié en mi oficina.

Allí, de rodillas, esperé hasta que volviera la calma. ¿A dónde iría ahora? Tal vez mi teología me salvaría, si volviera a ella y siguiera fielmente sus dogmas y preceptos. Pero esa teología a la que estaba pensando adherirme otra vez ya había comenzado a experimentar el desorden, el cambio, la destrucción. Mis pensamientos se volvieron hacia mis amigos. Pero ellos estaban en la misma situación que yo: la incertidumbre. ¿Confiar en mí mismo? Ya no podía contar con mis buenas obras. Mirándome, me sentía una ruina total. No podía hacer nada, estaba en un estado de completo agotamiento, deprimido y desilusionado. Este fue el momento en que Dios me dio Su gracia. "La necesidad del hombre es la oportunidad de Dios".

### **Después de la convicción de pecado –la respuesta**

Durante todas mis reflexiones, Dios estaba preparando su Palabra de salvación: *"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe"* (Efesios 2:8-9). Fue aquí donde entendí mi error y el motivo del rechazo de Dios. Había estado tratando de salvarme por mis obras; Dios quería salvarme por gracia. Alguien ya se había ocupado de mis pecados y del juicio que merecían. Ese alguien era Cristo Jesús. Fue por eso que murió en la cruz. Fue por los pecados de otro que murió, porque él mismo nunca pecó. ¿Por los pecados de quién entonces murió? ¿Sería por los míos? Sí, por los míos. Recordé las palabras de Jesús: *"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar"* (Mateo 11:28). Entendí que debía ir a Jesús si quería tener la seguridad de la salvación y paz en el alma. Tuve la intención de preguntarle: "Pero, ¿dónde estás Jesús, para que pueda asirme de Ti?" Pero antes de que este grito de impaciencia brotara de mi corazón recordé otras palabras que había oído: *"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo"* (Apocalipsis 3:20).

Ahora sabía dónde estaba Jesús. Estaba más cerca de lo que creía. Me apresuré a invitarlo a entrar a mi corazón, sin esperar a pedir permiso a ningún hombre: "Entra, Señor Jesús; entra en mi corazón. Sé su guía, su líder, oh querido Salvador". En ese momento supe que estaba librado del castigo que me había amenazado durante tanto tiempo. Estaba salvado, perdonado. Tenía vida eterna. Dios había iniciado su obra en mí. Ahora comprendía las palabras que había oído con frecuencia, y se hicieron reales para mí: *"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él"* (2 Corintios 5:21). "Más él herido fue por nuestra rebeliones; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:5).

### **Mi lucha por seguir**

¿Qué ocurrió después de eso? Al comienzo seguí con mi servicio sacerdotal lo mejor que pude. Pero poco a poco comencé a sentirme como un extraño en esa posición. Comprendí que la gracia que me había salvado, que me había convertido en hijo de Dios, entraría en conflicto con las "obras" de la posición en que estaba tratando de vivir. Estaba contento de tener la seguridad de mi salvación. Pero me sentía atado en una posición en la que se me esforzaba a hacer buenas obras para

merecer la salvación. Tenía la salvación, así que comencé a dejar de lado una a una todas esas obras. El orden y la presentación de mis predicaciones cambiaron. Todo lo que me interesaba era Jesús: quién era y lo que había hecho. Abandoné los temas preparados de antemano por la organización litúrgica de mi diócesis, para dedicar todos mis esfuerzos a la Persona y la Obra de mi amado Salvador, presentándolo así a mis sorprendidos fieles, que se sentían a veces confundidos pero con frecuencia edificadas. Pedí ser librado de mis funciones como sacerdote parroquial, ya que no podía seguir predicando lo que entraba en contradicción con la Palabra de Dios. Mis superiores aceptaron mi renuncia, aunque no podían entender por qué quería irme. En verdad me habían tratado muy bien, haciéndome muchas concesiones; por lo que a ellos les constaba, no me faltaba nada. Eso era verdad, en lo referente a comida, ropa, techo, etc. Pero ahora tenía la seguridad de mi salvación. Ahora Cristo era mi Señor. Ya no necesitaba hacer nada para ganar mi salvación; otro la había ganado por mí. El mismo continuaría la obra iniciada, porque nunca hace su obra a medias.

### **La visita de cristianos**

Volví a Quebec, Canadá, en 1965, para un período de descanso. Poco después, me visitaron cristianos evangélicos. ¿Cómo sabían de mi interés por la Palabra de Dios? Fueron francos conmigo: el personal de la estación radial HCJB les había dado mi nombre. Sin embargo, aunque encontré muy edificante su conversación, no me abrí completamente a ellos. No quería caer en otro sistema teológico, por haber estado reprimido durante años por el sistema en el que había nacido y en el que había crecido y vivido durante alrededor de cuarenta años. Sin embargo oré al Señor para que me ayudara a encontrar hermanos y hermanas con quienes pudiera unirme, para no sentirme tan solo. Conocía la experiencia de los primeros cristianos, por los relatos de los Hechos: "*Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones*" (Hechos 2:42). ¿Sería posible que los cristianos todavía se reunieran en nuestros días para recordar al Señor, esperando su regreso? Dios, que había provisto para la salvación de mi alma, proveería una vez más para revelarme la existencia de sus hijos.

### **Nueva tarea**

Mis superiores en Montreal me llamaron para invitarme a reemplazar a un profesor de teología en un Instituto en Rouyn. Dudé en aceptar el cargo, principalmente porque nunca me había gustado la región de Abitibi, de la que Rouyn es la ciudad principal. De todos modos acepté, ya que sería solamente por unos meses. La asignatura que debía enseñar era "La Iglesia". Me dieron acceso a todos los libros que fueran necesarios para la preparación de mis clases.

Comencé a prepararlas usando solamente la Biblia. Expliqué a los estudiantes lo que era la iglesia, de acuerdo a la Biblia. Admito que yo mismo tenía dificultad en entender lo que estaba enseñando. Era un contraste tan grande con la iglesia jerárquica en la que todavía me encontraba. Disfruté mucho el estudio de ese tema. Usaba un pequeño grabador para ilustrar las lecciones, les hacía escuchar a los

estudiantes algunas entrevistas que había hecho al público en general en diferentes lugares de la ciudad.

Un día supe por un periódico que habría un programa de televisión cuyo tema sería "La Iglesia". Grabé el programa para utilizarlo en mis clases y descubrí que el tema había sido tratado desde el punto de vista de lo que enseñaba la Biblia. Me impresionó tanto la similitud entre la presentación de esta persona desconocida, quien supe después que era un cristiano evangélico, y la mía, que envié una nota de agradecimiento al predicador, invitándolo a venir a visitarme si le resultaba posible. Vino, y reconocí en él a alguien que conocía al Señor. Después de varias visitas, me invitó a su hogar para pasar un domingo con su familia. En esa visita asistí por primera vez a un servicio en "Memoria del Señor".

### **Dios contesta mis oraciones**

Reconocí en ese servicio al que estaba descrito en 1 Corintios 11 y comprendí que Dios había contestado mi oración, al guiarme a los hermanos y hermanas en el Señor, y al mostrarme que los cristianos en nuestros días efectivamente se reúnen como iglesia local para recordar al Señor mientras esperan su regreso. *"Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga"* (1 Corintios 11:26).

Poco después, escribí a mis superiores en Montreal, anunciándoles la noticia de que había hallado una familia, y pidiéndoles que me consiguieran una dispensa de todos los votos que había hecho a la Iglesia Católica Romana, porque ya no me consideraba miembro de ella. Mi vida ahora pertenecía al Señor y la dirección que tomara estaba bajo su control.

### **Nueva vida en el Señor**

Fue así como el Señor me liberó, no solamente de mis pecados, no solamente de Su condenación, sino también de todo sistema humano que reprime y significa una carga pesada. *"Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte"* (Romanos 8:1-2)

Joseph Tremblay habla con fluidez el idioma francés, el español y el inglés. Hace obra de evangelización en diferentes países. En 1995 fue a Irlanda para presentar el evangelio y dar su testimonio, y para explicar el contraste entre el cristianismo bíblico y el catolicismo romano.

Traducido por Dante Rosso



## **Esta es mi historia**

*Henry Gregory Adams*

Qué gran alivio y paz celestial vino a mi alma cuando Cristo me halló, siendo un pecador perdido. Esta es mi historia:

### **Salvación por medio del monasterio**

Nací de padres católicos romanos en Wolseley, Saskatchewan, Canadá y fui criado estrictamente en la fe Católica Romana. Desde mi temprana juventud intentaba ser bueno, pero caía cada vez más en pecado. Con el resto de la multitud, me encaminaba a la perdición. Se me dijo que convirtiéndome en monje y sacerdote, podría evitar el pecado y tener mayor seguridad de mi salvación. Como buscaba sinceramente la salvación, entré a la Orden de Monjes Bacillines, recibí la sotana negra y adopté el nombre monástico de "San Hilario el Grande" e hice mis votos. Como estudiante monje me llamaban "Hermano Hilario" y después de mi ordenación "Padre Hilario".

### **Me auto castigo**

Estaba ansioso por servir al Señor Jesucristo. Pensaba que estaba haciendo precisamente eso al llevar una vida monástica. Realizaba todos mis deberes monásticos hasta el mínimo detalle. Me castigaba todos los miércoles y viernes por la tarde hasta que a veces me hacía sangrar la espalda; a veces besaba el piso en penitencia; con frecuencia tomaba mi pobre almuerzo de rodillas en el piso, o me privaba completamente de alimentos. Hice muchas clases de penitencias, porque realmente buscaba la salvación. Se me había enseñado que finalmente podría llegar a merecer el cielo. No sabía que la Palabra de Dios dice: *"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe: y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe"* (Efesios 2:8 y 9).

### **Sacerdote al fin**

Después de años de estudio y trabajo manual en el monasterio, fui ordenado sacerdote. Serví en cinco parroquias en la región de Lamont, Alberta, daba misa todos los días, escuchaba las confesiones, recitaba el rosario a María, hacía devoción a muchos santos, recitaba el breviario de oraciones cada día, y como monje, realizaba mis penitencias con más fervor que nunca. Pero nada de eso satisfacía mi alma cansada. Mi alma se encaminaba a un desasosiego más profundo que cuando era un muchacho, pero Cristo fue fiel en su cuidado de mí.

### **El Libro de Dios y mi iglesia**

Entre los estudios para el sacerdocio, teníamos tres libros de texto sobre la Biblia, pero no la Biblia misma. Después de ser ordenado sacerdote, me familiaricé con la versión católica de la Biblia y en ella encontré versículos asombrosos que contradecían mis propias creencias y prácticas. El Libro de Dios decía una cosa, mi

iglesia otra. ¿Quién tenía razón? ¿La iglesia romana o Dios? Finalmente creí en la Palabra de Dios.

La vida monástica y los sacramentos prescritos por la Iglesia Católica Romana no me ayudaron a llegar a conocer personalmente a Cristo y a encontrar la salvación. Después de doce largos años y medio escapé del monasterio, como un pecador perdido, sin paz en mi alma. En mí persistía la vieja naturaleza del "viejo hombre". Necesitaba una nueva naturaleza, un nuevo corazón. ". . . *la verdad que está en Jesús. . . . del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos; y renováos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*" (Efesios 4:21-24). Eso solo puede ocurrir naciendo de nuevo del Espíritu de Dios por la sola fe en Jesucristo, y no por la monótona repetición de oraciones, penitencias, sacrificios y buenas obras. "*El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*" (Juan 3:3). "*Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa*" (Hechos 16:31).

### **Confío sólo en Cristo**

Comprendí que los sacramentos hechos por los hombres de mi iglesia y mis buenas obras eran inútiles para la salvación. Sólo conducían a una falsa seguridad. Poco después, creí que Jesús murió por mí porque yo mismo no podía salvar mi alma y confié solamente en él para mi salvación. Cuando me arrepentí de mis pecados y lo recibí en mi corazón, creyendo que en la cruz él había pagado toda la culpa por mi condena, supe que mis pecados no solamente estaban perdonados sino también olvidados y que yo estaba justificado delante de Dios. "*Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios*" (Romanos 3:23). "*Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*" (Romanos 6:23). La sangre de Cristo me limpió de todos mis pecados. "*La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*" (1Juan 1:7). Y ahora tengo la paz de Dios. "*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*" (Romanos 5:1).

### **Mis palabras para usted**

Amigo, si usted también está tratando de alcanzar el cielo por su cuenta, quisiera insistirle en que "*No por obras, para que nadie se gloríe*". El cielo es infinito y jamás se lo puede ganar; nosotros somos finitos y pecadores. Sólo Cristo es el camino y la respuesta. "*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo*" (1Timoteo 2:5-6). Venga a él tal como es, admitiendo sus pecados. Pídale perdón y acéptelo como su Salvador y Señor. Comience a descansar en él para su bienestar eterno porque él compró la salvación para usted. El lo llama ahora: "*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*" (Mateo 11:28).

Entonces usted también podrá gozarse conmigo en su nuevo Amigo y Salvador: El Cristo viviente.

Traducido por Dante Rosso

## **Peregrinaje desde Roma**

*Bartholomew F. Brewer*

Millones, tal vez la mayoría de los católicos romanos son católicos de nombre, por cultura, o por inercia. Sin embargo mi familia era católica romana por convicción. Entendíamos y practicábamos las técnicas de nuestra religión. Pensábamos que nuestra iglesia era la "única iglesia verdadera" fundada por Jesucristo. Por eso, aceptábamos sin cuestionamiento todo lo que nos enseñaban nuestros sacerdotes. En aquellos días antes del Vaticano II, la idea común era que "fuera de la Iglesia Católica Romana no hay salvación". Esto nos producía una sensación de seguridad, de estar en lo correcto. Estábamos a salvo de alguna manera en los brazos de la "Santa Madre Iglesia".

Desde el día en que murió mi padre (yo tenía casi 10 años) mi madre asistió diariamente a misa, sin faltar ni un solo día durante más de 24 años. Nuestra familia recitaba fielmente el rosario cada noche. Se nos estimulaba a hacer visitas regulares al "bendito sacramento".

Además de la enseñanza en el hogar, toda nuestra educación escolar fue católica romana. El monseñor Hubert Cartwright y otros sacerdotes de la parroquia de nuestro hogar, la Catedral de los Santos Pedro y Pablo en Filadelfia, Pennsylvania, solían decir que mi familia era más católica que Roma misma.

No es de sorprender que a medida que yo llegaba a la edad de la enseñanza media, me sintiera llamado a prepararme para el sacerdocio católico romano. Más que el sacerdocio secular, que sirve en las parroquias, elegí solicitar el ingreso a los Carmelitas Descalzos, una de las órdenes católicas más estrictas y antiguas.

### **Motivado por amor**

Desde el primer día en Holy Hill, Wisconsin, amé la vida religiosa, y ese amor fue la motivación que necesitaba para llevar adelante el latín y otras asignaturas que encontré muy difíciles. La dedicación y el sacrificio de los sacerdotes que dictaban las clases era un continuo recordatorio del valor de hacer cualquier sacrificio para lograr la meta de la ordenación.

La preparación que recibí en cuatro años de seminario, dos años del noviciado, tres años de filosofía y cuatro de teología (el último después de la ordenación) fue completa. Era sincero cuando practicaba las mortificaciones y otras disciplinas y nunca dudé de mi llamado ni de nada de lo que me enseñaban. El tomar los votos de pobreza, castidad y obediencia representaba para mí toda una vida de dedicación a Dios. Para mí, la voz de la iglesia era la voz de Dios.

### **Otro Cristo**

Mi ordenación como sacerdote católico romano fue en el Santuario de la Inmaculada Concepción de María en Washington, DC, la séptima iglesia en tamaño

actualmente en todo el mundo. Cuando "Su excelencia, el Reverendísimo Obispo" Juan M. McNamara puso sus manos sobre mi cabeza y repitió las palabras del Salmo 110:4 "Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec" me sentí embargado por la idea de que ahora yo era un mediador entre Dios y los hombres. La unción y el ceñimiento de mis manos con ropas especiales significaba que ahora estaban consagradas para cambiar el pan y el vino en la verdadera (literalmente) carne y sangre de Jesucristo, para perpetuar el sacrificio del Calvario por medio de la misa, y para dispensar la gracia salvadora por medio de los otros sacramentos católico romanos como el bautismo, la confesión, la confirmación, el matrimonio y ritos finales. En la ordenación de un sacerdote católico se le dice que reciba la marca "indeleble": que experimente un cambio permanente de su personalidad por la de Cristo, que debe realizar sus obligaciones sacerdotales como si fuera "otro Cristo" (alter Christus) o en lugar de Cristo. Efectivamente la gente se arrodilló y besó nuestras recién consagradas manos, tan sincera era su creencia.

Después de terminar el último año de teología, que era principalmente una preparación final para predicar y escuchar las confesiones (que implicaba dar la absolución o perdón por el pecado) se me otorgó el deseo largo tiempo expresado de ser sacerdote misionero en Las Filipinas.

### **Nueva libertad en la vida misionera**

El cambio de una vida monástica regimentada a la sencillez y libertad de la vida misionera significó un desafío para el que no estaba preparado. Me gustaba viajar a algunos de los ochenta o más barrios asignados a nuestra parroquia y también me encantaba enseñar mi clase de religión en el colegio Carmelita de nuestra pequeña ciudad. Hasta ese momento, mi vida había transcurrido casi exclusivamente entre hombres. Disfrutaba mirando a las muchachas cuando sonreían y coqueteaban con los muchachos. Sin embargo, después de un tiempo, mi atención se centró en una de las estudiantes más destacadas, que cautivaba totalmente mi interés. Esta jovencita era madura para su edad por las responsabilidades que habían recaído en ella después de la muerte de su madre. Era encantadora y respondía tímidamente cuando pasábamos algunos momentos conversando solos después de clase. Esta era una aventura nueva, y pronto interpreté como amor nuestro recién descubierto afecto.

No es de sorprender que el obispo se enterara pronto de esto, aunque estaba a millas de distancia, y rápidamente me hizo volver a los Estados Unidos antes de que pudiera desarrollarse una relación seria. La sensación incómoda de esta medida disciplinaria fue difícil para ambos, pero la vida siempre sigue adelante.

Después de la aventura y la libertad de Las Filipinas, ya no tenía motivación alguna para volver a la vida monástica, de manera que el Padre Provincial me otorgó el permiso para trabajar en una parroquia de los Carmelitas Descalzos en Arizona. Disfruté mis responsabilidades en esa parroquia, pero mi siguiente tarea no fue tan satisfactoria. Pronto recibí de Roma una dispensación para dejar la orden Carmelita y servir como sacerdote secular (diocesano). Mientras servía en una parroquia grande

en San Diego, California, pedí, y se me otorgó, permiso para entrar en la Armada Naval de los Estados Unidos como capellán católico romano. Allí las nuevas tareas, la jerarquía y los viajes sirvieron de escape para lo que gradualmente se había convertido en una estéril vida parroquial de ritualismo y sacramentalismo.

Mi vida espiritual se amplió rápidamente y me mezclé con capellanes no católicos. Por primera vez, estaba viviendo fuera de mi cultura católica romana. En esa atmósfera ecuménica, gradualmente fui neutralizado. Luego, cuando el Vaticano II abrió las ventanas de la tradición rígida para dejar entrar aire fresco, tomé un profundo y grato respiro renovador. Había entrado el cambio. Algunos querían que fuera radical, otros querían solamente un poco de modernización.

### **Cuestionamiento a la autoridad de Roma**

Para muchos, la fe católica romana no estaba dando respuestas a los problemas comunes de los días que corrían. Muchos se sentían alienados e incomprendidos. Eso era especialmente cierto entre sacerdotes. Con todo el cambio, el sacerdocio estaba perdiendo su atractivo. Ya no se consideraba la educación sacerdotal superior a la del feligrés. Ya no estaba el sacerdote más ilustrado que la mayoría de la gente. Experimentar una crisis de identidad era más común entre los sacerdotes de lo que cualquiera estaba dispuesto a reconocer, incluso entre los capellanes.

Al comienzo me escandalizó descubrir que algunos de los capellanes católicos estaban teniendo citas. Escuchaba con interés cuando algunos discutían abiertamente la naturaleza impráctica del celibato obligatorio. Pronto encontré coraje yo mismo para cuestionar a las autoridades de nuestra iglesia que persistían en mantener esas tradiciones, especialmente cuando la ley del celibato era la fuente de tantos problemas de inmoralidad entre los sacerdotes. Por primera vez en mi vida, dudé de la autoridad de mi religión, no por orgullo intelectual, sino como asunto de conciencia.

Como estudiantes para el sacerdocio se nos había informado mucho sobre la antigua tradición que somete al sacerdote católico romano al celibato. Sabíamos muy bien que a los pocos que el Vaticano les otorga permiso para casarse probablemente nunca volvían a officiar de sacerdotes. Pero los tiempos estaban cambiando. Preguntas nunca antes expresadas estaban siendo presentadas ante el Concilio Vaticano en Roma. Muchos pensaban que los sacerdotes que tenían esposas podían, como los protestantes, encarar con mayor sensibilidad y comprensión los problemas matrimoniales y familiares. En cualquier lugar donde se reunían sacerdotes eran comunes las discusiones sobre esos asuntos, incluso cuando visitaban el departamento que mi madre y yo compartíamos fuera de la base.

Mamá no tenía inconvenientes en participar de esas discusiones. Era una persona inteligente y bien informada, y yo valoraba mucho sus opiniones. Recuerdo lo espantada que estaba porque se estaba enseñando la Teoría de la Evolución en los colegios católicos y porque Roma había establecido contacto con los comunistas. Durante mucho tiempo había estado perturbada por algunos conflictos que observaba entre los principios que se enseñaban en las Escrituras y la falta de

principios entre muchos de los líderes religiosos de nuestra iglesia. Años antes el monseñor Cartwright la había tranquilizado recordándole que aunque había muchos problemas en la iglesia, Jesús prometía que "...las puertas de Hades no prevalecerán contra ella". Mamá siempre expresó un enorme respeto por la Biblia. Aunque la había leído fielmente durante años, ahora se estaba convirtiendo en una ávida estudiosa de las Escrituras. A medida que yo observaba una tendencia liberal entre mis colegas, mamá se estaba inclinando en otra dirección. Eso era un misterio para mí. Mientras otros discutían sobre el relajamiento y la liberación de las reglas y ritos tradicionales, mamá expresaba el deseo de ver un énfasis más bíblico en la iglesia, más atención hacia los aspectos espirituales de la vida y más énfasis en Jesús, incluso en una relación más personal con él.

### **Cuestionamiento a las creencias de Roma**

Al comienzo no lo comprendí, pero gradualmente observé un maravilloso cambio en mamá. Su influencia me ayudó a descubrir la importancia de la Biblia en determinar lo que creemos. Con frecuencia discutíamos temas como la primacía de Pedro, la infalibilidad papal, el sacerdocio, el bautismo de niños, la confesión, la misa, el purgatorio, la inmaculada concepción de María, y la entrada corporal de María en el cielo. Con el tiempo comprendí que no solamente estas creencias no están en la Biblia, sino que en realidad son contrarias a las claras enseñanzas de las Escrituras. Finalmente se rompió la barrera contra las convicciones personales. Ya no tenía dudas en mi mente respecto a la visión bíblica de esos asuntos pero, ¿qué efecto podría tener todo eso en la vida de un sacerdote?

Yo creía sinceramente que Dios me había llamado a servirle. Me enfrentaba a un problema ético. ¿Qué debía hacer? Sí, había sacerdotes que no creían en todos los dogmas de Roma. Sí, había sacerdotes que tenían esposas y familias en secreto. Sí, podía seguir siendo un capellán católico y continuar sirviendo sin expresar mis desacuerdos. Podía seguir recibiendo el salario y los privilegios de mi jerarquía militar. Podía seguir recibiendo la asignación y otros beneficios por mi madre. Había muchos motivos para quedarme, tanto profesionales como materiales, pero hacerlo hubiera sido hipócrita y antiético. Desde mi juventud había sido entrenado para hacer lo justo, y eso fue lo que elegí hacer.

### **Rotura de los lazos con el catolicismo**

Aunque hacía poco tiempo que mi obispo me había otorgado la aprobación para seguir veinte años en la Armada, renuncié sólo después de cuatro. Mi madre y yo sencilla y silenciosamente nos mudamos cerca de mi hermano Paul, y su esposa, en la región de la Bahía San Francisco. Poco antes de mudarnos, mi madre cortó sus lazos con el catolicismo romano bautizándose en la iglesia Adventista del Séptimo Día. Yo sabía que ella venía estudiando la Biblia con uno de sus obreros, pero no me contó de su bautismo hasta que yo decidí dejar el sacerdocio.

La decisión de dejarlo no fue nada fácil. La afirmación de Roma de que no hay motivos objetivos para dejar "la única iglesia verdadera" era algo para considerar

cuidadosamente. Los católicos tradicionalistas me calificarían de “sacerdote Judas”, digno de ser condenado, excomulgado y evitado. Sí, había muchas dificultades implicadas en dejar la seguridad del redil católico romano, pero he descubierto que Jesús nunca falla.

### **La autoridad de la Biblia**

Después de sacudir el polvo católico romano de mis zapatos, enfrenté un asunto tremendo: ¿dónde se encontraba la autoridad definitiva? Por medio de un proceso de eliminación, gradualmente llegué a la conclusión de que la Biblia es la única autoridad que no puede ser sacudida. Muchos sistemas, incluyendo el católico romano, han intentado sin éxito minar su suficiencia, su eficiencia, su perfección, incluso su autoría por santos hombres de Dios movidos por el Espíritu Santo. *“Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron inspirados por el Espíritu Santo”* (2 Pedro 1:21). Feliz el día cuando todos los que pronuncien el nombre de Jesucristo comprendan que la Biblia es la única fuente de autoridad que no cambia. Es la autoridad final por su completa identificación con su autor inmutable. Dios se ha comunicado claramente. Es trágico que el romanismo y la mayoría del protestantismo tradicional, así como muchos pentecostales y otros grupos, rechacen la suficiencia de la Biblia. Prefieren confiar en tradiciones, visiones, apariciones o profecías cuestionables. Estas fuentes no solamente son inconsecuentes en cuanto a venir “de Dios”, sino que pueden contradecir las claras enseñanzas bíblicas.

Tal vez la razón por la que muchos consideran la Biblia como insuficiente es que no la han estudiado a fondo. Mis apuntes de los trece años de enseñanza formal en la orden de los Carmelitas Descalzos muestran que solamente tuve doce horas semestrales de Biblia. Esto ya es una evidencia de que las Escrituras no son la base de la enseñanza católica romana.

### **Decisión prematura de ingresar a una iglesia**

Después de dejar el catolicismo romano yo quería estudiar la Biblia. Era una persona “orientada hacia la iglesia”, de modo que no me oponía a ingresar en alguna otra denominación. Después de investigar algunas de las iglesias protestantes, concluí con tristeza que en su locura ecuménica estaban unidas contra Roma a expensas de la verdad bíblica. Ver la gran diversidad de las iglesias puede ser desalentador y hasta peligroso para un ex católico en búsqueda de la verdad.

Sin embargo, el conocer los amigos adventistas de mi madre era un placer. Tenían entusiasmo por su fe, y su amor por las Escrituras hacía eco en mi deseo de estudiar la Biblia. Esto produjo una decisión un tanto prematura de formar parte de la denominación Adventista del Séptimo Día. El pastor que me bautizó hizo los arreglos para que la Southern California Conference me enviara al seminario de la Andrews University por un año.

Mientras hacía los planes para el año de estudios, conocí a Ruth. Yo había estado alrededor de un año esperando y orando para encontrar una esposa. Desde la

primera vez que Ruth visitó nuestra iglesia, supe que sería la compañera de mi vida. Nos casamos poco después de partir para el seminario. Ella se había convertido al adventismo y como todo el mundo, suponía que si yo quería entrar al seminario era un cristiano.

### **Nacido del Espíritu**

Observando que yo nunca decía nada acerca de haber “nacido de nuevo”, un día mi esposa me preguntó: “Bart, ¿cuándo te hiciste cristiano?” Mi increíble respuesta fue “Nací cristiano”. En las conversaciones que siguieron, ella trató de hacerme entender que el hombre, habiendo nacido en pecado debe, en algún punto, reconocer la necesidad de un Salvador y nacer de nuevo espiritualmente confiando solamente en Jesucristo para ser salvo de las consecuencias del pecado. Cuando yo le respondí que siempre había creído en Dios, me hizo ver que según Santiago 2:19 “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan”.

Con el tiempo, gracias a estas conversaciones y por las clases sobre Romanos, Gálatas y Hebreos, comprendí finalmente que yo había estado confiando en mi propia justicia y esfuerzos religiosos y no en el completo y suficiente sacrificio de Cristo Jesús. La religión Católica Romana nunca me había enseñado que nuestra propia justicia es carnal y no es aceptable para Dios, ni que solamente necesitamos confiar en su justicia. El ya ha hecho todo lo necesario en nombre del creyente. Entonces, un día en la capilla, el Espíritu Santo me convenció de mi necesidad de arrepentirme y recibir el “don” de Dios.

Durante todos esos años de vida monástica había confiado en que los sacramentos de Roma me dieran la gracia, me salvaran, pero ahora por la gracia de Dios había nacido espiritualmente: era salvo. Ignorando la justicia de Dios, como el judío en los días de Pablo, yo había vivido estableciendo mi propia justicia, sin someterme a la justicia de Dios (Romanos 3:2-3).

No sé quién es usted ni cuál es su relación con Dios, pero ¿puedo hacerle la pregunta más importante de la vida?: ¿Es un cristiano bíblico? ¿Confía solamente en el completo sacrificio de Cristo para el perdón de todos sus pecados? Si no, ¿por qué no arregla las cosas ahora mismo? Como en una sencilla ceremonia de casamiento, prométale a El su amor, su devoción, su confianza. Recibir a Jesús como Salvador no es algo que se hace como un rito religioso, es una entrega única de su vida a El para el perdón de todos sus pecados. Al momento mismo que lo haga, Jesús tomará una posición vital en su ser, y recibirá la vida eterna. Después de eso, usted cambiará. La Biblia dice : *“Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”* (Filipenses 1:6).

### **Algunos pervierten el Evangelio de Cristo**

Hacia el final de mi cuarto año como adventista algunos miembros de la iglesia me convencieron de asistir a unas reuniones carismáticas. Decían que el Espíritu Santo estaba rompiendo las barreras denominacionales en los últimos días antes del retorno de Cristo. Yo quería todo lo que Dios tuviera para mí, por lo que entré en un



cuarto de oración para recibir el “don de lenguas”. Me sentía un poco receloso de todo eso, especialmente porque yo no experimentaba las sensaciones que tantos describían. En privado practicaba las lenguas, pero no lograba hacer que otros entraran al movimiento. Para mí era mucho más importante mover a la gente a estudiar la Biblia, llevar a la gente a confiar en Cristo, y vivir según los principios bíblicos. Mi principal interés en el movimiento carismático era la preocupación por otros que parecía inspirar. Esto, además de la espontaneidad y el celo me impresionaban como ejemplos del estilo de vida bíblico que parecía faltar en tantas iglesias.

No mucho después de ser ordenado ministro adventista del Séptimo Día la Southern Conference realizó una promoción especial de los escritos de Ellen G. White, una de las fundadoras del adventismo y a quien los adventistas consideran una profetiza. Ruth y yo encontramos muy útil e informativa la serie de seminarios de pastores, hasta que llegó la última. El expositor era de la General Conference de Washington, DC, y algunas de sus afirmaciones resultaron sumamente perturbadoras. La que se convirtió en un punto decisivo en mi vida fue la de que los escritos de Ellen G. White eran “igualmente inspirados que los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan”. Perturbado, consulté con un muy respetado líder, pero de ninguna manera pude reconciliar eso con mi conciencia. Ya había comenzado a sentirme espiritualmente amordazado en el adventismo por su legalismo y exclusivismo, pero esto ya era añadir a las Escrituras. Cuando decidí no comenzar la serie llamada “Recuento testimonial” en nuestra iglesia, varios miembros protestaron. Después de algunos días comprendí, a conciencia, que no podía seguir como ministro adventista. De no haber sido por el apoyo y la ayuda de varios amigos no adventistas en el ministerio, la transición hubiera sido mucho más difícil.

Durante los cuatro años siguientes pastoreé dos iglesias y crecí rápidamente en el conocimiento de la Biblia y descubrí la dificultad de tratar con gente que no está bajo un sistema autoritario. También tuve muchas oportunidades para dar mi testimonio. Estaba convencido de que Dios me había tenido *“por fiel, poniéndome en el ministerio”*, pero no como pastor.

### **Una misión para católicos**

En oración y deliberadamente decidí volver a San Diego, donde antes había servido como sacerdote de parroquia. Consciente de que el Vaticano II había producido confusión y desaliento en muchos católicos romanos, me sentí guiado a comenzar un ministerio para ayudarlos en la transición desde la denominación Católica Romana. En poco tiempo el Señor abrió puertas para hablar. La gente quería saber el nombre del ministerio. Nuestra respuesta era que era algo así como una misión entre católicos.

A medida que Ruth y yo crecíamos espiritualmente, nos convencimos de la naturaleza ecuménica del movimiento carismático y lo dejamos. Por esa misma época, conocimos algunos fundamentalistas bíblicos que creían y fielmente practicaban los principios de la Biblia. Aunque tenemos muchos amigos en iglesias

bíblicas independientes, ahora somos miembros de una iglesia Bautista Fundamental, en la que también fui ordenado.

La Misión Internacional para Católicos fue aceptada como organización sin fines de lucro. Desde entonces ha distribuido millones de folletos, libros y cintas exponiendo las contradicciones entre el catolicismo romano y la Biblia y presentando la salvación bíblica. Dispone de un boletín informativo mensual para los contribuyentes que lo soliciten. El Señor nos ha permitido hacer algo de exposición por radio y televisión y estamos agradecidos de que mi autobiografía *Pilgrimage From Rome* (Peregrinaje desde Roma) haya sido publicado y esté recibiendo excelente aceptación tanto en inglés como en español. Hemos tenido reuniones y llevado literatura a muchos otros países y se envían pedidos por correo cada cinco días desde nuestra oficina central en San Diego.

Las reuniones nos mantienen ocupados, con frecuencia hasta por trece semanas cuando viajamos por los Estados Unidos y otros países. Un curso para el evangelismo entre católicos romanos provee una semana o más de intensa preparación para pastores y obreros clave que desean establecer ministerios especializados para alcanzar eficientemente a la comunidad católica romana por medio de sus iglesias. También se estimula a los misioneros y a los ex católicos a asistir (especialmente ex sacerdotes y ex monjas para que estén preparados para ministrar desde el fundamentalismo bíblico).

En Misión Internacional para Católicos estamos convencidos que no es amor retener la verdad a quienes están en la oscuridad. Los católicos romanos necesitan ser desafiados a pensar en lo que creen y a estudiar la Biblia, comparando su religión con la verdad de las Escrituras. Sólo entonces podrán experimentar la libertad y la luz de la verdad de Dios. "*Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*" (Juan 8:32).

Traducido por Dante Rosso

## De fraile a la libertad en Cristo

*Hugh Farrell*

*"Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Romanos 8:1).*

### Un deseo piadoso

Hace muchos años, cuando decidí ser sacerdote de la Iglesia Católica Romana, quería caminar con Cristo. Sin embargo, como había nacido católico, pensaba que la Iglesia Católica Romana era la única iglesia verdadera y que fuera de esa fe era prácticamente imposible ser salvo. Los papas han declarado repetidamente este dogma. Los papas Inocencio III, Bonifacio VIII, Clemente VI, Benedicto XIV, León XIII, Pío XII y Pío IX lo afirmaron claramente: "Por fe sostenemos firmemente que fuera de la IGLESIA APOSTOLICA ROMANA nadie puede obtener la salvación". En consecuencia ni por un momento busqué jamás la salvación en otra parte.

Desde que era un muchacho quería ser sacerdote. Nací el 2 de abril de 1911 en Denver, Colorado, Estados Unidos. Nuestro vecindario estaba compuesto de familias irlandesas, escocesas y eslavas, la mayoría de las cuales eran católicas romanas. Naturalmente, en ese medio, no podía dejar de observar el inmenso poder que ejercían los sacerdotes locales y la gran estima en que se los tenía. Pero no era solamente el poder y la estima que disfrutaban lo que me llevó a decidirme a estudiar para el sacerdocio, la dignidad sacerdotal que la iglesia de Roma demandaba para ellos fue lo que determinó mi vocación.

El sacerdote, de acuerdo a las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana, tiene el poder de tomar el pan y el vino comunes y, pronunciando las palabras de la oración de consagración en el sacrificio de la misa, convertirlos en el verdadero cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo. En consecuencia, como no se puede separar la naturaleza humana de Cristo de su divinidad, el pan y el vino, después de haber sido convertidos en el cuerpo y la sangre de Jesucristo, están en condiciones de recibir el culto de adoración.

También se les enseña a los católicos romanos que en el confesionario, después que los penitentes han contado al sacerdote sus pecados, el confesor tiene el poder de perdonar pecados. El Concilio de Trento, que se reunió después de la Reforma en 1545, declaró: "Quien afirme que los sacerdotes no son los únicos ministros de la absolución (el perdón), sea condenado". Como yo había comenzado a ir a confesarme a la edad de siete años, pronto comprendí que ese poder daba a los sacerdotes un dominio tremendo sobre la vida de su gente y que los hacía superiores a cualquier autoridad secular sobre la faz de la tierra.

Sin embargo no era solamente el poder y la dignidad del sacerdocio lo que me motivaba. Era también un sincero deseo de salvar mi alma. Sabía por las enseñanzas de los sacerdotes y monjas que no podía esperar ir directamente al cielo después de mi muerte. Mi catecismo católico romano me había enseñado que después de la muerte debía pagar por el castigo temporal de mis pecados. La Iglesia Católica Romana enseña que "las almas de los justos que, al momento de la muerte, están cargadas de pecado venial o castigos temporales debido al pecado, entran al purgatorio". Comprendí entonces que como había cometido pecados veniales a diario, e incluso a veces pecado mortal, pasaría mucho tiempo en el purgatorio. La iglesia de Roma es poco explícita en su enseñanza oficial respecto a las penitencias del purgatorio, pero la fértil imaginación de los sacerdotes y las monjas católicas

romanos irlandeses los ayudó a inventar tales sufrimientos y penurias que nuestras infantiles vidas estaban llenas de temor y hubiéramos hecho cualquier cosa para evitar el purgatorio si fuera posible. En consecuencia, de muchacho razoné que si un sacerdote tenía el poder por medio de la celebración del sacrificio de la misa de obtener la liberación de las almas del purgatorio, yo ayudaría a mi propia alma haciéndome sacerdote, ya que después de mi muerte aquellas almas que hubieran recibido la ayuda de mis misas estarían en obligación de orar por mi alma ante el trono de la Reina del Cielo (la bendita Virgen María), y ella a su vez intercedería por mí ante el trono de su Hijo. Esta era la enseñanza de la iglesia que declaraba que “Las pobres almas del purgatorio pueden ser ayudadas sobre todo, por el sacrificio de la misa que agrada al Señor”, y que “Las almas en el purgatorio pueden interceder por otros miembros del Cuerpo Místico (la Iglesia)”. Decidí ser sacerdote y a su tiempo informé de mi decisión a las autoridades correspondientes.

### **El papel de la Biblia**

Sería demasiado largo contarles todo sobre los muchos años de preparación para el sacerdocio en la Iglesia Católica Romana. Será suficiente relatarles aquellos incidentes que marcan puntos críticos en mi vida. Para mí no habría un camino corto hacia la seguridad de la salvación. El camino estaría obstaculizado por muchas pruebas y tentaciones. Con frecuencia se me pregunta si no conocía la Biblia, o si me estaba prohibida. En realidad poseía un Nuevo Testamento durante todos los años de mi preparación, y en los años pasados en el monasterio. Cuando partí para el Seminario menor llevé junto con mi misal y mis libros de oración, otros tres libros: *Las glorias de María*, de Alfonso de Liguorio, *La Imitación de Cristo*, de Thomas A. Kempis, y el *Nuevo Testamento*, católico romano. Este último tenía la siguiente nota: “Se asegura a todo fiel que lea las Sagradas Escrituras por lo menos un cuarto de hora por día con la veneración debida a la Divina Palabra y como lectura espiritual, una indulgencia de tres años”. Los católicos romanos deberían sentirse impelidos a leer la Biblia ya que la mayoría están ansiosos de obtener indulgencias. Sin embargo se puede ver que las indulgencias sólo se aseguran cuando se lee la Biblia como lectura espiritual y no para su estudio o interpretación. Como los católicos romanos saben que pueden ganar indulgencias de otras formas más fáciles como hacer la señal de la Cruz (siete años cada vez que se la hace con agua bendita), etc., la mayoría no se preocupa por la lectura de las Escrituras. Además, muchos temen interpretar la Palabra de Dios en forma contraria a las enseñanzas de la iglesia de Roma. En mi caso particular cuando, muchos años después, dejé el monasterio, todavía tenía los tres libros mencionados. *Las Glorias de María* ya no tenía tapas, se habían gastado. La cubierta de *La Imitación de Cristo* colgaba de algunos hilos. Sin embargo, el *Nuevo Testamento* todavía estaba nuevo. Lo había leído solamente cuando quería comparar una traducción del latín con el inglés.

### **Adoctrinamiento constante**

La rutina del seminario es tan estricta que uno rara vez tiene tiempo para la verdadera reflexión. Es verdad que hay un tiempo cada mañana separado para la meditación. Pero se leen los temas a considerar y si se permite que la mente divague, uno corre el riesgo de estar en pecado venial.

El programa diario de vida está tan bien pensado por la iglesia de Roma que gradualmente destruye la propia personalidad y uno es moldeado según un patrón diseñado por la iglesia de Roma para adecuarse a su propósito – la completa renuncia a uno mismo. A pesar de la gran estima en que el laicado de la iglesia romana tiene al sacerdote, las

autoridades eclesiásticas lo consideran meramente un número en su plan para la conquista del mundo por la Iglesia Católica Romana. En consecuencia, si el sacerdote ha de servir a su propósito, debe recibir un lavado cerebral a fondo. Esto se logra de una manera similar a la de los comunistas. Durante la formación en el seminario, nunca se les permite dormir lo suficiente, se los somete a frecuentes ayunos, y se usa cualquier medio para el adoctrinamiento.

También, cuando surge alguna duda en relación a alguna importante doctrina enseñada por la iglesia de Roma, debe ser rechazada, porque mantener una duda así (voluntariamente) es señal de que Dios puede estar quitándole a uno la vocación sacerdotal y poniendo en peligro su salvación eterna.

Hacia el final de mi preparación en el seminario menor, debía decidir si quería ser un sacerdote secular (bajo la autoridad de un obispo como sacerdote de parroquia o capellán en alguna institución) o ser un sacerdote religioso (que ha tomado los tres votos de pobreza, castidad y obediencia y que vive en un monasterio o casa de una orden religiosa).

### **La elección de una orden monástica**

Sentía que los sacerdotes seculares tenían demasiadas tentaciones y en consecuencia les resultaba difícil obtener la salvación. También sabía que en los siglos anteriores, la Iglesia Católica Romana había canonizado (declarar oficialmente que un alma está en el cielo) sólo un sacerdote seglar, el Cura de Ars, John Mary Vianney. Lógicamente, razoné que si era tan difícil para una persona ser salva como sacerdote secular, era más seguro hacerse monje o fraile (miembro de una orden religiosa). Por eso pasé mi último año en el seminario decidiendo qué orden me atraía y dónde me encontraría mejor.

Estaba bien familiarizado con las ordenes más conocidas, como los Benedictinos, los Dominicos, los Servites, los Franciscanos, los Trapenses y los Jesuitas. Ninguna de ellas me atraía. Quería una orden muy estricta en la que pudiera encontrar toda la seguridad posible de obtener la salvación. Pensé que había hallado esas condiciones en la orden de Nuestra Señora del Carmelo, comúnmente llamada Orden de los Carmelitas Descalzos.

La Orden Carmelita fue fundada por Cruzados y otros en la Tierra Santa. Se quedaron allí después de las Cruzadas y ocuparon las cuevas de los Hijos de los Profetas en el monte Carmelo. El Patriarca Alberto de Jerusalén les dio una regla de vida sencilla y ellos la siguieron hasta mediados del siglo XIII cuando fueron expulsados de la Tierra Santa por los musulmanes. Algunos de los exilados se instalaron en Mantua, Italia, y otros en un pueblo fuera de Cambridge, Inglaterra. El primer prior general en Inglaterra fue un hombre llamado Simon Stock. Se afirma que la Bendita Virgen María se le apareció en una visión e hizo la tan famosa Promesa del Escapulario Marrón.

### **El Escapulario Marrón**

En un folleto impreso por la *Catholic Truth Society* (Sociedad de la Verdad Católica) de Irlanda, "El Escapulario Marrón del Reverendo E. R. Elliott, O. Carm.", esa visión y la promesa se describen en la página 5: ". . . ella (María) se me apareció acompañada de un gran séquito y sosteniendo en sus manos un hábito (el escapulario) de la orden, dijo, 'Este será un favor especial para ti y todos los Carmelitas, CUALQUIERA QUE MUERA VISTIENDO ESTE HABITO NO SUFRIRÁ EL FUEGO ETERNO'". El escapulario lo puede confeccionar cualquiera. Todo lo que se requiere es un género de lana tejida de color marrón (o casi negro) cortado en dos cuadrados o rectángulos de tamaño suficiente unidos por

cuerdas. El primer escapulario que se use deberá recibir la bendición de un sacerdote autorizado a conferirla.

Hay otra promesa ligada al uso del escapulario marrón (Carmelita) llamado el Privilegio Sabatino. Se supone que el papa Juan XXII lo recibió en una visión personal de María. Citando nuevamente el folleto antes mencionado: "San Juan de la Cruz muerto en 1591, el gran Santo Carmelita y Doctor de la Iglesia, fue un creyente devoto en el Privilegio Sabatino. Poco antes de su muerte recordó en beneficio de sus amigos y el suyo propio que 'La Madre de Dios de Carmelo viene los sábados, con gracia y ayuda al purgatorio, y saca de allí las almas de las personas piadosas, que han vestido su Escapulario Santo'".

Muchos católicos romanos, después de vestir el escapulario marrón, lo substituyen por una medalla. La medalla debe tener la figura de Cristo de un lado y del otro la de María. Las medallas tienen que ser bendecidas por un sacerdote.

### **La rutina del monasterio**

Mi primer año como Carmelita Descalzo lo pasé en la casa de los novicios en preparación para mi sencilla profesión de votos. Fue un año dedicado a la meditación y la oración. Además de la agenda diaria regular observada por todos los Padres Carmelitas Descalzos, los novicios tienen un tiempo extra de oración, mayores penitencias y más mortificaciones. El silencio que se cumple en el noviciado es muy estricto. Fuera de una media hora de recreo, los novicios tienen prohibido hablar entre ellos y, durante las estaciones de la Letanía y el Adviento, se observa un silencio absoluto. En esas estaciones los novicios caminan por ahí en silencio en el tiempo de recreo, contando el rosario, y las disciplinas.

En el noviciado el día comienza a la media noche. La campana llama a la comunidad que se reúne en la capilla. Con el último tañido de la campana, comienza el Oficio Divino. Los maitines consisten en nueve salmos y nueve lecciones del Antiguo Testamento, con el comentario de algunos de los primeros Padres de la Iglesia, es cantado o recitado, y a esto le siguen los cinco salmos de alabanza con el Benedictus, cuya parte del Oficio se denomina Laudes. Luego los monjes se retiran una vez más a sus camas y esperan la siguiente campanada a las 4:45 de la mañana.

Cuando hablo de camas no quiero producir la ilusión de suaves colchones de pluma, ni siquiera de camas cómodas. La cama de un carmelita consiste en tres tabloncillos sobre un bastidor, cubiertos por un jergón delgado. Se dispone de tres mantas para abrigarse. Todo cuanto hay en la habitación de un monje condice con la austeridad de su cama. Además de la misma hay una pequeña mesa y un taburete. No se permite ningún otro mueble.

### **Muchas horas de oración**

Al amanecer, la comunidad se dirige a la capilla y recita la Primera y la Tercera, cada una de las cuales consiste en tres salmos seguidos por una corta lección y una breve oración escrita. Al final de esta parte del Divino Oficio, la comunidad pasa una hora juntos en oración silenciosa de rodillas.

Después de las oraciones mentales comienzan las misas del día. Si el monje es sacerdote, celebra una misa privada en alguno de los altares del monasterio, generalmente asistido por otro monje, llamado servidor. Si el monje todavía está estudiando para el sacerdocio, asiste a la Misa Común, celebrada por el sacerdote asignado para la semana. Los hermanos laicos que hacen el trabajo manual en el monasterio también asisten a la misa. Se espera que todos reciban la Santa Comunión. Estos ejercicios, el Oficio Divino, la

Oración Mental y la Misa, llevan alrededor de tres horas, de manera que son las ocho de la mañana antes de que los monjes puedan tomar su desayuno. Este consiste en pan y café, y debe ser tomado de pie, ya que en la regla primitiva de la orden, no hay permiso para desayunar, lo que es una concesión moderna por la debilidad de hombre.

Se dedica la mañana al estudio, las clases y la oración privada. Durante el año de noviciado no está permitido estudiar otra cosa que temas espirituales y, por supuesto, la Regla, las Costumbres y la Disciplina de la Orden Carmelita. Después de la profesión de votos el monje estudia teología y las otras materias necesarias para la ordenación en el sacerdocio.

Poco antes del medio día la comunidad se dirige a la capilla donde recitan las dos últimas breves horas del oficio de la mañana, la Sexta y la Novena. Estas, como la Primera y la Tercera, consisten en tres salmos cada una seguidas de una breve lección de las Sagradas Escrituras y la oración del día. Al final del Oficio, el resto del tiempo hasta el Angelus se dedica al examen de conciencia. Durante el examen uno recuerda cualquier pecado que puede haber cometido desde la noche anterior y pide perdón a Dios. Sin embargo, si uno ha cometido un pecado mortal es necesario ir a confesarse en la primera oportunidad. Para un pecado venial es suficiente decir el Acto de Contrición. Después del recitado del Angelus los monjes van al comedor para la principal comida del día.

### **Las comidas monásticas**

Todas las comidas se toman en silencio. Las únicas excepciones son en Pascua, Pentecostés, la Fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo, la Asunción de la Bendita Virgen María, la Fiesta de Santa Teresa de Avila, la Fiesta de San Juan de la Cruz., de Todos los Santos, La Inmaculada Concepción, Navidad y algunos otros días. Sin embargo, mientras la comunidad come en silencio, uno de los monjes, asignado para cada semana, lee de un libro espiritual o de la Regla y las Costumbres de la Orden.

La comida es sencilla y generalmente consiste en sopa, un plato con pescado o huevos, dos verduras y fruta. La Regla de los Carmelitas Descalzos prohíbe comer carne a menos que lo prescriba un médico. Esto rara vez ocurre porque la mayoría de los médicos consideran que el pescado y los huevos son suficiente. Cuando un monje debe comer carne se lo ubica en la parte baja del refectorio y se lo aísla de la vista de los otros monjes mediante un biombo. Uno se refiere a esta área en broma como al "infierno".

A medida que cada monje termina su almuerzo mira alrededor para ver si puede ser de ayuda en el refectorio. Uno puede reemplazar al lector, otros a los camareros para que puedan almorzar. Otros realizan penitencias y humillaciones públicas. Estas penitencias consisten en estar de pie con los brazos extendidos formando una cruz, besar los pies con sandalias de los monjes, recibir un golpe en la cara por parte de un monje y, al final del almuerzo, tenderse acostado sobre el piso a la entrada del refectorio para que los monjes que salen le pisen el cuerpo. Se supone que éstas y las otras penitencias ganan méritos en el cielo y aumentan la propia "cuenta en el banco espiritual". Después del almuerzo del medio día, en la mayoría de los monasterios de los Carmelitas Descalzos, el período de recreo del día permite el intercambio fraternal de ideas espirituales, para ayudarse mutuamente al cumplimiento de la vida religiosa. Sin embargo, en realidad, con frecuencia se convierte en un momento tenso, en el que se cometen actos muy poco caritativos. No se puede confinar veinte o más hombres saludables en el medio antinatural de un monasterio sin que se produzcan repercusiones psicológicas. Por lo general es con evidente alivio que los monjes

reciben el final del período diario de recreo, y se retiran a sus celdas para el descanso de la tarde.

### **La constante repetición de salmos**

Las Vísperas y las Completas siguen a la siesta de la tarde. Las primeras consisten en cinco Salmos, el *Magnificat* y la oración del día, y las últimas en tres salmos el *Nunc Dimittis* y una oración de cierre. Esto concluye el Divino Oficio del día. Fue dividido así en siete partes por los primeros monjes benedictinos siguiendo al Salmo 119:164: "*Siete veces al día te alabo a causa de tus justos juicios*". Con frecuencia se me pregunta cómo es que, en vista de nuestra recitación o canto diarios de alrededor de treinta salmos (se supone que en teoría se debe completar todo el salterio cada semana) no llegábamos a conocer el plan de salvación de Dios. La respuesta es muy evidente para un católico. Cada vez que escuchábamos algún pasaje que parecía estar en conflicto con la enseñanza de la iglesia de Roma, decidíamos que no lo estábamos interpretando correctamente. Por ejemplo, en el Salmo 18:2, "*Jehová, roca mía . . .*" y en el Salmo 62:6: "*El solamente es mi roca . . .*" sencillamente ignorábamos la implicancia de que Pedro no era LA roca, o llegábamos a la conclusión de que no contábamos con suficiente conocimiento de las Escrituras como para interpretar el pasaje. Lo mismo ocurría cuando escuchábamos pasajes del Antiguo o del Nuevo Testamento durante el recitado del Divino Oficio. A Romanos 5:1: "*Justificados, pues, por la fe. . .*" lo entendíamos como si dijera: "Justificados, pues, por la fe en la Iglesia Católica Romana . . ."

La tarde, después de las Vísperas, se pasaba generalmente en la propia celda. Allí en la soledad de su cámara, el monje trataba de lograr la "unión con Dios" por medio de lecturas espirituales, meditación privada y oración. La Orden Carmelita hace hincapié en esta parte de la vida del monje y recomienda "Quedarse en la celda día y noche, meditando en la ley del Señor". En realidad buena parte del tiempo se disipa en la apatía y el aburrimiento.

### **¡La mortificación de la carne!**

Otra hora de meditación silenciosa en la capilla, la colación (una cena sencilla que consistía en té y pan), las oraciones nocturnas y la Disciplina terminan el día monástico.

La Disciplina es un flagelamiento público en el cual todos los monjes regresan a sus dormitorios y cada fraile se ubica frente a la puerta de su celda. A una señal del superior, se apagan las luces, y los monjes se desvisten parcialmente y proceden a azotar sus muslos desnudos, mientras cantan en latín, muy bajo, el Salmo 51. El látigo, o disciplinador, como se le llama, consiste en tres medidas de soga que se pasan por un mango tejido de modo que se forma una fusta de seis puntas, cada una de quince pulgadas (treinta y siete centímetros) de largo. Los extremos de cada soga se sumergen en cera para endurecerlos. La aplicación del flagelamiento depende, por supuesto, del fervor del fraile. Pero generalmente se hacen sangrar. Al final del canto del salmo, el superior, el Prior, recita varias oraciones y los monjes se acomodan la ropa. Cuando se encienden nuevamente las luces, los monjes se arrodillan en el umbral de su puerta, y el Prior pasa por el corredor, bendiciendo a cada monje que a su vez besa el escapulario (una prenda similar a un delantal que cuelga por delante y por detrás) del superior. Los monjes se retiran y así termina el día monástico.

Si las obras pudieran salvar, todos los Padres Carmelitas tendrían asegurada su salvación, como se puede ver por la vida penitenciaría que llevan. Sin embargo, sabemos por Romanos 3:20 que "*Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado*



*delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado*". En consecuencia es patético pensar en los miles de monjes y monjas, sí, millones de católicos romanos que realizan incontables obras que creen que son meritorias. "Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley" (Romanos 3:28) es una verdad desconocida para ellos. A causa de mi ausencia de verdadero conocimiento acerca de la Palabra de Dios yo creía que tenía que ganarme el cielo y merecerlo por mis esfuerzos. Así seguía en la oscuridad.

### **La profesión de votos**

En 1935, al final del noviciado, hice mi primera profesión de votos, y luego en 1938, en la Fiesta de la Ascensión, hice mi solemne profesión de votos. A continuación sigue una copia de mi profesión de votos para que puedan ver lo atadora que es la profesión para un católico.

"Yo, Fraile Hugh de Santa Teresa Margarita, hago mi profesión de votos solemnes, y prometo obediencia, castidad y pobreza a Dios, y a la más bendita Virgen María del Monte Carmelo, y a nuestro reverendo Padre, Fraile Peter Thomas de la Virgen del Carmelo, Prior General de la Orden de los Hermanos Carmelitas Descalzos, y a sus sucesores, de acuerdo a la Regla primitiva de la Orden antes mencionada INCLUSO HASTA LA MUERTE".

En 1938, cuando hice mi última y solemne profesión de votos, estaba completando mis estudios teológicos para mi ordenación en el sacerdocio. Había recibido la tonsura, las Ordenes Menores y la Sagrada Orden del Subdiaconato de manos del Obispo Francis Clement Kelley de la ciudad de Oklahoma. Tal como ahora lo recuerdo, todavía no me habían asaltado dudas serias acerca de la enseñanza oficial de la Iglesia Católica Romana. Parecía estar listo para la vida. Sin embargo, Dios tenía otros planes para mí. "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo . . ." (Romanos 8:28 y 29).

### **Dudas sobre el poder del sacerdote**

Durante este período de mi preparación estaba practicando la forma de celebrar la misa. Lleva meses aprender la rúbrica y el ritual de la misa. Muchas veces mientras practicaba me preguntaba si creía que después de mi ordenación final en el sacerdocio tendría el poder de ordenar a Dios bajar sobre el altar. Según las enseñanzas de la iglesia romana el sacerdote, no importa lo indigno que pueda ser él personalmente, incluso si acabara de hacer un pacto con el diablo, tiene el poder de cambiar los elementos del pan y el vino en el cuerpo, la sangre y la DIVINIDAD reales de Cristo. Basta con que pronuncie las palabras de consagración adecuadamente y tenga la intención de consagrarlos, Dios debe bajar al altar y entrar y tomar los elementos. Cuanto más pensaba en este poder pretendido por la iglesia romana para los sacerdotes, menos creía en él. Vez tras vez iba a mi Padre Confesor y le contaba sobre esas dudas. La única respuesta era que debía tener paciencia. Me decía que incluso si no creía en nada de lo que enseñaba la iglesia romana, lo mismo podría ser sacerdote, mientras enseñara fielmente lo que ellos querían que enseñara. Decía: "Tu propia fe personal no tiene nada que ver con esto. Eres simplemente una herramienta en manos de la Iglesia Madre para la propagación de la fe. Sé fiel a la fe católica romana y al final todo saldrá bien". Sin embargo ese no fue el caso. Mis dudas aumentaban diariamente. Los superiores notaron mi actitud e intuyeron que tenía problemas, pero no hicieron nada. En realidad, el superior principal, Padre Provincial, me detestaba. Se daba cuenta que yo

comprendía que no era un hombre preparado. Aparentaba gran conocimiento y santidad, pero no poseía ninguno de los dos. Estaba decidido a quebrarme y destruirme en lo posible.

Afortunadamente el prior local, Padre Edward, era mi amigo y me protegía, incluso al precio de caer bajo la ira del Provincial. Finalmente, perdí completamente la fe en la iglesia romana y sus dogmas inventados. Dejé de preocuparme de si mis superiores descubrían o no la pérdida de mi fe.

Durante los meses siguientes consideré muchas veces la posibilidad de dejar la orden. Pero sabía que si daba un paso fuera de la orden, por mi propia conciencia tendría que dejar la Iglesia Católica Romana. Sabía muy poco de las afirmaciones del protestantismo. Los únicos libros que se me había permitido estudiar estaban escritos por autores católicos romanos que habían distorsionado y pervertido de tal manera las enseñanzas de Dios y de los teólogos protestantes que los pintaban como instrumentos del diablo. No sabía a dónde recurrir, pero puse mi fe en Dios. Sabía que El no me abandonaría en mi hora de prueba.

### **La decisión de escapar**

Al final, el 2 de agosto de 1940, comprendí que hacía mucho tiempo que no creía en las doctrinas propias de la iglesia de Roma como la Transubstanciación, la Confesión Auricular (la confesión a un sacerdote para ser perdonado por él personalmente) y la Infalibilidad del Papa (que cuando habla en su condición oficial en relación a la fe y la moral no puede errar). Sabía que me resultaría imposible continuar en el monasterio. Allí la vida ya es difícil creyendo en todo lo que enseña la iglesia de Roma. Cuando se pierde esa creencia, la vida como fraile se vuelve intolerable.

Había completado mi educación teológica y sabía que nunca más podría volver a tener la fe de un católico romano. Entonces, sin que nadie supiera, decidí dejar el monasterio, y dejarlo esa misma tarde. Tuve mucho cuidado. El Padre Provincial, mi enemigo, estaba visitando el monasterio al que yo estaba afectado. Sabía que si desconfiaba y comenzaba a sospechar que intentaba irme, conseguiría que un médico católico romano firmara papeles de traslado y me pondría en una institución para enfermos mentales bajo el control de la iglesia de Roma. Esto puede parecer rebuscado para aquellos que conocen católicos romanos amables, pero puedo asegurarles que en Norteamérica, Irlanda y muchos otros países hay cientos de sacerdotes y monjes en hospitales psiquiátricos sencillamente porque perdieron la fe en el papa y en la Iglesia Católica Romana y quisieron irse.

Mientras los Padres tomaban su siesta de la tarde salí silenciosamente por la puerta de atrás y corrí al Y.M.C.A. (Asociación Cristiana de Jóvenes) en San Diego en busca de protección. Sabía que el Provincial y sus religiosos asociados no se arriesgarían a llevar este asunto hasta los ministros protestantes de Texas al tratar de sacarme de allí. Después de contactar algunos ministros y discutir mi situación con ellos, me trasladé a Houston, una ciudad más dominada por el protestantismo que San Antonio, que tiene un 60% de católicos romanos.

### **¡Entrar al ministerio protestante sin tener a Cristo!**

En ese tiempo no era realmente convertido. Consideraba que era suficiente para la salud espiritual aceptar la opinión teológica de la iglesia a la que uno pertenecía. En consecuencia, entré al ministerio protestante y durante los siguientes quince años serví en diversos campos sin tener seguridad de mi salvación.

El tiempo y el espacio me impiden contarles todos los desvíos que se dieron durante esos quince años. Llevaba una vida muy mundana. Durante ese período hubo un tiempo en que me jactaba de ser como cualquier otro hombre mundano. Algún día, si Dios quiere, escribiré un libro describiendo la gran misericordia y paciencia que me tuvo Dios durante ese "exilio".

Sin embargo la gracia de Dios continuó obrando. *"El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha, . . . Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre"* (Juan 6:63 y 65). Finalmente llegó el punto crítico en mi vida espiritual. Todavía me esperaba una prueba. Comencé a pensar que había cometido un error al dejar la iglesia de Roma, de modo que en 1955 volví a la Iglesia Católica Romana. Me mandaron en penitencia a un monasterio Trapense. Estaba muy dispuesto, quería hacer cualquier cosa que me diera cierta seguridad de mi destino eterno. Abrí mi mente a todo lo que trataban de enseñarme, pero era inútil. No solamente descubrí que no creía en las doctrinas de la iglesia Católica, también comprendí que ella no podía tener la verdad porque la mayoría de sus doctrinas eran obra de hombres. Nuevamente dejé la iglesia de Roma – por supuesto, sin que supieran que intentaba irme. Entonces me dirigí a la Costa Este y oré para que Dios me mostrara su voluntad. Mis oraciones fueron rápidamente contestadas, y de una manera que ya no podría dudar de su voluntad.

### **Pasos hacia mi conversión**

Estaba hablando ante un grupo de hombres de negocio sobre las implicancias políticas de un candidato católico para la Presidencia cuando, después de la reunión, un hombre alto se me acercó y me felicitó por mis conocimientos sobre la iglesia de Roma y sus enseñanzas. Yo, como de costumbre, me sentí henchido de orgullo. Luego dijo: "Sin embargo, amigo, debo decirle que usted tiene la temperatura espiritual más baja que he tomado." Me sentí profundamente ofendido y me volví de su presencia con toda la torpeza que pude reunir. Mentalmente lo desprecié tomándolo por un "pobre diablo". Sin embargo él era demasiado buen ganador de almas como para permitirme escapar tan fácilmente de su anzuelo. Pertenecía a ese grupo de muy dedicados "Pescadores de hombres para Cristo", que no cesan en su búsqueda de almas, no importa lo duramente que puedan ser desairados e incluso insultados. Siguió tras de mí, y finalmente me trajo bajo convicción.

Al comienzo rechacé su solución a mis problemas espirituales. Me dijo que sencillamente tenía que aceptar a Cristo, poner toda mi confianza en él, "creer en él" y tendría vida eterna. Constantemente me recordaba las palabras de Cristo: *"De cierto, de cierto os digo: el que cree en mí tiene vida eterna"* (Juan 6:47). Todo parecía demasiado fácil para ser cierto. ¿Por qué —me preguntaba— se formularon las enseñanzas de los diversos credos si era tan fácil como eso? Pero luego comprendí que no era tan fácil. Uno debía reconocer humildemente que era un pecador. "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23). Más aun, uno ha sido salvado por la sangre de Cristo vertida en el Calvario, y no por el propio mérito, *"El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros . . ."* (Romanos 8:32). Así es que reconocí que era un pecador, y dije con el salmista: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre". Luego acepté a Cristo como mi único Salvador, sin contar con nadie más —ni siquiera la Bendita Virgen María. *"Más al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia"* (Romanos 4:5).

### **Después de mi conversión**

Desde ese día no he vuelto a tener dudas acerca de mi salvación. *"A cualquiera, pues, que me confiese [reconozca] delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos"* (Mateo 10:32).

Cuando recién fui salvado por la gracia de Dios, trabajé en una organización que tenía como propósito ayudar a los sacerdotes a comprender el Evangelio. Sin embargo, pronto comprendí que Dios me estaba llamando a un ministerio singular – el de enseñar a los cristianos a ganar a los católicos romanos para el Señor. Por eso en 1959 salí por fe, como decimos en los Estados Unidos de América, confiando en él para la provisión de mis necesidades. Y lo ha hecho. La falta de espacio me impide contarles sobre todas las grandes bendiciones y favores que he disfrutado. He viajado muchas veces por los Estados Unidos y Canadá y he realizado viajes de predicación por Europa varias veces. En todas partes he predicado con amor y autoridad y he sido bien recibido.

No es mi propósito sembrar las semillas del odio y la amargura, sino más bien mostrar por medio del Evangelio cómo ganar a los católicos romanos para Cristo. Constantemente les recuerdo a las personas aquellas maravillosas palabras del primer capítulo de Juan que forman parte del último Evangelio que se lee al final de cada misa en la Iglesia Católica Romana. *"A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios"* (Juan 1:11-12). Alabado sea su santo nombre para siempre.

*Hugh Farrell*

Hugh Farrell nació en Estados Unidos. Después de su conversión se mantuvo muy activo en la predicación y evangelización por toda Europa, los Estados Unidos y Canadá. Recientemente pasó a la presencia del Señor.

## **5. Salvado de las llamas del infierno**

*Robert V. Julien*

Elegí ser no solamente un sacerdote católico romano sino más todavía, un sacerdote misionero católico romano. El motivo era que quería realizar grandes hazañas para Dios. Pensaba que ser misionero en alguna tierra lejana y aprender un idioma y costumbres extranjeras sería verdaderamente una gran aventura, incluso llegué a cultivar la idea de que tal vez sería elegido por Dios para sufrir y morir como mártir por la causa de Cristo. Tales eran mis pensamientos durante los largos años de estudio en el seminario mientras me preparaba para ser un padre misionero de la Sociedad Católica de Misiones Extranjeras de Norteamérica.

### **Buscaba un puntaje alto frente Dios**

Mirando atrás hacia aquellos años, ahora puedo reconocer el verdadero motivo detrás de todo. Lo que realmente estaba buscando era la aprobación de Dios y la seguridad en mi corazón de que alcanzaría la marca y sería digno de entrar al cielo de Dios al morir. No tuve verdadera paz en mi alma en todos esos años, incluso durante los diez años como sacerdote misionero en Tanzania, al este de África. Tal como Adán escondía su desnudez detrás de unas hojas de higuera (Génesis 3:7), yo me esforzaba constantemente por esconder mi desnudez espiritual detrás de las hojas de higuera de las actividades religiosas y misioneras.

### **Misionero pero perdido**

No me causa ningún placer recordar los años de mi pasado. Es muy vergonzoso. Yo era una persona pecadora, y por eso hipócrita. Algunos dirán que hice mucho bien a esa gente africana, construyendo escuelas para sus hijos, proveyendo medicamentos para sus enfermedades, y enseñándoles religión; pero hoy sé que todas esas llamadas “buenas obras” no eran otra cosa que *“trapos de inmundicia”* a la vista de Dios (Isaías 64:6). Yo era un pobre y perdido pecador necesitado de la salvación de Dios, y no me daba cuenta. Todo cuanto sabía entonces era que de alguna manera ya era salvo por el hecho de ser católico, porque realmente creía que todos los católicos eran salvos desde el momento en que recibían el sacramento del bautismo.

### **Pensaba que mis buenas obras me darían el cielo**

Cómo lamento esos años perdidos, años en que no conocía al verdadero Dios, ni a su Hijo, ¡el verdadero Señor y Salvador Jesucristo! ¡Qué engañado estaba al creer que podía ganarme el cielo por mis buenas obras y mis tareas sacerdotales y misioneras! Tenía treinta y siete años cuando el Dios de la Biblia se me reveló. ¡Qué libre y abundante fue su gracia y su misericordia para conmigo! Me perdonó todos mis pecados, y me dio una paz en el corazón que satisfizo verdaderamente mi ansia permanente. En un momento fui cambiado, radicalmente cambiado, en mi ser interior. En realidad había nacido de nuevo, nacido del Dios mismo del cielo. *“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”* (Juan 3:3).

### **El plan de Dios**

Desde la eternidad Dios me había escogido para ser Suyo. Fue por eso que intervino en mi vida y puso término a mi precipitada caída al infierno. Sí, allí era exactamente hacia donde mi dirigía, incluso como sacerdote misionero. Estaba en camino al infierno ardiente, a estar

separado para siempre de un Dios cariñoso. El puso al descubierto y me mostró lo que estaba bajo mi piadosa apariencia: ¡era un vil pecador! “*Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios*” (Romanos 3:23).

“*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó*” me salvó por su gracia. “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe*” (Efesios 2:4, 8-9). Estaba tan contento de descubrir que la salvación de Dios es un regalo. Doy gracias a Dios todos los días por “. . . *su don inefable*” (2 Corintios 9:15).

Fue en noviembre de 1966 que dejé la Iglesia Católica Romana y su sacerdocio para siempre. Algunos dicen que dejé porque quería casarme, pero eso es absolutamente falso. No quería casarme. Era demasiado orgulloso para pensar en el matrimonio. Por alguna razón tenía en muy baja estima al matrimonio, como algo que estaba por debajo de mi dignidad. Sin embargo, el Dios que me salvó por su gracia, a su tiempo me hizo ver que era su voluntad que me casara. Su Palabra es suficientemente clara: “*Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios*” (Hebreos 13:4). También: “*Pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido*”. Y “. . . *pero si no tienen don de continencia, cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando*” (1 Corintios 7:2, 9). Dios efectivamente me proveyó una esposa cristiana, que conoce y ama al mismo Señor Jesucristo que yo, y recientemente hemos celebrado nuestro vigésimoquinto aniversario de casamiento.

### **Dios habla por medio de su Palabra**

Pero ¿por qué dejé la Iglesia Católica Romana y su sacerdocio? La gente me hace esa pregunta y yo respondo de la siguiente manera: “Porque Dios me dijo que la dejara”. No miento. Dios no me habló con voz audible. Me habló por medio de su Palabra escrita en el libro del Apocalipsis donde dice claramente: “*Salid de ella, pueblo mío. . .*” (Apocalipsis 18:4). El Cristo verdadero está llamando a su gente a salir del catolicismo romano. Por supuesto, los que no son su pueblo, es decir, no son sus ovejas, no pueden recibir ese mandamiento. “*Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen*” (Juan 10:27). Antes de que Dios me salvara por su gracia, ningún hombre me hubiera podido persuadir a salir del romanismo. Pero cuando El me salvó y me reveló su gran amor por mí, y escuché su voz amable y suave por primera vez, me resultó fácil obedecer su mandato de salir y seguirlo. Yo lo amo así porque El me amó primero.

En una época realmente creía que la iglesia de Roma era la única iglesia verdadera de Cristo Jesús sobre la tierra. Cuando algún protestante me decía “Bueno, una religión es tan buena como la otra”, yo respondía, “Sí, es verdad, tal vez una religión sea tan buena como la otra, pero sólo una es verdadera, y esa es la religión católica”.

### **Una autoridad, un Señor**

Doy gracias a mi Dios por abrirme los ojos. Ahora comprendo que una iglesia que se enorgullece de tener una cabeza visible (es decir el papa de Roma), signos visibles de la gracia (es decir los sacramentos), sucesores visibles de los apóstoles (obispos y sacerdotes) y requiere de figuras e imágenes para recordar a la gente de Dios, no puede ser de ninguna manera la Iglesia de Cristo Jesús. La verdadera Iglesia está edificada sobre la fe—fe en la infalible Palabra de Dios. Los cristianos verdaderos nacidos de nuevo, no necesitan un papa “visible” porque ya tienen un Señor “invisible”, única Cabeza de la verdadera Iglesia.

*“Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pedro 1:8). Como Moisés, están “como viendo al Invisible” (Hebreos 11:27).*

### **Directamente en Cristo**

Tampoco necesitan signos visibles como la misa y los sacramentos porque su salvación ha sido forjada por el poder del Espíritu Santo cuando pusieron toda su confianza solamente en Cristo Jesús como Salvador personal. Ni necesitan sucesores visibles de los apóstoles porque saben por la Biblia que es Dios quien levanta los líderes espirituales que quiere, cuando quiere que alimenten Su iglesia con la preciosa Palabra de Dios. Finalmente, no necesitan imágenes ni íconos para recordarles de Dios porque ven la verdadera imagen de Cristo en la Palabra escrita en la Biblia. Además, Dios ha condenado como idolatría tanto la fabricación como la veneración de imágenes o estatuas (Exodo 20:3-5).

### **Dónde me tiene ahora el Señor**

Actualmente estoy empleado, y lo he estado durante los últimos veintitrés años, en el rubro de la imprenta. Enseño Biblia a adultos en una iglesia evangélica local. En esta iglesia hay varios antiguos católicos romanos que, como yo, han sido salvados por la asombrosa gracia de Dios y conocen y aman al verdadero Jesucristo de la Santa Biblia.

*“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3).*

*Robert V. Julien*

Nacido en los Estados Unidos, la verdad bíblica se abrió a él por primera vez cuando era un misionero para la Iglesia Católica en Tanzania. Actualmente tiene un puesto secular y un ministerio cristiano de tiempo parcial en Florida. Todos los que hemos estado en contacto con él hemos sido tocados por su gran compasión por los perdidos y por su gentileza en presentar la verdad de la Biblia.

## 6. Verdaderamente libre

Alexander Carson

*“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).*

Desde la niñez hasta la edad de cuarenta y cuatro años, diecisiete años como sacerdote romano (1955-1972), la Iglesia Católica Romana fue el pilar de la verdad para mí, y mi infalible guía hacia Dios. Este “pilar de verdad”, la iglesia romana, no fue edificada solamente sobre las Escrituras infalibles, sino sobre las “tradiciones” humanas, aparte de las Escrituras, afirmando que eran revelaciones de Dios, pero que en realidad contradicen y están en oposición a las claras enseñanzas de las Escrituras.

Durante los días de los primeros siglos de los apóstoles, se predicaba la verdad en las calles y en el Templo de la región de Jerusalén. Finalmente, eso constituiría el contenido del Nuevo Testamento. El libro de los Hechos, capítulo 6, versículo 7, da testimonio de esa predicación: *“Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe”*. A gran precio aquellos sacerdotes judíos del Antiguo Testamento dejaban todo para seguir a Jesús. Cuando su corazón era atravesado por la verdad, esa *“espada de dos filos”* la Palabra de Dios (Hebreos 4:12), dejaban todo para seguir a Jesús. Todos los antiguos sacerdotes católicos que se han vuelto “obedientes a la fe” verdaderamente se pueden sentir incluidos en este pasaje (Hechos 6:7), desde Wyclif, Hus, y Lutero hasta nuestros días. En diferentes épocas y de distintas maneras Dios ha usado su Palabra escrita para liberar a los hombres ¡incluso a los sacerdotes católicos! *“Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”* (Juan 8:31-32). En 1972, siendo pastor de la Iglesia Católica del Sagrado Corazón, en Rayville, Louisiana, Estados Unidos, la verdad y la gracia del Señor se volvieron claras como el día para mí. Esta es mi historia completa.

### **Bautismo, primera comunión, confirmación**

En 1928 fui bautizado de bebé en la Iglesia Católica Romana. Cuando tenía alrededor de un año mi familia se mudó desde el estado de Nueva York a Milford, Connecticut, donde fui criado en la fe católica. Creía totalmente en todas las prácticas y creencias católicas, y tomaba muy en serio mi relación con la iglesia, y en consecuencia con Dios. Mi primera comunión y mi confirmación fueron sucesos importantes para mí. Después de la escuela de enseñanza media fui al Tufts College, en Boston, para cursar el preparatorio en medicina, con la esperanza de convertirme un día en doctor en medicina como mi admirado tío. Sin embargo, después de dos años de estudio, quería verdaderamente ser sacerdote. Pensaba que era más importante ayudar a la gente espiritualmente que físicamente.

### **El seminario**

En septiembre de 1948, inicié los estudios para el sacerdocio en el seminario de San Juan en Brighton, Massachusetts. ¡Cómo me gustaba el seminario! Todo era tan “santo” allí. Aun así, al final de mi primer año en el seminario, abandoné. Me parecía que jamás estaría a la altura de ser un sacerdote, porque estaba convencido en aquel tiempo de que ese era el llamado más elevado posible para la vida de un joven. Asistía a la universidad de Boston (jesuita) y servía en la misa casi todas las mañanas en el monasterio católico local. Por esta época, en el otoño de 1949, Dios me salvó por su gracia (¡la única manera posible!) aunque no sabía mucho de la Biblia. Jesús salva al creyente arrepentido aunque ande en cierta confusión



y oscuridad. Había llegado a un punto en que me sentía inseguro de mi relación con Dios, y quería estar seguro de eso por sobre cualquier otra cosa.

### **Una confesión totalmente diferente**

Un día me arrodillé en un confesionario y confesé cada pecado de mi vida que podía traer a la memoria. En realidad, durante la confesión yo siempre confesaba mis pecados a Dios primero, aunque estaba en presencia del sacerdote que me daría la “absolución”. *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”* (1Juan 1:9). Después que expresaba mi arrepentimiento y mientras el sacerdote daba la “absolución” ritual, yo imploraba a Dios en mi corazón, diciendo: “Dios, si perdonas todos mis pecados, serás Señor de mi corazón y ¡te serviré toda mi vida!” *“Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”* (Romanos 10:13). Al dejar el confesionario y caminar por la nave de la iglesia, sentía una gran paz y un “¡Abba Padre!” repicaba en mi pecho. ¡Sabía que tenía relación con Dios! Eso no ocurría gracias a la presencia del sacerdote y ni de la absolución litúrgica. Ocurría gracias a la presencia de Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote que intercedió por mí y me hizo objeto de su gracia, misericordia y compasión. *“En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia; porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”* (Efesios 1:7, 2: 8-9).

Al año siguiente volví a ingresar al seminario para completar los estudios para el seminario, la mejor manera de servir a Dios que conocía en aquel momento. Fui ordenado por el obispo Lawrence Shehan de Bridgeport, Connecticut, el 2 de febrero de 1955, y comencé mi ministerio como sacerdote diocesano, o secular, en la diócesis de Alexandria, Louisiana. El gran gozo y el entusiasmo que sentía por mi posición única de servicio comenzó a decaer después de algunos años, y por más que intentara hacer todo bien, se volvió un ritual vacío y sin sentido.

### **La Biblia –un nuevo patrón**

En 1971, después de varios años de suplicar a Dios por algo con más sentido, mi gran sed fue saciada. Jesús y la Palabra de Dios (las Escrituras) se volvieron muy reales para mí. *Porque “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones “* (Romanos 5:5), el Espíritu Santo me llevó a juzgar la teología Católica Romana con el patrón de la Biblia. Antes, siempre había juzgado a la Biblia en base a la doctrina y la teología católicas. Fue una inversión de autoridades en mi vida.

Un domingo por la noche en julio de 1972, comencé a leer el libro de Hebreos en el Nuevo Testamento. Esta carta exalta a Jesús, su sacerdocio, y su sacrificio por sobre el antiguo Pacto o Testamento. Esto es algo de lo que leí: *“Que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo”* (Hebreos 7:27). Esto me dejó pasmado y comencé a sentirme intranquilo. Por primera vez entendí que el sacrificio de Jesús fue una ofrenda de sacrificio única en su género en el Calvario, eficaz en sí misma para reconciliarnos con Dios a los creyentes arrepentidos de todos los tiempos. Vi en ese momento que el “Sagrado sacrificio de la misa” que yo y miles de sacerdotes católicos ofrecíamos diariamente en todo el mundo era una falacia y algo totalmente irrelevante. Si el “sacrificio” que yo como sacerdote ofrecía cada día era sin sentido, entonces mi “sacerdocio” que existía con el propósito de ofrecer ese “sacrificio” era igualmente inútil. Estos descubrimientos fueron pronto confirmados a medida que seguí leyendo en Hebreos capítulo 10: *“Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un*

*solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios; de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (vv. 12-14). “Pues donde hay remisión de éstos, ya no hay más ofrenda por el pecado” (v. 18).*

### **Salvado por la sola gracia de Dios**

Esa noche la Iglesia Católica Romana perdió credibilidad para mí, ya que había enseñado como verdad lo que era claramente contrario a las Escrituras. Elegí entonces las Escrituras como mi patrón de verdad, dejé de aceptar el magisterio, o autoridad de la iglesia Católica para enseñar, como patrón. En mi carta de renuncia a la iglesia y el ministerio católico, expresé al obispo que dejaba el sacerdocio porque no podía seguir ofreciendo misa, por ser contrario a la Palabra de Dios y a mi conciencia. Esto fue en 1972. No pasó mucho tiempo antes de que fuera bautizado por inmersión, iniciara estudios bíblicos y fuera ordenado en el ministerio del Evangelio. Por más de veinte años he caminado en la libertad de la que habló Jesús diciendo: *“Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”* (Juan 8:31-32), y *“si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”* (Juan 8:36).

*Alexander Carson*

Hasta 1994, su ministerio era mayormente en seminarios, evangelismo y predicación en Florida, EE.UU. Luego en 1995, realizó una extensa gira de predicación a través de partes de Europa oriental. En marzo de 1996, fue en un viaje de 6 semanas para ministrar en Siberia. De una entrevista por radio con Bob Bush, fue contactado por un creyente ruso en California. Como resultado, pronto volverá a Rusia. Actualmente está estudiando ruso.

## La conversión de un sacerdote católico

*Charles Berry*

Como católicos practicantes, dedicábamos media hora cada domingo a asistir a la misa, pero en realidad la religión ocupaba un lugar menor en nuestra familia. De adolescente, tenía vergüenza de mis creencias católicas, y evitaba ir a la iglesia cada vez que podía. Luego ocurrió algo que cambió la dirección de mi vida.

### Sufrir para llegar al cielo

Mientras cuidaba un bebé para un vecino protestante, levanté un folleto sobre el tema "El infierno y el castigo eterno", al leerlo me convencí, como lo estoy ahora, de la terrible realidad del infierno. Decidido a que mi primer obligación era encontrar la manera de acercarme a Dios, me sumergí profundamente en las prácticas católicas. Comencé a asistir a misa y a recitar todos los días el rosario, usando el escapulario marrón y varias medallas. Se me dijo que si realmente quería saber cómo llegar al cielo, debía leer las vidas de los santos católicos y descubrir cómo lo habían logrado. Por eso decidí que la forma más segura era provocarme el sufrimiento. El dolor se convirtió en mi compañía permanente, pero tenía sumo cuidado en no traicionarme expresando lo mucho que sufría. A los 19 años entré en la orden de los Hermitas de San Agustín y durante los diecisiete años siguientes viví bajo la regla de San Agustín, donde progresé desde postulante, a novicio, profesante y finalmente sacerdote.

Durante los primeros diez años de aquellos años anteriores al Vaticano II, ni siquiera vi el interior de un monasterio regular ni tuve la oportunidad de vinculación o franca discusión con los monjes o sacerdotes regulares. Los estudiantes para el sacerdocio nunca se mezclaban con los superiores o los maestros. Eran muchas las penitencias, pero se fueron relajando un poco gradualmente a medida que avanzábamos y nos acercábamos a la ordenación. Pocos de nosotros nos quejábamos si la comida era pobre, el descanso insuficiente o la disciplina degradante e inhumana, porque sentíamos que ese era el precio que debíamos pagar para llegar a ser hombres de Dios. La obediencia a la autoridad era el punto que dominaba nuestra vida. No solamente renunciábamos al derecho sobre nuestras posesiones, ambiciones y vidas privadas, renunciábamos también a nuestra mente e intelecto y a los pensamientos privados. Se nos decía que Dios nos hablaba directamente por intermedio de la palabra de nuestros superiores y que cualquier duda o titubeo para aceptar su control completo era un grave pecado contra Dios.

### "Sed santos porque yo soy santo"

Mi primer asignación como sacerdote católico ordenado fue un poco diferente que lo normal. En lugar de enviarme a algún monasterio para asistir en el trabajo parroquial o enseñar, se me dio órdenes de seguir estudiando para obtener un título en química para poder enseñar en una universidad católica. El nuevo monasterio donde me enviaron estaba lujosamente amueblado con todas las comodidades, hacía gala de las mejores comidas que se podían comprar con dinero. Pero yo no

había sacrificado tantos años para poder vivir finalmente en el lujo, sino más bien para convertirme en un verdadero hombre de Dios—un santo. Lo que me desilusionaba y desanimaba al entrar en los círculos del clero era encontrar qué poco importante era Dios para aquellos que se esperaba debían tener una extraordinaria santidad y amor a Dios. La parte de cada día relacionada con el trabajo para el Señor se consideraba la parte desagradable. Notaba, (no solamente allí sino en todas partes del mundo donde he estado) que los únicos clérigos que se levantaban para el servicio en la capilla eran los asignados para conducirlo, y sentían lástima de sí mismos porque les tocaba el turno. Después de pedir que se me enviara a otra parte, me alegró que me trasladaran a la casa central de la orden Agustina en los Estados Unidos. Pero en lugar de descubrir que era una fortaleza espiritual, encontré que era el lugar donde se enviaba a muchos sacerdotes cuando su vida se había vuelto tan escandalosa que podía dañar la reputación de la iglesia. Me preguntaba: *¿Dónde está la iglesia que se me había descrito, por la que había dado mi vida a causa de su pureza y belleza? ¿Será que no existe en los Estados Unidos por la contaminación del protestantismo? ¿Será que solamente existe en toda su pureza en los países católicos donde tiene plena libertad de expresión y está libre de impedimentos?*

Por entonces supe de una universidad católica en un país católico que necesitaba un científico para armar su programa en ciencias e ingeniería. Me ofrecí con entusiasmo y pronto llegué a ser el Director de la Escuela de Química e Ingeniería de la Universidad Católica de Cuba. No hace falta decir, allí tampoco encontré la iglesia que esperaba. Cualquier católico norteamericano que viaja a un país católico, se siente incómodo y sorprendido por lo que ve. En los Estados Unidos la Iglesia Católica Romana tiene buena conducta, hace “buena letra” por las críticas y la oposición. En un país católico, donde tiene pocos críticos y opositores, se maneja de manera muy diferente. La ignorancia, la idolatría y la superstición están en todas partes, y se hace muy poco esfuerzo, o ninguno, para cambiar esta situación. En lugar de seguir el cristianismo que se enseña en la Biblia, la gente se concentra en la adoración de las imágenes y los santos patronos locales.

### **“No te harás imagen, ni ninguna semejanza”**

Durante muchos años, como católico, sostuve la idea de que los católicos no adoran ídolos, pero ahora veía con mis propios ojos que no había diferencia entre los católicos con sus imágenes y los paganos con las suyas. Cuando encontraba en Cuba a un genuino pagano que adoraba ídolos (una religión transplantada de Africa por sus antepasados), le preguntaba cómo podía creer que un ídolo de arcilla podía ayudarlo. Me respondía que no esperaba que el ídolo lo ayudara, solamente representaba el poder del cielo que sí podía hacerlo. Lo que me horrorizaba de esta respuesta era que repetía casi palabra por palabra la explicación que dan los católicos por honrar las imágenes de sus santos.

### **Las obras sin la fe**

Poco a poco, me fui dedicando a mi trabajo en la universidad. Bajo mi liderazgo construimos y equipamos una larga serie de edificios para albergar las escuelas de

Ingeniería Química, Ingeniería Mecánica, Arquitectura, Farmacia y Psicología. A medida que cada escuela se desarrollaba, la ponía a cargo de un decano calificado, mientras yo me convertí en asistente del Rector a cargo del área de Ciencias y miembro del Comité Ejecutivo compuesto de cuatro hombres que gobernábamos toda la Universidad. Probablemente el éxito más destacado que tuve fue la formación de una Oficina de Control de Calidad, bajo la cual las industrias aceptaban voluntariamente acordar ciertos niveles mínimos y hacían contratos con nuestros laboratorios para que controláramos continuamente sus productos para asegurar un nivel uniforme de alta calidad. La gente más poderosa y pudiente, desde el Presidente para abajo, me inundaban de honores y regalos para que fuera su amigo y apoyara sus proyectos y ambiciones. Sin embargo, en el fondo de mi corazón, sabía que por más honores que hubiera recibido, no había logrado la verdadera meta que me había propuesto. Agustín lo expresó muy bien hace siglos: "Has hecho nuestro corazón para Ti, oh Dios, y no descansaremos hasta descansar en Ti".

Me asaltaban muchas dudas. Sabía que muchas de las cosas que predicábamos, muchas de las respuestas fáciles que dábamos a la gente, se discutían acaloradamente entre los teólogos y eran motivo de risa o desprecio de muchos de los clérigos. Me sentía avergonzado por los sacerdotes que durante siglos habían robado a la gente, ignorado a los pobres, apoyado a los ricos opresores, y vivido vidas escandalosas.

Determinado a rescatar los pocos años que me quedaban de vida, decidí que no bien obtuviera mi doctorado en Física y Química, dejaría el sacerdocio y la iglesia. Estoy seguro que todo sacerdote enfrenta esa decisión alguna vez en su vida. La iglesia promete hacernos hombres de Dios, pero tarde o temprano después de la ordenación, cada uno debe aceptar que su conciencia haga un "balance de los libros". Es allí donde uno comprende que está peor que cuando comenzó, a pesar de usar todos los medios que la iglesia ofrece.

### **El costo de dejar la iglesia**

Decidirse a dejarla implica ser cortado de la mayoría, si no todos, de los que lo han amado, honrado y respetado y lo que es más importante, de aquellos a quienes uno ha amado y servido. Todo sacerdote debe conocer algún compañero que intentó dejar y se sintió forzado, por una razón u otra, a volver. Yo lo sabía. Me habían contado que habían vuelto, no por amor a la iglesia, sino, entre otras razones, para poder tener "tres comidas diarias y un entierro decente".

Por eso planifiqué mi partida cuidadosamente, pedí permiso a mis superiores para tener unas vacaciones en Europa. Luego, después de recibir mi título de doctorado, compré un automóvil usado en Miami, con la idea de perderme en algún pueblo pequeño donde nadie me conociera. No sentía nada de ese gozo por la liberación que se suponía debía sentir. Todas las personas que alguna vez había conocido quedaban ahora cortadas de mí por su vinculación con la iglesia. Era extraño y extranjero para todo el mundo, y más extraño para Dios que nunca antes.

Al averiguar de alguien que me pudiera ayudar a encontrar empleo, me acerqué a un químico que había trabajado para mí en la Oficina de Control de Calidad, pero que ahora estaba viviendo en Méjico. Después de asegurarme que tendría amigos que me ayudarían allí, empaqué mis cosas y me encaminé hacia el sur del Río Grande.

Marta, una amiga, estaba viviendo con una tía de España. Ambas fueron muy amables conmigo, y a medida que se formó un círculo de amigos, poco me imaginaba lo mucho que cada uno influiría en mi vida. Con el tiempo, Marta y yo nos casamos. Entonces su tía procuró reunirse con su esposo alejado, pero poco después que él regresara, la encontramos muerta en la cama. Había muchas evidencias en contra de él, y nos vimos involucrados en uno de los casos más sensacionales de crimen en la historia de Méjico. A causa de la publicidad, mi nombre fue reconocido y varios reporteros católicos de periódicos importantes comenzaron a atacarme de sacerdote renegado. Entonces, para proteger la estabilidad de su negocio, mi empleador me despidió.

Enfrentando dificultades todo el camino, conseguimos llegar a San Diego. Después de varios meses de trabajar en Convair Astronautics, me informaron que tenían un puesto entre el personal de la casa matriz, General Dynamics. Las reuniones y entrevistas llevaron varias semanas. Naturalmente tuve que dar un informe detallado de mi vida, mi educación, y mi trabajo profesional, lo mismo que referencias. Lo hice todo con mucho detalle, omitiendo solamente el hecho de haber sido sacerdote romano. Repentinamente, uno o dos días antes de comenzar a trabajar, recibí un telegrama cancelando todos los arreglos.

Nunca tuve un informe directo de lo que produjo mi despido, pero algunos días después recibí una carta de las autoridades de la iglesia advirtiéndome que nunca tratara de obtener recomendaciones de fuentes vinculadas con la iglesia, porque siempre negarían haberme conocido. Nunca volví a encontrar una posición digna de mi preparación y mi experiencia.

### **El don de la salvación**

Se me había enseñado toda la vida a temer y desconfiar de los pastores protestantes. Se nos decía que andaban vorazmente a la pesca de ex sacerdotes para usarlos en beneficio de sus fines perversos. En desesperación y a pesar de esas prohibiciones, decidí correr el riesgo y así descubrí que en todo el mundo, desde los días de Jesús, ha habido gente que se puede llamar con más propiedad cristianos bíblicos. No personas que simplemente creen que la Biblia es inspirada por Dios, sino que la consideran un mensaje personal de su amante Dios y la convierten en la fuerza motora de sus vidas.

Pedí prestado de un pastor un manual sobre enseñanza cristiana y encontré que todas las referencias eran textos de las Escrituras—no lógica ni tradición. Me percaté por primera vez de las sencillas afirmaciones de la Biblia sobre cómo se llega al cielo y se evita el infierno. Comprendí que a la Biblia no debemos acercarnos desde el punto de vista erudito sino desde la posición de niños que escuchan a su padre, aceptando y creyendo cada palabra, reconociendo que Dios dice en serio lo que dice

y sabe cómo decir lo que quiere. Página tras página en la Biblia vi verdades por las que había tenido sed toda mi vida. La enseñanza en relación a la salvación es muy clara: *"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe"* (Efesios 2:8-9).

Marta y yo lo conversamos y estuvimos de acuerdo en que yo había hecho más que cualquier otro para obtener la salvación, pero que había una cosa que nunca había hecho —pedirla como un regalo de Dios. Decidimos pedir a Dios su regalo de gracia. Nos arrodillamos y oramos juntos por primera vez.

En un espíritu de humildad y arrepentimiento pedimos a Dios que nos salvara, no por la buenas obras que hubiéramos hecho, ni las que prometíamos hacer, sino por el bien que Jesús hizo cuando expió nuestro pecado por medio de su muerte en la cruz.

No nos dábamos cuenta del todo, pero habíamos nacido de nuevo, tan jóvenes que ni siquiera sabíamos quiénes éramos ahora en Cristo. Desde ese momento comenzamos a notar los cambios en nuestra manera de pensar. Comenzamos a amar las cosas de Dios. De una u otra manera, desde entonces el Señor nos ha mantenido ocupados testificando y predicando, ganando cientos de almas para el Señor Jesucristo y la cristiandad bíblica.

*"Sino que os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, a Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscriptos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel"* (Hebreos 12:22-24).

Traducido por Dante Rosso

## **Antes un jesuita, ahora un hijo de Dios**

*Bob Bush*

Comencé mi viaje católico en un pequeño país en Carolina del norte en los Estados Unidos. El pueblo era tan pequeño que no teníamos misa todos los domingos, sino que una vez por mes solía venir un sacerdote, si podía, a dar misa en un gran salón público.

Tengo un hermano mayor y otro menor. Mi padre había estudiado en la universidad de Santa Clara. Por eso mis padres pensaron que sería una buena idea que asistiéramos a una escuela católica con internado. La escuela era dirigida por jesuitas y yo estudié allí durante tres años. Académicamente era una muy buena escuela, pero la única religión con la que teníamos contacto era la teología y la tradición católica sin ningún énfasis en la Biblia.

### **El deseo de servir a Dios y a la humanidad**

A medida que se acercaba la graduación, comencé a pensar qué haría después. Pensaba que hacerme jesuita sería una buena manera de honrar y servir a Dios y ayudar a la humanidad; eso era todo lo que necesitaba. Por esa época, incluso cuando dejé la escuela, sentía un anhelo y un hambre en mi corazón de encontrar a Dios y conocerlo. En efecto, una vez cuando estaba en el último año, recuerdo haber ido a la cancha de fútbol y haberme arrodillado allí en la oscuridad con mis brazos elevados al cielo. Exclamé: "Dios, Dios, ¿dónde estás?" Realmente tenía hambre de Dios.

### **El seminario jesuita**

Entré en la orden jesuita en 1953 después de graduarme de la escuela de enseñanza media. Cuando entré en la orden, lo primero que ocurrió fue que se me dijo que debía respetar todas las reglas y disposiciones, que al hacerlo agradaría a Dios, y que eso era lo que él quería para mí. Se nos enseñaba el refrán "Mantén la regla, y la regla te mantendrá a ti".

Leíamos mucho acerca de la vida de los santos, y desde el comienzo se me entrenó para que los mirara como ejemplos a seguir, sin pensar en que se habían convertido en santos porque habían servido a la Iglesia Católica. Cursé estudios en el seminario durante trece años, tomando curso tras curso y estudiando una cosa tras otra. Lo último fue el estudio de teología, culminando con mi ordenación en 1966.

### **Hambre de Dios pero no paz**

Todavía tenía hambre de Dios en mi corazón. No me había encontrado con el Señor todavía y no tenía paz. En efecto, por esa época solía fumar y me sentía muy nervioso. Solía caminar de un extremo a otro de mi cuarto fumando un cigarrillo tras otro a causa de mi condición interior.



Ingresé en un programa de posgrado en Roma pensando que estaría en la cima de la montaña, pero el hambre de mi corazón persistía. Llegué a hablar con un sacerdote que estaba a cargo de las misiones en Africa, pensado ir allá como misionero. Sin embargo, sabía que si iba a Africa, lo único que podría hacer sería enseñarle a la gente lo que había aprendido acerca de las doctrinas católicas y lo que la Iglesia Católica tenía para ofrecer, aunque no me hubiera satisfecho. No veía cómo podía satisfacerlos a ellos tampoco.

Estudí durante los años del II Concilio del Vaticano (1962-1965) y fui ordenado un año después que terminó. Los documentos del Concilio Vaticano II estaban saliendo de Roma y yo pensé que todo cambiaría. Era un tiempo de descubrimientos. Pensé que llegaría a la verdad fundamental, y que eso cambiaría el mundo. Esa idea era la fuerza que me impulsaba. Pero no notaba cambios, porque seguían estando vigentes las mismas doctrinas católicas del Concilio de Trento. De manera que al final no fui a Africa y volví a California, donde Dios me tenía reservada una sorpresa.

### **Líder de un grupo de oración**

Estando en una casa de retiro donde celebraba la misa, una mujer me preguntó si estaría dispuesto a dirigir un grupo de oración en su hogar. Nunca en mi vida había dirigido un grupo de oración y no sabía cómo funcionaban, pero pensé que si había sido preparado durante tantos años, debía estar calificado para hacerlo y acepté. Lo realizaban todos los jueves de diez a doce de la mañana. Un grupo de personas se reunían y sólo leían la Biblia, cantaban alabanzas al Señor, y oraban unos por otros por sus necesidades. Yo me mantenía en silencio fumando todo el tiempo. Desde temprano por la mañana el día de la reunión de oración, caminaba de un lado para otro pensando "¿Por qué acepté ir?" No tenía ningún entusiasmo por ir, pero cuando llegaba el medio día, no quería retirarme. El poder de la Palabra bíblica estaba comenzando a tocar mi corazón y mi vida.

### **Sorprendido por la gracia de Dios**

La gran sorpresa que el Señor tenía reservada para mí ocurrió de la siguiente manera. Un día fuimos a una casa de retiro con un grupo de personas que participaban de la reunión casera de oración. El orador dijo al final de su sermón: "Ahora, si hay alguno aquí que tiene hambre de Dios, que pase adelante y oraremos por él". Ocurrió que una mujer llamada Sonia se me acercó y me pidió: "¿Podría por favor decirle a mi esposo Joe que pase adelante para que oremos por él?" Le dije: "Sonia, no puedo hacer eso. Eso no sería honesto porque yo mismo no he pedido que se ore por mí, ¿cómo puedo pedirle a él que pase al frente?" Bueno, yo mido alrededor de 1,90 metros y ella era una mujer muy baja. Nunca lo olvidaré; me miró a la cara y me señaló con el dedo diciendo: "Creo que necesita que oremos por usted". Yo reí y dije: "Sí, lo necesito". Lo que ella no comprendía era que había una gran hambre en mi alma. Después de tantos años de estudio todavía no había encontrado a Dios. Leía mi Biblia en las reuniones de oración, pero todavía no conocía al Dios soberano de la Biblia, ni me sabía un pecador perdido delante de El.

Ese fue el momento en que oré para que Dios me cambiara, de manera que pasé al frente y me impusieron las manos y oraron por mí. No fue por mis obras ni por lo que ellos o yo hiciéramos, sino que fue verdaderamente por la gracia de Dios que nací de nuevo. Jesús se volvió real, la Biblia se volvió real. Sencillamente me convertí en una llama encendida en el amor de Dios. El cambió mi vida. Para quienes lean esto, afirmo que El es real y cambia las vidas. JESUS CAMBIO MI VIDA.

*"Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración, y por la renovación en el Espíritu Santo" (Tito 3:5).*

### **Tratamos de basarnos en la Biblia**

Fue en agosto de 1970 cuando Dios realmente me tocó. Comencé a trabajar en el movimiento carismático, un movimiento nuevo en la Iglesia Católica. Aunque estaban saliendo de Roma todo tipo de decretos y dogmas, el movimiento al comienzo trató de tener un sólo manual –la Biblia.

Iniciamos un grupo de oración que se reunía en una escuela de enseñanza media y creció tanto que tuvimos que trasladarnos a un gimnasio. No pasó mucho tiempo antes que hubiera de 800 a 1.000 personas que venían todos los viernes por la noche. Hacíamos énfasis en la alabanza, la adoración y la glorificación a Dios. Aprovechando que en el gimnasio no había imágenes de santos u otras cosas, tratamos de sujetarnos a la Biblia.

Yo tenía mucho para aprender. Me llevó años comprender que estaba transigiendo al quedarme en la Iglesia Católica. Todos esos años continué insistiendo en que la salvación es sólo la obra terminada por Cristo en la cruz, y no por el bautismo infantil; que hay una sola fuente de autoridad que es la Biblia, la Palabra de Dios; y que no hay un purgatorio sino que al morir vamos al cielo o al infierno, etc.

Aquí es donde surgió el conflicto. Ver que la gente dependía de esas doctrinas falsas y engañosas me encogía el corazón. Pensaba que tal vez Dios podría usarme para cambiar las cosas en la Iglesia Católica. Hasta teníamos reuniones de oración con otras personas que sentían lo mismo que yo. Orábamos para que Dios cambiara la Iglesia Católica Romana para que pudiéramos seguir siendo católicos. Pero para seguir siendo católicos, ahora lo veo, teníamos que vivir una vida condicionada.

### **Convicción por el Espíritu Santo**

Finalmente después de mucha convicción del Espíritu Santo comprendí que si no me entregaba totalmente a Dios, al cien por cien, estaba hiriendo al Señor, con el pecado del condicionamiento. También llegué a comprender que la Iglesia Católica Romana no puede cambiar. Si cambiara, no habría papa, ni rosario, ni purgatorio, ni sacerdotes, ni misa, etc. Después de diecisiete años de lavado cerebral, el Espíritu Santo me lavó y limpió la mente. En una palabra, lo que me estaba ocurriendo en este período está explicado en Romanos 12:1-2, *"Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este*

*siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”* (Romanos 12:1-2).

### **Investigación en India**

Por esta época había conocido a otro sacerdote que había dejado la iglesia de Roma. Estaba predicando lo mismo, pasando la mitad del año en la India y la otra mitad en los Estados Unidos. Víctor Affonso también había sido jesuita, y le dije que me parecía maravilloso poder ir a la India para hacer trabajo misionero allá. Podríamos también investigar los dogmas y las doctrinas de la Iglesia Católica.

Fui a la India en 1986 y pasé seis meses allí haciendo trabajo misionero. También pudimos pasar un mes con un grupo de gente que estaba investigando el dogma católico a la luz de las Escrituras. Estábamos decididos a seguir lo que dijera la Biblia; si las doctrinas católicas la contradecían, las rechazaríamos.

Vimos que Jesús dijo: *“Venid a mí”*, y que en los Evangelios se nos dice que oremos a nuestro Padre en el nombre de Jesús, nunca a un santo ni a María. Los discípulos no oraban a Esteban, que murió muy temprano en los Hechos de los Apóstoles, ni a Santiago, que fue muerto muy pronto. ¿Por qué habrían de hacerlo si tenían al Jesús resucitado con ellos? El dijo: *“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mateo 18:20). Oraban a Jesús, oraban al Padre, tenían la guía del Espíritu Santo y obedecían los mandamientos de Dios.

En la India descubrimos que el catecismo católico había cambiado los Diez Mandamientos respecto de lo que estaban en la Biblia. En el catecismo católico romano, el primer mandamiento está como en las Escrituras. El segundo mandamiento en el catecismo es: *“No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano”*. Este es un cambio completo en relación a la Biblia. El tercer mandamiento de la Biblia ha sido puesto en segundo lugar. El segundo mandamiento original que se encuentra en la Biblia ha sido descartado. Prácticamente todos los catecismos descartan el segundo mandamiento de la Biblia. Por ejemplo el Nuevo Catecismo de Baltimore, Pregunta 195, responde: “Los mandamientos de Dios son los diez que siguen: (1) *Yo soy el Señor tu Dios, no tendrás dioses ajenos delante de mí*; (2) *No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano*”, etc.

### **En la Biblia, el segundo mandamiento declara:**

*“No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que está arriba en el cielo, ni en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinará a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos”* (Exodo 20:4-6).

Dios nos prohíbe inclinarnos ante ellas y adorarlas, sin embargo hay figuras del mismo papa inclinándose y besando imágenes.

Nos molestaba que este mandamiento había sido descartado del catecismo. Entonces nos preguntamos, ¿cómo es que lo mismo hay diez mandamientos en el catecismo? Lo que hace el catecismo es dividir el último mandamiento (antes el décimo, ahora dividido entre el noveno y el décimo), "*No codiciarás la mujer de tu prójimo*" está separado del de no codiciar los bienes del prójimo. Esta es una verdadera distorsión de la Biblia. Estaba descubriendo dogmas y doctrinas que contradecían directamente las Escrituras.

### **María y la Misa**

También investigamos la doctrina de la Inmaculada Concepción. Esta se define como "la doctrina de que María fue concebida sin pecado; desde el primer momento de la concepción no había pecado allí". Esto contradice Romanos 3:23 que dice "*Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios*". Aquí tenemos una doctrina y una tradición que se ha ido pasando y definiendo solemnemente como verdad infalible, pero contradice lo que está en la Biblia.

Luego llegamos a las principales zonas de conflicto. Tenía que ver con el sacrificio de la misa. La posición católica oficial sobre el sacrificio de la misa es que es la continuación del sacrificio del Calvario. El Concilio de Trento lo ha definido así:

"En este divino sacrificio, que se celebra en la misa, Cristo está contenido e inmolado sin sangre, el que en el altar de la cruz 'se ofreció a sí mismo' con derramamiento de sangre (Hebreos 9:27), el Santo Sínodo enseña que esto es verdaderamente propiciatorio . . . Porque es una y la misma víctima, el mismo que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes con el que se ofreció a sí mismo en la cruz, lo único que varía es la forma del sacrificio . . ." (Denzinger 940).

Algunas personas dirán que el Concilio de Trento ya no es válido y que las cosas han cambiado. Pero el Cardenal Ratzinger, cabeza de la Congregación para la Doctrina de la Fe (que es el antiguo Santo Oficio), en un libro llamado Informe Ratzinger dijo: "Así mismo es imposible decidir a favor de Trento y Vaticano I y en contra de Vaticano II. Quien rechaza el Vaticano II niega la autoridad que sostiene los otros dos concilios y los separa de sus bases". El catecismo dice lo mismo, que la misa es el mismo sacrificio que el de la cruz. Por ejemplo el Nuevo Catecismo de Baltimore dice: "La misa es el mismo sacrificio de la cruz porque en la misa la víctima es la misma y el sacerdote principal es el mismo, Jesucristo". Sin embargo en Hebreos 10:18 dice: "*Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado*". Las Escrituras lo dejan muy en claro. En efecto, ocho veces en cuatro capítulos, comenzando en el capítulo siete de la carta a los Hebreos dice "*una vez para siempre*" hubo un sacrificio por el pecado, ¡una vez para siempre!

### **Sacrificio acabado**

Cualquiera que haya asistido a la misa en la Iglesia Católica recordará la oración pronunciada por el sacerdote "Oremos hermanos, para que nuestro sacrificio sea aceptable para Dios, el Padre Todopoderoso". Esta es una oración muy importante. La gente responde diciendo lo mismo, pidiendo que los sacrificios sean aceptables

para Dios. Pero esto es contrario a la Palabra de Dios porque el sacrificio ya ha sido aceptado. Cuando Jesús estaba sobre la cruz, dijo: "*Consumado es*" (Juan 19:30) y sabemos que fue consumado porque Jesús fue aceptado por el Padre y lo levantó de entre los muertos y ahora está sentado a la diestra del Padre. La Buena Nueva que predicamos es que Jesús ha resucitado de entre los muertos, que su sacrificio ha sido completo, y que ha pagado por todos los pecados. Cuando por medio de la gracia de Dios lo aceptamos como el sacrificio acabado por nuestros pecados, somos salvos y tenemos vida eterna.

Una conmemoración es un recuerdo de algo que alguien ha hecho por nosotros. Jesús dijo: "*Haced esto en memoria de mí*". De modo que cualquiera que está leyendo esto o cualquier sacerdote que está diciendo misa, debe considerar seriamente el error de la oración "Oremos hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio sea aceptable. . ." El sacrificio ha sido aceptado como fue realizado. Lo que debemos hacer al participar del servicio de comunión es hacerlo en memoria de lo que Jesús ha hecho. Vemos que el sacrificio que Jesús ha hecho en la cruz es suficiente y definitivo. No se le puede agregar ni quitar nada.

### **¿Puede la misa expiar el pecado?**

La Iglesia Católica dice que la misa es un sacrificio propiciatorio eficaz para quitar los pecados de quienes viven y de los muertos. Es por eso, hasta el día de hoy, incluso cuando algunas personas dicen que la iglesia en algunas partes no cree en el purgatorio, prácticamente cada misa que se dice es por alguien que ha muerto. Se cree que la misa acortará su estancia en el purgatorio. Por eso es que se hacen misas por los muertos. Cuando una persona muere sigue inmediatamente el juicio "*Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio*" (Hebreos 9:27). Si son salvos, van directamente al cielo, si siguen en pecado, van al infierno. No hay nada que pueda cambiar a alguien del infierno al cielo. Sin embargo la Iglesia Católica cree que la misa, siendo un sacrificio propiciatorio, disminuirá el tiempo en el purgatorio. Pero todo el sufrimiento y la expiación que se haya hecho por los pecados fue cumplido por Jesús en la cruz y debemos aceptar esta verdad. Necesitamos recibir la vida eterna y nacer de nuevo mientras estamos vivos. No hay evidencia bíblica que apoye la idea de que después de la muerte podemos experimentar algún tipo de cambio.

### **Justos delante de Dios**

Luego comenzamos a estudiar lo que la Iglesia Católica enseña sobre la salvación. La doctrina de la Iglesia Católica es que podemos ser salvos por ser bautizados de niños. La ley canónica actual dice: "El bautismo, la puerta a los sacramentos, necesario para la salvación, de hecho, o al menos en intención, por medio del cual los hombres y las mujeres son liberados de sus pecados, renacidos como hijos de Dios, conformados a Cristo. . ." (Canon 849). Lo que eso significa es que la Iglesia Católica dice que cuando un bebé es bautizado, es salvo y tiene vida eterna en virtud de su bautismo. Pero eso no es cierto. Jesús jamás dijo algo así, ni hay una sola palabra en la Biblia sobre eso. ¡No hay un limbo! Jesús dijo: "Dejad a los niños venir a mí. . ." La

Biblia siempre dice que somos salvados por aceptar que Cristo Jesús pagó completamente el precio por nuestro pecado para que su justicia delante de Dios sea la nuestra. *"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él"* (2 Corintios 5:21).

### **¿La obra de Cristo o las obras?**

La Iglesia Católica también dice que para ser salvos hay que cumplir sus leyes, reglas y decretos. Y si se violan estas leyes (por ejemplo con el control de la natalidad, los ayunos, la asistencia a misa todos los domingos), entonces se comete pecado. La Iglesia Católica dice en la ley canónica actual que si se comete un pecado grave, ese pecado debe ser perdonado mediante la confesión a un sacerdote: "La confesión individual e integral y la absolución constituyen la única manera común por la que la persona fiel que tiene conciencia de su pecado, se puede reconciliar con Dios y con la Iglesia . . ." (Canon 960g). La Iglesia Católica dice que esa es la forma de obtener el perdón de pecados, la forma común de obtener el perdón de pecados. La Biblia dice que si nos arrepentimos de corazón y creemos en su sacrificio acabado, somos salvos. Somos salvados por gracia, no por nuestras obras. La Iglesia Católica agrega las obras, ya que hay que hacer esas cosas específicas para ser salvos, mientras que la Biblia dice en Efesios 2:8-9 que es por gracia que somos salvos, no por las obras. La Biblia deja bien claro que somos salvos por gracia. Es un don libre dado por Dios, no por obras que hagamos. *"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe"* (Efesios 2:8-9). *"Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la obra ya no es obra"* (Romanos 11:6).

### **Dejo India y más. . .**

Examinamos ésta y muchas otras doctrinas mientras estuvimos en la India, y cuando me fui, sabía que ya no podría representar a la Iglesia Católica. Comencé a ver que los dogmas católicos romanos que contradicen las Escrituras están tan enraizados que no se pueden cambiar.

El movimiento carismático hoy en día ha vuelto a los dogmas y doctrinas fundamentales de Roma. Los mantiene y se aferra a ellos, de modo que todo el movimiento ha sido completamente debilitado. El movimiento carismático católico no es una corriente de aire fresco que sople en la iglesia, cambiando todo mediante la vuelta a la Biblia. No puede haber vuelta a la Biblia porque la Iglesia Católica no le permitirá ir tan lejos. La Iglesia Católica no renunciará a la misa para que vuelva a ser una conmemoración como dijo Jesús. Siempre insistirá en que la misa es una continuación permanente del sacrificio de Jesús. La Iglesia Católica no renunciará al dogma de que los bebés son renacidos y reciben la vida eterna en el bautismo, incluso cuando el bautismo infantil no se practicaba en la iglesia primitiva. No comenzó hasta el siglo III y no se practicó universalmente hasta el siglo V. La Iglesia Católica no renunciará a los otros requerimientos que ha puesto sobre la gente.

Ahora, yo amo sinceramente a los católicos y quiero ayudarlos. Quiero ayudarlos a encontrar la libertad de la salvación y la vida y las bendiciones que vienen por seguir las Escrituras. Y no tengo nada en contra de ningún católico ni de ningún sacerdote; son los dogmas y las doctrinas los que los tienen atados. Dios mismo quiere desatarlos. En el capítulo siete de Marcos, Jesús dijo: *"Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres. . ."* Ese es el mismo problema que enfrentamos ahora. Las tradiciones destruyen la propia Palabra de Dios porque contradicen sus verdades.

Cuando dejé la India y volví a casa, sabía que enfrentaría el cambio más grande de mi vida. Era un período de gran conflicto para mí porque había creído completamente en la Iglesia Católica Romana y la había servido durante gran parte de mi vida. Sabía que al volver debería dejar la iglesia de Roma.

Soy un hombre libre porque su Verdad me ha liberado. Ya no camino más con un pie en la Biblia y otro en la tradición. Camino basado en la absoluta autoridad de su Palabra escrita. Sigo las Escrituras como la única fuente de autoridad para la verdad revelada. Jesús dijo: *"Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad"* (Juan 17:17).

### **Mis padres y la Providencia**

En ese tiempo estaba experimentando mucho sufrimiento. Volví a mi hogar con mis padres, ambos tenían más de ochenta años, y una noche tuvimos una conversación seria. Les dije lo que pensaba hacer; les dije que era salvo por la gracia de Dios y que dejaría la Iglesia Católica por motivos doctrinales. Hubo una larga pausa y luego mi padre dijo, hablando lentamente: "Bob, sabes, tu madre y yo hemos estado pensando lo mismo". Fueron una vez más a la misa y volvieron diciendo: "¿Sabes lo que es un altar en el frente de la iglesia? Un altar es un lugar para el sacrificio". Luego dijo: "Veo claramente que ahora no hay más sacrificio". Tanto mi padre como mi madre comenzaron a leer la Biblia y a seguirla. Mi madre murió en 1989 leyendo la Palabra de Dios y con la paz y la seguridad de su vida eterna y de que estaría para siempre con el Señor.

El 6 de junio de 1992 Dios me dio el regalo más grande que le puede dar a una persona después de la salvación, mi hermosa esposa, Joan. Mi padre murió en 1993, con una oración en sus labios por los que dejaba atrás. Había escrito su propio testimonio sobre la gracia de Dios, y aunque estaba bastante anciano había testificado a otros incluso en el hogar de retiro.

### **La Biblia—La autoridad de la verdad**

En 1987 dejé formalmente la Iglesia Católica mediante una carta de renuncia y luego mantuve una correspondencia de ida y vuelta con mis antiguos superiores porque quería darles mi testimonio a todos. Terminé escribiendo a Roma antes de salir. Lo hice así porque quería testificar ante todos y explicarles los motivos de mi partida. Quería seguir la Biblia. El papa, a quien se considera el líder de la cristiandad, se aferra a cosas que contradicen la Biblia. Es muy importante que todos sepan que en el Código de la Ley Canónica, el Canon 333 dice: "No hay apelación ni recurso

contra una decisión o decreto del Pontífice de Roma". Eso significa que el papa tiene poder y autoridad absolutos. Está resumido en el Canon 749, "El Supremo Pontífice, en virtud de su oficio, posee la autoridad infalible para la enseñanza cuando como pastor y maestro supremo de todos los fieles . . . proclama en un acto definitivo que una doctrina, fe o costumbre debe ser sostenida como tal".

Lamentablemente, el papa está sosteniendo cosas que contradicen la Biblia y ahora está hablando con mucha dureza contra los evangélicos de América del Sur como si fueran enemigos de la Biblia. Se queja contra ellos y dice que están socavando la iglesia, pero la razón por la que se les oponen es que están a favor de la autoridad definitiva de las Escrituras y no quieren estar bajo la autoridad papal.

Toda la posición del papa viene básicamente de un malentendido de la Escritura misma, en el libro de Mateo. Jesús dijo: ". . . *tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia*". Tenemos que estudiar esto cuidadosamente. ¿De qué roca está hablando? Justo antes de eso, Jesús había preguntado a sus discípulos: "*¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?*" Pedro habló diciendo: "*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*". Entonces Jesús dijo: ". . . *porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos*". Y luego dijo estas palabras: ". . . *tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia*". La iglesia de Jesucristo está fundada sobre la Roca que es Jesucristo. Pedro ha recibido la revelación de Dios, y todo verdadero creyente que ha nacido de nuevo recibe la revelación de quién es Jesucristo. Su sangre derramada en la cruz borró nuestros pecados, y cuando nos arrepentimos y confiamos solamente en El, tenemos vida eterna en El y viviremos y reinaremos con Jesús para siempre jamás: Cristo es el cimiento, la piedra fundamental, la Roca. La roca no es el primer Pedro a quien Jesús escogió como discípulo con todos sus fracasos y demás, ni lo es el papa de hoy. La Roca es Cristo Jesús. Como el mismo Pedro lo dijo: "*He aquí, pongo en Sión la principal piedra de ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en ella no será avergonzado*" (1 Pedro 2:6). Por su gracia Dios me lo reveló también a mí y ahora apoyo y construyo toda mi vida sobre esa roca, Jesús, que murió para borrar mi pecado y darme vida eterna.

### **Actualmente**

Ahora soy ministro ordenado, estoy en comunión con otros de la fe bíblica. No sigan al montón; más bien procuren entrar por la puerta angosta. No se sientan molestos por la proclamación del evangelio de la gracia de Dios. No hay otra forma de ser salvo. Sin la gracia de Dios todos nosotros estamos perdidos y sin esperanza. No tenemos nada propio para ofrecer a Dios. Como dice un himno: "Traigo las manos vacías, sencillamente me aferro a tu cruz".

Arrepiéntanse de tratar de hacer cualquier cosa para merecer el cielo. Confíen solamente en la sangre vertida por Cristo. La gracia es el favor de Dios que nos da lo que no merecemos. En tanto que Dios los justifica mediante la justificación de Cristo, alábenlo y hagan todas estas cosas "*para la alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado*" (Efesios 1:6).



## Las Buenas Nuevas

Estas son las Buenas Nuevas que quiero compartir con todos los lectores. Cuando uno se arrepiente y acepta que Jesús murió personalmente por sus pecados en la cruz, su vida es suya por fe; *"mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia"* (Romanos 4:5). Oren a Dios para no transigir. Pídanle al Señor que los santifique en su verdad. Su palabra bíblica es verdad. Oren para que se mantengan firmes y valientes a favor de su Palabra escrita solamente, y para que puedan proclamar como el salmista: *"Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino"* (Salmos 119:105). En una era de transigencia oren como el Señor Jesucristo mismo y los apóstoles, que su autoridad final sea la Palabra escrita de Dios. Rechacen cualquier tentación de ceder, como lo hizo el mismo Señor, con dos poderosas palabras: "ESCRITO ESTA".

Inmediatamente después de abandonar el sacerdocio y la Iglesia Católica, comenzó a trabajar como un evangelista en los Estados Unidos y también en Centro y Sudamérica. En 1992 sufrió una seria parálisis después de una operación en la espalda. La forma en que soporta con gozo este gran impedimento físico es en sí mismo un testimonio a la gracia de Dios. Actualmente es evangelista y anfitrión de un programa de radio cristiana que continúa predicando la palabra del evangelio.

Traducido por Dante Rosso

## **9. Me llamó el Señor**

*Cipriano Valdés Jaimes*

No cabe dudas de que usted y yo, en una u otra ocasión, hemos visto a un hombre vestido de un manto largo negro, a veces blanco, caminando con sus manos cruzadas y con una serena expresión en su rostro. Nuestra primera idea puede haber sido de que estábamos mirando a “un dios vestido como un hombre”, para usar una expresión común en ciertos círculos. En realidad, era un sacerdote católico romano, una figura en un velo de misterio.

Yo, Cipriano Valdés Jaimes, era uno de estos sacerdotes. Nací en Michoacán, Méjico, en una familia católica devota, y recibí mi educación primaria bajo la mirada vigilante de los que me enseñaron a observar la frecuente confesión y la comunión diaria. Cuando llegué a la edad de doce años, llamé a la puerta del Seminario Diocesano en Chilapa, en el estado de Guerrero. Durante cinco largos años estudié el latín de Cicerón y Virgilio. Por tres años mi mente fue llenada de la filosofía de los escritores griegos. Con gran cuidado me sometieron a la enseñanza de teología donde aprendí los dogmas del romanismo. Finalmente, el 18 de octubre de 1951, el día de San Lucas el Evangelista, fui ordenado sacerdote.

### **Sinceramente engañado**

En ese día, mediante la imposición de las manos del obispo, se me otorgaron los poderes increíbles, engañosos y falsos que la Iglesia Católica Romana pretende dar a un hombre para engañar a otros. Se me otorgó la capacidad de perdonar los pecados de los hombres, tanto adentro como afuera del horrible confesionario. En ese día recibí el poder de sacrificar a Cristo una y otra vez en un altar a mi gusto y antojo. Ahora podía librar almas del purgatorio, un lugar inventado por Roma, mediante un ritual mentiroso y lucrativo. Esta es la innegable enseñanza de la Iglesia Romana de que antes de ir al cielo las almas de los hombres deben pasar a través de dicho lago de fuego. ¡Cuán lejos de la verdad! ¡Qué error! No obstante, eso es lo que yo creía como resultado de la obra penetrante y meticulosa en Dogmática y Teología Moral. Por tanto, cuando se me dijo que tenía poder para perdonar los pecados de mis congéneres, acepté el hecho de todo corazón, sin darme cuenta de que perdonar pecados es un atributo divino. Esto no puede delegarse a un hombre. La Escritura dice: “*Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados*” (Isaías 43:25); “*¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?*” (Marcos 2:7). Durante veinte años en el sacerdocio católico romano yo participé en esta práctica ridícula, vergonzosa y antibíblica de escuchar diariamente a las flaquezas de la sociedad, incluyendo a militares, profesionales y políticos. Yo era el director espiritual en las escuelas. Durante un año ocupé el cargo de Cura Párroco Adjunto, y durante diecinueve años fui Cura Párroco. Tenía sacerdotes asistentes y de confianza que me ayudaban a llevar a cabo mis absurdas obligaciones.

### **Cristo fue sacrificado una sola vez, por todos**

A fin de repetir el sacrificio no cruento de Cristo sobre el altar, se me había dado el poder de convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre mediante las palabras mágicas de la consagración. Con gozo y profundo respeto acepté esa autoridad. En mis manos se hallaría al mismo Creador del universo, el Dios eterno, hecho hombre por nosotros. ¿Es posible que durante veinte años continué sacrificando a Cristo? Y lo hice hasta cuatro veces los domingos. Qué parodia más asombrosa y vergonzosa era esto para mí y para todos los que tomaban parte en lo que Roma llama la Misa. El hombre jamás podría repetir la obra de Cristo en la cruz. Pensar que puede hacerlo es una invención del diablo. En Romanos 6:9, la Biblia dice, “*Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se*

*enseñorea más de él*". Entonces, ¿cómo puede un sacerdote hacer que él muera una muerte no cruenta [sin sangre]? Hebreos 9:22 declara que "...sin derramamiento de sangre no se hace remisión". Por tanto, ¿que se logra con la misa? ¿Purifica y libra almas del purgatorio? La Biblia declara, "...y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1 Juan 1:7).

### **Dios es Espíritu**

El dogma católico dice que en cada partícula del pan consagrado y en el vino consagrado están presentes el cuerpo y la sangre del divino Jesucristo. ¡Qué falsedad! Cristo dijo, "*Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*" (Mateo 18:20). Pero el sacrilegio de la mentira y el engaño llegan a su clímax cuando el sacerdote, después de la llamada consagración, eleva el pan y la copa mientras los feligreses se inclinan y golpean sus pechos o elevan la vista hacia el cielo, y exclaman: "*Señor mío y Dios mío*". Esto es idolatría, la adoración de materia creada. Dios no es un pedazo de pan. "*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*" (Juan 4:24).

### **Tradición versus Verdad**

Pero yo creía, enseñaba, predicaba y defendía la doctrina de Roma aunque estuviera de acuerdo con la Palabra de Dios o no. Para mí, en esa época, la Iglesia con sus concilios y sus tradiciones estaban antes que las Sagradas Escrituras. La voz del papa tenía más autoridad que la del Espíritu Santo. ¿No era la Iglesia de Roma la sola y única que los hombres estaban obligados a creer y obedecer? Por esa razón, yo, como lo hizo Pablo, perseguí activamente la Iglesia de Dios (Gálatas 1:13). En sus propios lugares de culto desafié a los pastores evangélicos, Protestantes como se les llamaba en el catolicismo romano oficial. Los insulté, los humillé y los obligué a salir de sus parroquias donde yo era señor y amo. No sé cuánta de la literatura de ellos logré destruir. Recuerdo un incidente particularmente vergonzoso. Yo, junto con algunos hombres (¿devotos?), vinimos al encuentro de una mujer cristiana rodeada de un grupo que la escuchaba atentamente mientras ella les presentaba la palabra de Dios. Me abrí paso a la fuerza hasta el centro de la multitud y comencé a ridiculizarla y humillarla y a la obra que estaba haciendo como una sierva de Dios. Amenacé a la multitud que la rodeaba diciéndoles que morirían sin los sacramentos de la Santa Madre Iglesia. Ordené a los que estaban conmigo que juntaran todas las Biblias que se habían distribuido, porque eran falsas. No tenían el sello de aprobación de la verdadera Iglesia, el NIHIL OBSTAT, o el IMPRIMATUR. Se recogieron sesenta y seis Biblias, que hacía poco habían sido impresas, y con mis propias manos las destruí y las eché a las llamas. No obstante lo hice todo por ignorancia. Mi Salvador dice, "*El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero*" (Juan 12:48).

### **Llamado por Dios**

"*Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia*" (Gálatas 1:15). Oí dentro de mí su voz diciendo, "Cipriano, aquí no es donde tú perteneces. Deja todo esto". Yo simplemente obedecí y salí. El obispo me llamó y yo regresé a mi parroquia, ofreciendo alguna de las bien gastadas excusas. No obstante, la voz del Señor continuó insistiendo. Mientras yo escuchaba las confesiones, me dijo, "No escuches a las debilidades de los otros. Tú no las puedes perdonar de ninguna manera". Cuando celebraba misa o bautizaba a niños, su voz me interrumpía. Abandoné mi cargo por segunda vez, y el obispo me llamó de vuelta otra vez. Y todavía la irresistible voz de Dios que no me dejaba en paz. Al fin no pude aguantar más. Fui a la oficina del obispo y le anuncié que iba a

abandonar la iglesia. Me contestó, “¿Qué estás diciendo? ¿Que te vas de la iglesia? Si no eres feliz en esta parroquia te voy a conseguir una mejor”. Mi respuesta fue, “No, lo que estoy tratando de decirle es que no quiero tener más nada que ver con la Iglesia”. El obispo reaccionó con, “¿Qué vas a hacer? ¿Adónde vas a ir?” Y yo simplemente respondí, “No sé lo que voy a hacer, ni adónde voy a ir. Todo lo que sé es que tengo que irme de aquí”. Irritado, el obispo se paró y trajo algunos formularios para que los llenara solicitando mi salida de Roma. Su disgusto no era tanto conmigo personalmente sino porque iba a perder a un hombre con dieciocho años de estudio y veinte años de experiencia. No fui despedido del sacerdocio en la Iglesia romana; lo abandoné porque EL SEÑOR ME LLAMO.

### **Salvado por la obra de Cristo solamente**

Un mes después estaba en la ciudad de Tijuana, Baja California, Méjico. Allí el Señor tenía un misionero, bajo la guía del Espíritu Santo, preparado para mostrarme a Cristo como el único Salvador. Finalmente, pude entender la Escritura que dice, *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Juan 3:16). He confiado en Cristo; lo he recibido como mi Salvador y como Señor de mi vida. Y debido a esto yo sé que tengo vida eterna. Un hombre no entra al cielo debido a sus obras o sus sacrificios o sus virtudes, grandes como éstas pudieran ser. El único camino al Padre es mediante los méritos ilimitados de Cristo. Ninguna ceremonia, ningún ritual, ningún sacramento puede salvar a un hombre.

Estimado lector, ruego que el Espíritu de Dios la otorgue luz, sabiduría y entendimiento para que después de leer mi testimonio se dé cuenta de que la única razón que he dado es para que usted sepa que Dios puede cambiar el criterio, el corazón y la vida de cualquier hombre, no importa cuál sea su condición moral o espiritual. Él me cambió a mí; Él puede cambiarlo a usted. No he proclamado estas verdades para ofenderlo a usted ni a ningún otro. Hay amor en mi corazón y en mi vida porque soy un cristiano nacido de nuevo. Reconozca el hecho de que usted es pecador y confiese sus pecados directamente a Dios tal como yo lo hice un día. Pida a Dios que le perdone sus pecados. Invite a Cristo para que entre en su corazón y su vida, y él le dará la vida eterna. Ahora predico el evangelio en iglesias, en lugares públicos, en prisiones y hogares privados.

Cipriano Valdes Jaimes ministra en Centro y Sudamérica en su propia lengua materna; y también en diferentes partes de los Estados Unidos. También trabaja con Bartholomew Brewer y la “Misión Internacional para Católicos”.

## **11. Por qué dejé el monasterio**

### ***Miguel Carvajal***

Eran las cuatro de la mañana. Puse la mayor cantidad posible de ropa y otros artículos en una maleta. Había tomado la decisión de dejar el monasterio. Abrí con cuidado la puerta de mi habitación sin encender una luz, porque podría resultar peligroso que me descubrieran saliendo furtivamente del monasterio.

Fui a una iglesia católica de un pequeño pueblo. No sabiendo qué curso seguir, entré a la iglesia. El candelabro ardía frente al altar principal. Caminé en puntas de pie por la nave, y allí decidí seguir por una puerta lateral que conducía a un patio silencioso. No tenía a dónde ir, y pensaba que tal vez lo privado del lugar me daría tiempo para pensar el siguiente paso. Me había quitado el hábito franciscano y vestía ropa civil.

Me convertí a los 32 años. Ahora me siento feliz en mi relación con mi Salvador. Me dieron el nombre de Fraile Fernando mientras estaba en el monasterio, pero ahora tengo mi verdadero nombre, Miguel Carvajal. Antes de explicar mi conversión, éste es el orden de los acontecimientos. Luego de dejar el monasterio, brilló para mí un nuevo día de libertad. Había llegado a la encrucijada de la vida y cerrado la puerta a la oscuridad detrás de mí. Me había decidido finalmente que tomaría el camino de la vida.

### **La fría incertidumbre del futuro**

Deben saber que no fue asunto fácil cerrar la puerta tras mío. Surgieron dudas; la lucha fue grande, pero no debía volver a la esclavitud de la iglesia católica. Todo eso ocurrió mientras estaba todavía en ese patio. Cuando salí de allí y pisé la calle del pequeño pueblo, el viento helado del volcán Cayambe, de seis mil metros de altura, casi me paralizó el cuerpo. El frío y el temor al futuro me invadieron.

Había encontrado la libertad, pero mi problema era dónde ir ahora. Miré por última vez la pequeña ventana de mi cuarto en el monasterio, recordando las dudas, luchas, oraciones y el estudio en busca de paz para mi alma. Las paredes del monasterio eran testigos de mi desesperación cuando estaba confundido, y pensaba que tal vez Dios no perdonaría jamás mis pecados. Encontraba que los sacrificios y el ayuno no bastaban; lo único que daría resultado sería la experiencia del nuevo nacimiento. *“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto os digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”* (Juan 3:3).

Crucé la plaza del pueblo, sabiendo que el obispo y los sacerdotes vivían allí y no debían verme. Mis pensamientos se dirigían hacia el futuro, y caminé rápidamente por las calles vacías. Estaba cansado y tenía la respiración entrecortada mientras subía y bajaba las lomas con mi maleta al hombro. Me dirigía a la casa de mi madre en Quito. Escuché las campanas de la iglesia del pueblo que había dejado. Afligido, me senté y lloré. La tentación de volver casi me agobiaba. El sol estaba saliendo en el cielo ecuatorial.

Había vivido diez años en el monasterio. Pensaba en los estudiantes, sacerdotes y monjes del monasterio y en cómo había compartido con ellos todos los problemas de la vida, había conocido a los monjes buenos y a los malos, sus deseos, conversaciones y secretos, y en la escasa ración de comida que compartíamos. Ansiaba que algunos de ellos hubieran venido conmigo, el camino parecía muy solitario. Por supuesto, de hacerlo hubieran tenido que enfrentar la ira de la iglesia católica. Si se iban, también ellos tendrían que enfrentar las luchas de la vida, la presión espiritual y las amenazas de la iglesia.

## **Familia herida**

Para dejar la iglesia católica uno debe estar dispuesto a aceptar el rechazo de la familia, de los parientes y amigos, y toda clase de críticas, y enfrentar una vida incierta sin empleo. Una montaña de pruebas y frustraciones se presentan ante el nuevo creyente, pero tenemos una promesa en la Biblia que nos guía: *“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”* (Juan 8:32). Preferí dejar la iglesia y ser independiente. Estaba cansado de la hipocresía y de una religión sin espiritualidad.

Finalmente llegué a un pequeño pueblo y me encontré sin dinero en la estación del ferrocarril. Como había sido sacerdote y viajaba ahora en ropa civil, no debía ser reconocido por el público. Sería muy desconcertante para la gente ver un sacerdote que—según lo entenderían ellos—había caído tan bajo. Por eso, caminé durante dos horas hasta Quito, la capital de Ecuador, y el hogar de mi madre.

## **El llanto de mi madre**

Mi madre lloró cuando supo que había dejado el monasterio. Ella no podía entender cuánto anhelaba encontrar al Salvador. Esa fue otra tentación. Decidí seguir siendo católico para complacer a mi madre, pero no regresar al monasterio.

Había estado tanto tiempo en el monasterio que me resultaba difícil ajustarme a la vida de afuera. Las costumbres de la gente son muy diferentes a las de los sacerdotes. Me sentía miserable y deprimido. Decidí buscar placer en las pasiones mundanas de la juventud, como beber, fumar, bailar y visitar lugares de baja reputación. No pensaba que eso estaba mal, porque esas cosas se perdonaban en el monasterio. Encontré trabajo como docente en un colegio católico, el que duró dos meses. Decidí seguir estudiando, pero Dios conocía mi corazón y mis planes fueron frustrados.

Tenía un amigo que trabajaba en la estación radial HCJB. Me escribió testificando de la salvación en Cristo. Me burlé de ello y le dije que los sacerdotes sabían más sobre lo que era mejor para la gente. Se me había enseñado que la iglesia protestante era mala. Un sacerdote que era mi profesor de historia en el monasterio me envió el mensaje de que si regresaba no se diría nada sobre mi partida.

## **Nueva criatura en Cristo**

A los cristianos se les llamaba evangélicos. Una tarde estaba conversando con una de las muchachas evangélicas. Hablamos alrededor de dos horas, sobre el Señor y el camino de la salvación.

*“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”* (Juan 3:16-18) y *“Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”* (Juan 20:31).

Fue en ese momento cuando creí y acepté a Jesucristo como mi Salvador personal y me convertí en una nueva criatura. Mi vida cambió, y por primera vez en mi vida experimenté la verdadera salvación del nuevo nacimiento.

Estaba absolutamente contento. Los vecinos comenzaron a ridiculizar a mi madre y decían que yo había perdido la razón. Querían obligarme a volver a la iglesia católica. No sabían que para mí todas las cosas eran nuevas.

### **La tentación de volver**

La iglesia católica estaba celebrando la Semana Santa una vez más. Me sentía confundido. La antigua vida me causaba dificultades en ese momento. Esto fue en abril de 1960. Decidí ir a Guayaquil aunque tenía muy poco dinero y no conocía a nadie allí. En Guayaquil me enfermé de malaria. Me vino a la mente la idea de volver a la casa de mi madre y al monasterio como hijo pródigo. Pero Dios envió a uno de sus siervos fieles que me llevó a su hogar y cuidó de mí.

### **Lo que quiero compartir con Ustedes**

Cuando mejoré comencé a trabajar y a servir al Señor y estudiar en el seminario. Ahora estoy contento de poder predicar la salvación del Señor y servir en la Iglesia de Berea en Ecuador. Quiero leer con ustedes las palabras del Señor en la Biblia en Juan 6:47: *“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna”*. El significado es muy claro. Sin embargo, creer solamente en Cristo es difícil porque para hacerlo primero debemos renunciar a todas las falsas tradiciones humanas y religiosas, y depositar nuestra fe exclusivamente en Jesús. Sobre la base de su sacrificio completo, tenemos vida eterna. Es muy importante que el católico conozca el Evangelio como se lo declara en 1 Corintios 15:3-4: *“Porque primeramente os he enseñado lo mismo que recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras”*. Si cree verdaderamente que Jesucristo pagó completamente por sus pecados, y confía en él de todo corazón, entonces es libre del pecado y tiene vida eterna.

Miguel Carvajal es pastor de una iglesia evangélica en Quito, Ecuador. Enseña sobre consejería matrimonial en un seminario local. Está involucrado en programas de radio en español desde HCJB, “La Voz de los Andes” en Quito. También viaja a las aldeas indígenas para predicar el evangelio de la salvación. Su compasión para que los católicos conozcan la verdad se ve en la versión en español del videocassette “Catolicismo: Una fe en crisis”.

## **12. Jesucristo me trajo la gracia y la verdad**

*Doctor Arnaldo Uchoa Cavalcante*

Voy a intentar resumir toda una historia de cuarenta años. Entré al seminario por voluntad libre y espontánea, deseando servir a Dios como sacerdote. Mi familia no poseía los recursos económicos para afrontar el costo de mis estudios pero, afortunadamente, un buen amigo pagó amablemente mis gastos.

Mis doce años de estudio incluyeron filosofía, teología e idiomas. Me apliqué especialmente al conocimiento de la filosofía y la Biblia.

Finalmente, el 15 de agosto de 1945, en la catedral metropolitana de Maceio, recibí la ordenación en el sacerdocio, de manos del arzobispo. Sin embargo, no recibí lo que realmente necesitaba, ¡la gracia que viene de arriba, el poder divino para predicar la Palabra de Dios con autoridad! Seguía como Tomás quien, al no creer en el poder de resurrección del Señor Jesús, necesitaba tocar con sus dedos el cuerpo de su Maestro para creer. De la misma manera yo no podía creer la Palabra que había leído y estudiado. Necesitaba una revelación especial del Señor Jesús.

### **Sacerdote, pero sin seguridad de mi salvación**

Durante nueve años, entre 1945 y 1954, practiqué el ministerio de un sacerdote en las ciudades de Maceio y Recife, administrando los “sacramentos” y predicando, pero sin paz, sin convicción, y sin sentir yo mismo la salvación en la que no podía creer. Durante este intervalo ejercí los oficios de Asistente de la arquidiócesis auxiliar, Asistente General de la arquidiócesis de los Círculos Obreros, profesor de Historia Eclesiástica y griego clásico y bíblico, profesor del colegio de Guidd De Foutgalland, del colegio de San José y finalmente del colegio Estadual de Alagoas, donde dicté filosofía.

Créame que mientras tanto en los altares, en el púlpito y en la catedral, no podía encontrar lo que buscaba. En 1954 resolví dejar la sotana, y salir en busca de paz espiritual, seguridad de la salvación para mi alma, fe en el sacrificio de Cristo y en las enseñanzas de la Biblia. La Divina Providencia es maravillosa y me preparó para bajar al valle de las bendiciones, la paz y la salvación. Mi Dios me demostró que yo valía para él, mucho más que los pajarillos o las flores del campo.

### **¿Cómo dejé mi parroquia y me quité la sotana?**

El día de mi liberación de las vestiduras negras, estaba cumpliendo el cargo de capellán de fábrica en la ciudad de Maceio. Después de haber planificado todo lo que mi conciencia me aconsejaba, salí para Recife en avión. Había comprado en una tienda algunas prendas que necesitaba para vestirme en lugar de la sotana. Quería cambiarme de prisa antes de buscar un hotel. ¿Qué haría? Tomé un coche de alquiler y le dije al conductor que debía ir a un distrito particular de la ciudad y le advertí que durante el trayecto me cambiaría de ropa. Cuando bajé del coche estaba diferente y era libre. Encontré un hotel donde pasé la noche. La mañana siguiente alcancé a ver al superior del monasterio carmelita en la calle. Logré que no me viera. Partí inmediatamente a la ciudad de Natal y de allí a otras ciudades. Debía encontrar pronto esa forma diferente de vivir que anhelaba pero, lamentablemente, vivía dominado por un sentimiento incontrolable de intolerancia hacia los evangélicos a los que llamaba protestantes. Era como Saulo de Tarso, religioso pero perseguidor de los cristianos evangélicos. Por cierto que no estaba convertido a Cristo en mi interior, y a diferencia de



Pablo, llegué a mi conversión con más demora. Tres años después me casé, el 10 de mayo de 1958 y al año siguiente nació nuestro primer hijo.

En los años que pasaron hasta 1960, mi búsqueda me llevó por diversos grupos espiritistas de Brasil, el Vardecismo y otros; siempre evitando las iglesias evangélicas. Sin embargo seguí sintiendo el mismo vacío en el alma y una ardiente sed de salvación y paz.

### **La providencia y la gracia de Dios**

En 1960 fui a Belho Horizonte y de allí a Aguai. En septiembre me embarqué hacia Campinas en busca de un mejor trabajo, y caminando por las calles del centro, pasé por el edificio de la “Iglesia del Nazareno”. Busqué la entrada y me asomé. En ese momento me sorprendió el pastor de la iglesia. Eran justamente las 12 del medio día. El pastor me recibió como si me hubiera estado esperando, y ahora lo entiendo. Estaba inspirado por la Providencia Divina. Ese encuentro resultó en una preciosa bendición para mi alma y fue decisivo en que tomé un camino nuevo e inesperado. Pocos días después traje mi familia a Campinas y llegué a comprender lo correcta que era la fe evangélica. Escuché los sermones del pastor Mosteller. El 18 de septiembre de 1960, a las 9 de la mañana, acepté plenamente y en público el verdadero Evangelio de Cristo. Esa fecha realmente pasé de muerte a vida, la vida cristiana verdadera, teniendo al Espíritu de Dios y la paz de Cristo en mi alma.

Hoy alabo al Señor, bendigo a Jesús, y predico el mensaje del Evangelio y, aunque trabajo duro, tengo gozo, paz y alegría sirviendo a mi Salvador.

*“Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23).*

*Arnaldo Uchoa Cavalcante*

## **El evangelio de la gracia en Cristo Jesús**

*Thoufic Khouri*

Un testimonio es un mensaje evangélico, un mensaje que uno recibe y desea pasar a otros, un mensaje de parte del Evangelista, y ese Evangelista es Cristo Jesús.

Este mensaje del evangelio es una historia de amor, la historia del amor entre una persona particular y Cristo Jesús, ese amor que ahora es posible gracias al amor que el Hijo de Dios ha manifestado.

Antes de seguir me gustaría orar al Padre para que nos ilumine y nos dé palabras del Espíritu Santo. "Nuestro Padre celestial, te damos gracias que nos has permitido venir a ti. Te agradezco que puedo testificar de tu maravilloso evangelio. Te suplico que me des tus palabras, palabras que den poder de vida para los que escuchan. Lo pedimos en el nombre de Jesús. Amén".

Comienzo mi testimonio con un versículo que me es muy querido: Mateo 11:28. El Señor Dios me lo dio en un momento de gran necesidad. Estaba a punto de hacer algo insensato. Entonces El tomó mi mano y me sacó de la depresión. El versículo es: "*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*".

### **En un colegio interno en Jerusalén**

Nací en el Líbano de padres católico romanos y fui inscripto en el registro de su iglesia. En enero de 1923 fui bautizado en una ceremonia de triple inmersión. Esta es la costumbre de la iglesia católica Siria. Por medio de este acto me convertí en "cristiano" y miembro de esa iglesia. Cuando tenía tres años murió mi madre, y me pusieron en un colegio interno en Jerusalén, donde permanecí hasta los trece años. Desde niño me gustaron el altar, los sacerdotes, y todo lo relacionado con el servicio sacerdotal.

La escuela estaba atendida por las Hermanas de la Misericordia. Una monja, sor Germaine, notando mi piedad y mi interés en la liturgia, insistió en que debía ser sacerdote. (Más tarde le escribí dos veces explicándole el camino de la Salvación. Después de la segunda carta, no me respondió).

### **Mis dudas en el seminario**

Cuando tenía trece años tuve que elegir entre hacer el secundario o inscribirme en el seminario para ser sacerdote. Elegí un seminario del rito sirio. Ustedes saben cómo son los seminaristas. Se los selecciona cuidadosamente y muchos son descartados y pocos los que quedan. Por supuesto, éstos todavía no son perfectos. Yo no me sentía digno del sacerdocio y le pregunté a mi prior muchas veces si podía abandonar. La respuesta era siempre la misma: "Has sido llamado por Dios y si no es así, cuando lo veamos claramente te dejaremos ir". Esto continuó durante mucho tiempo. La última vez que fui al prior con este problema fue justo antes de mi ordenación como subdiácono. Intuía las dificultades que me traería el sacerdocio,

especialmente el celibato. Después de pasar por esta ordenación, automáticamente enfrentaría la obligación del celibato de por vida.

Además había una fuerte sensación de indignidad que crecía dentro mío. No me sentía suficientemente aceptable para servir en el altar. Fue por eso que insistía firmemente a mi prior que no debía ser ordenado como subdiácono, pero yo no podía decidir por mí mismo. (Cuando uno ha llegado a este punto de preparación para el sacerdocio, los católicos consideran que es una deshonra el abandonarlo.)

Nuevamente recibí el mismo consejo: "Puedes ser ordenado sin ningún temor", y de esa manera me convertí en subdiácono y más tarde fui ordenado diácono. Una vez más fui a mis superiores y les pregunté si podía permanecer como diácono de por vida. No hice esta pregunta porque no quería seguir con mis estudios sino simplemente por mis sentimientos de indignidad en relación al sacerdocio. Quería, como Efraín el sirio, servir toda mi vida en el altar y ayudar en el sacerdocio. Mis superiores consideraron esto como una idea insensata y me forzaron a dar el último paso, el de ser ordenado sacerdote.

### **Un pequeño trozo de papel en mi corazón**

Después de mi ordenación como sacerdote las dudas continuaron. Llamaban a estas dudas "virtudes angelicales". Pero también tenía dificultades a nivel intelectual. Ya las tenía cuando estaba estudiando filosofía y especialmente teología. No podía aceptar ciertas cosas sin dificultades. Quería entender todos los dogmas y me preguntaba cómo habían surgido y qué importancia tenían. No podía mantener la incertidumbre acerca de esto. En una oportunidad mi superior me dijo: "Si tienes dificultades para creer, no te desespere; imita a tu santo patrono, San Vicente de Paul". Este había escrito en un trozo de papel el Credo y lo había enrollado. Cuando lo atacaban las dudas besaba el papel y lo apretaba contra su corazón diciendo: "Señor, no lo entiendo, pero sigo creyendo". Seguí su consejo y experimenté un breve período de paz. Sin embargo no fue lo suficientemente fuerte como para asentarme firmemente en mis creencias.

### **Diplomacia contra una dictadura**

Para ser breve, tenía dificultades disciplinarias, intelectuales y éticas. En primer lugar, tenía aversión a someter completamente mi voluntad a mis superiores. El obispo en realidad podía hacer lo que quisiera con nosotros. El efecto era que muchos hacían lo suyo usando otros medios. Esto era especialmente así en relación a las designaciones. Si uno tenía un poco de astucia y una intuición para la diplomacia, entonces uno podía evitar una designación no deseada e incluso cambiarla por algo mejor. Por ejemplo, fui designado capellán de un pequeño pueblo en el desierto. Manipulé las cosas para que esta designación fuera cancelada y en lugar de eso me nombraran profesor en un seminario.

### **El consejo de un franciscano de Getsemaní**

Esta designación trajo sus propias dificultades. Ahora tenía que tratar con todas mis fuerzas de ser un buen ejemplo para mis alumnos. Además tenía que celebrar la misa por la mañana alternando con otros sacerdotes. Eramos los únicos dos sacerdotes catedráticos en el seminario que pertenecíamos al rito sirio. Los demás eran benedictinos. Mi anhelo de una vida perfecta aumentó enormemente y buscaba obtener el poder para esto por medio de los sacramentos. Los sacramentos no me dieron el poder que buscaba. Esta desilusión me produjo una crisis. Comencé a dudar del valor y la verdad de los sacramentos. Desde ese momento en adelante comencé a considerar la renuncia al sacerdocio, no porque quisiera dejar la Iglesia Católica Romana, sino porque quería ser aliviado de la carga de mis funciones sacerdotales. Me sentía totalmente indigno de esta santa forma de vida. Hablé con mi confesor, un viejo franciscano que vivía en el claustro de Getsemaní. El siempre decía: "Mi querido muchacho, incluso los más grandes santos han tenido problemas con las tentaciones acerca de sus creencias. No hay ninguna razón válida para renunciar. Continúa tranquilamente. Es Satanás que no quiere que hagas las cosas bien".

### **El sacerdote que se envenenó**

Por esta época, un sacerdote tomó veneno y se quitó la vida. Había sido mal sacerdote, que se ocupaba de toda clase de asuntos obscenos, había sido adicto al juego y perdió la vida jugando. A veces ganaba y a veces perdía. Al final se suicidó. Comencé a considerar la posibilidad de seguir su ejemplo. Antes de quitarme la vida me abandonaría a la misericordia de Dios y le pediría que despertara en mí un perfecto acto de contrición. Ese pensamiento me daba miedo. Me sentía impotente y deprimido.

### **La atemorizante imagen de un sacerdote apóstata**

A pesar del terrible estado en que me encontraba, no me atrevía a romper con la Iglesia Católica Romana, porque entonces me convertiría en un sacerdote apóstata. Muchas veces se nos había mostrado la terrible imagen del sacerdote renegado, pero se nos había hablado solamente acerca de aquellos sacerdotes que habían sido expulsados teniendo que dejar la iglesia. No sabía que había muchos otros sacerdotes que habían dejado la iglesia porque el amor de Jesucristo los había reclamado. Dejar la Iglesia Católica Romana significaba para mí seguir el camino de Renan, o como los ex sacerdotes DeLammenais y Loisy. Esos sacerdotes eran pintados como monstruosos ejemplos de orgullo o como esclavos de instintos animales. Nunca querría convertirme en uno de ellos.

### **Quería suicidarme**

Aun así, estaba en un estado crítico y necesitaba ayuda urgente. Un día fui a la iglesia de mi parroquia y golpeé el altar suplicando: "Señor, si realmente estás aquí ahora, ayúdame por favor". Pero no recibí ninguna ayuda, todo lo contrario. Repentinamente comprendí que había cometido otro pecado contra mi fe porque había dicho "Si realmente estás aquí ahora..." Había expresado dudas en relación al

dogma de la presencia real y de la transustanciación de Cristo en la hostia. Cuando uno duda deliberadamente un dogma católico romano es pecado mortal. Volví a mi habitación muy deprimido y nuevamente comencé a pensar en la posibilidad de quitarme la vida y sumergirme en la eternidad, pero no me atreví.

### **Repentinamente TUVE que orar**

Repentinamente sentí un fuerte deseo de orar, pero no las oraciones de mi breviario sirio. Quería acercarme a Dios en oración personal desde la profundidad de mi corazón. Me arrodillé y dije: "Señor, no quiero ser un apóstata y además temo perder toda mi fe. Por eso oro ahora para que me dejes morir mientras todavía tengo fe en Ti, en tu Hijo Jesucristo, en su Santo Espíritu, y en tu Santa Iglesia y en todo lo que ella me enseña".

### **Jesús me habla desde las Escrituras**

Muy poco después sentí el impulso de abrir mi Nuevo Testamento. Tenía varias clases de Biblias en árabe, arameo, latín y francés. Pero en realidad nunca la había leído a conciencia, es decir, tomándola con un corazón necesitado. No tenía reverencia por la Palabra de Dios ni respeto por este libro del Señor. Nunca había tenido tiempo ni inclinación por el mismo porque nunca había tenido expectativas para mi alma. Ese día abrí mi Biblia y mis ojos se posaron en Mateo 11:28: "*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*". Desde el punto de vista humano eso era accidental, pero era Dios que tiene todo en sus manos y que dirige todo quien había preparado ese texto para mí. No leía esas palabras por primera vez. Muchas veces las había leído de mi breviario y en la misa, pero no significaban nada para mí. Ese día aquellas palabras fueron un mensaje personal de Jesús para mí. Luego oré por segunda vez y dije: "Señor, te tomo la Palabra. Eres tú que me está llamando. Aquí estoy. Prometiste tomar mis cargas. Bueno, aquí están. Quítalas y libérame de ellas". Recibí algo de alivio pero por entonces no conocía a Jesús como mi Salvador personal.

### **De vuelta a la rutina, el cansancio y el dolor**

Poco después tuve que volver a mi trabajo de rutina como sacerdote –la celebración de la misa y escuchar las confesiones--. Nuevamente administré los sacramentos en el orfanatorio con sus trescientos huérfanos. La gente de la parroquia nuevamente demandó mi atención. Mi vida triste y cansada continuaba.

### **Un plan insensato**

Un día me recordé a mí mismo que la primera vez que había recibido cierta luz había sido a través de la Biblia. ¿Por qué no ir a la Casa de la Biblia en Beirut para preguntar acerca de un libro sobre religiones comparadas? Cuando pienso en esto tengo que sonreír por haber sido tan ingenuo. Estaba buscando un libro que hablara sobre diversas religiones para poder elegir la que más me convenía.

Les cuento todo esto a modo de ejemplo para que vean cómo un sacerdote católico romano puede estar lejos de la verdad. Nunca había conocido una religión

personal viva. Estaba buscando algo difícil. Quería elegir entre el islam, el budismo, el confucianismo, el hinduismo, la iglesia griega ortodoxa y el protestantismo. Para mí todas tenían el mismo valor. Quería elegir entre ellas pero es evidente que sólo quería hacer una elección intelectual.

### **Me hablaron sólo de Jesús**

Cuando fui a la Casa de la Biblia en Beirut con mi hábito sacerdotal, estaba muy conciente de estar visitando "herejes". Toqué el timbre y pedí un libro sobre religiones. Recibí una amistosa bienvenida. Conversaron conmigo, me ayudaron especialmente, oraron por mí. Esa fue la primera vez que oré con protestantes. Por supuesto querrán saber sobre qué hablamos. Bueno, no fue sobre otras religiones o sobre la iglesia, sino solamente sobre Jesucristo. Agradezco al Señor que los inspiró para que me hablaran sobre su Hijo. Me alegró escucharlos. Me dieron un folleto llamado "Hacia la seguridad". Estaba impreso en Suiza y contenía algunos versículos bíblicos con ilustraciones y referencias.

### **Por gracia, salvación sólo por Cristo**

Llevé ese sencillo folleto a mi habitación y leí un poco cada día. Así comencé a entender el mensaje del evangelio. Llegué a una decisión que había sido preparada mucho tiempo bajo la dirección de Dios. Mi vida estaba madurando con la lectura y la meditación de ese folleto y de la Palabra de Dios. Me arrodillé para confiar sólo en Jesús. Por la gracia de Dios todo en mí estaba abierto para recibirlo. Cerré mis ojos humanos y los ojos de mi mente y abrí sólo los ojos de mi corazón en fe y amor, y le dije al Señor: "Jesús, sólo tú eres el Salvador, tu nombre significa Salvador. Te acepto como mi Salvador, y desde este momento no edificaré sobre otra cosa excepto tú. De ahora en adelante buscaré mi salvación sólo en ti".

Así es que ocurrió el milagro, ese que tanto necesitaba: un nacimiento espiritual. Me convertí en una nueva criatura, un hijo de Dios. Exteriormente seguía siendo un católico romano, seguía vistiendo el hábito sacerdotal. Los libros en mi habitación seguían siendo católicos romanos. Interiormente, sin embargo, ya no era un católico romano. Interiormente me había convertido en cristiano. También en mi manera de pensar seguía siendo católico, porque tantos años de enseñanza escolástica pseudobíblica son difíciles de descartar. En mi espíritu, el Espíritu de Dios me daba testimonio de que había llegado a ser un hijo de Dios. *"Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios"* (Romanos 8:15 y 16).

### **Hablo con mi obispo**

Con esta nueva vida interior comencé a reorientar mi vida y tuve el valor de dejar la iglesia sin temor, sin escenas y sin herir a nadie. Le dije a mi obispo: "Monseñor, quiero dejar la iglesia". Dejé de celebrar la misa. Entonces el obispo me citó y me preguntó el motivo. Para entonces había estudiado mucho la Biblia y era alimento para mi alma. Leía especialmente los Salmos y el Nuevo Testamento, y así fue como

pude dar al obispo una respuesta directamente desde la Biblia. *"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe"* (Efesios 2:8 y 9). "Monseñor", dije, "¿quiere saber cuánto amo la misa? Bueno, si está preparado para celebrar la misa conmigo en la forma en que está registrada en la Biblia, entonces celebraré la misa con gusto con usted. En la última cena, Jesús la celebró de la siguiente manera, sin vestiduras especiales y sin incienso. (En el rito católico sirio siempre se celebra la misa con incienso.) No voy a rociar el incienso nueve veces ni pedirle que me lo rocíe tres veces. Ni usted va a usar sus vestiduras como es la costumbre. Si está de acuerdo, entonces estoy preparado para celebrar la misa con usted, pero solamente en la forma en que Cristo ha instituido la cena del Señor". "¿Qué ideas extrañas tienes!" "Monseñor, no son mis ideas, sino las del evangelio". "No, no, esas son falacias protestantes". Pero puedo decirles que jamás había intercambiado con protestantes y agradezco al señor que no me había puesto en contacto con miembros de ninguna denominación protestante oficial. Sólo había conocido cristianos evangélicos que no comenzaron a hablar sobre iglesias o la iglesia. Hablaron sobre Jesús, a quien toda persona tiene que aceptar personalmente como Salvador. Eso era lo que había hecho, de manera que en realidad era "Protestante", pero sólo en la medida en que protestaba firmemente contra todo aquello que no está de acuerdo con la Palabra de Dios.

### **Antes había advertido a otros contra los protestantes**

"¿Por qué no escuchas las confesiones cuando la gente te lo pide?" continuó el obispo. "La razón es muy sencilla, Monseñor, porque sólo Jesús tiene el poder de perdonar pecados. El ha derramado su sangre por nosotros. Sólo él ha recibido el poder de Dios para ser el Salvador de la humanidad. No quiero violar los derechos de Jesucristo", expliqué. "Puedo ver que los protestantes de tu parroquia te han influido enormemente", respondió él. Pero nunca había estado con un protestante de mi parroquia. Había ido a la Casa de la Biblia en Beirut, y eso era muy lejos de mi parroquia. Había varios protestantes evangélicos en mi parroquia, y con frecuencia había ido a mi obispo para decirle "Monseñor, tenemos que tener cuidado de los protestantes de nuestra parroquia". La gente con frecuencia me había reprochado la mala conducta de mi colega sacerdote, por ejemplo, siempre estaba jugando a las cartas. "Tenemos que ser ejemplos para nuestra parroquia", continué, "porque los protestantes están prontos a revolver el avispero. Por eso tenemos que ser muy cautos y dar un buen ejemplo, de lo contrario seremos picados por las avispas protestantes".

Yo, que había ido tantas veces al obispo para advertirle contra la influencia de los protestantes, ahora escuchaba que yo había sido influido por ellos, aun cuando nunca había hablado con alguno. "Bien, Monseñor, si usted me llama protestante sobre la base de lo que yo he dicho acerca de mi testimonio sobre Jesucristo como el único y personal Salvador para todo el que cree en él, entonces en un sentido soy protestante", admití.

## La conversación con un sacerdote jesuita

El obispo quería que tuviera una charla con un sacerdote jesuita, con la esperanza de que pudiera cambiar mi pensamiento. Era profesor de la facultad de teología de Beirut. Al comienzo me negué. Pero finalmente fui a verlo. Comenzó muy diplomáticamente y al principio habló de varios otros asuntos, pero no acerca de mis conflictos de conciencia. Poco después mencionó el estado de mi alma. Me preguntó si vivía en un buen clima espiritual. "Sí", le respondí. "Doy gracias al Señor Dios porque estoy en una excelente condición espiritual". "¿Y cómo está tu vida de oración?" "¡Muy bien! La oración es la expresión de mi alma". "¿Oras a San Vicente de Paul?" "No, padre, en absoluto". "¿Oras a la Santa Virgen?" "No, padre, no oro a San Vicente ni a la Santa Virgen, no invoco ningún santo. Sólo oro a Jesucristo, y oro a Dios en el nombre de Jesucristo solamente". *"Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre"* (1 Timoteo 2:5). "¿Pero ya no crees en la Virgen María?" "Claro que sí, y la respeto mucho. Pero no quiero darle ninguno de los derechos que pertenecen a Jesús". Entonces tomó su breviario y leyó un trozo de Bernard de Clairvaux acerca de María: "Cuando estés desesperado, mira a la Estrella de la Mañana; cuando estés temeroso, vuelve a María; cuando estés ... etc., etc." Entonces me preguntó: "¿No encuentras esto particularmente hermoso?" Yo respondí: "No lo encuentro hermoso en absoluto". "Bueno, ¿cuáles son entonces tus conclusiones?" "La misma conclusión que le di al comienzo de nuestra conversación". "Pero eso no es lógico". "Padre", dije, "¿ve ese crucifijo detrás suyo? Si quitara a Cristo de la cruz y me deshiciera de él, entonces tal vez sentiría necesidad de orar a algún otro, tal vez a María. Pero mientras crea en Jesucristo, quien ha completado todo, siento plenitud en él y no necesito sustituto". "Veo claramente", dijo, "que te pareces demasiado a un protestante. No puedo seguir hablando contigo, lo lamento". Entonces me fui de su presencia.

## Por encima del esplendor del Vaticano

Más tarde el padre jesuita telefoneó al obispo para informarle sobre nuestra conversación. EL obispo me llamó nuevamente. Me dijo: "Te daré dos semanas para repensar las cosas. Querría darte un año de licencia y que pasaras en Roma en el hogar del Provincial del Rito Sirio. Pagaremos el viaje y tu estadía en Roma. Allí podrás descansar y no necesitarás hacer nada. Podrás beber en el esplendor de la Iglesia Católica Romana y permitir que te llegue su influencia". "Pero", le respondí, "no necesito eso. Por encima del esplendor del Vaticano prefiero el esplendor de la Palabra de Dios - la Biblia".

El obispo me ofreció dos semanas para pensar. Le dije: "Tomo mi decisión ahora. Declaro con toda certeza que no volveré a celebrar una misa ni a escuchar una confesión, y que no volveré a orar a otros santos. Mi creencia es totalmente basada en el evangelio. Acepto la Biblia como la autoridad de mi vida y como alimento para mi alma". "Si así son las cosas", fue su respuesta, "entonces haz lo necesario para que no nos veamos obligados a tomar la medida extrema". Yo sabía lo que significaba. Empaqué mis cosas y partí porque quería evitar que la policía me sacara del presbiterio.



## **¡Que el pastor Khouri sea condenado!**

Dejé mi iglesia pero la dejé con una completa paz en el corazón. Lo vuelvo a repetir. No podía dejar la iglesia católica mientras fuera católico romano. Tenía necesidad de encontrar a Jesús, un encuentro de persona a persona, para completar ese paso. Tenía demasiado temor de romper con mi iglesia y de convertirme en una apóstata, excomulgado, un hereje. En mi espíritu podía ya ver mi nombre agregado en la lista de las personas excomulgadas en el fondo de las iglesias de Beirut y en todo el mundo católico sirio, porque así se hacen las cosas en esta parte del mundo. Todo el que está bajo la amonestación de la iglesia aparece en una lista que se clava por un año en esa cartelera vergonzosa. Ya podía escuchar la gente decir: "El pastor Vincent Khouri está excomulgado, se ha vuelto hereje. Está condenado. ¡Sea anatema! ¡Es un maldito!".

Siempre había tenido esta aterradora imagen ante mí y ésta es la razón por la que no me había atrevido a dejar la iglesia. Pero esos temores desaparecieron totalmente cuando llegué a conocer a Cristo como mi Salvador personal. En épocas anteriores había orado a Jesús pero nunca a MI Jesús, MI Salvador. Muchas veces la gente ora a Dios en el nombre de Jesús pero sin conocer a Jesús como su Salvador personal. *"Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios"* (Colosenses 3: 1-3).

## **Dios nos mira como pecadores (redimidos)**

Queridos compañeros ex sacerdotes. Conozco los temores por los que han pasado. Se con qué tristeza mortal han roto con la iglesia que tanto amaban, pero puedo hablarles con esperanza. Esta es sólo una etapa. Es sólo una manera negativa de ver lo que es la esencia del verdadero asunto. La decisión final no radica en romper con la Iglesia Católica Romana a causa de sus errores. La decisión final la tiene que tomar todo el mundo personalmente. En esto somos iguales. Dios no nos mira en primer lugar como creyentes de una religión especial o como pertenecientes a una iglesia especial. Dios no nos mira primero como budistas, o mahometanos, o habitantes de África central con sus ritos paganos primitivos, como católico romanos, como griegos ortodoxos, o como protestantes. Dios nos ve solamente como pecadores, por los que El ha dado a su único Hijo. Sólo aquellos que están vestidos con el manto de la justicia de Cristo son aceptados como hijos por el Padre. Aquellos que están lejos de Jesús, aquellos que tal vez oran a Jesús, pero desde lejos, que no tienen comunión de vida con Jesús, no se pueden llamar cristianos.

Uno puede llamarse cristiano desde el día en que el Espíritu de Jesucristo da testimonio en nuestro interior de que somos realmente "nacidos de nuevo", el día en que tenemos esa maravillosa experiencia, no por un sacramento que hemos recibido, ni por una doctrina que hemos entendido, sino la experiencia de una nueva vida que recibimos por nada. Es el día cuando descansamos en Jesucristo, el día cuando dejamos de confiar en nuestros propios esfuerzos, en nuestro corazón, nuestra

inteligencia y nosotros mismos. El día en que confiamos completamente en Jesús, es el día en que Jesús se convierte en el centro de nuestra vida, nuestra meta y compañía. Entonces somos nacidos de nuevo, entonces Jesús nos da su Santo Espíritu para guiarnos, consolarnos, fortalecernos y animarnos en nuestras horas oscuras. *"Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí"* (Juan 16:8 y 9).

### **El consuelo en las horas oscuras**

Con seguridad tendrán ocasionalmente horas oscuras cuando regresen en su imaginación a su país de origen, Italia, España o Francia. Ahora están viviendo en un mundo totalmente diferente. Ese cambio es grande y puede ser pesado. Separarse de los seres queridos puede ser muy doloroso. Agradezco a Dios si les ha evitado a otros esas amargas experiencias por las que yo he tenido que pasar. Había pasado dos años en total soledad espiritual y social. No tenía contacto con ningún otro que pensara como yo. No conocía ningún cristiano evangélico en Francia, cuando me fui después de cortar con la iglesia del Líbano. Sin embargo, incluso si uno no conoce la amargura, sigue habiendo muchas cosas que deprimen. Los pensamientos pueden vagar en el pasado. Hay que redirigir continuamente los pensamientos hacia Jesucristo.

### **Liberado para liberar a otros**

No puedo terminar sin insistir en lo siguiente: estoy muy seguro de que Dios tiene un llamado para cada uno. No un llamado de iglesia, porque el verdadero llamado no viene de autoridades humanas, ni de nuestros iguales ni de nuestros subordinados. Todos somos iguales en Cristo Jesús. Pero estoy seguro de que si Dios los ha liberado de ese sistema, lo ha hecho para reemplazarlo con otra cosa. Somos llamados primeramente para ser testigos de Jesucristo. La preparación puede haber sido larga. Dios los ha liberado para que ayuden en la liberación de otros. Tengan siempre conciencia de ese llamado. *"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios"* (2 Corintios 1:3 y 4).

### **"Tú eres un sacerdote real"**

Repito, un llamado para hablar a otros del gozo que está disponible sólo puede cumplirse si nosotros poseemos este gozo. El gozo se encuentra solamente en Jesucristo. Todo ser humano puede experimentar este gozo en cualquier momento de su vida si está guiado por el Espíritu de Dios y cree en la Palabra escrita y en el Verbo que se ha hecho carne.

Oro para que este gozo en Jesucristo sea completado en ustedes. En todo el mundo mis hermanos y hermanas e hijos redimidos de Dios están orando por ustedes sacerdotes. Les digo esto para animarlos en el tiempo en que las horas oscuras vengan con pensamientos depresivos. Qué cosa maravillosa es saber que se

nos ha permitido ser verdaderos sacerdotes, sacerdotes regios, para Dios. No los sacerdotes del Levítico que subsisten bajo un sistema especial eclesiástico, ahora somos sacerdotes por la unción del Espíritu Santo en nuestras almas: *"Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a la luz admirable"* (1Pedro 2:9). Amén.

Thoufic Khouri nació en el Líbano y su testimonio es singularmente único en su género y pertinente a los católicos, ortodoxos griegos, budistas, musulmanes e hindúes.

Traducido por Dante Rosso

## **Hay poder en la sangre expiatoria de Cristo**

*Simon Kottoor*

El amor de Cristo me compele a dar testimonio de mi conversión desde el sacerdocio católico romano a una vida nacida de nuevo en Jesucristo. Durante veinticinco años fui un sacerdote católico romano que seguía estrictamente los rituales de un sistema que me envolvía como una enorme e infranqueable fortaleza de oscuridad e ignorancia de la Palabra escrita de Dios.

### **El Señor me enseña**

“Bauticé” a muchos niños, derramando agua sobre su cabeza. Oficié en procesiones públicas en honor y veneración de “santos” muertos, sosteniendo sus imágenes de madera, aun cuando el segundo mandamiento de Dios prohíbe estrictamente incluso la fabricación de imágenes de barro. Ofrecía la misa diaria, la que creía erradamente era una repetición del sacrificio de Jesucristo en el Calvario, y creía que el pan y el vino se convertían literalmente en el cuerpo y la sangre de Jesús. Sólo más tarde, cuando estudié y oré por las palabras de Cristo como aparecen en la Biblia, se me abrieron los ojos. El Señor me mostró que no podía haber ni una repetición del sacrificio consumado en la cruz ni la transformación literal del pan y el vino en el cuerpo y la sangre cuando instituyó la última cena.

Buscaba la intercesión de los “santos” muertos, con seriedad, firmeza y sinceridad, y oraba por los muertos en el purgatorio, sin conocer la enseñanza bíblica de que hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y el hombre - el Dios/hombre, Jesucristo. El solamente murió en lugar del creyente y pagó todo el precio de rescate por el pecado. Si esto es cierto, se entiende por qué no hay ninguna mención en la Biblia de un lugar de expiación llamado purgatorio, donde las almas se liberan por medio del sufrimiento y de las oraciones de los que viven en la tierra. Como católico sincero tenía gran fe en la veneración de las reliquias y de los sacramentos a los que se atribuye poder divino cuando se usan para necesidades espirituales.

### **Solo Dios puede perdonar pecados**

Mientras era sacerdote escuché muchas confesiones y “absolví” el pecado de otros, siendo ignorante de la enseñanza bíblica de que solamente Dios puede perdonar pecados. La Biblia dice: *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”* (1 Juan 1:9).

Me había adherido a esas y otras creencias y disciplinas no solamente porque había nacido y me había criado en el sistema tradicional, sino principalmente porque estaba obligado a obedecer, porque creía la mentira de que “fuera de la Iglesia Católica Romana no hay salvación”. La enseñanza de la iglesia llamada “magisterium”, basada en la tradición, se aceptaba como autoridad final, no la Palabra escrita de Dios, la Biblia (que era un libro no abierto, incluso para los que estudiaban para el sacerdocio).

## No hay paz fuera de Dios

Mi educación para el sacerdocio católico romano fue en Roma. Obtuve mi Doctorado en Teología (D.D.) en 1954 y después hice estudios de post grado en economía en Canadá. Durante ocho años fui profesor de Economía en el B.C.M. College de Kottayam. También fui Director del Colegio San Esteban, en Uzhavoor, durante nueve años. Esas eran posiciones muy elevadas que me daban consideración en la sociedad y prosperidad material. Durante veinticinco años como sacerdote, no tuve gozo espiritual ni paz en el alma a pesar de realizar los diversos ritos. Había una creciente sensación de oscuridad y vacío en mi alma hasta que sentí que no tenía sentido bautizar niños, confesar pecados, la "presencia real de Cristo" en la misa -- ni en ninguno de los otros ritos. No sabía qué hacer. Me volví al cigarrillo, la bebida, la glotonería, la asistencia al teatro y otras actividades seculares en el esfuerzo por encontrar felicidad y paz. Pero nada de eso podía darme lo que mi espíritu necesitaba. Esos años fueron años de agonía e inquietud espiritual. Lo que necesitaba era la salvación eterna.

## Lámpara es a mis pies tu palabra

De alguna manera comencé a prestar atención a la Biblia. Ciertos versículos me llamaban la atención. *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"* (Marcos 13:31). Comprendí que eso era porque *"Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra"* (2 Timoteo 3:16-17).

Doy gracias a Dios por haber puesto en mi vida algunos hombres nacidos de nuevo que me ayudaron a estudiar la Palabra de Dios. Ellos me guiaron por medio de la *"lámpara a mis pies"* y la *"lumbre a mi camino"*. Descubrí el motivo de mi aridez y vacío espiritual en el alma. *"Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo"* (2 Juan 1:9). Aunque había sido muy religioso, no estaba perseverando en la doctrina de Cristo. Mis ojos se abrieron a la doctrina de Cristo como aparece en la Biblia -- el único *"poder de Dios para salvación"*. La pregunta más significativa y eterna de Jesús está en Mateo 16:26: *"Porque, ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?"* Este versículo parecía resonar en mis oídos.

Por medio de la Palabra de Dios me convencí que implica más que un bautismo hacer que una persona sea cristiana. El bautismo de niños con seguridad no puede hacerlo. Un niño no puede creer, experimentar convicción, confesar el pecado; no puede confiar y aceptar a Jesucristo como Salvador personal. Además, no hay ningún símbolo de la muerte, entierro y resurrección de Jesús en el rociamiento, como lo hay en la inmersión. Pronto comprendí mi necesidad espiritual y me convencí de mi pecado y de la justicia de Cristo.

## Nueva criatura

Alabo al Señor por darme el valor y la fuerza para dejar todo atrás y confiar en Jesucristo como mi Salvador y Señor personal. Fue el 5 de abril de 1980. Después que nací de nuevo por su Espíritu y fui bautizado en agua, el Señor me llenó de una paz divina, un gozo en el corazón, y dio sentido a mi vida. El vacío en el alma que me había atado por tanto tiempo desapareció y ahora sé lo que significa ser una nueva criatura. Las cosas viejas pasaron, y ahora todas son hechas nuevas.

Sin embargo, Satanás no me ha dejado. Ha seguido merodeando a mi alrededor como un león rugiente. Comenzó a utilizar a sus agentes para perseguirme por medio de ataques físicos, aislamiento y ostracismo, y por falsas denuncias contra mí. He sufrido todo lo que se describe en los Salmos 69:4,8 y 12. En todo eso el Señor continuó siendo mi fuerza y mi consuelo. Nunca ha fallado ni me ha abandonado. Sus palabras en el Salmo 27:10 y en Lucas 6:22-23 me han dado confianza, inspiración y hasta gozo.

El Señor me bendijo con una esposa nacida de nuevo (que fue monja por doce años), y hemos estado viviendo por fe y sirviendo al Señor desde entonces. He viajado a muchos lugares en la India y en el exterior para predicar la verdad del poder salvador de Jesús y dar testimonio de mi conversión. He visitado a muchas familias e individuos en el esfuerzo de llevarlos al Señor. Parece un milagro comprender cómo el Señor nos ha llevado a mí y a mi familia de lugar en lugar en la India a pesar de la persecución. Finalmente, en 1987, abrió un camino para que pudiera llevar mi familia a Norteamérica. Pronto, por intermedio del doctor Bart Brewer de la Misión Internacional para Católicos, fuimos presentados al pastor Ted Duncan de la Iglesia Bautista Libertad en San José, California. Siempre estaré agradecido a estos hombres por su bondad y ayuda espiritual. Realmente fueron buenos samaritanos.

Mi esposa y yo hemos sido bendecidos con un hijo, Jimon, y una hija, Jintomol. Nuestra familia reside en San José y nos congregamos en la iglesia Bautista Libertad. Como soy un ciudadano mayor con mala salud y mi esposa no tiene preparación técnica, no tenemos una situación económica dependiente de ningún empleo, pero confiamos en el Señor quien suple nuestra necesidad inmediata por medio de sus hijos en la familia de Dios.

Queridos lectores, miren a Jesucristo. Hay poder en su sangre expiatoria para lavar sus pecados como lo hizo conmigo. Nadie puede limitar la eficacia de la preciosa sangre de Cristo. Confíen solamente en él. *"Siendo justificados gratuitamente por su gracia, por medio de la redención que es en Cristo Jesús"* (Romanos 3:24).

Traducido por Dante Rosso

## **Del monasterio al ministerio**

*José Borrás*

“Padre, usted debe comenzar una campaña contra los Protestantes. Están aumentando cada vez más”, dijo la Hermana Dolores, una monja en un claustro donde yo iba los domingos para decir misa y predicar.

Yo era un joven sacerdote y maestro en una escuela en España donde la iglesia me pedía domingo tras domingo que hiciera algo contra los Protestantes.

“Están engañando a la gente simple, y con regalos materiales están ganando a muchas personas buenas a su grupo herético”, dijo la monja.

Queriendo defender el Evangelio de Cristo, decidí luchar contra los Protestantes. Lo único que yo sabía acerca de ellos era que eran malos y sus doctrinas estaban llenas de errores y herejías.

Días después un alumno vino a mi clase trayendo un libro grueso en sus manos. “Padre”, me dijo, “Esto es una Biblia. Una mujer se la dio a mi madre. Ella la ha leído y dice que es un libro bueno. Pero ahora tiene miedo de tenerlo en casa porque alguien le ha dicho que es un pecado tener una Biblia Protestante en el hogar y no sabe qué hacer con ella”. “¿Que no sabe qué hacer con ella?” le contesté - “Pues, romperla inmediatamente. Es necesario que acabemos con toda esta propaganda Protestante en esta ciudad”, dije a mis alumnos. Y en presencia de todos empecé a romper las páginas de aquella Biblia.

Luego de haber roto algunas de las primeras páginas cambié de idea, pensando que, como necesitaba predicar contra los Protestantes y no conocía sus errores, podía leer esa Biblia y descubrir sus principales herejías.

Leí algunas porciones del Nuevo Testamento y comparé el texto con mi Biblia católica. Cuando descubrí que ambas Biblias decían prácticamente lo mismo, quedé sorprendido y confuso. Me pregunté, “¿Por qué esas diferencias entre Católicos y Protestantes si ambos aparentemente poseen la misma Palabra de Dios?” Y saqué la conclusión de que los Protestantes no leían su Biblia, o si lo hacían, seguramente no practicaban sus enseñanzas.

## **Una familia y un pastor**

Pensando que la mejor manera de saber quiénes eran los Protestantes sería observar sus vidas y costumbres, fui a visitar a una familia Protestante. Les expliqué que además de sacerdote era profesor en un colegio, y que quería saber de sus doctrinas para poder enseñar mejor a mis alumnos lo que era el Protestantismo.

Me sorprendió que me recibieran con mucha cortesía. Me quedé asombrado al descubrir de que conocían la Biblia mejor que yo. Me avergoncé cuando les oí hablándome de Cristo con una convicción que yo, que era sacerdote, nunca había sentido.

Me explicaron algunas preguntas y me invitaron a hablar con el pastor Bautista de ellos. Lo conocí al día siguiente, pero mis primeras palabras fueron: "No trate de convencerme, por favor, pues perderá su tiempo si lo intenta. Yo creo que la Iglesia Católica es la única iglesia verdadera. Sólo quisiera saber por qué usted no es católico".

Me invitó a que nos reuniéramos cada semana para estudiar el Nuevo Testamento, discutir de forma amigable nuestros puntos de vista diferentes. Y así lo hicimos.

El pastor contestó todas mis preguntas con textos del Nuevo Testamento. Mis argumentos siempre eran los dichos de los papas y las definiciones de los concilios. A pesar de que externamente no aceptaba sus argumentos, en mi propia mente me daba cuenta de que las palabras de los evangelios tenían más valor que las decisiones de los concilios, y que lo que Pedro y Pablo decían era de más autoridad que las enseñanzas de los papas.

Como resultado de nuestras conversaciones comencé a leer asiduamente el Nuevo Testamento a fin de encontrar algunos argumentos contra la doctrina Protestante. No sólo quería mostrarle al pastor de que estaba equivocado, sino hasta ganarlo para la Iglesia Católica. Pero después de cada una de nuestras entrevistas, yo volvía a mi colegio sintiendo que él me había derrotado en el argumento.

Por mucho tiempo estuve muy preocupado, leyendo el Nuevo Testamento y orando a Dios pidiéndole que aumentara mi fe y disipara mis dudas de forma que no cometiera una equivocación. Pero cuanto más leía y oraba, tanto más confuso me quedaba. ¿Sería posible que la Iglesia Católica no sea la Iglesia de Cristo? ¿Podría yo estar equivocado en mi fe? Y si así fuera, ¿qué tenía que hacer?

Me enteré de que otros sacerdotes y monjes se habían vuelto Protestantes por leer la Biblia, pero no pude imaginarme de que yo haría lo mismo. ¿Ser Protestante? ¿Ser un hereje? ¿Ser un apóstata de mi fe? ¡Jamás! ¿Qué dirían mis padres, mis alumnos, y mis amigos? Mis once años de estudio quedarían sin valor. ¿Qué haría para ganarme la vida?

Estos pensamientos me perturbaron muchísimo. Preferí no cambiar mi fe. Deseaba nunca haber hablado con aquel pastor. Traté de convencerme a mí mismo de que él estaba equivocado. Continué leyendo el Nuevo Testamento cada vez más, buscando una respuesta que confirmara mi posición como sacerdote Católico. A medida que leía más, veía más claramente mi errada situación, pero estaba tan temeroso de dejar la Iglesia Católica que decidí continuar como sacerdote a pesar de que ya no podía continuar creyendo en la doctrina Católica.

### **Luz en la oscuridad**

Un domingo, la hermana Dolores me dijo: "Padre, usted no ha predicado contra los Protestantes como me prometió que lo haría. Ellos continúan aumentando todos los días y están ganando mucha gente para su iglesia".



"Hermana", le dije, "He estado estudiando la doctrina Protestante durante todo este tiempo, pero he descubierto que ellos no son tan malos como nosotros pensamos. Ellos basan su doctrina en la Biblia y nosotros no podemos predicar contra la Palabra de Dios".

"Usted está equivocado, Padre", respondió la monja. "Son muy malos. Son como lobos vestidos de oveja. Son enemigos de nuestro país. Odian a María. Están socavando nuestra fe en el papa. Debemos comenzar una campaña contra ellos".

Le conté de cómo algunos sacerdotes que quisieron predicar contra los Protestantes se habían convertido y se habían hecho Protestantes cuando estudiaron sus doctrinas sin prejuicio y a la luz de las Escrituras.

La monja me interrumpió, "No me diga esto, Padre; ellos no son convertidos, sino pervertidos. Se fueron al protestantismo porque estaban dementes o porque querían casarse. Puede estudiar sus doctrinas sin temor", continuó diciendo, "Y estoy segura de que usted jamás se iría al protestantismo, porque usted no está demente, ni vendería a Cristo por una mujer".

"Pienso lo mismo, hermana", le respondí. "Le prometo estudiar seriamente esta cuestión. Si llego a convencerme de que los Protestantes están equivocados, haré una campaña contra ellos. Si descubro que tienen razón, me volveré uno de ellos".

"No se preocupe, Padre" dijo la monja, sonriendo, y muy satisfecha con mi decisión. "Usted jamás se hará Protestante".

Leí mi Nuevo Testamento una y otra vez, y oré a Dios con todo mi corazón, pidiéndole sabiduría y guía a fin de llegar a una decisión clara y correcta. Sabía que jamás podría ser feliz de otra manera.

### **La gracia de Dios**

Tres meses después dejé la Iglesia Católica porque no podía continuar haciendo cosas y pretendiendo creer doctrinas que en lo profundo de mi corazón sabía que estaban equivocadas. Pensé en todas las dificultades posibles, pero decidí seguir a Jesús a pesar de ellas.

La cosa más importante que me pudo haber sucedido fue mi encuentro personal con Jesucristo, y cuando llegué a conocerle como Salvador personal.

No es suficiente ser un buen Católico; la cosa que es importante y necesaria es nacer de nuevo en Cristo. Esta ha sido mi experiencia. Cuando Cristo entró en mi vida, experimenté que él no sólo me libró de mis pecados, sino también de la pesada carga que yo había llevado por estar en una orden monástica. *"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo... en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia"* (Efesios 1:3, 7).

Gracias a Dios por lo muchos que han buscado y encontrado ese descanso. El mismo Dios que transformó la vida de Saulo el perseguidor en el camino a Damasco,

y transformó la vida del padre Borrás en la celda de un monasterio, puede también transformar su vida dondequiera que esté.

*"En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia" (Isaías 61:10).*

José Borrás nació, y también se convirtió en España. Durante 30 años fue el principal y un profesor de la Spanish Baptist Theological Seminary en Alcobendas (Madrid). Durante ese tiempo su predicación también fue sumamente evangélica en sus visitas a 27 países.

Traducido por Dante Rosso

## **16. Yo era sacerdote en España**

*Enrique Fernández*

Nacido en Madrid, de padres devotos, en 1929, estudié en el Seminario Metropolitano de Oviedo durante 12 años. Fui ordenado el 30 de mayo de 1954. Entonces me convertí en capellán católico romano en un convento de monjas en Navelgas, un pueblo tranquilo de Asturias, España. Después de una cena temprana, generalmente visitaba al sacerdote del pueblo, un hombre mayor que era sociable y amistoso. Una noche en 1960 me mostró un folleto llamado “El Regalo” (que retoma un párrafo de los escritos autobiográficos del ex sacerdote canadiense Charles Chiniquy). Le pedí permiso para llevarlo y leerlo.

El folleto me produjo un intenso deseo de leer la Biblia. Quería saber si había una verdadera diferencia entre las Biblias protestante y católica. Reservándome mi identidad, escribí a la dirección del folleto, pidiendo una Biblia o un Nuevo Testamento.

Comencé a estudiar el Nuevo Testamento, especialmente Hechos y Hebreos. Al hacerlo, creció en mí la convicción de que la Iglesia Católica Romana se había desviado de la Biblia, que su sacerdocio había usurpado el lugar de Cristo.

El descubrimiento de la Palabra de Dios se convirtió en una emocionante aventura para mí. A medida que seguía leyendo, sentí la cortante realidad de Hebreos 4:12 de que *“La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”*.

### **Teología y no la Biblia**

Durante mis cuatro años de estudios teológicos, nunca había leído seriamente la Biblia. En mi caso, las Sagradas Escrituras se consultaban solamente como un libro de texto en el estudio del Dogma católico. Conocía solamente aquellas partes de la Biblia que se incluían en la misa y en los textos del breviario romano.

La Iglesia Católica Romana decía que la salvación dependía de la absolución de los pecados por parte de un sacerdote, y que cualquiera que se negaba a confesar sus pecados mortales a un sacerdote, era eternamente condenado. Pero yo no podía encontrar en los Hechos ni en ningún otro libro del Nuevo Testamento alguna afirmación en ese sentido. Todos los escritores sagrados insistían en que el hombre debía ir directamente a Dios para obtener el perdón.

Por otra parte, en Hebreos leía claramente que Cristo ha sido ofrecido de una vez y para siempre por el pecador. “Entonces”, me pregunté, “¿cómo se atrevía el Concilio de Trento a declarar en 1562 que en la misa Cristo se ofrecía por medio de las manos del sacerdote en un verdadero y real sacrificio a Dios?”

### **La fe sola**

También descubrí que la justificación era por fe, y pensé: Si no he encontrado paz para mi alma en la Iglesia Católica Romana, ¿será tal vez porque esperaba ganarla como recompensa por mis propios esfuerzos? *“Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”* (Romanos 4:5).

De esa manera, repentinamente entendí que Jesucristo no exigía nada de mí y renuncié a todos mis esfuerzos para ganar la salvación. Jesucristo se convirtió en mi único Señor y Salvador.

Por medio de la Misión “De Spaanse Evangelische Zending” en Holanda, me pusieron en contacto con un antiguo sacerdote católico romano español quien me dirigió a la Fundación Holandesa *In de Rechte Straat* (En el camino correcto). Esta organización cristiana había estado ayudando durante varios años a los sacerdotes que dejaban la Iglesia Católica Romana, estudiando los principios de los reformadores del siglo XVI y volviendo a las doctrinas de la Biblia.

El 2 de mayo de 1961 llegué a Bruselas, más tarde fui a Hilversum, Holanda. Luego envié una carta a mi arzobispo, diciéndole: “He descubierto la Palabra de Dios, y Jesucristo se me ha presentado como mi único Señor y Salvador. Roma afirma que el catolicismo está centrado en Cristo, pero en realidad le ha dado la espalda”.

Después fui a San José, Costa Rica, donde me recibí el 25 de noviembre de 1963 como licenciado en Teología en el Seminario Teológico Latinoamericano. Finalmente pasé varios meses en Guatemala en consulta con el Sínodo Luterano de Missouri antes de venir a los Estados Unidos, donde he estado predicando el Evangelio desde el primero de junio de 1964, a la gente de habla hispana.

### **Mi meta y mi deseo**

Mi ferviente deseo es servir al Señor Jesucristo, llevar el Evangelio de la gracia a la gente y contarles las grandes cosas que el Señor ha hecho para mí. Lo que ha hecho para mí, lo puede hacer por ellos . . . y por ti.

“Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados” (Apocalipsis 18:4). “*Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados*” (Hechos 3:19).

## **17. Mi camino de Damasco**

*Francisco Lacueva*

Nací de padres católicos romanos el 28 de septiembre de 1911, en San Celoni, provincia de Barcelona, España.

Mi padre murió en 1918, a una temprana edad, víctima de una epidemia de influenza que visitó tantos hogares en mi país. Yo sólo tenía seis años, y mi madre tuvo que trabajar muy arduamente desde entonces, siendo que quedamos muy pobres.

Dos años después, un amigo obtuvo un puesto para mi madre como sirvienta en un Convento de las Monjas Concepcionistas-Franciscanas en Tarazona de Aragón, una pequeña ciudad en la provincia de Zaragoza. Las monjas la aceptaron con la condición de que yo estudiara para sacerdote, puesto que no querían muchachos en la portería del convento, a menos que se los destinara para que más tarde entraran al seminario.

Así, pues, a la edad de ocho años, me encontré ya comprometido para un futuro acerca del cual sabía menos que nada. La influencia abrumadora de las monjas era tal que durante mi carrera en el seminario, a pesar de que yo le había dicho a mi madre varias veces de que no sentía la vocación para una vida de celibato, me amenazó que me enviaría al orfanatorio de la Guardia Civil, que procedió a describir con muy oscuros colores.

### **Mi vida como joven sacerdote**

Cuando tenía diez años, entré en el Seminario de Tarazona para estudiar para el sacerdocio. No estudié con mucho ahínco hasta los cursos superiores, pero aun así, pude pasar todos los exámenes con las mejores calificaciones. Sentí que esto era una pequeña compensación de mi orgullo para contrarrestar las atracciones de un trabajo ordinario en el cual yo podría haber logrado mis deseos de formar un hogar.

Fui ordenado sacerdote el 10 de junio de 1934, en Tarazona, por el Dr. Goma, Arzobispo de Toledo. Luego pasaron quince años de ministerio a la Iglesia, clases en el Seminario y en privado, así como entierros, bautismos, casamientos, y otras ceremonias religiosas.

### **Suprimo las dudas**

En septiembre de 1948, fue promovido por mi obispo a la cátedra de Teología Dogmática Especial en el Seminario Diocesano de Tarazona de Aragón. Un año después también me designaron como Canónigo Magisterial, es decir, predicador oficial en la Catedral. Hasta esa fecha, me las había arreglado para suprimir todas las dudas y dificultades que había experimentado con respecto a muchas de las doctrinas que la Iglesia Católica Romana enseñaba y obligaba a los fieles a creer. Esto se había logrado parcialmente debido a la sumisión inmediata e incondicional que, bajo pena de excomulgación, todos los verdaderos romanistas rendían al Papa.

Días después leí en una revista católica romana, “Cultura Bíblica”, el nombre de Don Samuel Vila, Pastor evangélico español, a quien atacaban por algunos comentarios que había hecho en su libro, *La Fuente del Cristianismo*, con referencia a los hermanos de Jesús. Después de tantos años, todavía podía recordar el nombre de este pastor, por lo que busqué su dirección en la guía telefónica y le escribí una carta describiendo con extrema sinceridad mis problemas espirituales.

## **Una verdadera conversión a Dios**

El Pastor Vila contestó con una carta llena de comprensión y unción del Espíritu Santo, en la cual explicaba muchas de las verdades fundamentales de la Palabra de Dios, que sin embargo me asombraron, puesto que eran en contra de todas las cosas que yo había creído. El Sr. Vila no me pidió que me convirtiera en Protestante, pero con mucha candidez me dijo que la solución a mi problema espiritual no estaba en cambiar de una confesión religiosa a otra, sino en una verdadera conversión a Dios. Esta fue mi primera sorpresa, y no fue la última. Añadió que mi salvación dependía de mi simple aceptación, por fe, de Jesús como mi Salvador personal y (otra gran sorpresa) que considerara la vida cristiana como una relación espiritual cariñosa con Dios. Para mí esto fue extraordinario. ¡Y estos eran los enconosos Protestantes!

Continué intercambiando correspondencia con él; y, después de las primeras cartas que recibí, me envió mucha literatura evangélica. Siempre recordaré la impresión que recibí de leer el libro *La fuente del cristianismo*, de Samuel Vila. Allí descubrí una exposición razonada de las soluciones para mi investigación personal que había iniciado contra los dogmas del romanismo. ¿Por qué no había yo visto estas cosas? Simplemente porque no poseía el extenso conocimiento de la Biblia y la historia que, en su correspondencia, el Rev. Vila demostraba que tenía. Así que fue que me dediqué al detallado y asiduo estudio y meditación de la Palabra de Dios, acompañado por mucha oración en la cual buscaba la abundante gracia del Espíritu Santo para descubrir el verdadero sentido de la Palabra, a fin de atesorarla en mi memoria y corazón, para vivirla a través de mi vida, y para comunicarla a otros. En poco más de un año había leído toda la Biblia dos veces del principio hasta el final, y el Nuevo Testamento muchas veces. También estudié los mejores comentarios Romanistas y Protestantes.

## **La Palabra de Verdad**

Pronto me encontré gozando de los frutos de esta tarea tan agradable. Mi estudiantes a menudo se asombraban ante las referencias bíblicas pertinentes y variadas con las cuales yo apoyaba mis explicaciones teológicas. Pero por sobre todas las cosas, vi con claridad y por primera vez la falsedad de muchas de las doctrinas de la Iglesia Católica Romana que son los artículos de fe. ¿Por qué no había notado esto antes? Por la simple razón de que yo jamás había procurado un estudio tan detallado e imparcial de la Palabra de Dios. Por eso es que la inmensa mayoría del clero romanista continúa en sus falsas doctrinas, sin abrir sus ojos a la pureza del la verdad del evangelio.

A pesar de que la luz había comenzado a filtrarse en mi alma en enero de 1961, todavía no era salvo, aunque ya estaba convencido de la falsedad del romanismo. Sin embargo, me decidí unirme a la Iglesia Evangélica. Me sentí muy alentado a esta altura de mi conversión por la visita personal que hice a Don Samuel Vila en Tarrasa (Barcelona) en mayo de ese año. El fervor y la devoción con que me habló y particularmente cuando oró al Señor conmigo, y con su cuñado, Don José M. Martínez, me impresionaron y emocionaron en gran manera.

## **El poder de la gracia de Dios**

Siguiendo el consejo del hermano Vila, puse a prueba a Dios en momentos de gran dificultad para mí, y con resultados maravillosos. Finalmente, en un glorioso 16 de octubre de 1961, y en medio de una prueba que me encerraba como un verdadero toro de Basán, elevé mis ojos y corazón al cielo, no descansando en mi propia fortaleza, sino seguro del poder de la

gracia de Dios, la cual cosecha sus mayores triunfos ante la debilidad e impotencia humanas, *“Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”* (2 Corintios 12:9). *“Diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado”* (Romanos 4:7-8).

Desde esa fecha he visto muy claramente que he nacido a una nueva vida, he abandonando mi vida de pecado, y me he rendido incondicionalmente a Cristo, dispuesto a llevar su cruz y seguir fielmente en sus pisadas. Cada día he orado que el Espíritu Santo pueda mantenerme siempre alerta, para obedecer sus más leves deseos, que yo pueda ser un instrumento bajo su dirección omnipotente. Desde octubre de 1961 hasta junio de 1962, mis amigos, mis estudiantes, y mis compañeros más íntimos pudieron ver el cambio que se había obrado en mi vida. Mis sermones tenían un fuego de convicción que nunca habían tenido antes. Mi corazón estaba lleno de un entusiasmo, un gozo interior, una maravillosa felicidad, y mi mayor placer era en la oración, y en la lectura continua y estudio de las Sagradas Escrituras. Comencé a leer metódicamente; y muchas eran las Biblias y Nuevos Testamentos que se obsequiaron a mis amigos en sus cumpleaños y días de fiesta.

### **El romanismo: Otro evangelio**

Después de un tiempo me di cuenta de que era imposible, en mis nuevas circunstancias, continuar en la Iglesia Católica Romana. El 21 de junio de 1962, escribí cartas fechadas el 16 del mismo mes en Barcelona dirigida a mi obispo y al presidente del Concilio Canónico de la Catedral de Tarazona, a la que estuve vinculado por trece años como Canónigo Magisterial. En ellas renunciaba a todos mis honores y cargos y les decía de mi salida de la Iglesia Católica Romana. Le decía al obispo que yo no deseaba caer bajo las anatemas de Gálatas 1:8-9, *“Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema”*.

### **No mi propia justicia, sino la de él**

El mismo 21 de junio crucé la frontera española-francesa en Port-Bou, y en la tarde del día siguiente, desembarqué en el puerto de Newhaven, en la costa sur de Inglaterra, donde me esperaban los brazos abiertos de un siervo de Dios y amigo, Mr. Luis de Wirtz.

No quiero omitir que el domingo 17 de junio, por primera vez, asistí a una reunión evangelística en una Iglesia en Barcelona y hablé en un servicio de la tarde en otra capilla en Tarrasa. Luego disfruté de la hospitalidad y cortesías de mi mentor espiritual, Don Samuel Vila.

No quisiera concluir sin ofrecer un vibrante testimonio de mi conversión a Jesucristo. Con gran gozo he renunciado a los altos cargos que ocupaba en la Iglesia Católica Romana y a la generosa forma de vida que los acompañaban. Sigo con confianza bajo la guía providencial de mi Padre Celestial hacia la meta segura de mi salvación. Desde que abandoné la Iglesia Católica Romana, he visto muy claramente que a fin de poseer todas las cosas primero es necesario abandonar todas las cosas.

## **“Por gracia sois salvos por medio de la fe”**

A ustedes, mis ex compañeros en el sacerdocio, digo de todo corazón: “Me siento muy feliz en la nueva vida que he abrazado en Cristo y en su evangelio; quisiera que todos ustedes fuesen tocados por esta misma gracia. No los olvidaré en mis oraciones, y confío que tengo un lugar en todos los que buscan la verdad con sinceridad y con un corazón recto. Estén seguros de que la salvación es un asunto personal entre Dios y cada uno de ustedes. La salvación no está en la afiliación en una iglesia, ni en las prácticas piadosas, servicios, rosarios, mensajes de Fátima, etc. Es algo evidentemente equivocado creer que uno puede salvarse por observar los “Primeros viernes”, o los “Primeros sábados”. Sólo nuestra aceptación personal por la fe del hecho extraordinario de la Redención de Jesucristo puede salvar nuestras almas. *“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús; a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados”* (Romanos 3:23-25).

Esta es doctrina bíblica; es la doctrina de Pablo en Romanos. Estudien las Escrituras y ellas le guiarán a la verdad. Cuidense de seguir el camino equivocado, Piensen en esto hoy. Mañana podría ser demasiado tarde.

*Francisco Lacueva*

Siendo muy activo en evangelismo y escribir libros, a la edad de 85 años continúa testificando del poder de Dios para la salvación.



## **18. Segunda respuesta a Cristo**

*Juan T. Sanz*

Nací el 28 de abril de 1930, en Somosiera (Madrid), España, el octavo hijo de una familia Católica Romana.

Sentí el llamado para ser sacerdote a los trece años, mientras escuchaba un sermón durante la misa (el 19 de marzo de 1943). Por razones económicas no entré al seminario menor de la diócesis de Madrid hasta el año académico de 1945-1946.

Durante los cinco primeros años del curso, estudié latín y humanidades. Los siguientes tres años estudié filosofía, teología y ética. En septiembre de 1953 comencé a estudiar teología y ética como materias básicas.

Aquí me detengo para señalar que ningún seminarista podía poseer ni leer la Biblia durante los ocho primeros años. En relación con esto, cuando cumplí veintiún años, una mujer, que luego sería madrina de mi primera misa, me regaló una Biblia que, para su sorpresa, tuvo que llevarse de vuelta a casa hasta que yo cumpliera los veinticuatro, cuando comencé los estudios teológicos. De manera que mi interés en saber más de la Biblia era más por curiosidad que por necesidad.

### **Mi primera misa**

Fui ordenado sacerdote el 14 de julio de 1957 y el 18 del mismo mes celebré mi “primera misa” en mi propia ciudad.

Mi primera iglesia parroquial fue la de La Neriuela, en Madrid. Tomé posesión el 23 de agosto de 1957 y seguí allí hasta 1959 cuando, debido a la salud de mis padres, renuncié y fui designado auxiliar de la iglesia parroquial en la circunscripción de Canillejas, Madrid.

Llevé a mis padres y a mi hermana conmigo a este nuevo lugar, donde tanto el sacerdote de la parroquia como los parroquianos nos recibieron con los brazos abiertos. Pero no había transcurrido medio año cuando mi relación con el sacerdote de la parroquia comenzó a deteriorarse debido a su actitud fundamentalista y conservadora en relación a la predicación, la administración de los sacramentos, la liturgia de la misa, y la devoción a la Virgen María y a los santos.

¿Por qué tenía que predicar lo que el sacerdote de la parroquia quería y como él quería?, ¿por qué tenía que escuchar la confesión de los penitentes antes de celebrar la misa, como si todo esto fuera la expiación, aunque absurda, de sus pecados? ¿Por qué se permitía durante la celebración de la misa la devoción específica a María y a los santos? ¿Por qué usar el latín en la misa y en la administración de los sacramentos si los parroquianos no podían entenderlo?

Volviendo a mi ministerio en la primera parroquia, después de un año comencé a usar el español en varias partes de la misa, en los funerales y bautismos. Esto agradaba tanto a la gran mayoría de los asistentes que su atención y participación en la adoración creció gradualmente.

### **Reformas en la parroquia**

Pero lo que no les gustó tanto fue que pusiera algunas de las imágenes en el depósito mientras se hacían algunas reparaciones en la iglesia. Esta repentina mudanza de las imágenes

y el uso del español en la liturgia eran reformas para las que no había consultado al obispo. Pero algunas de estas cosas ya estaban recibiendo comentarios favorables .

Vuelvo ahora a comentar sobre mi ministerio sacerdotal como auxiliar en la parroquia de Canillejas (Madrid). Allí comprendí que debía tener cuidado con mis acciones y afirmaciones. Pero después de dos años, hablé con el sacerdote de mi parroquia sobre mi anterior trabajo pastoral. Durante la conversación yo me preguntaba por qué no podía hablarle acerca de mi experiencia pasada en relación al uso del español en buena parte de la liturgia, acerca del lugar y el uso de la Biblia en la predicación y sobre el uso y abuso de la devoción a las imágenes.

Unos meses después el sacerdote de la parroquia me informó que, con el permiso del obispo, usaríamos el español durante gran parte de la liturgia y los sacramentos y que muchas de las imágenes y altares tendrían que desaparecer tan pronto se iniciara la instalación de los calefactores en la iglesia. Y eso fue exactamente lo que ocurrió, para el gran disgusto de muchas mujeres “piadosas”.

Pero la predicación del domingo y la trimestral tendrían que mantenerse sin cambios, aun cuando yo pensaba que eran muy moralizantes y en consecuencia resultaban poco bíblicas. El hecho era que los temas y la estructura de la predicación los elegían y elaboraban un grupo de sacerdotes conservadores con la idea de que todos los clérigos diocesanos predicaran el mismo tema en las misas del domingo correspondiente.

### **Batalla interior**

Tanto este sistema como el contenido de la predicación chocaban de frente con mi criterio y esta era, sin duda, la base de mi batalla interior contra la autoridad eclesiástica. Era una batalla interior, ya que no podía oponerme abiertamente porque uno de los encargados de preparar los temas era mi propio sacerdote parroquial y porque mi reputación y el bienestar de mis padres y mi hermana dependían de esa amistad.

Aun así, me las arreglé para “cambiar de estilo” los temas propuestos, dándoles una nueva orientación dirigida a Cristo. Mi sacerdote parroquial vino a escuchar mis predicaciones y, para mi gran sorpresa, me dijo que, aunque yo fuera el oficiante de la misa, él me sustituiría en el púlpito cada vez que pudiera. Y así lo hizo en muchas ocasiones desde ese día en adelante.

En esos difíciles días de mi ministerio sacerdotal, usaba la Biblia como libro de cabecera y buscaba más y más de su verdadero, profundo y eterno mensaje de salvación, para mí y para el resto del mundo.

### **El Señor responde**

Cierto día, el Señor respondió todas mis preguntas cuando me llevó a la lectura y comprensión del capítulo 3 del Evangelio de Juan. El amor y las promesas de Dios eran y serían para mí la única regla, poder, autoridad y espejo en el futuro. Pero, ¿acaso no lo habían sido siempre? ¡Claro que sí! Pero ahora lo eran de otra forma, porque Dios me había regenerado por su Palabra y su Espíritu: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Juan 3:16). Entonces Dios era mi Padre y su Hijo Jesucristo era mi único y perfecto Salvador. Esto era algo completamente nuevo para mí. Un gran cambio había tenido lugar en

mi corazón; me sentí como si hubiera estado actuando delante de los hombres, como un ciego guiando a otros ciegos.

El verano de 1964 le pedí al Señor que me dijera qué debía hacer con mi vida, ya que no podía continuar en la Iglesia Católica Romana porque su jerarquía me forzaba a predicar “*otro evangelio*” diferente del mensaje de salvación por gracia y por fe solamente en Cristo.

Pero ¿cómo y cuándo podría dejar el sacerdocio católico? ¿Quién sostendría económicamente a mis padres y mi hermana? ¿Encontraría entendimiento y apoyo en el obispo el día que dejara mi puesto por motivos de fe y de conciencia? ¿Cómo me recibirían los protestantes, a quienes pensaba ir a pedir consejo?

La primavera de 1965 supe de la “deserción” de un sacerdote —también de Madrid y superior del seminario— quien, con la ayuda del pastor de una iglesia evangélica, había dejado la Iglesia Católica Romana y se había ido al exterior a estudiar el protestantismo en una universidad protestante de Europa. De manera que la actitud y la determinación de mi colega fueron la respuesta a cómo podría dejar el sacerdocio para conocer de una manera más profunda el Evangelio de Libertad de los hijos de Dios.

Con este propósito me contacté con la Iglesia de los Alemanes (Paseo de la Castellana, 6 Madrid) y me dieron el número de teléfono de Luis Ruiz Poveda. No bien le dije que era un sacerdote católico con problemas de conciencia y de fe, me aconsejó que interrumpiera la conversación y arreglara un encuentro con él en un lugar y horario determinados, ya que su teléfono frecuentemente estaba intervenido por la policía. Eso fue lo que hicimos.

### **¿Pecado mortal o nueva vida?**

Mientras tanto sentía que mi vida espiritual y psicológica estaba en colapso. Bajo los términos de la doctrina Católica Romana, yo vivía constantemente en estado de “pecado mortal” porque dudaba formalmente de mi fe; por no buscar el perdón de éste y otros pecados en el sacramento y las penitencias; porque buscaba la verdad bíblica en los protestantes y no en el obispo y los profesores de teología; porque rechazaba la jerarquía y la autoridad eclesiástica Católica Romanas; porque rechazaba la autoridad doctrinal de mi iglesia en relación a la Biblia; porque me parecía que la confesión auricular de pecados privaba a Dios del derecho y el poder que sólo El tiene en su persona y en las acciones de su Hijo Jesucristo; porque me parecía que la celebración de la misa trataba de suplantar los méritos de Cristo en la cruz.

¿Significaban todos estos motivos un punto final a mi ministerio pastoral? El Señor me dijo por medio de su Palabra que no. Pero eso me forzaba más todavía a luchar con El, contra la mentalidad Católica Romana y contra mi obstinado orgullo. Esta batalla interior me afectó la salud y el sueño y me produjo temores. También me hizo renunciar a todo por amor a Cristo y por mi propia salvación eterna.

### **Respondo a la gracia del Señor**

Al final del túnel de angustia y temores, el Señor Jesús me invitó a responder a El como el apóstol Pedro lo había hecho por tercera vez cerca del lago. Eran las palabras que yo había elegido como lema de mi vida antes de ser ordenado sacerdote: “*Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. . .*” (Juan 21:17).

Estoy muy contento de poder dar mi testimonio para este libro, de mostrar cómo el Señor me ha sacado de las sombras del catolicismo romano a la luz del Evangelio de la gracia.

*“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”* (Efesios 2:8-9).

*Juan T. Sanz*

Durante muchos años, Juan T. Sanz trabajó con “The Editorial Foundation for Reformed Literature”. Es el director de *Banner of Truth* y trabaja desde Madrid, España. Su celo por la verdad y su compasión por explicarla claramente puede verse en su aparición con José Borrás en la versión en español de “Catolicismo: Una fe en crisis”. Su trabajo actual es traducir libros basados en la Biblia del holandés al castellano.

## **19. Los métodos del profesor no dieron resultado**

*Celso Muñiz*

Desde la niñez busqué incansablemente la realidad y la certeza. En mi joven opinión, era por medio del sacerdocio que podría experimentar mejor la verdad y la salvación de mi alma. Un maestro de escuela me había dicho en una oportunidad de que “Es más difícil que un sacerdote se pierda, que una piedra flote en el agua”.

Entré al seminario para un período de doce años de estudio. Allí me entregué completamente a una vida de acuerdo con las reglamentaciones de la Iglesia Católica Romana. Hice todos los ejercicios ascéticos y también enseñé ascetismo cuando fui profesor de Ascética y Teología Mística y Principal del Seminario Metropolitano en Oviedo, España. (El ascetismo es el arte de dominar el “yo” y poner bajo control todas las pasiones, deseos y codicias mediante una severa autodisciplina y abstinencia o por medio de castigos corporales.)

Sin embargo, nunca pude lograr para mí mismo el autocontrol, la paz y la seguridad que enseñaba a otras personas a conseguir. Mi intranquilidad interior, unida a muchas desilusiones que experimenté de parte de la Iglesia Católica Romana cuando comparaba sus enseñanzas con la Biblia, produjeron un creciente conflicto en mi interior. Mientras estaba en este torbellino espiritual, los programas radiales protestantes del extranjero atrajeron mi atención. Me despertaron hambre por el verdadero mensaje de Dios, así fue que la Biblia se convirtió en luz y alimento para mi alma.

### **La Biblia —Fuente de verdad**

Mi deseo de entender con precisión lo que había enseñado Jesús me llevó a buscar contacto con una iglesia de la que había oído hablar, una donde la Biblia era la única fuente de guía para su fe. A medida que estudiaba la Biblia y hablaba con esos cristianos, vi a Jesucristo de una manera completamente nueva—como un Salvador perfecto a quien debemos acercarnos en forma directa y personal solamente por fe.

Mientras seguía buscando en la Biblia, reconocí cada vez con mayor claridad los errores del catolicismo romano, y anhelaba experimentar el tipo de conversión de la que hablaba la Biblia. Por otra parte, como estaba muy atado a mi iglesia, quería tener esa experiencia sin dejar el catolicismo.

Sin embargo, gradualmente me convencí de que la Iglesia Católica Romana había hecho a Cristo a un lado con sus enseñanzas erróneas y su organización eclesiástica excesivamente complicada. Para mí esa fue una conclusión muy penosa a la que hube de arribar.

### **Jesús es la verdad y el camino**

Nunca olvidaré la noche de mi conversión. Otro día de duro conflicto interior había terminado y busqué refugio en el Señor y en Su Palabra, la Biblia. No podía dormir.

No era tanto que yo tratara de orar, sino que la oración repentinamente invadió mi corazón y no la pude contener. Más que nunca antes sentí la carga y el peso de los pecados de mi vida pasada. Pensé: *Soy totalmente pecador*. Me sentí desesperadamente abandonado y me preguntaba si alguna vez podría salir de ese estado.

Pensé, *Yo mismo no puedo liberarme; soy inútil y despreciable a los ojos de Dios*. Nunca antes me había sentido tan incapaz de hacer algo bueno. Pensé en la cantidad de veces que el Señor Jesucristo había invitado a los que se sentían completamente perdidos a venir a él. Me sentí fuertemente arrastrado hacia él, porque me ofrecía perdón libre e inmerecido. Verdaderamente, Cristo había estado dispuesto a venir a sufrir el castigo de los pecados del hombre en su lugar.

Por fin, sin ningún deseo de hacer otra cosa por mí mismo, me arrojé a los brazos de mi Padre Dios, quien había dado a Jesucristo para mi salvación. Oré: “Ven a mí, Señor Jesús, me entrego a ti como mi único y suficiente Salvador personal”. Las horas pasaron como minutos. Me sentí como nunca antes completamente unido con el Señor mi Dios. Muy en lo profundo de mi ser pensé: *Eres mío Señor, y yo soy Tuyo, posesión Tuya para toda la eternidad*. No sé cómo ocurrió, pero es un hecho que todas mis vacilaciones, dudas y titubeos desaparecieron, y mi felicidad fue completa.

Tomé la decisión, y al enfrentarme a la elección entre Jesucristo y la Iglesia Católica Romana, elegí seguir al Señor Jesucristo no importa qué consecuencias me trajera.

Descubrí que Cristo tomó mi vida y me hizo uno con él simplemente porque confié mi alma a él. El Señor no es solamente un buen hombre que nos indica el camino, él es el Camino. El Señor no es simplemente un maestro de verdades, él mismo es la Verdad. El Señor no es un héroe que dio su vida por una causa humana, sino que es el único Salvador que es Vida para todo el que se vuelve a él.

### **Salvo por gracia, no por obras**

Como profesor de Teología Ascética, estudié el dominio de uno mismo y el control de las pasiones humanas. Como parte de mis estudios investigué los métodos empleados por otras religiones, como los monjes budistas por ejemplo. Pronto me convertí en un experto en todos los métodos inventados por el hombre para lograr la santidad en vida. Es por eso que tiene gran significado que como estudioso volviera a los mandamientos de Dios: Su verdad.

Al hablar de mi experiencia, con frecuencia he utilizado el siguiente ejemplo: Cuando comprendí la total depravación de mi naturaleza humana, me sentí como un náufrago que ve la luminosa costa en la distancia. Si sólo pudiera llegar a la orilla, estaría a salvo. La costa no parece estar muy lejos, pero eso es solamente porque las cosas parecen más cerca cuando se las ve desde el agua. El hombre comienza a nadar, al comienzo va muy bien, pero a medida que se aproxima a la orilla, una corriente lo arrastra repentinamente mar adentro.

Lucha por volver todo el trayecto, tiene que lograr superar las corrientes y las olas o morirá. Lo intenta una y otra vez pero no lo logra. Al final tiene que admitir la inevitable conclusión: la ley de la naturaleza no le permitirá llegar a la meta. Desesperado y destrozado, no le queda otra cosa que esperar el fin. Esta es la experiencia del hombre que descubre la inutilidad de su poder humano para encontrar a Dios y agradecerle, del hombre que se da cuenta que nunca podrá salvarse a sí mismo del Juicio Final.

En la costa eterna mora un Dios santo, y ese Dios santo mantiene su santidad y sus mandamientos. Son como las grandes corrientes y olas que rodean la costa eterna, y el hombre no las superará nunca por sus propios esfuerzos porque es muy débil y pecador por naturaleza.

Para extender la figura, imaginemos que repentinamente se ve despegar de la costa un helicóptero. ¿Verá el piloto al hombre que se está ahogando? Se acerca al lugar donde el solitario hombre está luchando desesperadamente contra las olas. Entonces lo levanta del agua y lo lleva por sobre las olas y la revuelta superficie del agua hasta la costa segura.

Este es un cuadro perfecto de lo que ha hecho Jesucristo. Estaba sentado desde la eternidad a la derecha del Padre. Luego vino a este mundo para salvarnos. Entró en la superficie revuelta de la ira de Dios al sufrir el castigo del pecado en la cruz del Calvario. *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”* (2 Corintios 5:21). Ha visto incontables veces al pecador luchando con las olas de la ley de Dios—y le ha extendido su mano salvadora. Toda persona perdida que ha confiado y creído totalmente en su Palabra ha sido sacada del océano de condenación y puesta en una nueva vida.

Nunca podremos encontrar la salvación mientras una parte de nosotros confíe en lo que Cristo ha hecho para quitar el castigo por el pecado, y otra parte nuestra siga confiando en los sacramentos, las indulgencias y en nuestras propias buenas obras. La verdadera salvación viene cuando confiamos plenamente en Jesucristo.

*“De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham. Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá; y la ley no es de fe, sino que dice: El que hiciere estas cosas vivirá por ellas. Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”* (Gálatas 3:9-13).

### Celso Muñiz

Durante muchos años fue profesor en la Universidad de Amsterdam, pero ahora está jubilado. Su esposa falleció en 1995. Su celo por las cosas del Señor es bien conocido a sus hermanos en Holanda.

## **20. De sacerdote romano a evangelista radial**

*Manuel Garrido Aldama*

*“No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7).*

*“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna” (Juan 3:16).*

### **Dios lo preparó para bien**

Con frecuencia miramos atrás en nuestra vida y nos preguntamos por qué nos han ocurrido ciertas cosas en el curso de la misma. La Palabra de Dios dice *“Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”* (Isaías 55:9).

Es bueno saber lo que Dios ha hecho en la vida de otras personas. El testimonio de alguien que ha sido salvado por la gracia de Dios en la obra completa del Señor Jesucristo, y que vive esta vida cristiana por el poder de Dios, es estimulante. En español decimos: Las palabras mueven, el ejemplo arrastra. El hecho de haber sido sacerdote católico romano le da a mi testimonio un aspecto particular, el que—espero—fortalecerá la fe de los creyentes y traerá a otros a la fe viva en Jesucristo, a quien sirvo.

Nací en una típica familia Católica Romana de ascendencia vasca en el norte de España. Los vascos tienen fama de ser el pueblo más devoto y estricto de toda España. Eramos una familia de seis niños y una niña que era la menor de todos. Mi padre, un abogado, pretendía que tuviéramos la mejor educación. Mi madre, una ferviente católica romana, se ocupaba de nuestra vida religiosa estricta.

### **Por mi madre**

Durante sus visitas regulares a la casa de mi madre, el sacerdote le recordaba que sus seis hijos le habían sido dados por Dios y que a ella le correspondía mostrar su gratitud entregando por lo menos uno de ellos para servir en el altar. “Si amas a tus hijos, dales el más alto honor que una madre les puede dar. El más alto honor es el sacerdocio”, solía decir a mi madre. No es de sorprender que ella, con esas tendencias religiosas que tenía y siendo tan devota, pensara que era su deber dedicar alguno de sus muchachos a Dios en el sacerdocio. Mi padre, aunque no era anti religioso, prestaba poca atención al consejo del sacerdote porque no era de la misma opinión. Quería que sus muchachos siguieran una profesión secular. No se me hubiera permitido estudiar para el sacerdocio si no hubiera sido por la muerte de mi padre cuando yo tenía apenas diez años. No le costó mucho trabajo a mamá hacer los arreglos para que me aceptaran en el seminario, y unos meses después, cuando tenía apenas once años, fui llevado al seminario menor en Madrid. Prometí a mi madre que haría lo mejor que pudiera, porque no quería desilusionarla por nada del mundo.

### **El seminario menor desde los once años**

Pero ¿cómo podía entender un niño de once años el sentido del sacerdocio? Roma sostiene que “una vez sacerdote, sacerdote para siempre”, y esa fue mi suerte a la impresionable edad de once años y bajo la presión de una madre amorosa.



Durante mi preparación, las cosas anduvieron bastante bien los primeros seis o siete años, pero comenzaron a cambiar cuando llegamos al estudio de los dogmas de la iglesia. Las clases de teología se dictaban en latín, y al final de cada clase, el profesor, que había obtenido en Roma un doctorado en Teología, daba a los estudiantes la oportunidad de hacer preguntas, plantear objeciones o pedir una mejor explicación de alguno de los puntos que había tratado en la clase.

### **¿Es injusto Dios?**

Cuando llegamos al dogma de la “infalibilidad” papal, decidí hacerle una pregunta, no con la intención de negar algo, sino para que me ayudara a reconciliar la justicia de Dios para con el hombre, con la declaración de este dogma en la iglesia algunos años antes. Mi argumento era que Dios estaba haciendo la salvación cada vez más difícil para el hombre a medida que pasaba el tiempo, y esto no me parecía muy justo de parte de Dios. ¿Por qué el hombre podía ser salvo antes del año 1870 sin necesidad de creer en el dogma, y nosotros que vivíamos después de esa fecha no podíamos ser salvos si no creíamos en esa doctrina? ¿No implica injusticia de parte de Dios agregar obstáculos al hombre cada tantos años para que pueda obtener su salvación? Dios no es justo si para entrar al cielo tengo que superar mayores dificultades doctrinales que mis antepasados.

Pude ver que a mi profesor no le gustó que le planteara esas preguntas. Cuando en otra oportunidad busqué más aclaraciones, me respondió de manera airada: “Si no refrenas tu manera peligrosa de pensar, algún día serás un hereje”.

Recuerdo otro incidente en relación a uno de mis profesores en el seminario, a quien veíamos con mucha frecuencia caminando de un extremo a otro de los corredores con su Nuevo Testamento, estudiándolo y meditando en él. Cuando predicaba, siempre lo hacía sobre Cristo mismo, nunca mencionaba los santos, y en una de sus clases dijo en más de una ocasión: “Me temo que estamos equivocados en algo. El Cristo que conocemos no es el Cristo que se nos presenta en el Nuevo Testamento, y esa puede ser la razón de que nuestras predicaciones apelan tanto al sentimiento femenino, en tanto que los hombres se apartan de nosotros”. Sin duda él sabía algo sobre la verdad de Cristo Jesús, pero tenía miedo de expresarla.

Llegó el momento en que sería ordenado sacerdote, y no me sentía tan entusiasmado, a pesar de toda la importancia conferida a la ordenación y a todos los honores que supuestamente recibiría. Mi fe en la iglesia, e incluso en Dios, venía en descenso desde hacía bastante tiempo.

### **La ordenación y el gozo de mi madre**

La ceremonia de ordenación se llevó a cabo en Madrid. Mi madre y otros miembros de la familia vinieron para esta ocasión extraordinaria. Mis compañeros y yo fuimos ordenados con el elaborado ritual y la suntuosa pompa que los expertos de Roma han dispuesto para ese momento. Algunos días después de la ordenación dije mi primera misa y administré la comunión a mi propia madre y hermana. Pude ver las lágrimas que corrían por las mejillas de mi madre, y yo mismo no pude evitar sentir la extraordinaria emoción que esa ceremonia estaba destinada justamente a producir.

## **Hombres como ratones**

Después de algunos meses de descanso y disfrute de vida familiar, logré asegurarme un puesto en uno de los colegios en el norte de España, en la provincia de Santander. Me designaron para enseñar literatura española, también tenía que decir misa todos los días y ocasionalmente se me pedía que escuchara confesiones. Ya que, según el dogma de la transubstanciación, tenía a Dios mismo en mis manos cada día y veía a los hombres y las mujeres que venían a mí para confesarse, comencé a alejarme cada vez más de Dios. Había hombres fuertes como un roble, que se arrodillaban frente a mí en el confesionario, temblando de miedo como si fueran unos ratones. No querían tener que confesar sus pecados y no sabían cómo hacerlo, pero temían el castigo eterno con el que se los amenazaba si no venían a confesarse por lo menos una vez al año. Hombres rudos como estos no sabían cómo comenzar de manera que decían “Padre, ayúdeme haciéndome preguntas”, y yo tenía que pasar revista a los pecados que me parecía que un hombre de su posición podría cometer. A pesar de mi incredulidad en el poder del hombre para perdonar pecados, nunca me negué a pronunciar la fórmula de absolución a nadie que viniera a mí de buena fe.

## **Atrapado por la posición**

Había otros sacerdotes relacionados con el colegio donde estaba enseñando con los que entré naturalmente en amistad. En más de una oportunidad les pregunté: “¿Realmente creen que porque decimos a un trozo de pan ‘Este es mi cuerpo’ o a un pecador ‘Te absuelvo’, el pan se convierte en el cuerpo de Cristo y al pecador le son perdonados sus pecados?” Recuerdo a uno de ellos que me respondió: “¿Por qué te preocupas por esas cosas? Estamos en esta posición y no podemos hacer nada ya. No se puede hacer nada”. Para entonces había decidido dejar el sacerdocio.

No tenía el valor para enfrentar la oposición y el ostracismo que me hubieran tocado si hubiera dejado el sacerdocio en España. Sabía que en muchos lugares mi vida misma hubiera estado en peligro, así que decidí dejar España para poder cumplir con mis convicciones. Por un tiempo conseguí otro empleo en la docencia en Norte América. Luego, a mi regreso a España, encontré el ambiente religioso insoportablemente estrecho y opresivo.

En Londres encontré las circunstancias más favorables para dejar la iglesia romana. Era muy popular entre los estudiantes y no necesitaba el apoyo de la iglesia. De modo que decidí separarme sin tardanza. Envié una nota a las autoridades Católica Romanas en Londres, advirtiéndoles de mi determinación y pidiéndoles que designaran a alguien en mi lugar. De esta manera aparentemente fácil cumplí un deseo que abrigaba en mi corazón desde hacía varios años. Pensé que finalmente me había liberado de toda religión. Sin embargo no era así. Dios tenía un plan para llevarme a él.

## **Fe solamente en Cristo**

Un ministro de la iglesia de Inglaterra, un verdadero hombre de Dios, al enterarse de mis dificultades espirituales se interesó en mí y me invitó a conversar con él sobre la cuestión religiosa. Se esforzó por mostrarme la verdad, no simplemente porque había renunciado a la iglesia de Roma, sino porque yo pensaba que por haberlo hecho, había cortado con toda la religión en mi vida, y con Dios en particular. En nuestras conversaciones, él siempre concluía: “A pesar de todos sus estudios, hay una cosa que no conoce y de la que carece; no conoce a Cristo como Salvador, y no lo tiene en su corazón”. No podía dejar de admirar la sinceridad de este hombre, lo mismo que su fervor, y tuve que admitir que nunca antes había oído sobre

el plan de salvación de Dios de la forma que él me lo mostraba: Necesitaba conocer a Cristo de una manera real y tener una fe sincera en El y en que Jesucristo había pagado completamente el precio de mi pecado y que era una obra terminada.

*“Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”.* Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: *“Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos”* (Romanos 4:4-7).

El ministro me repitió muchas veces el plan de Dios para la salvación, hasta que Dios en su gracia me dio luz espiritual. Comencé a tener un nuevo hambre por las cosas de Dios. No sé de dónde me vino. Solamente puedo decir que Dios me estaba tocando y comenzando a llevarme hacia él.

### **La oración eficaz**

Un sábado por la tarde el ministro me invitó a su casa, y después de hablarme sobre el mismo tema, me llevó a una sala contigua donde algunos miembros de su iglesia estaban reunidos en oración. Me sorprendió mucho oírlos orando por mí. Era evidente su interés en mi bienestar espiritual. El pastor les había hablado de mí, y se habían reunido solamente por mí. Sentí que Cristo era muy real para ellos. Le hablaban como si El realmente estuviera presente entre ellos. Esa era una experiencia totalmente nueva para mí. Nunca había pensado que hombres y mujeres pudieran apelar a Dios en forma tan ferviente y espontánea como hacía esa gente. La oración para los católicos romanos, incluso para los sacerdotes, consiste casi exclusivamente en el recitado mecánico de ciertas fórmulas escritas por la iglesia o alguna persona que ha querido expresar por escrito sus sentimientos hacia Dios o los santos para que sean de utilidad a quienes los quieran usar.

### **Dios me da fe**

Me sobrevino una profunda convicción espiritual y Dios me dio fe en Cristo y un corazón arrepenido. No podía dejar de orar fervientemente a Dios: “Dios, es verdad que Jesucristo salva y trae paz al alma, quiero que El venga cerca y me dé lo mismo a mí”. No sabía exactamente lo que me estaba pasando, pero las dudas y la oscuridad espiritual que me habían angustiado durante tanto tiempo desaparecieron y sentí una paz y una tranquilidad que nunca antes había conocido. El Señor había logrado su propósito. Yo había “pasado de muerte a vida”.

*“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”* (Romanos 5:1). *“En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”* (Efesios 1:7).

### **No es bueno que el hombre esté solo**

No mucho después de mi conversión conocí una mujer que luego sería mi esposa. Había sido alumna en uno de mis grupos de español. Más tarde, cuando le propuse matrimonio, se negó al comienzo sobre la base del dicho católico romano “una vez sacerdote, sacerdote para siempre”. Era católica, aunque ya no estaba en comunión con la iglesia. Finalmente aceptó, con la condición de que nunca le pediría que aceptara la fe protestante. “Nunca me pasaré al campo enemigo”, solía decirme. Sin embargo, yo sabía que si la gracia de Dios había sido tan

poderosa como para traerme hacia El, también podría salvarla a ella, y así lo hizo. No fue difícil sacarla de los errores del romanismo, y el Señor la atrajo también a ella.

### **La necesidad del evangelio**

Comencé a sentir una carga de parte del Señor por España y el mundo de habla hispana. Con el tiempo el Señor me guió a un ministerio radial en Sud América llamado “La Voz de los Andes” como evangelista. Un buen número de católicos romanos vinieron a Cristo por su intermedio.

Creo que tenemos que extender el evangelio porque es “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16) y utilizar todos los medios para propagar el evangelio y resolver las necesidades espirituales de este mundo desfalleciente. *“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”* (Romanos 10:17).

Manuel Garrido Aldama renunció al sacerdocio católico romano en 1925 y aceptó el cristianismo bíblico. Al igual que Miguel Carvajal, por muchos años prestó servicios con HCJB en Quito, Ecuador. Ahora está con el Señor.

## **Jesús me salvó también a mí**

*José Manuel de León*

Nací en Vizcaya, España, el 9 de abril de 1925. A los once años perdí a mi padre, víctima de la guerra civil. Unos tíos, sinceros pero engañados, me encaminaron a estudiar para el sacerdocio. Fui ordenado sacerdote el 24 de septiembre de 1949. Aunque había trabajado durante ocho años en España enseñando a los jóvenes, yo mismo necesitaba paz. A pesar de todos los votos de pobreza, castidad y obediencia, y de las interminables oraciones y confesiones, no lograba resolver la angustia de mi alma.

Observaba con conciencia escrupulosa incontables reglas y prescripciones, recibía los sacramentos y practicaba las ceremonias, todo sin conocer a Cristo como Salvador y sin siquiera desear leer la Palabra de Dios. Por otra parte, no podía enseñar lo que ignoraba. Por supuesto, nunca se me ocurrió pensar que estaba practicando un ministerio contrario a las Santas Escrituras.

### **Dios en su misericordia me guía**

Mientras, fui asignado a la parroquia "Nuestra Señora de los Remedios" en Rocha, Uruguay, en la condición de Párroco Coadjutor. Cumplí mi misión fielmente, pero sin encontrar el remedio para mis problemas.

Jamás había hablado con cristianos evangélicos (o protestantes como se los llamaba generalmente) ni deseado convertirme en uno de ellos. Sin embargo, Dios me estaba guiando en su misericordia. En septiembre de 1958, conocí a dos mujeres evangélicas que venían de Buenos Aires cuya conversación dejó en mi alma una agradable impresión. Oraban a Dios con confianza y tenían un conocimiento cabal de su Palabra. Me preguntaron si era salvo. Les dije que esperaba salvarme por los méritos de Jesús y mis propias buenas obras. Me respondieron que "*justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios*" y que "*la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*" (1 Juan 1:7).

Todo lo que ellas dijeron estaba citado en las Escrituras (Efesios 2:8, Romanos 5:1, 1 Juan 1:7). Yo les contesté que "esto lo entiende la iglesia en el sacrificio diario que ofrece la misa por nuestros pecados y por los muertos". Las mujeres respondieron que "La iglesia romana y sus sacerdotes pueden decir muchas cosas, sin embargo la Biblia afirma que: '*Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado*'" (Hebreos 10:18).

### **Leyendo y predicando la Palabra de Dios**

Inmediatamente escribí a amigos en España y les pedí que me enviaran dos traducciones de la Biblia, la católica de Nacar-Colunga y la evangélica de Reina-Valera. No bien llegaron comencé a leerlas con avidez al ritmo de siete u ocho horas por día. Me aseguré de que los libros eran los mismos, pero diferían apenas en algunas palabras usadas por los traductores. La Palabra de Dios estaba revo-

lucionando mi espíritu. Después de tres meses en esta verdadera "escuela de Dios", viajé a Buenos Aires con el deseo de conocer personalmente a los evangélicos. Tres días, en los que asistí a los servicios y conversé con ellos, fueron suficientes para convencerme que las personas que disfrutaban de tanto gozo y paz, que oraban a Dios pidiendo siempre en nombre de Jesús, no podían estar erradas. Era imposible.

Al volver a Rocha no podía dejar de predicar la Biblia a los fieles de mi parroquia. Incluí en la misa de esos días la parábola del sembrador, la sanidad del ciego de Jericó, la tentación de Jesús en el desierto, etc. La oportunidad era buena para exhortar a la parroquia a leer las Escrituras. No atacé ningún dogma católico romano y en mi espíritu mantenía firme la determinación de no atacar la Iglesia Católica Romana. Por entonces comprendía que estaba lejos de ser salvo. Además, me movían intereses personales.

Sin embargo, tuve una gran sorpresa cuando en el aniversario de mi llegada a Rocha (21 de febrero de 1959), el obispo me dijo que en vista de las acusaciones de que estaba predicando "como un protestante", quedaba expulsado de la diócesis y debía volver a España.

Si hubiera predicado en contra de la doctrina cristiana, hubiera estado dispuesto a retractarme públicamente. Pero de acuerdo a la propia legislación de la iglesia, debía llegar una notificación a la parte acusadora antes de que pudieran imponerme una censura eclesiástica. Me restringieron en mis obligaciones. Aunque mi conciencia no me acusaba delante de Dios, me dirigí a la Nunciatura, pidiendo una nueva entrevista con el Obispo. Se mostró un poco más amable, pero yo mismo decidí dejar Rocha y después de nueve días de retiro espiritual tomé el oficio de sacerdote en Río de Janeiro.

### **Ningún otro fundamento que Cristo**

Aquellos días de retiro sirvieron para ayudarme a conocer mejor la Biblia. Cuanto más leía, más me convencía que la iglesia romana estaba completamente alejada del espíritu del Evangelio. En el libro *Why I Embraced The Priesthood And Why I Left It* (Por qué abracé el sacerdocio y por qué lo dejé) explico ampliamente los motivos por los que dejé la iglesia romana. Allí cada cosa está puesta en su lugar: Cristo, la Roca fundamental de la iglesia, no Pedro; las Escrituras, no las tradiciones; la virgen María como madre del Salvador, no como madre de Dios; los santos hombres de Dios, privilegiados, pero no intercesores, etc. Observé que en la misma Biblia católica ya mencionada, en el segundo mandamiento que Roma quitó del catecismo, Dios prohibió no solamente adorar imágenes sino también fabricarlas. "*No te harás imagen, ni ninguna semejanza. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás*" (Éxodo 20:4-5).

La iglesia católica enseña que (1) el sacerdote, llamado Padre está puesto por Dios para instruir, (2) que uno debe confesar los pecados al mismo para ser absuelto; (3) que solamente por medio de él y de la iglesia puede uno adquirir la salvación.

Dios enseña en su Palabra que: (1) no debemos llamar Padre a nadie en la tierra, porque él, Dios, es nuestro Padre, y es el Señor, Cristo, y que el Espíritu Santo nos enseña y nos guía a toda verdad (Mateo 28:9-10; Juan 14:26; y 16:13; (2) que debemos confesar nuestros pecados al Señor, y que eso es lo que limpia de toda maldad (1 Juan 1:8-10; Isaías 43:26); (3) que fuera de Cristo que murió en la cruz por los pecadores, no hay otro nombre dado por Dios a los hombres con que podamos ser salvos (Hechos 4:12 y 5:31, Hebreos 7:25).

En consecuencia, como no podía seguir luchando contra Dios, contra su Palabra y contra mi conciencia, decidí ponerme en Sus manos y librarme de la iglesia de Roma. La Palabra de Cristo se cumplió más de una vez: *"Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres"* (Juan 8:32). No hice otra cosa que cumplir una de las advertencias más solemnes con que termina la Biblia: *"Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados"* (Apocalipsis 18:4).

Ahora, como el apóstol Pablo, predico el Evangelio: *"Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes, . . . para anunciar la luz al pueblo y a los gentiles"* (Hechos 26:22-23).

José Manuel de León fue compañero de José Borrás cuando ambos estaban estudiando para el sacerdocio. Después que los dos se convirtieron a la fe bíblica, se reunieron en Madrid para comparar experiencias.

Traducido por Dante Rosso

## **22. Estaba ciego, ahora veo**

*José A. Fernández*

Nací ciego, no física sino espiritualmente, en 1899 en una de las regiones más montañosas e inaccesibles de Asturias, bien llamada la “Suiza española”.

Mis padres eran católicos romanos devotos que tenían la fe del “carbonero” mencionada por Santa Teresa de Avila, es decir, creían implícitamente todo lo que enseñaba y creía la Iglesia Católica Romana. Verdaderamente tenían una fe ciega, que transmitieron a sus diecisiete hijos.

Nací en un hogar en donde el catolicismo romano teñía el corazón, la mente e incluso el cuerpo del individuo; donde el bebé se alimentaba junto con la leche materna, con el amor y la devoción por María y los santos, donde al niño luego se le imprimía la valoración de las medallas, los escapularios, las cuentas del rosario, la estampas, etc., donde la palabra del sacerdote era ley y tenía que ser obedecida.

Desde que tengo memoria, tenía inclinación por todo lo relacionado con la iglesia y con el sacerdote a quien se me había enseñado a considerar super humano y eximido de las necesidades y debilidades humanas comunes.

Mi mayor gusto era servir como monaguillo, considerando un gran privilegio y honor el levantarme temprano por la mañana y caminar dos millas en la nieve por terreno montañoso para ayudar al sacerdote en la misa. A los siete años ya podía recitar lo rezos de la misa en latín.

### **Fe ciega en la iglesia**

Las devociones familiares, que consistían en la recitación del rosario y una larga letanía de rezos a todos los santos patronos, se llevaban a cabo todas las noches sin excepción. Toda la familia, incluyendo a los niños pequeños, se reunía en la cocina, que también servía de sala de estar. ¡Eramos toda una congregación! Cuando mi padre sacaba las cuentas del bolsillo, era la señal para que todos nos arrodilláramos sobre el piso de piedra, preparados para la prueba que duraba 40 minutos.

La recitación de las cuentas, que consistía en el “Credo de los apóstoles”, cincuenta y tres “Ave marías”, seis “Glorias”, cinco “Padrenuestros”, un “Ángelus” y la letanía de la Bendita Virgen, ya era bastante penoso. Mucho peor era lo que seguía, una serie interminable de oraciones a las distintas “vírgenes”, ángeles y santos designados para su especial invocación y protección en todas las circunstancias y vicisitudes de la vida.

### **La adoración de imágenes**

Mi temprana vida religiosa se centraba en un acontecimiento principal en el año: el festival de la Virgen del Alba, en conmemoración del festival de la Asunción de María al cielo, el 15 de agosto.

La Virgen del Alba era la patrona de la región. Según una leyenda, la virgen se apareció a cierto pastor llamado “Alba”. Se construyó un santuario en el lugar para honrar la aparición. Todos los años se hace una procesión religiosa y el santuario es visitado por miles de peregrinos de lejos y de cerca. La estatua de la virgen, vestida con espléndidas galas, es



transportada en procesión por la ladera de la montaña, en medio de la aclamación y veneración de los devotos que vienen a pedir un milagro, o a darle gracias por los milagros ya realizados. Cada región en España tiene por lo menos una virgen milagrosa como ésta. ¡La de Fátima tiene cientos de reproducciones!

Aunque la teología Católica Romana distingue entre la imagen y la persona que representa, en la práctica esa diferencia queda en los libros únicamente. A pesar de la enseñanza teórica del catecismo, no había ninguna duda en mi mente de que tanto yo como aquella gente sencilla de la montaña realmente adorábamos a la imagen. En nuestra creencia, el cuerpo físico de la imagen tenía ligado un poder sobrenatural, ya que no era ni siquiera una estatua en el sentido literal. Consistía en unas varas acomodadas de manera de proveer un esqueleto sobre el que se ubicaba un rostro. Luego se vestía la figura en plata y oro.

Me sentí impresionado más allá de toda expresión el día que vi a las mujeres del altar desvestir la estatua y observé que la virgen de mis sueños era sólo un maniquí. Ese cuadro quedó grabado en mi mente desde entonces.

Notando mis inclinaciones religiosas, el sacerdote de la parroquia me propuso la idea de estudiar para el sacerdocio. Guiado por la exaltada opinión que tenía por esa profesión, me incliné gustosamente ante su persuasión, para alegría y satisfacción de mi padre profundamente religioso y la consternación de mi igualmente religiosa madre, que se oponía a la idea en función de su instinto y su amor maternal.

### **Fraile y sacerdote**

Dejé mi hogar a los doce años, para no volver a ver a mi padre, mi madre, mis hermanos y hermanas. La gloria de la vida sacerdotal, los encantos del monasterio, y la salvación de mi alma vislumbrados en el horizonte de mi mente, superaban la natural tristeza que me sobrevino al dejar mi familia y el lugar de mi infancia.

Me enviaron a un colegio ubicado en la provincia de Valladolid. El colegio de enseñanza media estaba dirigido por sacerdotes de la orden de los dominicos y tenía el propósito de formar a los muchachos que ya estaban separados por sus padres para ser sacerdotes.

Durante los cuatro años de mi estadía allí, no solamente estudié las asignaturas de la escuela media, sino que me volví experto en el largo catecismo católico romano. Fue allí que el romanismo atrapó mi cuerpo y mi alma; allí fue donde se sembró en mi alma la semilla de la intolerancia, ya que el catecismo insistía en que había una sola iglesia verdadera de Jesucristo, fuera de la cual no había salvación. Esa iglesia era la “Santa Iglesia Católica Apostólica Romana”. Allí fue donde Dios fue presentado en mi joven mente como un juez severo, listo para darnos nuestro merecido por nuestros pecados, un Dios airado que debía ser apaciguado mediante las buenas obras, las penitencias y las mortificaciones.

Uno puede figurarse muy bien la fuerza con que la Iglesia Católica Romana tiene aferrada a la gente de España, especialmente a los candidatos al sacerdocio, al ser criados desde la temprana niñez en esa atmósfera y bajo esas ideas. Eso puede explicar el motivo por el que en los siglos pasados los protestantes fueron quemados en la hoguera y en la actualidad son perseguidos en mi España nativa.

Durante los dos primeros años de mi preparación, mi vida fue ejemplar en cuanto a la observación de todas las reglas y en la dedicación al estudio. Me honraron en varias oportunidades con premios especiales.

De esa escuela “Apostólica” me enviaron a un noviciado dominico en Avila, y en el famoso monasterio de Santo Tomás me invistieron con el hábito negro y blanco de la orden de los dominicos a la edad de dieciséis años.

### **Un período de torturas**

Dedicamos todo un año al estudio intensivo de la Regla y la Constitución de la orden, la rígida observancia de la misma, el canto del Oficio de la Virgen, bajo la constante vigilancia de parte del preceptor de los novicios.

Fue un año de sufrimientos y pruebas, que solamente los de carácter más fuerte podían soportar. Se prescribía el ayuno desde el 14 de septiembre hasta pascua. Las cartas que llegaban o salían eran cuidadosamente censuradas por el preceptor. Estaba prohibido todo contacto con el mundo externo. No podía haber conversaciones ni comunicación entre el sacerdote y los postulantes del monasterio. La confesión auricular era obligatoria todas las semanas, esto se hacía generalmente los sábados, y debía ser con el mismo sacerdote preceptor que era a la vez nuestro superior y constante supervisor.

No es difícil imaginar la ansiedad y la tortura mental que esas prácticas despiadadas, que desde entonces han sido cambiadas por la Ley Canónica de la iglesia, infligían en los jóvenes novicios que literalmente tenían terror de acercarse al santuario. Pero el sueño y la expectativa de llegar un día a ser un fraile hecho y derecho me proveyó el coraje necesario para aguantar y completar exitosamente ese año de pruebas y total renuncia a mí mismo.

El día de la liberación parcial fue el 8 de septiembre de 1917, la fiesta de la Natividad de la Virgen María, en que hice mi profesión de votos a la orden de los dominicos. Los cuatro años siguientes los pasé en el Colegio Santo Tomás, contiguo al noviciado.

Desde el momento en que dejé mi hogar a los doce años hasta que terminé mis estudios a los veintiuno, no había hablado con ninguna mujer. La femineidad se nos presentaba a nuestras jóvenes mentes como algo malo, y en muchas ocasiones los instructores religiosos nos relataban historias de santos que nunca habían mirado el rostro de sus propias madres, citando esto como ejemplo de una castidad que debíamos imitar.

### **Enviado a América**

Después de los cuatro años del colegio mayor, diecisiete de nosotros, jóvenes seminaristas, fuimos enviados a los Estados Unidos a estudiar teología y aprender inglés.

Vestidos con la sotana clerical usada por los sacerdotes católico romanos norteamericanos, atravesamos las calles de Madrid, por primera vez en nueve años, contemplando las encantadoras señoritas españolas, y nuestros jóvenes rostros se enrojecían cada vez que nuestros ojos se encontraban con los de alguna joven.

Tenía veintiún años y nunca había conocido a alguien que no fuera católico romano, ya que todo el mundo en España en ese tiempo profesaba ser católico romano. Había leído y oído acerca de los protestantes, pero no podía creer que esa gente realmente existiera.

La primera vez que tuve oportunidad de conocer alguien que no fuera católico romano fue durante el viaje de España a Norteamérica. En el barco había un caballero norteamericano que había vivido algunos años en España y volvía a los Estados Unidos con su encantadora hija de diecisiete años, quien hablaba el español con soltura.

Siendo la naturaleza humana igual en todas partes, un día tres de nosotros iniciamos con ella una conversación para descubrir, con horror, que era protestante. Llevados por un celo ardiente pero imprudente, inmediatamente comenzamos a trabajar en ella, poniendo en práctica todo lo que habíamos aprendido acerca de cómo convertir los protestantes al catolicismo.

El primer tema que abordamos fue el de la Bendita Virgen María. Le preguntamos: “¿No crees en la Bendita Virgen María?” “Sí, pero no de la forma en que ustedes creen”, respondió. Esa sencilla respuesta nos horrorizó y agregamos: “¿No sabes que debemos orar a María para ser salvos?” “No, no lo sabía” fue su rápida y despreocupada respuesta. Finalmente, en desesperación le dijimos: “¿No sabes que las muchachas como tú deben orar a María para que proteja su virginidad?” Ella comenzó a llorar, corrió escaleras arriba y le contó a su padre, quien bajó dos minutos después portando un revólver y dispuesto a dispararnos. Y lo hubiera hecho, de no ser por la intervención del capitán del barco. Ese fue mi primer intento evangelizador. ¡Ahora les tenía miedo a los protestantes!

### **Fariseo de fariseos**

Pasé tres años en el Seminario Teológico Dominicano en Louisiana y algún tiempo en la Universidad de Notre Dame.

Poco después de mi ordenación como sacerdote en 1924, me enviaron como pastor asistente a una de las más grandes iglesias Católica Romanas de Nueva Orleans, Louisiana. Serví en ese cargo nueve años y en 1932 me designaron pastor de la misma iglesia, a la joven edad de treinta y dos años.

Durante seis años trabajé incansable y celosamente y –para hacer honor a la verdad—con gran éxito. La iglesia aumentó en número de miembros, asistencia a los servicios religiosos, recepción de sacramentos, y bienes materiales. Cuando asumí como pastor, la escuela parroquial tenía una inscripción de alrededor de 450 internos, dos años después la inscripción superó los mil internos. Posibilité a cientos de niños pobres recibir una educación religiosa gratuita.

La orden de los dominicos me había honrado con el oficio de Superior de la Casa de los dominicos, conectada con la iglesia. Mi comunidad estaba compuesta de cinco sacerdotes y dos hermanos laicos. También era el padre confesor de varios conventos de monjas, hechos que demuestran la alta estima en que me tenían el arzobispo, la congregación y mis superiores religiosos. ¡En verdad era un “fariseo de fariseos”, que necesitaba un encuentro personal con el Cristo viviente en mi camino espiritual a Damasco!

### **Alma penitente**

Durante los últimos años de mi pastorado, comencé a dudar de la validez de algunas de las doctrinas de la Iglesia Católica Romana. Lo primero que dudé y rechacé fue el poder del sacerdote para perdonar pecados en la confesión. No lograba creer en la doctrina de la transubstanciación, la presencia corporal física real de Cristo en la hostia y en el cáliz .

Mi fe en la Iglesia Católica Romana comenzó a debilitarse. Sentí que no podía seguir siendo hipócrita. Abrigaba la idea de dejar el sacerdocio. Dios intervino y proveyó la oportunidad por medio de agentes humanos. Esta vez fue el Maestro General de la orden de los dominicos que impartió órdenes desde Roma para que los sacerdotes dominicos españoles de Louisiana dejaran sus iglesias en manos de los sacerdotes dominicos norteamericanos. Algunos fueron regresados a España, otros enviados a las Filipinas.

Yo me resigné a abandonar la parroquia sin protestar, sintiendo que la mano de Dios estaba presente en este nuevo giro de los hechos. Pero me negué a dejar el país de mi adopción, que había aprendido a amar. Dejé el sacerdocio y tomé el camino que lleva a la cuneta del pecado, pero en algún lugar del mismo Dios tuvo misericordia de mí y me salvó del final desastroso. Durante un año y medio sufrí una terrible lucha interior. Me sentía tentado a dar la espalda a Dios y a todo lo sagrado. Pero luego recordaba las palabras que habían surgido del fondo del corazón de Pedro: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”*.

El mundo con todos sus placeres y atractivos no podía llenar el vacío de mi alma. Después de tratar de hallar la felicidad en vano en las cosas del mundo, y deseando salvar mi alma, me dirigí a un monasterio en Florida. Tenía el propósito de consagrar mi vida a Dios en la soledad de la vida monástica, enterrarme entre las cuatro paredes del precinto, para trabajar y ganarme la salvación. Pensaba que en la reclusión de un monasterio Dios me daría la seguridad de la salvación y la felicidad del alma que tanto ansiaba.

Ese era mi propósito, pero Dios tenía otros planes para mí. Desde aquí en adelante es evidente que me guiaba la mano de Dios. Fue durante mi estadía en el monasterio que llegué a conocer el cristianismo evangélico.

### **La Palabra inspirada de Dios**

Por un tiempo trabajé en la biblioteca del monasterio. En esa biblioteca había un armario con la inscripción “Libros prohibidos”. Me ganó la curiosidad. Un día tomé la llave, abrí el armario y vi seis o siete libros. Los leí a todos, uno por uno. Eran libros religiosos que trataban sobre las evidencias contra el catolicismo romano como verdadera iglesia de Cristo.

Por otra parte, me dediqué a leer la Biblia. Hasta ese momento, la Biblia no significaba mucho para mí personalmente. Efectivamente era la Palabra inspirada por Dios, pero se me había dicho que la mente humana común no puede entender su verdadero significado. Hacía falta una mente superior, una autoridad infalible, pensaba, para captar el significado de lo que estaba en mente cuando el Espíritu Santo inspiró a los escritores sagrados. Prefería leer la Palabra de Dios como la entendía la autoridad infalible y como se encontraba en los misales y libros de oración católico romanos.

Pero gradualmente la lectura de la Biblia se convirtió en una fuente de consuelo e inspiración en la soledad del monasterio, y comencé a entender el verdadero sentido de ciertos pasajes de la Biblia a los que no había prestado ninguna atención particular en el pasado.

Estaba especialmente impresionado por los siguientes versículos que había leído en la Biblia: *“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo”* (1 Timoteo 2:5-6). *“La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén”* (Efesios 6:24). *“Ellos dijeron: Cree en el Señor*

*Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:31). “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias” (1 Timoteo 4:1-4).*

La semilla de la Palabra de Dios fue plantada entonces en el jardín de mi alma. Es cierto que traté de ahogarla, pero esa pequeña semilla crecería y daría fruto a su tiempo.

Mientras enseñaba Historia de la Iglesia a los jóvenes monjes, me familiaricé con la corrupción de la Iglesia Católica Romana, tanto en lo doctrinal como en la práctica; y en mi corazón sentí una profunda admiración por los valientes líderes de la Reforma.

Después de dos años en el monasterio, no había hallado la paz mental ni la felicidad de alma que estaba buscando. ¿Qué hacer?

### **Soldado norteamericano**

Como no quería seguir viviendo en ese ambiente, y ansiaba ser de utilidad a la humanidad de alguna manera, sabiendo que mi patria adoptiva estaba en guerra, hice lo más honorable que podía: me enrolé en el ejército de los Estados Unidos como civil.

En esta decisión, nuevamente me estaba guiando la Divina Providencia. Podría escribir libros enteros sobre la experiencia de mi vida en el ejército, como civil en tiempo de guerra. El ejército es una institución maravillosa, y estoy contento con la rica experiencia de mis tres años allí. Lo peor que encontré en el ejército eran los “dos por cuatro”\* cabos y sargentos, que generalmente se encontraban en la oficina. Cabos y Sargentos que asumían tanta autoridad que llegaban a considerarse reproducciones de Hitler, Mussolini e incluso Tojo, que hacían miserable la vida de un civil afectado al ejército.

Después de mi entrenamiento básico, me enviaron al Centro de Entrenamiento de la Inteligencia Militar en Camp Ritchie, Maryland. Los hombres elegidos para asistir a esta Escuela de Inteligencia tenían mucha formación. Teníamos que obedecer a esos cabos y sargentos, que en la mayor parte de su vida civil no hacían otra cosa tal vez que barrer las calles o lavar platos, pero podían usar un lenguaje duro, y cuanto más duro el lenguaje más eran los galones. Pero agradezco a Dios por esos hombres, porque me prepararon para mi futuro ministerio cristiano al enseñarme humildad, obediencia, disciplina y democracia espiritual.

Además, me asignaron por un tiempo a la oficina del capellán. El capellán resultó ser un ministro de la iglesia reformada holandesa, tenía una mente genial y un corazón de oro. Se llamaba Capellán (Mayor) Herman J. Kregel. Este hombre, después de servir durante tres años como capellán de División con las fuerzas de ocupación en Japón, había sido designado Capellán de planta en la Academia Militar de West Point.

Yo disfrutaba escuchando sus sermones el domingo por la mañana, porque era un orador fluido e interesante. Bajo su guía, mientras mi mente iba reaccionado favorablemente a sus explicaciones completas y lúcidas en cuestiones doctrinales, mi corazón quedó cautivado por

el ejemplo de su conducta, su caridad, su generosidad, su amplitud mental y su naturalidad. Por primera vez comprendí que un ministro protestante podía ser feliz y sincero en su fe y su labor.

En el ejército norteamericano, a diferencia de otros lugares, el capellán no proselitiza a los miembros de otra fe. De modo que las relaciones entre el capellán protestante y yo eran cordiales dentro de la relación normal capellán-soldado, pero no pasaban de allí. El no ponía objeciones a que yo asistiera a los servicios protestantes. Después de todo, el derecho a adorar cuando y donde uno quisiera era una de las cosas por las que luchábamos.

\* "Dos por cuatro" insignificantes, objetos de dos por cuatro pulgadas (N. del T.)

### **Salvación por la fe sola**

Un domingo predicó sobre la salvación por la fe sola, basando sus argumentos principalmente en las enseñanzas de San Pablo. Para ese entonces yo había descartado prácticamente todas las doctrinas y las prácticas características de la Iglesia Católica Romana, pero me había aferrado tenazmente a la creencia en la salvación por obras.

Después del servicio fui a su oficina para hacerle saber lo que pensaba de sus afirmaciones "herejes". Armado con el versículo de Santiago 2:24: "*Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe*". En forma arrogante pero ignorante le dije: "Si lo que usted ha dicho es correcto, entonces Santiago está equivocado. De lo contrario debe admitir que hay una contradicción en la Biblia misma".

Con una sonrisa compasiva el capellán me invitó a sentarme y a "tranquilizarme". De una manera calma, humilde, dignificada, con una voz que sonaba llena de afecto por el bienestar espiritual de este soldado que cuestionaba su teología, me explicó: "José, no puede haber contradicciones en la Biblia, porque el Espíritu Santo es su único autor, y el Espíritu no puede contradecirse a sí mismo". Con eso, por supuesto, estuve totalmente de acuerdo.

"Ahora", continuó, "cuando Pablo dice que la salvación es por la fe sola, habla desde el punto de vista de Dios, que lee nuestra mente y ve nuestro corazón. En lo que respecta a Dios, somos salvos desde el momento en que creemos. Pero esta fe, por favor fíjate, es una fe de confianza y no solamente una adhesión mental a ciertas afirmaciones doctrinales". Nunca antes había oído una definición así de la fe.

"Por otra parte", continuó el capellán, "cuando Santiago afirma que la salvación es también por obras, habla desde el punto de vista del hombre quien, siendo incapaz de leer nuestra mente o ver nuestro corazón, necesita de algo visible y tangible por medio de lo cual juzgar si somos o no salvos. En lo que respecta al hombre, somos salvos cuando producimos buenas obras, porque '*Por sus frutos los conoceréis*' (Mateo 7:16). Pero las buenas obras no son la raíz, sino el resultado de la salvación.

La explicación era única; nunca antes la había escuchado. Estuve totalmente de acuerdo con ella. La última barrera mental había sido volteada. Me convertí en un creyente intelectual y prometí al Señor dedicar mi vida, al salir del ejército, al ministerio protestante. Pero no estaba preparado todavía para ese ministerio. Mi mente había sido convertida, pero mi corazón seguía intacto. Una verdadera conversión debía efectuar un cambio no solamente en la mente, sino sobre todo, en el corazón. Yo creía en todas las verdades fundamentales de la Biblia, pero no había rendido mi corazón a Cristo.

Durante una de mis ausencias por tareas temporarias fuera de la base, me visitó un representante del delegado apostólico (el sistema del Vaticano de controlar a sus hombres), por intermedio de quien se me dijo que si estaba dispuesto a volver al monasterio por un período de tiempo para hacer penitencia, me volverían a otorgar una parroquia. Pero las ruedas de Roma se habían estado moviendo demasiado lentamente. Demasiadas dudas y preguntas sin respuesta de Roma se habían ido fermentando desde el tiempo en que me asignaron a la oficina del capellán.

### **Pecador salvado por gracia**

Oré pidiendo luz, estudié buscando información, y en mis días libres visitaba las diferentes iglesias en Maryland y Pensilvania para encontrar alguna que me pareciera la más basada en la Biblia.

Durante una de mis peregrinaciones por las iglesias de Baltimore, conocí a quien sería la compañera de mi vida, una mujer profundamente religiosa de la comunión bautista. Tenía una personalidad positiva, un agradable sentido del humor, y un maravilloso corazón cristiano.

Nuestro corto noviazgo terminó en una muy feliz unión realizada por un ministro bautista en la iglesia bautista. Desde entonces amo a los bautistas. Mi buena mujer no podía darme la salvación, pero el misericordioso Señor me la daría seis meses después de nuestro casamiento.

En el otoño de 1944 fui asignado intérprete para los oficiales sudamericanos que estaban estudiando la ciencia militar de la caballería mecanizada en Fort Riley, Kansas. Mientras hacía reconocimiento militar, también entré en una exploración espiritual. Fue el período en que estaba buscando la verdad.

Un sábado por la noche asistí a un servicio al aire libre del Ejército de Salvación, en una esquina en Junction City, Kansas. Al principio mi actitud hacia la reunión era de indiferencia y hasta desprecio. Pero a medida que la reunión seguía, me sentí llevado por una fuerza sobrenatural a prestar una ferviente atención. Mi esfuerzo fue recompensado.

Una joven mujer con el uniforme del Ejército de Salvación estaba dando el mensaje, un hermoso y conmovedor mensaje que terminó apelando a los oyentes a creer en el completo y suficiente sacrificio de Cristo, a responder a su gracia. Luego citó las palabras de Jesús relatadas en Juan 5:24: *“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más ha pasado de muerte a vida”*.

En ese momento me sentí pasando de la muerte a la vida bajo la influencia de una fuerza sobrenatural. Caí de rodillas, confesé a Cristo como Señor de mi vida, y lo acepté como mi Salvador personal.

Qué sucedió, cómo sucedió, no lo sé; todo lo que puedo hacer es repetir con el ciego del Evangelio: *“... habiendo yo sido ciego, ahora veo”* (Juan 9:25).

Frente a la vida transformada, no se puede negar el poder del Espíritu Santo. Algo ocurrió en mi vida; no soy el mismo hombre. Amo las cosas que solía detestar y detesto las cosas que solía amar. Para el hombre y la mujer no regenerados, esto puede parecer pura tontería porque *“... el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”* (1 Corintios 2:24).

Desde entonces mi vida ha sido un testimonio público del poder transformador del Espíritu Santo. Soy un pecador salvado por la gracia.

### **De nuevo, para mayor seguridad**

Desde el momento en que me había convertido en un creyente intelectual, seis meses antes de esta gloriosa experiencia del nuevo nacimiento, frecuentemente me solían asaltar dudas y temores, y sueños nocturnos que se convertían en pesadillas. Pero desde que me convertí en un creyente de corazón y me rendí completamente a los brazos extendidos del Salvador crucificado, no experimenté otra cosa que paz, tranquilidad y la perfecta seguridad de los que confían en Jesús. ¡La vida para mí comenzó a los cuarenta y cuatro!

### **Ministro del Evangelio**

Blue Ridge Summit es un lugar de veraneo ubicado en la cadena montañosa que divide Maryland de Pensilvania, a quince kilómetros al oeste de Gettysburg y sólo a un kilómetro de Camp Ritchie, mi base militar permanente.

Poco después de nuestro casamiento, la señora Fernández y yo nos instalamos en esa comunidad, donde la iglesia presbiteriana era la iglesia principal. Su pastor era el Reverendo C. P. Muyskens, un compañero de estudios del capellán Kregel y, como él, antiguo ministro de la denominación reformada holandesa. Al asistir regularmente a su iglesia, nos familiarizamos con sus excelentes cualidades como pastor y predicador. Al visitarlo en su hogar, nos impresionó su vida familiar cristiana. No dejaba su religión allá en el púlpito sino que la llevaba consigo a su hogar. En él encontré la inspiración, la guía y el estímulo que necesitaba durante el período de transición de soldado a ministro del evangelio.

Acababa de iniciar mi preparación bajo su supervisión cuando me enviaron en servicio de destacamento a Fort Riley. A mi regreso cuatro meses más tarde, era el hombre más feliz del mundo. Tenía conmigo dos grandes posesiones: a Cristo en mi corazón y una citación del Comandante de la Escuela de Caballería en el bolsillo.

El 24 de abril de 1945, mientras todavía estaba en el ejército, fui ordenado ministro presbiteriano en la iglesia presbiteriana de Hawley Memorial en Blue Ridge Summit.

Dos meses más tarde se me entregó ese papel que estaba ansiosamente esperando: ¡una licencia honorífica del ejército de los Estados Unidos!

Ese otoño entré al Seminario Teológico de Princeton, donde obtuve un profesorado en Teología.

El año que pasé allí fue sin duda el más feliz de mi vida. Allí encontré inspiración espiritual, comunión cristiana, crecimiento intelectual y una profunda experiencia religiosa. Verdaderamente fue, como en el caso del apóstol Pablo, un “Arabia” para mí.

Aparte de la belleza del paisaje que circundaba la escuela, me sentí particularmente impresionado por la solidez de la doctrina de mis profesores y la vida radiante y la libertad de espíritu de los jóvenes y las muchachas cuyas vidas habían sido dedicadas al servicio cristiano de tiempo completo. Cuando yo comparaba las condiciones de allí con las de mis primeros días en el seminario católico, la diferencia era impresionante. El temor, la reglamentación y la constante supervisión habían borrado el amor, la alegría y la libertad de los hijos de Dios.



## Su testigo

Habiendo sido testigo del poder salvador de Jesucristo, corresponde que los últimos párrafos se dediquen al tema de “Lo que el Evangelio significa para mí”, mi manera de dar testimonio de la dinámica vitalidad de la gracia de Dios. El cristianismo para mí equivale a una vida vivida en Cristo por medio de la fe en El, el único que puede salvar.

Dios nos ha dado su verdad en la Biblia, y por medio de la Biblia me familiaricé con el Cristo real y vivo, a quien he aceptado como mi Salvador personal y el único “*mediador entre Dios y los hombres*”. Como católico romano español, conocía a Jesús solamente como un bebé en los brazos de su Madre y como un cuerpo que yacía sobre las rodillas de María. El Cristo vivo, resucitado, nunca existió en realidad para mí hasta que la Biblia me trajo al Calvario, a la tumba vacía y al Señor resucitado.

Durante cuarenta y cuatro años fui llevado al Sinaí, donde oí los truenos de la ley en los ritos de una iglesia; pero todos los truenos no me pudieron convencer de mis pecados hasta el día en el que fui al Calvario y vi a mi Salvador colgado allí en mi lugar. En presencia de la cruz, por primera vez en mi vida comprendí el pleno significado de la expiación. Creí no solamente con la mente, sino también con el corazón, y me rendí a los brazos extendidos del Salvador crucificado. En ese momento sentí que se me había quitado la carga. Había nacido de nuevo; mi alma ahora poseía la vida eterna.

Como resultado, se me dio a probar la gloria de la resurrección. Fui justificado a los ojos de Dios, y todos mis pecados fueron arrojados a espaldas de Dios. Cristo se convirtió para mí en una realidad viva. El Espíritu mismo dio testimonio a mi espíritu de que era un hijo de Dios, “participantes de la naturaleza divina”. El temor a la muerte, tan enraizado entre los católicos romanos, desapareció completamente de mi corazón, ahora puedo decir con Pablo: “*Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia*”; y con Job puedo exclamar con alegría y exaltación “*Yo sé que mi Redentor vive*”; y con el cancionista puedo cantar gozosa y triunfalmente “*¡El vive! Habla conmigo y camina conmigo y me dice que le pertenezco. ¿Quieres saber cómo sé que vive? Porque vive en mi corazón*”. Estoy plenamente convencido que el evangelio es dinámico en esencia, porque posee el poder dinámico de Dios. Me hago eco de las palabras del mismo Pablo: “*Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego*” (Romanos 1:16). Este poder dinámico parece proyectarse desde el reino de lo espiritual a las esferas económicas y materiales, de acuerdo a la promesa directa de Dios a Josué: “*Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien*” (Josué 1:8).

Necesitamos hacer contacto con el “*poder de Dios para salvación*”. Ese poder es la Biblia. Es la fuente de nuestra fuerza y el fundamento sobre el que está edificada la iglesia. Porque leemos “*edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo*” (Efesios 2:20).

Dénme el sencillo mensaje del Evangelio, ese mensaje que parece locura a los sabios del mundo, es suficiente para mí, porque es el poder de Dios para salvación. Con ese sencillo mensaje los primeros cristianos pudieron conquistar el mundo pagano para Cristo, y por él los reformadores pudieron oponerse a todo el poder del poderoso Goliat de la iglesia romana.

Ningún verdadero cristiano bíblico ha cambiado jamás las enseñanzas de la Biblia y del Evangelio por el catecismo y los mandamientos de hombre. Son aquellos cristianos nominales que carecen del “poder de Dios para salvación” quienes son presa de los atractivos ofrecidos por una religión materialista, ritualista, formalista y pomposa. El principal motivo que impulsó a los reformadores a entrar en el movimiento de Reforma era un amor por la verdad redescubierta por ellos en el Evangelio. Como resultado, levantaron sus voces en protesta contra la iglesia que había oscurecido o eclipsado totalmente la luz del Evangelio. Fue su firme defensa de la Palabra no adulterada de Dios contra las autoridades eclesiásticas y civiles de ese tiempo lo que precipitó el desarrollo de una verdadera fe cristiana, construida sobre la Roca que es Cristo y sobre los pilares de su Palabra.

### **El desafío de nuestra época**

¿Qué debemos hacer para demostrar nuestra vitalidad?

1. ¡Debemos arrepentirnos! Necesitamos caer de rodillas y confesar con corazón contrito que nos hemos desviado del camino de nuestros antepasados que lucharon heroicamente “*por la fe que ha sido una vez dada a los santos*”; que nos hemos alejado de la Palabra de Dios para obedecer los mandatos de hombres; que hemos vuelto al viejo sistema de formalismo y legalismo contra el que los reformadores se rebelaron; que hemos perdido el “*primer amor*”; que hemos empañado la visión de nuestra valiosa herencia.

En el libro del Apocalipsis encontramos al ángel del Señor dirigiéndose a la iglesia de Sardis, que representa la iglesia de la Reforma, en estas palabras precisas: “*Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti*” (Apocalipsis 3:1-3).

2. ¡Debemos volver a la Biblia! Cristo mismo es la Palabra. “*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad*” (Juan 1:1,14).

Cuando leemos la Palabra, Cristo está con nosotros. Cuando predicamos la Palabra, impartimos a Cristo a la gente, el mismo Cristo que anduvo por la tierra, murió en el Calvario y resucitó de entre los muertos. Es sólo por medio del poder de la Palabra que podemos esperar revitalizar nuestro cristianismo, hacer que nuestra fe sea dinámica, y tratar de salvar al mundo del caos y la ruina.

3. ¡Debemos dar testimonio de Cristo! Si la Palabra se hizo carne, entonces toda carne debe convertirse en palabra, proclamando las “*inescrutables riquezas de Cristo*”. Si Cristo significa algo para nosotros, debemos proclamar su Palabra, debemos dedicar nuestra vida a su servicio. Como dice el salmista: “*Díganlo los redimidos de Jehová, los que ha redimido del poder del enemigo*” (Salmos 107:2).

*José A. Fernández*

Después de su conversión era muy activo en el ministerio, especialmente en la costa oriental de los Estados Unidos y con su gente de habla hispana. Hoy ya está con el Señor.

## Comienza la vida para un sacerdote jesuita

*José Rico*

Después de diecinueve años de una permanente amenaza de naufragio en el sacerdocio católico romano, el 15 de abril de 1956 llegué a las tranquilas playas de paz con Dios mediante Jesucristo.

Entre los motivos para dejar mi España natal estuvo el llamado de los obispos americanos frente a la avalancha del protestantismo en América Latina. Hay algo en el alma de un español que lo hace reaccionar instintivamente contra el protestantismo. Desde los reinados de Carlos V y Felipe II en adelante, la historia de España está llena de episodios y batallas religiosas, decretos de fe y la Inquisición. Todo lo que forma parte de la vida del "Quijote" español alcanza su máximo clímax en su odio al protestantismo. Por eso, cuando el papa dijo al clero español que Latinoamérica era el campo misionero para los sacerdotes españoles, a mi me sonó como un llamado de clarín. Unido a este motivo estaba el deseo de trabajar en esa parte del mundo que, aunque me era desconocida, amaba porque había sido la posesión más valiosa de nuestro imperio.

Pronto descubrí que Latinoamérica era un mundo nuevo y diferente en todo el sentido de la palabra. En San Pablo, Brasil, más tarde en Argentina y finalmente en Chile vi que la capilla protestante se levantaba al lado de la iglesia católica, reclamando su derecho al reconocimiento social. Desde mi punto de vista prejuiciado, pensaba que todo eso era un abuso intolerable. Sin embargo, la Divina Providencia pronto traería luz a mi mente en relación a todo esto.

### **"El que comenzó en vosotros la buena obra. . ."**

Llegué a Antofagasta, Chile, donde como sacerdote de la catedral encontré excelentes oportunidades para poner en práctica mis ideas anti protestantes. Estaba listo para comenzar la batalla cuando comenzó a llegarme literatura evangélica. La leí con disgusto. Más tarde leí algunos libros protestantes que me había atrevido a guardar en mi biblioteca privada. Poco a poco una corriente de simpatía comenzó a reemplazar el odio mortal que había tenido hasta ese momento contra el protestantismo. Vi claramente que el protestantismo no es lo que se dice del mismo, no es lo que se aprende en los corredores de los institutos teológicos católicos romanos. Esos libros evangélicos estaban llenos de profundas enseñanzas tomadas de los libros sagrados de la Biblia. Entre ellos y los libros católicos no existía diferencia a la vista, que no fuera la ausencia del *imprimi potest* de los libros aprobados por Roma, pero en lo que respecta a la vida de los creyentes evangélicos, había una notable diferencia entre ellos y el católico común. Yo hubiera querido que mis fieles vivieran en forma tan correcta y moral como aquellos odiados protestantes.

Circunstancias imprevistas me llevaron de Chile a Bolivia. Pocos meses después me elevaron a la honorable posición de Consejero Nacional de la Organización Estudiantil Católica (J.E.C.). El nombramiento fue decidido y firmado por el

arzobispo de La Paz. Así me puse en contacto con la mejor gente de Bolivia, es decir, con su maravillosa juventud de la J.E.C. Rebosaban de vida y entusiasmo, con la fuerza de una bola de nieve desde las filas de la Acción Católica. Mis pesadas responsabilidades retardaron por un tiempo la evolución que se había iniciado en mi alma hacia el protestantismo. Pero Dios siguió con la obra que había comenzado y no solamente tuve la oportunidad de familiarizarme con libros y folletos evangélicos, sino también de conocer algunos evangélicos firmes.

### **Cristo expió él solo nuestros pecados**

Mi fe y mi sacerdocio católicos estaban cerca de un irremediable naufragio. Quería hacer algún esfuerzo supremo por salvarlos. ¿No sería todo esto una tentación diabólica como otros casos de los que había oído? Escribí un libro llamado El Sacerdote y la Hostia, el que, aunque no fue publicado, tenía la aprobación oficial de la diócesis. Fui a la Epístola a los Hebreos para obtener inspiración para escribir el libro, y no encontré allí el sacerdocio católico que buscaba. El único sacerdote del que hablaba la epístola era Jesucristo, que *"en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado"* (Hebreos 9:26). Luego leí en Hebreos 10:17,19 de la imposibilidad de hacer otro sacrificio por el pecado. ¿Cómo es que desde los púlpitos católico romanos se predica que la misa es la renovación sin sangre del sacrificio mismo de la Cruz si esta epístola enseña que es imposible repetir lo que hizo Cristo de una vez para siempre? ¿Y de qué vale un sacrificio sin sangre si el mismo autor enseña que *"sin derramamiento de sangre no se hace remisión"* (Hebreos 9:22)? Por ese motivo dice que, habiendo logrado la redención eterna, el Eterno Sumo Sacerdote del Nuevo Pacto ascendió a las alturas desde donde ahora intercede por nosotros en la presencia de Dios (Hebreos 1:3, 7:25).

Cuando terminé de estudiar la Epístola a los Hebreos sentí que una mano omnipotente e invisible me despojaba de mis vestiduras y mi carácter sacerdotal. El único sacerdocio que había encontrado era el que registraba San Pedro, *"vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo"* (1Pedro 2:5). Es lo mismo a que se refiere Hebreos: *"Ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre"* (Hebreos 13:15).

Vi también la inutilidad y falsedad del purgatorio ya que el mismo autor dice tácitamente que Jesucristo es nuestro purgatorio, al ofrecer su vida en la Cruz, *"... habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas"* (Hebreos 1:3). Si Cristo purga nuestros pecados, ¿cómo es que almas que son salvas ahora tienen que ir al purgatorio para ser purificadas? ¿Qué clase de purgatorio tienen los católicos que no se menciona una sola vez en la Biblia?

Después de esto solamente faltaba la oportunidad para alcanzar la meta que con tanta claridad se veía a la distancia. Dios intervino poniéndome en contacto con un

joven pastor cuya inteligencia natural se combinaba con un profundo amor por Dios y un extraordinario conocimiento de las Escrituras. Era el director del Instituto Bíblico Indio de La Paz, Samuel Josué Smith. Este era mi primer verdadero contacto con un hereje. Su conversación iluminó mi mente, despejó mis dudas, y confortó mi corazón hasta el punto de infundirle valor.

### **Jesús es el único camino**

Al día siguiente repetí la visita y hacia el final, Samuel Josué dijo: "¿Qué le impide aceptar a Cristo como su único y suficiente Salvador?" Sentí que mi corazón se derretía con una ráfaga celestial que me embargó de emoción, mientras las lágrimas me rodaban por las mejillas. No necesitaba nada más: Lo acepté con plena convicción.

Cristo se convirtió en mi "único" Salvador, porque ningún otro ha muerto en la Cruz por mí. También se convirtió en mi "suficiente" Salvador porque su sangre es todopoderosa para lavar mis pecados y borrarlos de mi alma. De qué manera miserable habían fracasado los ritos y ceremonias y las tradiciones humanas del romanismo en limpiar el alma para Dios. Fue recién entonces que comprendí a qué se refería Jesús cuando dijo: *"Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí"* (Juan 14:6). Pedí perdón por haber vagado tantos años por caminos equivocados, y me decidí a caminar por ese Camino, que es Cristo Jesús.

Desde ese momento me supe una nueva criatura en Cristo Jesús (2 Corintios 5:17), Comprendí al mismo tiempo que Dios me había justificado y quitado la enorme carga de mi corazón que hasta ese momento me había agobiado sin misericordia. Sí, había *"pasado de muerte a vida"*.

Todavía tuve que continuar durante dos meses mis actividades normales en el romanismo. Era necesario que evaluara todos los detalles antes de tomar un paso definitivo. Esos meses fueron los más oscuros de mi vida, pero Dios finalmente rompió las ataduras que me habían tenido prisionero tanto tiempo. Una luminosa tarde llegué a la Iglesia Evangélica de Miraflores, La Paz. En seguida me quité la sotana. Me vestí con ropas civiles, me senté a tomar una taza de té y entré en una sencilla conversación espiritual con los hermanos, sintiendo como si los hubiera conocido desde siempre.

De esta forma cayó la cortina que puso fin a la tragedia que había vivido durante mis diecinueve largos años de sacerdocio.

*"Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro"* (Romanos 8:38-39).

## **Veintitrés años en la orden jesuita**

*Luis Padrosa*

“He descubierto que no hay base en el Evangelio para los dogmas de la Iglesia Católica Romana”. Tal afirmación de labios del Reverendo Padre Luis Padrosa, vestido con su sotana sacerdotal, dejaron casi mudo de asombro al pastor evangélico Samuel Vila, cuyo consejo buscó el sacerdote en esa primera entrevista memorable.

Vino a hablar con Samuel Vila, ya persuadido por la fuerza de la verdad y constreñido por el Espíritu de Dios, ansioso por explicar lo que él mismo había descubierto en las páginas de las Sagradas Escrituras, la Biblia.

Había decidido dar el doloroso y peligroso paso (peligroso especialmente en España) de renunciar a su oficio y posición, y sacrificar la fama que se había ganado como catedrático y director de los Institutos Loyola de Barcelona y Tarrasa, para poder ser fiel a la luz que había recibido.

### **Roma no es la verdadera iglesia**

Luis Padrosa escribe: “Las razones de mi gran decisión son muchas. Después de vivir cuarentitres años como católico romano sincero, quince de intensa preparación eclesiástica, diez como sacerdote y popular orador frente a multitudes, y veintitrés de vida religiosa en la orden jesuita, he llegado a la convicción de que la Iglesia Católica Romana no es la verdadera iglesia de Cristo Jesús. Trece años de intenso estudio de apologética me han traído a esta inquebrantable convicción. Conozco los argumentos de ambos lados, los he analizado a todos.

Tomé las Sagradas Escrituras y comencé a buscar, pero ¿dónde estaba la infalibilidad papal? No la pude encontrar en ninguna parte. ¿Dónde estaba todo lo referente al ayuno eucarístico . . . y la misa? ¿Dónde estaba todo? No lo pude encontrar. Cuanto más estudiaba, más veía que el cristianismo es una cosa y el catolicismo romano otra completamente distinta. Cuanto más estudiaba las Escrituras, más me convencía de esta verdad. En el catolicismo romano se presenta a Jesús como un fósil, un cuerpo muerto, un hombre clavado en la cruz, pero muerto, no vivo. Por eso la iglesia no logra que un católico ame a Jesús, y si no hay amor, no hay posible salvación, no importa cuántas misas, escapularios, medallas, novenas e imágenes uno tenga. Es inútil a menos que haya una fe y un amor sinceros, y no puede haber tal amor a menos que el hombre vea a Cristo vivo, con su sacrificio terminado. En el catolicismo romano la salvación depende de uno mismo, de decir muchos rezos, de usar escapularios, de la devoción a la Virgen, de tomar la comunión. Por todo esto y otras cosas llegué a ver que la doctrina católica no puede ser verdad. Si solamente supieran por lo que yo pasé, es algo muy grave.

## Católicos Romanos atormentados

“Uno se encuentra enfrentado a su tradición de toda la vida, a su ambiente nativo, a su familia, parientes y amigos, todos los cuales dirán una de dos cosas (o ambas) porque no tienen otra explicación para quien deja la Iglesia Católica por el cristianismo: se ha vuelto loco, o se ha enamorado.

“Si solamente supieran la tortura de alma que sufren los católicos romanos. Personas que van a misa todos los días y asisten permanentemente a las iglesias Católica Romanas, viven con el alma atormentada, diciéndose a sí mismas: ¿Seré salvo o no? ¿Me confesé bien o no? No tienen paz. ¿Es esto la verdadera religión? ¿Qué es todo esto? ¿En qué parte de los Evangelios encontramos este método para torturar al pecador? ¿Cuánto atormentaron con sus preguntas Jesús o sus apóstoles al pecador?

“Qué maravilla saber en el corazón que Jesucristo nuestro Señor nos ha redimido, ¡qué somos salvos por gracia! ¿Acaso Pablo no dice: *“No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Jesús”* (Gálatas 2:21). La salvación del hombre depende solamente de Jesucristo, nuestro divino Redentor.

## Jesús es el verdadero camino

El es el camino. Jesús nunca dijo que el camino era la iglesia. sino *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida . . .”* (Juan 14:6). Por otra parte, la Iglesia Católica quiere ser ella misma el camino y ser la dueña de la Verdad, para poder modificarla a voluntad.

Para lograrlo, ha puesto al clero en lugar de Jesucristo y a la iglesia en lugar de la Biblia.

Puedo ofrecer una sencilla palabra de consejo a quien quiera conocer la verdad: lea con toda la frecuencia posible los Evangelios y las Epístolas que están en el Nuevo Testamento. Allí podrá ver qué debe creer y practicar quien desee ser cristiano:

*“. . . Porque también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición”* (Mateo 15:3).

*“. . . bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres”* (Mateo 15: 7-9).

Entonces, dejemos a los hombres y escuchemos al Señor Jesús, porque solamente El tiene palabras de vida eterna. *“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”* (Juan 5:24).



## Yo fui un ciego, líder de ciegos

Salvatore Gargiulo

*"¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?" (Lucas 6:39)*

Me llamo Salvatore Gargiulo. Me convertí al Evangelio del Señor Jesús en 1977, y ahora le estoy sirviendo en el mismo lugar donde antes había seguido el llamado del sacerdocio católico romano. Mi conversión vino lentamente, paso a paso, a lo largo de varios años, y fue uno de esos grandes milagros que solamente Dios puede hacer.

Fui ordenado sacerdote en 1951, y tenía la firme intención de ser un devoto hijo del papa todos los días de mi vida. Estaba plenamente convencido de que él era el sucesor de Pedro, y la cabeza visible de toda la iglesia y el vicario autoritativo y representativo de Jesucristo en la tierra.

### Señales y prodigios mentirosos

La Iglesia Católica Romana es en realidad una iglesia que sigue más a María que a Cristo. Nunca dejé de insistir a la gente que recitara el santo Rosario (una monótona repetición de oraciones a María). Con entusiasmo pasaba a otros las historias de milagros que se suponía ella había realizado, que no son otra cosa que obra del poder de la oscuridad, destinados a guiar a millones de almas a la deriva y de evitar que se pongan en contacto con la Verdad.

*"... aquel inicuo. . . cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por eso Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia" (2 Tesalonicenses 2:8-12). "Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz" (2 Corintios 11:14).*

De todos modos, mi vida había sido moldeada en este sistema de errores y yo tenía apenas un conocimiento superficial de las Sagradas Escrituras. Estaba yo mismo engañado y engañaba a otros (2 Timoteo 3:13). En realidad, mis estudios teológicos estaban basados en la filosofía escolástica y no en la Biblia.

### Cisternas rotas

En mi fanatismo religioso y fidelidad a las disposiciones del código oficial que señalaba los derechos de los sacerdotes, un día quemé una Biblia "protestante" porque no tenía el *imprimatur* (sello de autorización) que permitía leerla.

Aún así, toda mi certeza y confianza en la institución Católica Romana no evitó que me sintiera profundamente insatisfecho en el corazón. Administraba los sacramentos cuando me tocaba el turno, pero carecía del más grande don que Dios desea dar al hombre, el de saber que ha sido aceptado por Dios porque sus pecados han sido perdonados de una vez por todas en el Calvario. *"Justificados, pues, por la fe,*

*tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”* (Romanos 5:1-2). También tenía un gran temor a la muerte y al juicio de Dios. Mi religión me agujoneaba para que hiciera cosas para ganar mérito (la misa, los sacramentos, el rosario, las indulgencias, los actos de abnegación, etc.) pero en el fondo me sentía perdido. Lamentablemente, a pesar de tener un título en teología, no sabía nada de la paz y la sencillez que provee la salvación por gracia. Las cisternas rotas de los sacramentos eran incapaces de darme el Agua Viva que mi alma tan desesperadamente necesitaba.

### **Apelo a mi corazón**

En la década de 1960, comencé a interesarme en el movimiento ecuménico. Naturalmente, mi gran esperanza era que este movimiento lograra que los “hermanos separados” reconocieran que la Iglesia Católica Romana era la cabeza de la iglesia, y que aceptaran que era la voluntad de Jesús que el papa fuera el supremo pastor sobre todas las ovejas. Pensaba que el deseo de Dios de que hubiera un rebaño y un pastor se cumpliría.

Eso hizo que me fuera necesario saber qué era realmente lo que creían esos cristianos separados. Así que comencé a escuchar programas radiales y televisivos evangélicos. Recuerdo particularmente una serie de mensajes matutinos de un hermano cristiano evangélico alemán, Werner Heukelbach, transmitidos por Radio Luxemburgo. Esos mensajes nunca terminaban sin una ferviente apelación que decía: “Lo que realmente necesitas es a Jesús”. Para mí no era otra cosa que el representante de una secta, un hereje, pero el fervor de su voz me tocaba. El centro de su mensaje no era otra cosa que Jesús. *“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna”* (Juan 6:47).

### **La luz de las Escrituras**

Un día en 1975 mientras caminaba por una calle de Florencia, me llamó la atención una librería evangélica. Entré solamente con la intención de echar una mirada. Me sobresaltó el título de uno de los libros: “El Catolicismo Romano a la Luz de las Escrituras”. Compré un ejemplar, y no me resultó fácil librar mi mente – en un momento – de todas las falsas doctrinas que estaban tan profundamente enraizadas en él. Sin embargo, poco a poco, el Espíritu Santo hizo que la Luz de la Verdad penetrara mi mente oscurecida.

Pasaron otros dos años de incertidumbre, dudas y búsqueda. Al final, no fue otra cosa que la Biblia, que es la verdadera Espada del Espíritu, la que desenterró todos los errores que me habían tenido encadenado durante tantos años. *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”* (Efesios 2:8-9). *“¿Qué debo hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”* (Hechos 16:30-31). *“Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo”* (1 Juan 5:11).

## **¿Ha cambiado la Iglesia Católica?**

Algunos evangélicos piensan que los tiempos han cambiado y que ahora se puede tener un diálogo y colaborar con la Iglesia Católica Romana para lograr la unidad cristiana. Esto es un engaño de Satanás. Las doctrinas sobre la organización eclesiástica no han cambiado en absoluto. En realidad siguen agregando nuevos errores a los antiguos, y en especial están trabajando con la idea de incorporar a todas las demás religiones, lo que pronto llevará a establecer la Gran Babilonia, de la que habla el séptimo capítulo del Apocalipsis. (Un ejemplo de esto es el Documento del Segundo Concilio Vaticano, *Nostra Aetate*, el párrafo 2:

“El budismo en sus diversas formas testimonia de la insuficiencia de este mundo cambiante. Propone una forma de vida por medio de la cual el hombre puede, con confianza y esperanza lograr un estado de perfecta liberación y alcanzar la iluminación ya sea por medio de sus propios esfuerzos o con asistencia de la ayuda divina; la Iglesia Católica no rechaza nada de lo verdadero y santo en estas religiones”.

Por eso es de suprema importancia que nosotros en la actualidad obedezcamos la exhortación de la Palabra de Dios: *"No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso"* (2 Corintios 6:14-18).

## **Andad como hijos de Luz**

Al mirar atrás a los muchos años durante los cuales viví bajo el poder de las mentiras y el error, solamente puedo agradecer a mi Padre Celestial con profundo gozo que me haya librado de los poderes de la oscuridad y me haya traído al Reino de su amado Hijo. *"Porque en otros tiempos erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz"* (Efesios 5:8).

## **26. Recibí misericordia**

*Edoardo Labanchi*

La única religión de la que tenía conocimiento era la de la Iglesia Católica Romana. Así es que decidí ser sacerdote e ingresé a la orden jesuita. Mis superiores parecían estar muy satisfechos conmigo, y fui admitido para tomar los votos que normalmente se toman recién después de dos años de prueba. Esto me dio cierta satisfacción, admito, pero era solamente satisfacción humana. Sentía que estaba haciendo algo diferente al común de la gente y, como los fariseos parados en el templo frente al altar mirando despreciativamente al publicano, me sentía diferente al resto de gente. Estaba en la iglesia Católica y se me consideraba como alguien que llegaría a ser perfecto. En realidad, era tan ambicioso que pedí ser enviado como misionero, sintiendo que de esa manera podría tener una vida espiritual superior. Así es que me enviaron a la isla de Ceilán.

### **Ceilán**

Cuando llegué a Ceilán, sin ser aún sacerdote ordenado, se me envió a trabajar en un colegio antes de iniciar los estudios teológicos. Los jesuitas tienen un largo período de preparación. Muy pronto me desilusioné mucho por la falta total de celo, de parte de los misioneros católicos, por convertir a los paganos. Los veía comprometidos en la enseñanza en los colegios. Veía sus iglesias refinadas, pero veía muy poco “evangelismo” real como yo lo entendía en aquel tiempo. Me parecía que había un atmósfera muerta.

### **India**

A su debido tiempo me enviaron a la India para mis estudios teológicos y, Finalmente, fui ordenado sacerdote. Durante mis estudios me enfrenté cara a cara con las religiones paganas, el hinduismo, el budismo y el islamismo, y comencé a ser profundamente desafiado en mi propia religión y a preguntarme qué era, en esencia, la diferencia entre el cristianismo y estas religiones paganas. Ellos también tenían sus libros y escritos sagrados. Tenían ideales y mandamientos elevados y trataban de vivir de acuerdo a ellos. Un hindú podía guardar tranquilamente una estampa de Cristo entre sus pertenencias y seguir siendo un devoto hindú. ¿Había alguna diferencia básica entre estas religiones y el cristianismo, o eran todas las religiones iguales en el fondo?

### **Un poco de luz**

Fue en este tiempo que comencé, poco a poco, a ver la luz, y debo admitir que comencé a hacerlo a pesar de estar en la iglesia católica. Estaba llegando al final de mis estudios teológicos, pero no era de ellos que estaba obteniendo luz, ni tampoco de mis profesores, ni de la devoción, ni de mi obediencia al papa. Se los puedo asegurar. El medio que Dios estaba usando era la lectura y el estudio de la Biblia, de su Palabra. Ya antes de esto había sentido cierta atracción hacia la Biblia, hacia algo puro y real que hablara al alma y pudiera ser entendido, algo que fuera más que simplemente humano. Ahora seguí leyendo y estudiando la Biblia con atención, y al hacerlo comencé a comprender que la diferencia básica entre el cristianismo y las religiones paganas radicaba, no tanto en mandamientos o doctrinas, sino en la Persona de Jesucristo. Comencé a meditar en lo que la Biblia decía acerca de él y de su obra redentora y, al hacerlo, Jesús comenzó a volverse más y más real para mí. Poco a poco Cristo se convirtió en un sol naciente en el horizonte de mi vida. Aunque todavía sostenía muchas doctrinas Católica Romanas, algo maravilloso me estaba ocurriendo.

## **Después de la ordenación**

En 1964, después de mi ordenación, me enviaron a Ceilán nuevamente. Ahora iba como sacerdote, y fue en esa oportunidad que me enviaron a una ciudad en el centro de la isla para dar una serie de conferencias sobre la Biblia a algunos catequistas católicos romanos, porque mis superiores sabían de mi interés por la Biblia y que había hecho estudios especiales sobre ella. Fue en el curso de uno de estos viajes que visité la iglesia evangélica de la ciudad. Por supuesto, ya había visto esa pequeña iglesia evangélica antes, pero siempre la había mirado con desprecio. Cerca de ella se levantaba una enorme e imponente iglesia católica y yo solía pensar: “¿Qué creen que pueden hacer estos miserables protestantes? Si los paganos se van a convertir, será gracias a la gran Iglesia Católica Romana”. Sin embargo, ese día en particular, sentí un impulso de entrar. Tal vez era el nuevo movimiento ecuménico que me hacía sentir que ahora teníamos que ser amistosos y bondadosos con los “hermanos separados”. Evidentemente se sorprendieron al verme entrar, pero me recibieron con mucha amabilidad y me entregaron algunos folletos y otra literatura. No pude evitar sentirme impresionado por el celo y la devoción de esta gente. Algunos eran misioneros suecos, otros eran cristianos y obreros ceilaneses. Estaban llevando a cabo una campaña de evangelización, distribuyendo folletos e invitaciones en las calles, incluso los niños ayudaban con entusiasmo en la tarea. Nunca había visto ese celo en la Iglesia Católica Romana. También vi que trataban de convertirme.

### **¿Relación personal con Cristo?**

Uno de los folletos que me dieron me interesó particularmente. Era un devocional diario llamado “Mensajero de su venida”, que ahora se publica en numerosos idiomas, incluyendo una edición en italiano, publicada en Roma. Los artículos en este texto siempre se referían a la nueva vida de comunión con el Señor. Yo sabía estas cosas en teoría, pero ahí parecían muy reales, vivas y personales. “Después de todo”, pensé, “de esto se trata y debería tratarse el Evangelio”. Seguí frecuentando estos evangélicos, y me dieron otros extractos del Evangelio y folletos, algunos publicados por la *Sripture Gift Mission*, y también los siguientes números del “Mensajero de su venida”. Toda esta literatura me ayudó a acercarme al Señor. Luego regresé a la India durante algunos meses para completar mis estudios teológicos, y también allí hice contacto con algunos evangélicos.

### **Dios sigue trabajando**

Fue en este punto de mi vida que Dios comenzó a trabajar en forma más evidente que antes. Cada vez más, sentía que debía volver a Italia. Al mismo tiempo ocurrió otro suceso. El gobierno de Ceilán decidió que todos los misioneros extranjeros debían salir gradualmente del país; y, para comenzar, se negaron a permitir el reingreso a Ceilán a quienes ya habían salido. Tampoco pude quedarme en la India porque, siendo miembro del *Commonwealth*, mi permiso de residencia me permitía quedarme allí sólo hasta completar los estudios. Nuestros superiores decidieron enviarnos de regreso a nuestro país, y se me indicó que me preparara para retornar a Italia. Antes de partir, escribí al director de la edición italiana del “Mensajero de su venida”, diciéndole que, aunque era un sacerdote católico, en el espíritu del movimiento ecuménico, había leído ese material y me gustaba mucho; así que quería colaborar con ellos cuando volviera a Italia, en lo posible y dentro de lo compatible con mi función como sacerdote.

## **Profesor de Biblia**

A mi llegada a Italia y después de dos meses de mi llegada a Nápoles, mis superiores me enviaron a Roma para que me preparara para ser especialista en Biblia. Sabían que en la India me había mostrado muy interesado en la Biblia y que quería saber más; y las autoridades católicas parecían pensar que la Biblia podría hacer de puente con las iglesias protestantes en el movimiento ecuménico. En función de eso me enviaron a lo que realmente era el Instituto Bíblico Católico de más nivel en Roma. Comprendiendo que eso era un gran honor y privilegio, cuando llegué a Roma decidí no tener nada más que ver con evangélicos o protestantes. Ya no me interesaba colaborar con ellos en el “Mensajero de su venida”. Quería dedicarme enteramente al estudio de la Biblia y a prepararme para mi futuro ministerio. No tenía tiempo en absoluto para relacionarme con los protestantes.

Este era, por supuesto, el motivo que yo trataba de poner pero, mirando atrás, ahora veo que la verdadera razón era que muy en el fondo de mi corazón yo sentía que si hacía contacto con ellos tendría que llegar a una decisión y dar el paso, cosa cuyo prospecto me atemorizaba.

## **Trato de compartir el Evangelio**

De modo que seguí con mis estudios y al mismo tiempo se me solicitó que asistiera como sacerdote en una iglesia en Roma donde predicaba los domingos y días santos a unas mil personas tal vez. Escuchaba confesiones y hacía las tareas propias de un sacerdote. En mis sermones trataba de compartir el verdadero mensaje del Evangelio, y en el confesionario trataba de dar ayuda y consejos espirituales reales para que supieran sobre el nuevo nacimiento. Sentía la responsabilidad y la importancia de estos contactos personales íntimos. Pensaba que además de hablar con ellos sería bueno darles algo para que llevaran para leer. Era evidente que debía ser un folleto corto, algo que estuviera escrito en italiano sencillo. También era importante que pudiera darles algo sin costo, para que pudieran aceptarlo sin dificultades. Mi problema era dónde encontrar esos folletos.

Entonces recordé los folletos que había recibido en la India y Ceilán que eran publicados por la *Scripture Gift Mission* y otros. Me preguntaba si habría algo similar en Italia. Luego recordé que había una exposición y venta permanente de libros de todo tipo, y entre ellos había un puesto donde un hermano cristiano tenía expuestas Biblias, y libros y folletos cristianos. En la primera oportunidad fui a esa calle y encontré el puesto, miré los libros y le pregunté si tenía el tipo de folletos que yo necesitaba. Me dijo que tenía pero que no disponía de muchos. “Pero, a la vuelta de la esquina hay una librería evangélica. Allí conseguirá la cantidad que necesita y podrá elegir lo que quiere”.

Al comienzo estaba un poco dudoso de ir, pero lo hice, pensando que después de todo era sólo una librería y que yo podría entrar, hacer la compra y salir rápidamente. Al entrar en la librería, el hombre que estaba a cargo me recibió amablemente. Había todo tipo de folletos, y elegí los que me parecía que me servirían. Mientras el hombre los envolvía, conversamos algo y yo le mencioné que había sido misionero en la India y en Ceilán.

## **Me abro a nuevas verdades**

Fue entonces que noté que estaba sucediendo algo extraño. El hombre y su esposa me miraban primero a mí y luego se miraban entre ellos. Intercambiaron miradas y unas palabras, y yo pensé que tal vez había algo malo en mi sotana negra. Luego me preguntó: “De paso, ¿cuál es su nombre?” Yo respondí “Bueno, me llamo Edoardo Labanchi”. “Ah, entonces es

usted”, dijo. Yo me pregunté, ¿Qué quiere decir con que yo soy la persona? Ni siquiera los conozco.

Pero había una explicación—algo maravilloso. “¿Alguna vez ha escrito una carta al director de “Mensajero de su venida”? preguntó. “Sí, efectivamente” respondí, mientras pensaba, no creo que este hombre sea el director del “Mensajero de su venida”. No parece ser el editor del periódico. No me parece que éstas sean las oficinas de una editorial ni es la dirección a la que escribí. Como si estuviera leyendo mis pensamientos, el hombre continuó: “Lo que ocurre es que su carta fue enviada aquí. El director es el representante legal del periódico, y también es algo así como gerente de varias otras cosas; pero en realidad nosotros publicamos el material. Yo soy el editor, por eso tengo aquí su carta”. Efectivamente me mostró la carta y dijo: “Mire, aquí afirma que querría colaborar con nosotros”.

### **Dios me arrincona**

Hay momentos en nuestra vida, creo, cuando sentimos que Dios nos está arrinconando. En cierto sentido, no era otra cosa que una secuencia de sucesos humanos pero, en ese momento, sentí que había ocurrido algo insólito en mi vida. Sentí que Dios quería que tuviera contacto con esa gente, y desde ese día en adelante continué visitando estos amigos en la librería, que también es la sede del Centro de Servicios Cristianos desde el que se realizan diversas actividades evangelísticas. También me invitaron, con toda amabilidad, a asistir a las reuniones que realizaban en los hogares. Asistí regularmente y conocí a otros creyentes. Esto enriqueció mi propia experiencia espiritual pero, lo que es más importante, comenzaron a orar por mí, y no solamente en Italia sino también en Inglaterra. Tenían amigos en todas partes, y se corrió entre ellos la noticia de que un sacerdote católico se estaba reuniendo con ellos en su Centro en Roma y se pedía oraciones por él.

### **Fundado en la Biblia y en Cristo**

Para 1966, en mi mente y en mi corazón, yo ya era un evangélico, o más bien, Cristo se estaba volviendo cada vez más la base de mi vida. Comencé a descartar todas las doctrinas y prácticas católicas que tenían poco o nada que ver con el Evangelio. Al mismo tiempo estaba ayudando a traducir artículos para el “Mensajero de su venida” en italiano, pero todavía no había andado todo el camino en mi conversión. En ese tiempo el Concilio Vaticano estaba en boca de todos, y se hablaba mucho acerca del movimiento ecuménico. Yo pensaba, ¿Por qué tendría que dejar la iglesia católica si ahora somos prácticamente lo mismo? Pronto estaremos unidos, así que puedo trabajar en la iglesia católica y ayudar a extender el Evangelio mientras sigo en la iglesia católica. Esa era mi idea, pero después de un tiempo me desilusioné mucho con el Concilio Vaticano y el movimiento ecuménico y comencé a preguntarme qué hacer. Como verán, mi posición era muy difícil. No era lo que un católico llamaría un laico común. Era un sacerdote ordenado. Pertenecía a la orden más grande de la Iglesia Católica Romana. Me habían enviado a Roma para hacer estudios especiales y, por supuesto, mis superiores tenían puesto un ojo especial en mí. Por otra parte me sentía atado por todas las reglamentaciones y las doctrinas oficiales, y comencé a comprender que me sería imposible seguir allí por mucho tiempo sin revelar lo que realmente pensaba desde la profundidad de mi corazón y sin poner en compromiso mi conciencia. Por un tiempo traté de adaptarme a las circunstancias pensando que podría ser de utilidad quedándome donde estaba. Solía hablar de Cristo y la salvación, refiriéndome a María solamente como un ejemplo a seguir, pero mi posición como sacerdote me obligaba a comprometer lo que sabía que era correcto. Sabía la decisión que tenía que tomar, pero todavía trataba de evitarla. Luego el Señor mismo me mostró que tenía que actuar y hacerlo de una vez. Recordé lo que Elías había dicho a la gente

en la Biblia, “*¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos?*” (1 Reyes 18:21). Fue efectivamente en este punto donde Dios mismo tomó el control y me dio la fuerza. Casi a pesar de mí mismo fui a mis amigos de la librería y me encontré diciéndoles: “He decidido dejar la Iglesia Católica Romana, y si les parece que podría hacerlo, me gustaría ayudarlos en su trabajo aquí en el Centro”. Mi decisión tomó desprevenido al señor Torie, pero en realidad la venía esperando desde hacía cierto tiempo. Algunos días después dejé mi orden.

### **Nueva vida en Cristo**

El punto que quiero resaltar firmemente como palabra final es que lo importante de mi historia y en la historia de otros que han seguido el mismo camino no es que hayamos dejado la iglesia Católica, una organización, o una religión. Lo importante es que hemos encontrado una nueva vida en Jesucristo. Todavía me queda un largo camino por andar y digo con Pablo: “*No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto. . .*” (Filipenses 3:12), pero sé que en el momento en que acepté a Cristo como mi Salvador y Señor, el Cristo que murió por mis pecados, algo ocurrió en mí. Me convertí en una nueva criatura. Pablo dijo: “*Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe*” (Filipenses 3:9). En el pasado había estudiado la Biblia desde un punto de vista técnico, como lo hacían mis profesores y mis compañeros en el Instituto Bíblico; pero ahora adquiriría un nuevo sentido –un sentido que no viene del mero estudio humano sino que estoy absolutamente seguro que viene de arriba.

Mi vida no ha sido fácil desde que dejé la Iglesia Católica Romana, y estoy seguro de que no será fácil. “*Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo, y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos*” (Filipenses 3: 7-11).

He dejado de lado gustoso todos los beneficios materiales y honores que puedo haber tenido en la orden de los jesuitas. Cualquiera de esas coronas las pongo con alegría a los pies de Jesús, junto con mi vida, mi tiempo y los talentos que pueda tener, para que El me use según su voluntad. Doy gracias a Cristo Jesús mi Señor porque, aunque antes lo blasfemaba, perseguía e insultaba, recibí su misericordia porque lo hice por ignorancia en mi incredulidad.

Edoardo Labanchi vive en Grosseto, Italia. Mediante su iglesia local tiene un ministerio llamado “Centro para estudios teológicos” en Grosseto, y está involucrado en muchos centros similares por toda Italia. Ha traducido y publicado la versión en italiano de este libro. Aunque académico como conferencista y escritor, también practica el evangelismo en las calles.



## **27. De Roma a Cristo**

*Mark Peña*

Nací en un pequeño pueblo al norte de Burgos llamado Villamediana de Lomas, en España. Como quería ser misionero, decidí entrar al noviciado para convertirme en un sacerdote católico.

Comencé el noviciado el 24 de julio de 1949. Después de un año y un día tuvimos que jurar a Dios, frente a la Santa Comunidad, de que observaríamos, durante un año, los votos de pobreza, castidad y obediencia. Con esta ceremonia nos iniciamos como miembros de la Congregación de los Misioneros Consagrados de María Inmaculada. Después de esto nos mudamos a Madrid, al seminario mayor que los Consagrados tienen en Pozuelo de Alarcón, donde estudiamos dos años de filosofía y cuatro de teología para ser sacerdotes.

### **Mi primera misa y fuegos artificiales**

Mi primera misa se llevó a cabo en la iglesia de las Religiosas de San José de Cluny en Pozuelo de Alarcón al día siguiente, domingo 18 de marzo de 1956. Sentí una gran emoción interna y un sentimiento sublime por esta primera misa y recuerdo el nerviosismo que sentía de que no realizaría bien alguno de los ritos y ceremonias. Pero ahora casi debo gritar a viva voz que este “Gran Acto de Adoración” en la Iglesia Católica Romana es solamente una especie de comedia diaria—una comedia seria, sí, pero comedia al fin. En los términos de John Knox, un ex sacerdote católico romano quien, luego de su conversión a Jesucristo llegó a ser el gran líder de la iglesia presbiteriana [en Escocia], “La misa es una blasfemia”.

La primera misa con la familia en mi tierra natal fue algo humanamente grande para un pequeño pueblo como el mío. Todo el mundo vivió dos días de intensa emoción y fiesta durante el 8 y el 9 de julio de 1956. Había fuegos artificiales, música, arreglos florales, juegos y alegría. Era el primer sacerdote de ese pueblo y por eso, era motivo de gran orgullo para todas las familias.

Trabajé como profesor de literatura española y música en el quinto año, y de latín y francés en el cuarto, pero lo que me gustaba más era la preparación del sermón del domingo para la misa de las once de la mañana. en nuestra iglesia.

### **Co-pastor**

Como el patriarca provincial sabía de mis deseos de ser misionero, me asignó, junto con otro sacerdote de los Consagrados, como co-pastor de una parroquia pobre y miserable en la ciudad de Badajoz. El 14 de noviembre de 1958 llegué a la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción en Badajoz, que se componía de un populacho de gran miseria espiritual y material. Había nueve mil almas. Durante tres años trabajé en esta parroquia, para alegría y satisfacción de la gente. A decir verdad, estaban orgullosos de mí, y yo los quería y buscaba ganarlos por todos los medios.

Pero sentía cada vez más una carga por mis pecados y me daba cuenta de que no había ninguna seguridad de perdón por medio de las confesiones y otras prácticas católicas. Me sentía definitivamente perdido. La misa perdió significado. Decidí que debía dejar el sacerdocio e ir al mundo a conseguir un empleo secular y “disfrutar de la vida”.

## Los evangélicos, ¿bichos raros?

Sentía cada vez mayor insatisfacción en la misa y el vacío espiritual de la Iglesia Católica Romana. Me puse en contacto con un pastor protestante en Madrid, Alberto Araujo Fernández. No lo conocía pero me habían dicho que era un hombre prudente y un cristiano devoto. El primer contacto que tuve con él fue muy sencillo y cordial. Y pensar que la gran mayoría de los católicos romanos, por lo menos en España, piensan que los protestantes evangélicos son algo así como bichos raros. El pastor me permitió explicarle mi problema, y con una sabiduría y un amor que yo no había conocido, me aconsejó y me animó a dedicar mucho tiempo a leer el Nuevo Testamento. Mantuvimos una correspondencia regular.

En febrero de 1962, decidí dar el gran paso: dejar el sacerdocio católico romano. No podía seguir donde había sólo un frío ritualismo; como está escrito: “. . .tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:5). Escribí a Araujo pidiéndole que buscara un lugar donde pudiera ocultarme, y una carta para otro pastor en Bilbao, Juan Eizaguirre, pidiéndole lo mismo, porque estaba decidido a dejar el sacerdocio a la primera oportunidad.

### “Jehová, justicia nuestra” (Jeremías 23:6)

Mi superior había arreglado que fuera yo a predicar en la celebración de las apariciones de la Virgen de Fátima. Elegí esos días como el momento para dejar el sacerdocio y mi condición religiosa. Llegué a Madrid el 8 de mayo de 1962. Tomé inmediatamente el avión de las 3.30 para Holanda, para salir de España antes de que mi superior supiera de mi partida e hiciera que la policía me cerrara las fronteras de España.

En esa época no sabía nada sobre la verdadera salvación bíblica. Pero en Holanda viví con la familia de un protestante evangélico. Leían la Biblia juntos y oraban en las devociones familiares y en las comidas. Me recomendaron al doctor Hegger, un sacerdote convertido y director de una obra en Holanda destinada a ayudar a los sacerdotes que quieren dejar el sistema romano. Se llama “En el camino recto”, tomado de la cita en Hechos. El doctor Hegger conversó conmigo y respondió a muchas de las preguntas doctrinales en base a la Palabra de Dios.

Poco después volví a España vía Portugal (para seguridad) para visitar a mi madre, que estaba enferma y preocupada por mí. El Señor me permitió vivir a salvo con mi familia durante un mes, y mi madre mejoró mucho. Durante mi regreso por tren, estaba en mi camarote, leyendo la Biblia y alabando al Señor. En esa actitud de alabanza, me vinieron a la mente pasajes de las Escrituras, recalando que Jesús es un perfecto Salvador, el único Salvador, el todo suficiente Salvador; que había realizado un sacrificio perfecto por mi pecado, que nunca debía repetirse, en la cruz del Calvario; que El era mi sustituto, el portador de mi pecado; y que él me imputaría su justicia y me perdonaría todos mis pecados si confiaba en él de todo corazón. Lo hice inmediatamente. Le di mi vida, mi alma, y lo acepté, confiando en El como mi Señor y Salvador para siempre. Las palabras de Dios se cumplieron en mi corazón y en mi vida: “De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10:43). Mis pecados fueron perdonados; mi alma salvada, el cielo se convirtió en mi hogar, Cristo era mío y yo de él por siempre.

## **Mi oración por los católicos**

Volví a Holanda, desde donde me puse en contacto con el Centro de Conversión de Havertown, Pennsylvania, para venir a Norteamérica y estudiar la Palabra de Dios. El Señor me permitió, después de ciertas dificultades, llegar vía Canadá en septiembre de 1963, donde comencé estudios en el Seminario Teológico Faith. Luego tomé algunos cursos especiales en la Universidad Temple, que me permitieron obtener un título en Literatura Española.

Así como el corazón de Pablo anhelaba la salvación de Israel, yo también oro por mis amados católicos, *“Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia de todo aquel que crece”* (Romanos 10:1-4).

*Mark Peña*

Español de nacimiento, conoció la salvación bíblica en Holanda. Era muy apreciado por Herman Hegger y los que estaban en el ministerio llamado “La calle derecha”. Actualmente está jubilado de pastorear una iglesia en Chicago, Illinois, EE.UU.

## **28. El sacerdote que encontró a Cristo**

*Joseph Zachello*

Nací en Venecia, al norte de Italia, el 22 de marzo de 1917. A los diez años me enviaron a un seminario católico romano en Piacenza, y fui ordenado sacerdote, después de diez años de estudio, el 22 de octubre de 1939.

Dos meses después el cardenal R. Rossi, mi superior, me envió a Norteamérica como Cura Párroco Adjunto de la nueva iglesia italiana “Bendita Madre Cabrini” en Chicago. Durante cuatro años prediqué en Chicago y más tarde en Nueva York. Nunca me pregunté si mis sermones o enseñanzas eran contrarias a la Biblia. Mi única preocupación y ambición era agradar al papa.

### **Creer en el Señor**

Fue un domingo de febrero de 1944, cuando encendí el aparato de radio y accidentalmente capté el programa de una iglesia protestante. El pastor estaba dando el mensaje. Estaba a punto de cambiar de programa porque no se me permitía escuchar sermones protestantes pero, no sé por qué, seguí escuchando interesado.

Mi antigua teología se vio sacudida por un texto de la Biblia que escuché por el aparato de radio: “*Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo*”. Entonces, no era un pecado contra el Espíritu Santo creer que uno era salvo.

### **El Señor me reprende**

Todavía no estaba convertido, pero mi mente estaba llena de dudas acerca de la religión romana. Estaba comenzando a pensar en las enseñanzas de la Biblia más que de los dogmas y decretos del papa. Todos los días había personas pobres que me daban desde cinco a treinta dólares por veinte minutos de una ceremonia llamada misa, porque yo les prometía salvar las almas de sus familiares del fuego del purgatorio. Pero cada vez que miraba al gran crucifijo sobre el altar me parecía que Cristo me reprendía, diciéndome: “Estás robando dinero a gente pobre y trabajadora a cambio de falsas promesas. Enseñas doctrinas en contra de mis enseñanzas. El alma de los creyentes no va a un lugar de tormento, porque yo mismo he dicho: *‘Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen’* (Apocalipsis 14:13). No necesito una repetición de los sacrificios de la cruz, porque mi sacrificio fue completo. Mi obra de salvación fue perfecta, y Dios la ha confirmado al levantarme de entre los muertos”.

“*Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados*” (Hebreos 10:14). “Si ustedes los sacerdotes y el papa tienen el poder de liberar las almas del purgatorio con misas e indulgencias, ¿por qué esperan un sacrificio? Si ven un perro quemándose en el fuego, ¿esperan que venga el dueño y les dé cinco dólares para sacar el perro de allí?”.

No podía seguir enfrentando al Cristo del altar. Cuando predicaba que el papa es el vicario de Cristo, el sucesor de Pedro, la roca infalible sobre la que se construye la iglesia de Cristo, una voz parecía volver a reprenderme: “Viste al papa en Roma: su enorme y rico palacio, sus guardias, los hombres que le besan los pies, ¿crees realmente que me representa a Mí? Yo he venido a servir a la gente; yo mismo lavé los pies a los hombres; no tenía dónde reclinar mi cabeza. Mirame en la cruz. ¿Realmente crees que Dios ha edificado su iglesia sobre un

hombre, cuando la Biblia afirma claramente que el Vicario de Cristo en la tierra es el Espíritu Santo, y no un hombre (Juan 14:26)? *“Y la roca era Cristo”*. Si la Iglesia Católica Romana está edificada sobre un hombre, entonces no es Mi Iglesia”.

### **La Palabra de Dios es suficiente**

Seguía enseñando que la Biblia no es suficiente como regla de fe y que necesitamos de la tradición y de los dogmas de la iglesia para entender las Escrituras. Pero también seguía esa voz en mi interior diciéndome: “Predicas en contra de las enseñanzas de la Biblia, predicas cosas absurdas. Si los cristianos necesitan un papa para entender las Escrituras, ¿qué necesitan para entender al papa? He condenado la tradición porque todo el mundo puede entender lo que hace falta para la salvación personal”. *“Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”* (Juan 20:21).

### **¿De quién fue la sangre derramada?**

Estaba enseñando a mi gente a ir a María, a los santos, en lugar de ir directamente a Cristo. Pero una voz en mi interior me preguntaba: “¿Quién te ha salvado en la cruz? ¿Quién pagó tus deudas derramando su sangre? ¿Fue María, o los santos, o yo, Jesús? Tú y muchos otros sacerdotes no creen en escapularios, novenas, rosarios, imágenes, velas, pero siguen manteniéndolas en sus iglesias porque dicen que las personas simples necesitan cosas simples para recordarles a Dios. En realidad las mantienen en sus iglesias porque son una buena fuente de ingresos. Pero yo no quiero comercio en Mi iglesia. Mis creyentes deben adorarme a Mí en Espíritu y Verdad. Destruye esos ídolos; enseña a tu gente a orar, a venir solamente a Mí”.

### **¿Quién perdona pecados?**

Donde las dudas realmente me atormentaban era en el confesionario. La gente venía a mí, se arrodillaban frente a mí, me confesaban sus pecados a mí. Y yo, con una señal de la cruz, les aseguraba que tenía el poder para perdonar sus pecados. Yo, un pecador, un hombre, estaba usurpando el lugar de Dios, el derecho de Dios, y esa terrible voz me atravesaba, diciendo: “Estás privando a Dios de su gloria. Si los pecadores desean el perdón de sus pecados, deben acudir a Dios y no a ti. Es la ley de Dios la que han quebrantado. Por eso, es a Dios a quien se deben confesar; sólo a Dios deben orar pidiendo perdón. Ningún hombre puede perdonar pecados, sólo Jesús lo puede hacer, y lo hace”.

*“Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESUS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”* (Mateo 1:21).

*“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”* (Hechos 4:12).

*“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos con el Padre, a Jesucristo el justo”* (1Juan 1:21).

No dice que tenemos el confesionario, o el tribunal de confesión en el que, habiendo confesado nuestros pecados al sacerdote, podemos obtener la absolución.

*“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36).*

*“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1Juan 1:9).*

*“Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Romanos 3:28).*

*“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).*

*“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8).*

*“Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:31).*

*“Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras” (Romanos 4:5-6).*

*“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra” (Romanos 11:6). (Ver también Gálatas 3:11; 1 Timoteo 1:9; Tito 3:5, Juan 3:16; Hechos 13:39; Gálatas 2:16; Filipenses 3:9).*

Las buenas obras no son en absoluto el medio ni la causa de la salvación, sino su resultado, el fruto o la evidencia de ella (Mateo 7:20).

El propósito de la iglesia romana en exigir las obras y los sacramentos ministrados por sacerdotes para obtener la gracia de Dios es mantener a la gente sujeta al sacerdote y al papa para asegurar su poder sobre las naciones.

### **Un Jefe: el Señor**

No podía seguir en la Iglesia Católica Romana porque no podía seguir sirviendo a dos jefes: el papa y Cristo. No podía seguir creyendo dos enseñanzas contradictorias: la tradición y la Biblia. Tenía que elegir entre Cristo y el papa, entre la tradición y la Biblia; y por la gracia de Dios he elegido a Cristo y a la Biblia. Dejé el sacerdocio romano y la religión romana en 1944, y ahora he sido llamado por el Espíritu Santo para evangelizar a los católicos romanos y a instar a los cristianos a darles testimonio sin temor.

*Joseph Zachello*

Un nativo del norte de Italia, fue salvado bíblicamente en los Estados Unidos. Después de su conversión llegó a ser muy conocido por sus libros y artículos en “La revista del católico convertido”. Su deseo era enseñar a los católicos la doctrina oficial de su propia iglesia, convencido de que sólo conociendo las enseñanzas de su propia iglesia los católicos fieles podrían abandonarla por la verdad de la Escritura. Hoy está con el Señor.

### **30. La Palabra de Dios vino en mi rescate**

*Joseph Lulich*

Me llamo Joseph Lulich. Estoy realmente contento de poder compartir con ustedes lo que la gracia de Dios ha hecho en mi vida. Les hablo como anciano que ha vivido la mayor parte de su vida como ex sacerdote católico romano, y que una vez sirvió fiel y sinceramente a la iglesia romana durante catorce años, y que luego sirvió como misionero usado por Dios para llevar su glorioso Evangelio a una parte de nuestro mundo necesitado.

Nací en el extremo este de Italia del Norte, donde viví durante mi niñez. Crecí conociendo los horrores de la Primera Guerra Mundial, y el temor al futuro se apoderó de mí. A los doce años mi padre me llevó a un monasterio para mi educación. Recuerdo muy bien la despedida de mi familia. Era muy joven, pero en mi corazón tenía un fuerte deseo de encontrar paz para mi alma, llegar a ser sacerdote y así poder ayudar a otros en sus necesidades físicas y espirituales. Pasaron quince años.

#### **Un sacerdote desilusionado**

Había pasado todo el tiempo en estudio, oración y buenas obras, para llegar a ser sacerdote. Pero cuando me llegó la hora de decir mi primera misa en mi tierra natal, me sentí amargamente desilusionado. La paz con la que había soñado no estaba en mi alma. Estaba técnicamente bien preparado: filosofía, teología, preparación médica, idiomas, capacidad para soportar pruebas físicas y espirituales, éste era mi equipo.

Fui ordenado sacerdote, y estaba preparado para servir en la iglesia Católica el resto de mi vida. Había experimentado la agonía por la que pasara Martin Lutero. Había pasado muchos meses de largos ayunos, oraciones, etc., pero nada de eso me daba la seguridad de que mis pecados habían sido perdonados. Tenía temor del infierno y del purgatorio, pero la enseñanza teológica de mi iglesia no me permitía las dudas. Tenía que aceptar su infalibilidad y autoridad y confiar en ella como el único medio de salvación.

Estando en contacto con otras almas necesitadas que venían a mí en busca de consuelo, me sentía incapaz de hablar en nombre de Cristo.

#### **Segunda Guerra Mundial**

Muchas veces en el campo de batalla o después de un bombardeo, olvidaba elevar mis manos y decir “Te absuelvo” a los soldados o civiles moribundos a quienes ministraba. Solía recordarles al Cristo crucificado, su Redentor. Mirando atrás, veo que tal vez yo era como el profeta Balaam, que hablaba guiado por el Espíritu, sin saber lo que decía. En realidad toda esa conducta mía estaba en conflicto con mi conciencia, y me sentía culpable de traicionar lo que me habían enseñado. Recuerdo haber compartido esto con otro sacerdote; se sintió desilusionado porque yo no ejercía la autoridad de mediador que me había conferido la iglesia.

#### **Después de la guerra**

Después de la guerra estuve bajo la Yugoslavia comunista. No necesito contarles el sufrimiento físico que tuve que soportar, pero el terror a la muerte estaba conmigo noche tras noche. Cada noche algunos de mis compañeros eran llevados con destino desconocido. Sentía que si debía morir en manos comunistas, sería un mártir de la iglesia Católica, pero esa idea no me daba luz ni ayuda en mi incertidumbre respecto al perdón de pecados. Solía orar:

“Bendita Santa María, Madre de Dios, ora por mí ahora y en la hora de mi muerte”, pero el temor al juicio de Dios, al infierno y al purgatorio estaban constantemente conmigo.

Algunos meses después huí al norte de Italia donde pasé tres años trabajando con gente pobre. Organicé un grupo de mil personas sin hogar y sin trabajo. Tenía a mi cargo 200 niños, la mayoría ilegítimos, a quienes proveía de alimento, ropa y escuela. La gente estaba resentida contra el papa, los obispos y la iglesia, pero a mí me querían –no como sacerdote, sino como hombre bueno y honesto. Confiaban en mí y me escuchaban, a pesar de que habían apedreado al obispo de una ciudad vecina cuando trató de visitarlos. Recuerdo una oportunidad en que estaba hablando en una misa al aire libre, entre los oyentes había más de veinte mujeres de la noche, algunos comunistas, y muchos otros que vivían en pecado. Leí el relato de la mujer adúltera, a quien Jesús dijo: “*Vete, y no peques más*”. Se sintieron tocados, y lo mismo yo. Comprendí que sólo Jesús podía perdonar sus pecados, no yo como sacerdote. Los invité a hacerlo, y recibieron la comunión de mis manos. Pero yo sabía que era culpable contra las enseñanzas de mi iglesia. No podía dormir. Pero la vida de mi gente estaba cambiando. Los periódicos solían traer informes diarios de los crímenes cometidos por las personas que yo atendía, pero después dejaron de hacerlo. Recuerdo una noche que los jóvenes cantaban “Cristo Reina”.

### **Contacto con protestantes**

En 1950 me designaron capellán de un vapor de línea oceánica que llevaba italianos por todo el mundo. Viajé a Asia, Africa, Indonesia, Australia. Seguía luchando en mi alma, pero pensaba que esa lucha era obra del diablo. Fue entonces que estuve en contacto con protestantes por primera vez. Se me había dicho que las ramas cortadas de Cristo no daban fruto, y que los protestantes eran esas ramas. Pero yo podía ver muchos buenos frutos entre los protestantes. Nunca olvidaré una Navidad en medio del Océano Índico. No lograba organizar un coro, de modo que cinco muchachas protestantes me preguntaron si podían cantar algunas canciones. Todos los católicos se sintieron conmovidos, y yo más que ellos. El conflicto en mi espíritu crecía cada vez más. Mi fe y confianza en la iglesia Católica estaba socavada. Tenía que renovar mis estudios.

### **Verdad y vida solamente en Cristo**

Para comprender mis temores y dudas, deben recordar que como sacerdote católico no debía tener nada que ver con protestantes, y yo temía que me acusaran y me enviaran a pudrirme en algún monasterio en el desierto. Las tremendas tormentas que había experimentado en alta mar en el Atlántico eran nada en comparación con la tormenta que se había desatado en mi alma. Ya no creía en la autoridad de la iglesia, pero ¿dónde podía encontrar seguridad? La Palabra de Dios vino a rescatarme, ofreciéndome esa fuente espiritual de poder y coraje para enfrentar el mundo, cuando por medio de unas sencillas palabras de Jesús, el Espíritu Santo iluminó mi alma y me dio la paz del perdón de pecados y ese gozo que solamente Dios puede dar al que cree que “*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí*” (Juan 14:6). Mi confianza en Jesús para mi salvación dio nueva dirección a mi vida. Solamente Cristo podía ofrecerme la verdad, y solamente en él podía yo hallar vida, gozo, paz y propósito. Tuve que dejar a los oficiales y a la tripulación que me amaban, pero ellos también estaban desilusionados con mi decisión. Tuve que evitar a mis superiores, familiares y amigos. Habiendo sido excomulgado por la Iglesia Católica Romana, carecía de dignidad y de trabajo, y se me cerraban todas las puertas. Pero alabo a Dios que la paz que tenía en mi alma era tan grande que pude superar esa etapa de mi vida sin temor.



Fui al Canadá, donde trabajé durante nueve meses como empleado común en un hospital. Era trabajo duro comparado con la vida fácil en el barco, donde yo viajaba en primera clase y disfrutaba de todas las comodidades. Tuve que volver a Italia porque no me habían renovado la visa. Viví por un tiempo con mi hermana, que era refugiada, y recuerdo cómo mi familia a menudo me pedía que volviera a la iglesia romana porque de lo contrario no podría sobrevivir. Fue entonces que conocí a dos sacerdotes convertidos (y por entonces pastores evangélicos). Ellos entendían bien mi posición, y me ayudaron mucho. Me dieron trabajo como maestro en un orfanatorio, y luego me pusieron en contacto con la Western Bible College de los Estados Unidos donde pasé tiempo estudiando la Biblia. Ese fue un tiempo de crecimiento en mi vida espiritual, lo mismo que en el aspecto académico. El instituto me puso en contacto con algunas iglesias locales, porque yo sentía que debía volver a Italia para servir de misionero. El Señor ha sido muy bueno conmigo al proveer para los últimos 25 años, durante los cuales he venido nuevamente a los Estados Unidos solamente una vez.

### **Nueva vida, nueva pareja, nueva misión**

De nuevo en Italia, el Señor me proveyó una fiel compañera y colega para el trabajo en el Evangelio durante todos estos años, mi esposa Agnes. Por razones de familia fuimos llevados nuevamente al lugar donde había servido como sacerdote católico por un tiempo, y el trabajo resultó muy, muy, muy difícil. La policía controlaba nuestros movimientos, el obispo hablaba en contra nuestro e intentaba hacernos salir. La gente nos odiaba. Recuerdo haber tenido que limpiar esputos en la puerta del frente de nuestro pequeño lugar de reuniones y tapar con pintura los escritos obscenos sobre las paredes.

Con el tiempo pudimos ganar la confianza y el respeto de la gente. Después de cuatrocientos años (cuando la última familia evangélica había tenido que huir de la ciudad por la persecución) el Señor nos dio la alegría de ver iniciada una iglesia para su gloria en la ciudad de Rovigo, donde todavía vivo. Me sentía el menos indicado para ser usado por Dios en una ciudad tan adversa a causa de mi pasado, pero Dios en su misericordia ha encontrado en mí un instrumento para sus manos.

Nuestra iglesia tiene muchas familias jóvenes, y seguimos creciendo en el Señor. Cuando Dios puso en nuestro corazón la idea de extensión, teníamos que superar la indiferencia de la gente. El Señor abrió el camino para iniciar una estación local de radio, que ha crecido a pesar de muchas dificultades. Nos robaron el equipo, pero el Señor ha sido bueno con nosotros y nos ha conducido a la victoria a través de todo eso. Muchas cartas que recibimos muestran que la gente escucha y disfruta el programa de radio, y seguimos permanentemente tratando de mejorar la calidad del servicio a nuestros congéneres, aquellos que viven en la oscuridad en que nosotros estuvimos alguna vez. Como lo sugiere el nombre de la estación radial, queremos ser “Una voz en el desierto”, como Juan el Bautista, y mostrar a los hombres y las mujeres al Cordero de Dios, el único que puede limpiar los pecados del mundo.

*Joseph Lulich*

A fines de 1996, el hermano Lulich pasó a la presencia del Señor. Hasta el final continuó siendo energético en predicar las buenas nuevas del evangelio. Por muchos años el Señor le dio abundantes frutos en evangelismo personal y predicaciones radiales.

## **Agua viva – Paz con Dios**

*Mariano Rughi*

Creo que es la voluntad de Dios que aquellos que hemos encontrado la salud espiritual por medio de Cristo hablemos y testifiquemos acerca de esto a otros, siendo el propósito de Dios el de tocar a otros por medio de aquellos a quienes ya ha tocado.

### **El grito de herejía**

Mi conversión del romanismo a Cristo no ocurrió en un momento, sino que fue el resultado de un proceso largo y yo diría penoso que me llevó varios años. Comenzó en mis días de estudiante en Asisi, Italia. Un día mi profesor estaba dando una clase sobre historia de la iglesia y estaba hablando sobre el papa Honorio (626-638), uno de los muchos papas que, según la iglesia, enseñaban el error. El papa Honorio I se había involucrado en la controversia en relación a la herejía monotelista, con la que él estaba de acuerdo. Esta doctrina enseñaba que Cristo tenía una voluntad, su propia voluntad personal. Estaba en oposición a la enseñanza bíblica de que tenía dos voluntades, una voluntad humana y una voluntad divina. El Tercer Concilio de Constantinopla (680-681) condenó a quienes apoyaban la herejía monotelista y eso incluyó al papa Honorio I.

Me sentí fuertemente impresionado por el hecho de que incluso la iglesia de Roma reconociera que el papa Honorio I aceptaba las enseñanzas heréticas cuando en 1870 el Concilio del Vaticano definió el Dogma de la Infallibilidad papal que declaraba que el papa de Roma no podía equivocarse en absoluto en sus solemnes definiciones y decretos ex cátedra, en materia de fe y moral. También había aprendido que los Padres del Concilio afirmaban explícitamente que, aunque el Dogma de 1870 recién había sido definido, su verdad siempre había existido, eso significaba que todos los papas desde San Pedro hasta el papa Pío IX, quien todavía vivía en ese momento, eran todos infalibles. Se afirmaba que todos estaban inspirados por Dios y que su sucesión venía de la misma fuente divina. Me sentí impelido a preguntar a mi profesor cómo podía reconciliar el hecho de que la creencia del papa Honorio era contraria a la enseñanza oficial de la iglesia. Mi profesor respondió que el papa Honorio sí había enseñado el error pero que cuando lo hacía, no estaba hablando ex cátedra como papa, sino como un teólogo privado.

### **La falta de seguridad de parte de Roma**

En el seminario donde yo vivía no seguíamos una estricta vida monástica, aunque teníamos que realizar ciertas penitencias y sacrificios que incluían ayuno y abstinencia y teníamos que ir al confesionario y practicar meditación además de participar de las fiestas religiosas. Se nos enseñaba que a pesar de todo eso no podíamos estar seguros de nuestra salvación ya que uno de los Dogmas de la iglesia es que cualquiera que afirma estar seguro de su salvación con seguridad está perdido.

## **Castillo de dudas**

Nuevamente me daba cuenta de que la iglesia se contradecía a sí misma, pero no me atrevía a decírselo a nadie en esa época, de modo que seguí luchando con mis dudas sin ayuda. Luego, un día, estando profundamente preocupado, sentí que debía hablar con mi confesor. Su respuesta fue rápida y abrupta: "Muchacho, esos pensamientos son sólo tentaciones del diablo". Me pareció claro que la iglesia romana estaba tratando de pervertir la verdad al decir que las convicciones del Espíritu Santo eran obra del diablo.

Estaba lejos de estar convencido. Conocía Juan 3:16, lo que cité para demostrar que mi preocupación tenía base sólida, pero mi atrevimiento sólo produjo una terrible lección sobre humildad y obediencia ciega a la iglesia. Como notarán, se me pedía obediencia ciega a la iglesia y no al Señor Jesucristo.

## **El confesionario**

Por esa época había dejado de ir regularmente al confesionario. Nunca me había gustado la confesión oral y cuando iba lo hacía más por compulsión externa que por convicción interior. A veces la confesión me resultaba una verdadera carga y una cruel tortura de la conciencia.

Insisto en este punto porque uno de los argumentos que sostienen los romanistas es que produce un sentimiento de consuelo al penitente el exteriorizar sus pecados al oído del sacerdote, cuya absolución quita la carga y la culpa del pecado. Es cierto que se puede experimentar cierto consuelo de esta manera, pero no tiene efecto duradero y no es otra cosa que una emoción pasajera. Más tarde serví cinco años como sacerdote en la iglesia romana. Puede parecer un período corto, pero fue suficiente para que aprendiera mucho acerca de la confesión y el confesionario. Escuché las confesiones de muchas personas, algunas de las cuales conocía personalmente. En algunas de ellas había una profunda sinceridad y un anhelo de obtener liberación de algún pecado o vicio obsesivo, y sin embargo estas personas, para su gran aflicción, tenían que volver semana tras semana, a confesar los mismos pecados que con frecuencia eran pecados vergonzosos y odiados. "¿Por qué no obtengo liberación?" era su ansiosa pregunta. Se suponía que mi deber como padre confesor era darles paz pero nunca podía darles una seguridad convincente y tampoco lo podía hacer ningún otro que estuviera en mi lugar.

El sacerdote puede decirle al penitente que le falta sinceridad o que no cumple las condiciones requeridas para que la confesión sea válida. A veces el sacerdote amenaza privar de la absolución sacramental por esos pecados persistentes. Uno puede imaginarse el terrible efecto que este método tiránico puede tener en la mente de estas almas sedientas y ciegas.

## **Agua viva**

No puedo dejar de pensar en aquel hermoso incidente en la vida de Cristo cuando se encontró con la mujer samaritana en el pozo de Jacob. Allí tenemos la verdadera respuesta que necesitan las almas sedientas. Sin embargo, las personas que están

siendo engañadas por ser continuamente empujadas a ir al sacerdote para apagar su sed espiritual nunca encuentran la verdadera respuesta. *"Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua volverá a tener sed"*. El confesionario romano es igual que el agua del pozo de Jacob. Es agua que puede satisfacer, pero sólo por un tiempo. Jesús continuó diciendo: *"Más el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna"* (Juan 4:13-14).

Aquí vemos que la verdadera fuente de satisfacción duradera es el Señor Jesucristo mismo, que conoce la necesidad secreta de cada pecador y tiene el agua para cada uno. Jesús también dijo: *"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar"* (Mateo 11:28). Este ofrecimiento viene del corazón mismo de Dios, pero ningún sacerdote, obispo o papa de la iglesia de Roma puede dar al alma, esta paz de la que ellos mismos carecen. Las personas siguen sedientas, cargadas e impotentes hasta que Dios mismo las satisface. Entonces, así como una corriente de agua llena aun pozo, el don de Dios provee bendición tras bendición con la promesa de vida eterna.

### **Confusa ordenación**

En mi búsqueda, repentinamente me topé con un problema personal. Se me cruzó la idea de abandonar la vocación del sacerdocio, pero inmediatamente la rechacé como una atroz tentación. Estaba haciendo mi último año de estudios teológicos y estaba a punto de recibir la ordenación. También pensé en el honor de mi familia, ya que en un país católico se considera un gran privilegio y honor tener un sacerdote en la familia. Pensé en mis padres y amigos que estaban esperando verme celebrar misa como sacerdote. Ahora comprendo que esas eran consideraciones insignificantes, pero como entonces no conocía al Señor Jesucristo como mi Salvador y Señor, me sentía impotente para seguir mis convicciones.

Pasé por la ordenación y me convertí en sacerdote, después de lo cual me enviaron a una parroquia como cura encargado. Comencé mi ministerio con entusiasmo e incluso tuve cierto éxito, lo que borró algunas de mis viejas dudas. En el trabajo de mi parroquia sentí que estaba en un nuevo clima y un ambiente diferente y sentí que tenía cierta libertad de la que no gozaba en mi vida de estudiante. Comencé a tomarme la libertad de leer la Biblia y otros libros que estaban prohibidos por la iglesia. Más adelante, como sacerdote de parroquia, tenía contacto con muchas personas y entraba en discusiones espirituales con ellas.

### **Por la gracia de Dios**

Un día, durante una conversación íntima con un monje franciscano, tuve una revelación que me sacudió. Descubrí que él estaba pasando por las mismas experiencias penosas que yo había pasado en relación a la seguridad de su salvación. Comencé a preguntarme: "Si la iglesia de Roma es la verdadera iglesia de Cristo, ¿cómo es que uno de sus mejores seguidores, un hombre de vida íntegra y disciplinada, no tiene seguridad de su salvación y sufre de intensa confusión

espiritual?" Mis dudas se reavivaron y me encontré en otra crisis espiritual, pero una que esta vez me llevó más adelante a la liberación. La consecuencia inmediata de esta crisis fue que la misa, el confesionario y otras obligaciones sacerdotales se convirtieron en una gran carga para mí.

### **La luz de Dios por gracia**

Entonces, por un tiempo, busqué alivio en los entretenimientos. Descubrí que estaba comenzando a perder mi sentido del deber, y para mi gran vergüenza, me encontré cayendo en modos de vida mundanos. Mi verdadera necesidad no eran los entretenimientos sino la limpieza, no los placeres sino la renovación espiritual. Lo que necesitaba era a Cristo Jesús. ¿Podía la iglesia llevarme a Aquel que podía liberarme de esa terrible situación? No, Roma sólo podía aplicar su castigo canónico de manera que me enviaron por una semana a un monasterio. Pero el tratamiento no era adecuado para la enfermedad. Seguía peleando solo una batalla aparentemente perdida. Pero entonces un día un rayo de luz divina me reveló la oscuridad de mi corazón. ¿Qué debía hacer? Decidí dejar mi parroquia y mis parientes e ir a Roma. No tenía ningún plan definido en mente y no tenía ningún amigo en Roma a quien pedir ayuda. Sin embargo, en mi primer día de búsqueda en Roma, fui recompensado con el descubrimiento fortuito de una iglesia Metodista episcopal. Pude contactar al ministro, a quien le abrí mi corazón y le conté de mi desesperada situación. Sin embargo, pronto descubrí que dejar la iglesia de Roma no era tan fácil como pensaba.

### **El trato de Roma hacia los sacerdotes convertidos**

El Tratado de Letrán de 1929 fue un gran obstáculo. Su quinto artículo, párrafo 2, dice: "Bajo ninguna circunstancia los sacerdotes apóstatas o aquellos sujetos a censura pueden ser designados maestros ni seguir en esa condición, ni pueden ejercer un cargo, o ser empleados en oficinas donde estén en contacto directo con el público". Esto significaba que tenía que escoger entre retirarme de cualquier forma de vida pública o dejar mi país, mis parientes y todo lo que era querido para mí. Esto último era un terrible sacrificio, pero recibí la fuerza para hacerlo y Dios me abrió las puertas de una manera sorprendente. El ministro metodista que había conocido me presentó al profesor E. Buonaiuti, un ex sacerdote católico romano quien, como resultado del Tratado de Letrán, había tenido que renunciar a su posición de profesor de religiones comparadas y que estaba él mismo bajo censura canónica. Este hombre se puso en contacto con sociedades protestantes en Suiza, Francia y Alemania para encontrar un lugar para mí donde pudiera refugiarme de Roma.

### **Vemos con su luz**

Pasaron las semanas y los meses sin ninguna posibilidad a la vista hasta que Dios puso en escena a otro ex sacerdote, el reverendo M. Casella, que estaba ahora trabajando en una parroquia en Irlanda del Norte. Esto fue realmente providencial. El doctor Casella estaba justamente escribiendo al profesor Buonaiuti en Roma sobre un libro. Este era el hombre que me había presentado el pastor metodista. En su

carta, el reverendo Casella mencionaba que había podido dejar la iglesia de Roma por medio de una sociedad evangélica en Dublín llamada Sociedad de Protección al Sacerdote. En su respuesta, el profesor Bounaiutti se refirió a mi caso, y por medio de este contacto comenzó la última etapa de mi viaje.

La Sociedad de Protección al Sacerdote vino en mi auxilio y me permitió obtener una preparación completa en la doctrina evangélica reformada en el Trinity College de Dublín, subvencionada por la Irish Church Missions. Me gustaría expresar en este momento mi profunda gratitud a la Sociedad de Protección al Sacerdote por permitirme salir de la oscuridad de Roma a la luz del Evangelio.

Por supuesto me ha costado mucho dejar mis padres, mis amigos, y todo lo que amaba en Italia, pero cuando decidí obedecer la voz de Dios en lugar de la voz de la carne y del mundo, todos mis pesares se convirtieron en dulzura, especialmente desde que completé mi viaje espiritual desde la vida de pecado a un conocimiento personal del Cristo Vivo.

Me gustaría agregar unas palabras de gratitud a la *Irish Church Missions* en cuyo establecimiento en Dublín me enseñaron a leer la Palabra de Dios y donde mis ojos se abrieron a la luz del Evangelio. El profeta Isaías enseñó acerca de la verdadera justicia delante de Dios en quien se la encuentra: *"Y se dirá de mí: Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza..."* (Isaías 45:24). El apóstol Pablo enseña en detalle que la justicia de Dios se da al creyente por medio de la fe: *"Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia..."* (Romanos 3:21-22). La condición pecaminosa de todos también está explicada por el apóstol Pablo, junto con la enseñanza de que la gracia de Dios ha sido dada libremente sin mérito humano alguno: *"Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús"* (Romanos 3:23-24). Por gracia mediante la fe ocurrió una verdadera transacción entre Dios y yo. Como el apóstol Pablo, puedo decir con confianza: *". . . estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él. No teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe"* (Filipenses 3:8-9).

### **Dios aborrece la idolatría**

*"Todo hombre se embrutece, y le falta ciencia; se avergüenza de su ídolo como fundidor, porque mentirosa es su obra de fundición, y no hay espíritu en ella. Vanidad son, obra vana; al tiempo de su castigo perecerán"* (Jeremías 10:15).

En este punto me entristece referirme a lo que llamaría la gran revelación que recibí al llegar a Inglaterra. Pensé que había llegado a un país basado en la Biblia, sin embargo encontré que queda muy poca enseñanza bíblica en Inglaterra. Roma se está infiltrando por todas partes, y las llamadas iglesias bíblicas mantienen la puerta abierta a su influencia. Las prácticas romanas han entrado a las iglesias, y hay una ceguera respecto a su pecaminosidad que entristece a Dios.

Entristece al Espíritu Santo ver que la adoración de imágenes de Roma sea tan fácilmente aceptada en las iglesias bíblicas. ¡Qué grande es la necesidad de testimonios cristianos hoy, para mostrar lo pecaminoso de la adoración de ídolos! Creo que hasta que las iglesias no destruyan sus ídolos, no veremos el avivamiento bíblico.

*"Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas"* (Efesios 5:11).

Mariano Rughi nació en Italia, y desde su conversión ha ministrado en Irlanda, Inglaterra, Estados Unidos, y últimamente ha estado trabajando en Canadá.

Traducido por Dante Rosso

### **33. Yo fui un sacerdote romano**

*John Zanon*

Nací en 1910 de padres católicos romanos pobres pero devotos, que vivían en el norte de Italia. Después de mi ordenación, realizada por el cardenal Rossi, el 29 de junio de 1935, me enviaron a los Estados Unidos.

Algunos años después de arribar a este país me regalaron para un cumpleaños un aparato de radio de mesa. Para mi sorpresa y alegría, encontré algunos programas protestantes, y me gustaron sus mensajes y canciones desde el comienzo. Lo que más me impresionaba era que ponían gran énfasis en la Biblia. Me parecía que aquellos predicadores realmente cumplían el mandato de Cristo: “. . . *anunciaros el evangelio. . . porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. . .*” (Romanos 1:15-16). En un intento por demostrar lo acertado que estaba yo en pertenecer a la Iglesia Católica Romana, y lo equivocados que estaban quienes se mantenían afuera, comencé a leer la Biblia fervientemente y en oración. Cuanto más leía, más oraba a Dios, y más claramente comprendía lo equivocada que estaba la iglesia de Roma.

En el Evangelio de Juan leí: “*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*” (Juan 1:12); “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*” (Juan 3:16). La Biblia no podía ser más clara en este asunto tan importante de la salvación.

#### **Enseñanzas que no estaban en la Biblia**

Ni siquiera el ser un sacerdote católico romano aseguraba la salvación de mi alma. Llegué a comprender que mi celo y mis buenas obras como sacerdote no me podían salvar, porque había leído en la Biblia: “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe*” (Efesios 2:8-9).

Esto sacudió mi fe en las enseñanzas Católica Romanas. Hasta ese momento había aceptado ciegamente todas las enseñanzas de Roma. Un católico no tiene alternativa: o acepta las doctrinas de Roma sin cuestionarlas, o queda excomulgado. Como yo estaba empezando a dudar de todo, comencé a investigar las escrituras con más diligencia que nunca. Descubrí que el sacrificio de Cristo Jesús en la cruz era totalmente suficiente, “*En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre*” (Hebreos 10:10); “*porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados*” (Hebreos 10:14); “. . . *no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo*” (Hebreos 7:27). Entonces no hay ninguna necesidad de la misa, la confesión y el purgatorio.

#### **Acudan a Jesús, no a Roma**

Comencé a comprender que todas esas doctrinas de la llamada única iglesia verdadera, no eran otra cosa que inventos de Roma. Profundizando mis estudios de la Biblia romana, aprendí que las devociones a María, la madre de nuestro Salvador, y a los santos, ni siquiera se mencionaban en la Biblia. María misma dirigió a los asistentes a la fiesta de bodas en Caná a ir a Jesús: “*Y su madre dijo a los que servían: haced todo lo que él os dijere*” (Juan 2:5). Cristo nos invita a venir directamente a El y no apelar por medio de los santos como enseña la iglesia romana: “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré*



*descansar*” (Mateo 11:28). “*Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*” (Juan 14:6). “*Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré*” (Juan 14:14). Y Pablo, divinamente inspirado, escribió: “*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*” (1 Timoteo 2.5).

Una vez más tuve que concluir a partir de mi estudio de la Biblia, que las mil y una devociones a los santos eran todos inventos de Roma. Por primera vez en mi vida se me hizo claro como el agua que las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana estaban erradas. Agradecí al Señor por iluminar mi mente. No tuve otra alternativa que dejar la Iglesia Católica Romana. Comencé a formular mis planes, pero la decisión me atemorizaba. Sabía que mis padres y hermanos se sentirían dolidos y los católicos se sentirían deshonrados. También me costaría muchos amigos de toda la vida, seguridad, prestigio y una vida cómoda. Esperé y oré. La voz del Señor llegó clara y firme: “*El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí*” (Mateo 10:37).

Para acallar esta advertencia divina, dejé a un lado la Biblia y comencé a trabajar más duro que nunca. Recordé los votos hechos en el seminario, particularmente el del día de mi ordenación: ser uno de los mejores sacerdotes. Esto me dio una relativa paz mental durante varios años.

### **La espada de la Palabra**

En enero de 1955 tuve una agradable sorpresa. El reverendo Joseph Zachello, editor de la revista *Convert Magazine*, vino a visitarme cuando estaba en la ciudad de Kansas, Missouri. Me sorprendió que me preguntara si era salvo. Esta pregunta me perseguía y oré a Dios nuevamente para que me mostrara el camino de la salvación. La voz del Señor volvió como un claro reproche: “*No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada*” (Mateo 10:34). Usé esa espada para cortarme de todas las personas cercanas a mí y queridas.

Hoy, después de aceptar al Señor como mi Salvador personal, puedo experimentar cuán acertado estaba cuando dijo: “*De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo y en el siglo venidero la vida eterna*” (Lucas 18:29-30).

*John Zanon*

Leo Lehmann y Joseph Zachello lo conocían bien a John Zanon, quien fue muy activo en el evangelio durante su época. Ahora está con el Señor.

## 34. Por qué dejé la Iglesia de Roma

John Preston

*“La verdad os hará libres”* (Juan 8:32). La verdad del Evangelio de Jesús ha liberado a millones de personas de sus pecados, cargas y preocupaciones. Esta es una clara prueba de que la Palabra no adulterada de las Sagradas Escrituras sigue siendo *“poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”* (Romanos 1:16). La historia de mi liberación de la oscuridad del romanismo a la *“libertad gloriosa de los hijos de Dios”* (Romanos 8:21) es solamente otra evidencia del mismo poder.

No hay nada impresionante en mi conversión, ningún cambio repentino o suceso milagroso que me empujara a abandonar la Iglesia Católica Romana y entregarme a Cristo. Fue sólo la silenciosa y continua obra de la gracia de Dios y el descubrimiento diario de las equivocaciones de un sistema que se llama erróneamente Católico y Cristiano.

### **No encuentro la seguridad del perdón**

Nacido en el norte de Italia de padres católico romanos, fui bautizado y confirmado en la misma fe. A los doce años me sentí llamado por Dios para el sacerdocio y entré al seminario, donde pasé nueve años de intensa y severa preparación. Durante esos años una crisis profunda y larga me hizo ver claramente por primera vez la inutilidad de la confesión auricular. Mi alma estaba ensombrecida por el pecado y mi espíritu torturado por la duda. Buscaba desesperadamente luz y paz. Iba a confesarme casi todos los días, pensando hallarlas en el perdón y la felicidad, pero no importa lo mucho que intentaba o lo seguido que confesara mis pecados al padre confesor, nunca se me dio la seguridad del perdón, nunca me llegó al alma la fuerza para mantenerme puro de más y mayores pecados.

Qué gozoso contraste tengo ahora en mi vida actual. Ahora tengo toda mi confianza puesta en El; ahora sé en Quien he creído, y sé que El puede guardarme hasta *“aquel día”*; ahora confieso mi pecado directamente a Dios y El me limpia y me confiere un nuevo corazón, y me hace una nueva criatura, por medio del poder purificador de la sangre de Jesús.

### **Busqué la salvación en las obras**

Fue para superar esa crisis interior que decidí dedicarme a una vida más sacrificada como misionero entre el pueblo africano. Así que ingresé a la Orden de los Misioneros, que en Italia exhibe el glorioso nombre de *“Hijos del Sagrado Corazón de Jesús”* y aquí en Inglaterra se conoce como los *“Padres Verona”*.

Aunque estoy profundamente agradecido a los Padres Verona por la ayuda que me dieron durante los últimos cinco años de mi preparación, no puedo pasar por alto la forma en que preparan a los candidatos para la profesión religiosa y para el sacerdocio. Toda la preparación está centrada en las obras, en hacer cosas. La salvación depende enteramente de lo que uno hace, no de lo que hizo Jesús. Nos merecemos la vida eterna o la condenación para siempre. Jesús no es más el *“autor y consumidor de nuestra fe”*, *“el alfa y la omega”*, *“el principio y el fin”*. Nuestras acciones, nuestros méritos, nuestras oraciones, nuestras limosnas y nuestras penitencias nos llevan al cielo, no Jesús. Es por eso que durante mis dos años en el noviciado se me sugería que me azotara el cuerpo desnudo, besara el piso del comedor o los pies de alguno de los sacerdotes.

### **La luz del Evangelio**

Al final del noviciado asistí a un curso de cuatro años de preparación teológica y fui ordenado en Milán en 1952. Después de un año de ministerio y de trabajo misionero en el norte y centro de Italia, me enviaron a Asmara, Eritrea, como misionero y maestro en un gran colegio católico romano. Allí tuve mi primer contacto personal con misioneros protestantes y me dieron algo de literatura. Allí también comprendí más que nunca lo tiránico que puede ser el sistema católico romano.

Al venir a Londres dos años después para perfeccionar mi inglés, continué estudiando la fe bíblica y orando a Dios para que me diera luz. Allí escuchaba de tanto en tanto a los

predicadores bíblicos en la “Esquina de los oradores” en Hyde Park, y sus exposiciones audaces y valientes de las herejías romanas me ayudaron por fin a cortar con la Iglesia Católica Romana. El señor P. Pengilly, principal orador al aire libre de la Alianza Protestante, fue uno de los que influyeron en mí.

En conclusión, quiero asegurarles que al escribir este testimonio no tengo rencor contra nadie. Por el contrario, es “*el anhelo de mi corazón*” (Romanos 10:1) que muchos católicos romanos puedan ver la luz del Evangelio como la he visto yo y lleguen a regocijarse en el conocimiento de Jesús como su Salvador personal. Fue el gran gozo de este descubrimiento espiritual y el deseo de comunicarlo a otros lo que me impulsó a escribir estas líneas y confiar que toda la gloria sea para Dios. “*Testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo*” (Hechos 20:21).

*John Preston*

Actualmente está cerca de los setenta años. Ha sido muy activo en el evangelismo y en escribir libros.

### **35. De una religión muerta a la nueva vida en Cristo**

*Vincent O`Shaughnessy*

*“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas”. (2 Corintios 5:17).*

Nací y crecí en una granja en West Limerick, Irlanda, y tengo recuerdos felices de mi infancia. El menor de siete hijos (tres hermanas y tres hermanos), tenía muchos familiares a quienes visitar o a quienes recibir en casa después de la misa del domingo. Nadie jamás faltaba a misa los domingos en aquellos días en Irlanda, a menos que estuviera gravemente enfermo. La ausencia era considerada un pecado mortal, significaba la muerte y el infierno si uno moría sin haberse confesado y recibido el perdón del sacerdote. Los sacerdotes eran muy respetados, hasta idolatrados. Decidí que yo mismo sería sacerdote.

Recuerdo de muy pequeño saltar de mi cama cada mañana y caer de rodillas para decir mis oraciones, que comenzaban con el Oficio de la Mañana que me había enseñado mi madre, junto con el Padrenuestro y el Avemaría. Todavía recuerdo el Sacrificio de la mañana así: “Oh Jesús, por medio del más puro corazón de María”, lo que para mí significaba que para llegar a Jesús, tenía que pasar por María. También tengo una imagen vívida de estar arrodillado en la cocina cada mañana para rezar el Rosario con la familia, pero más que nada recuerdo que los accesorios del Rosario eran más largos que el Rosario mismo. Había que rezar tres Avemarías por cada vecino que tuviera un problema, lo mismo que por todos los familiares difuntos.

#### **Llegada al sacerdocio**

De modo que solicité el ingreso al Colegio San Patricio, un seminario misionero en Thurles, County Tipperary. Fui aceptado y comencé los seis años de estudios para el sacerdocio, que consistían en dos años de filosofía y cuatro años de teología dogmática y teología moral, además de la Ley Canónica y otras asignaturas. No tuvimos ningún estudio serio de la Palabra de Dios, sólo una noción académica superficial de la Biblia, pero nada con profundidad ni sentido. A veces me lamentaba de que nadie jamás me dijo que estudiara la Biblia durante esos seis largos años. De todas maneras, sin haber nacido de nuevo, probablemente no me hubiera interesado. Me hubiera faltado comprensión, ya que los ojos de mi entendimiento no habían sido abiertos a la Palabra de Dios.

Finalmente llegó el largamente esperado día de mi ordenación, el 15 de junio de 1953. Fue una ocasión memorable con una gran recepción para familiares y amigos. La celebración siguió al día siguiente, el día de la primera misa, en que la mayor parte de la parroquia apareció para la primera bendición del joven sacerdote.

#### **Viaje a Norteamérica**

Después de tres meses de vacaciones en mi tierra natal, partí por barco a Nueva York con varios otros sacerdotes recién ordenados, destinados a diferentes lugares en los Estados Unidos. Mi primera designación fue la catedral de Sacramento, California, a una cuadra del capitolio del estado. Inicié mis tareas sacerdotales con mucho celo y compromiso con la obra del ministerio; estaba decidido a hacer el mejor trabajo que pudiera y a ser el mejor sacerdote posible. Me destinaron un cuarto en el tercer piso de la rectoría de la catedral que había quedado vacante recientemente por un hombre que tenía un problema común entre los sacerdotes católicos, el alcoholismo. Tuve que hacer varios viajes hasta el contenedor de

basura del patio trasero para librarme de todas las botellas vacías que encontré en los cajones y estantes del guardarropas. Me sentí dolido porque en ese tiempo yo era un abstemio total y pertenecía a una organización irlandesa llamada “Asociación Pionera para la Abstinencia Total”. (Nos identificábamos portando un pequeño prendedor rojo con forma de corazón. Cuando un irlandés veía que uno usaba ese símbolo directamente no le ofrecía bebidas alcohólicas.)

### **Humillado en el confesionario**

Recuerdo haber pasado muchas horas en el confesionario de la catedral, no quería salir del mismo mientras hubiera gente esperando en la fila. Sin embargo, cuando terminaba el horario asignado, a los demás sacerdotes no parecía molestarles salir del confesionario. El resultado era que yo solía aparecer tarde en los horarios de comida, y los demás se mofaban de mí por mi servicio a los que llegaban fuera de hora, especialmente a los norteamericanos mejicanos. Dios me había dado un amor especial por esta gente humilde y modesta, que a su vez mostraban amor a su “padre” mientras se arrodillaban y me besaban la mano. Esta experiencia me tocó y me humilló.

De la catedral pasé a cubrir una vacante en otra parroquia en los suburbios donde había personal irlandés. Mi nuevo sacerdote párroco (en los Estados Unidos les llamamos “pastor”) era un semi-invalído con tres asistentes, pero pronto descubrí que el verdadero pastor activo era la hermana del monseñor, que era el ama de llaves. Ella atendía todas las llamadas a la puerta y al teléfono, y las dirigía a su hermano lo buscaran o no a él. Estaba prohibido entrar a la cocina, lo mismo que al comedor, a menos que uno fuera invitado por el ama de llaves para las comidas. En una ocasión echó a uno de los sacerdotes de “su cocina” con un cuchillo trinchador, obligándolo a tomar una silla para evitar ser herido.

Estuve en ese ambiente durante cinco años mientras el viejo pastor fue empeorando en su enfermedad. Esto me obligó a tener cada vez más responsabilidades en la atención de la parroquia y, créase o no, el ama de llaves me tomó cariño y nos llevamos bien el resto de mi tiempo allí.

### **La herejía del activismo**

Pronto quedé atrapado en lo que yo llamo herejía de activismo, que produjo consecuencias en mi vida espiritual. Todavía pasaba tiempo en oración antes y después de la misa y leía el breviario (las oraciones oficiales del clero) diariamente. Preparaba mis sermones los sábados a partir de los bosquejos provistos por la diócesis. Disfrutaba predicar, porque se me había enseñado a apelar a las emociones del corazón. Pero no tenía preparación ni idea de cómo ministrar en el Espíritu al espíritu de la gente. Hacía que la gente se sintiera bien y con ese puntaje me consideraba exitoso.

### **“¿Eres salvo?”**

Retrospectivamente, veo una oportunidad después de alrededor de cinco años en el sacerdocio, en que Dios trató de alcanzarme y guiarme por medio de un niño, pero yo no presté atención a lo que ese pequeño me estaba diciendo. Creo que debo haber estado esperando que llegara un funeral. Vestía todo el atuendo para la misa del funeral. No había nadie cerca salvo el pequeño negro que podría haber tenido tres o cuatro años. Caminó hacia mí y me dio una vuelta alrededor, todo el tiempo mirándome con sus grandes ojos. Finalmente habló, diciendo: “¿Quién eres? ¿Eres un predicador?” Luego dio otra vuelta alrededor mío y

mirándome directamente a los ojos me preguntó: “¿Eres salvo?” No recuerdo cuál fue mi respuesta o mi reacción hacia él, tal vez de lástima o prejuicio. Ese pequeño me había hecho la pregunta más importante de la vida, y yo no tenía la menor idea de lo que estaba hablando. Obviamente, él entendía qué significaba ser salvo y Dios lo estaba usando para llamar mi atención, pero fue en vano. Si en ese momento hubiera sabido lo que descubriré doce años después, hubiera tenido que admitir honestamente a ese niño que no era salvo. Tenía 45 años cuando supe de qué me había estado hablando ese pequeño, cuando supe lo que era ser salvo, ser nacido de nuevo en Cristo.

### **El rol de sacerdote**

Había solicitado un traslado y me encontré en las afueras de una comunidad de granjas. No pasó mucho tiempo antes de que recibiera a las Hermanas Yvonne y N. en nuestra parroquia en agosto de 1968. Desde el momento en que nos vimos, la hermana Ivonne y yo simpatizamos, como si hubiéramos sido amigos de siempre. Mantuvimos nuestra relación a un nivel profesional. Disfrutábamos conversando y compartiendo puntos de vista sobre diversos temas.

Un día, en medio de una discusión acerca de un libro, le pregunté: “Hermana, ¿cómo le parece que funcione en el ministerio del sacerdocio? Quiero que sea brutalmente honesta conmigo”. Su respuesta me dejó helado: “Padre, veo que hace todas las cosas bien, veo que dice todas las palabras correctas desde el púlpito, veo que cumple bien su ‘rol’ de sacerdote”. En otras palabras, me veía en el papel de sacerdote. Aunque ella no percibió todo el efecto de sus palabras, fue el punto crítico de mi vida. Para mí significó estar representando un papel en el escenario de la vida. Shakespeare dice “El mundo es un escenario”. Yo no quería seguir siendo un sacerdote; quería bajarme del escenario lo antes posible. Así comenzaron largos meses de agonía.

### **Renuncia la Hermana Ivonne**

Llegó la última clase para las Hermanas, antes de las vacaciones de Navidad, y yo había estado preguntándole a la hermana Ivonne sobre el programa de horarios del año entrante. Era la última clase de 1968 y ella todavía no me había dado el programa que yo solicitaba. Finalmente buscó a tientas en su bolso, extrajo un sobre y me lo entregó diciendo: “En realidad no debería hacer esto, pero creo que usted merece saber”. La carta del sobre estaba fechada en mayo de 1968 y dirigida a su superior de la orden, las Hermanas de la Sagrada Familia. En esa carta presentaba su renuncia a la hermandad. Sin embargo, como había hecho votos por un año, ofrecía quedarse hasta finalizar el año si su partida provocaba muchos inconvenientes. Así fue como le cambiaron el destino a Monte Shasta en lugar de un convento más grande en el área de la Bahía San Francisco como había estado previsto. Al leer esa carta, que implicaba que no volvería a mi parroquia, las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Ella dijo: “¿Qué sucede?” Yo respondí: “No lo sé. Supongo que sencillamente estoy sacudido”. Los niños comenzaron a llegar para la clase y yo salí de allí, dejando a Ivonne sola para enfrentar su clase. Fue la última vez que vi a Ivonne por varias semanas. Partió al convento de Monte Shasta al día siguiente. Esa Navidad fue desolada y desalentadora, con gran cantidad de nieve que causó muchos problemas. La verdad del dicho “La ausencia alimenta el corazón” se hizo muy evidente cuando finalmente tuve que admitir ante Dios y a mí mismo que estaba enamorado de Ivonne. Pero estaba claro que ella no quería tener nada que ver con ese tipo de relación por ser yo sacerdote y por la alta estima en que tenía mi llamado. No quería ser responsable delante de Dios de que yo dejara el sacerdocio.

## **Piedad sin poder**

Pasé por mucho sufrimiento, implorando a Dios una dirección para mi vida. ¿Debía dejar el sacerdocio? ¿No debía hacerlo? ¿Podía detener el proceso del que había hablado Ivonne? Decidí darme una oportunidad y llamé al mejor sacerdote misionero que conocía para que viniera a llevar a cabo un encuentro en un esfuerzo por traer un avivamiento espiritual a mi vida y a la parroquia. Llevamos a cabo el encuentro la primera semana de cuaresma, pero aquí vi la caracterización de lo que se supone debe ser un encuentro. El mensaje sonaba hueco, estaba vacío, carecía de pasión por Dios. Tenía cierta forma de piedad (religión) pero negaba su poder como dice Pablo en 2 Timoteo 3:5: *“Tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella, a éstos evita”*.

## **Dejo el sacerdocio**

Estaba decidido. Había terminado. Escribí a Ivonne para contarle sobre mi decisión final irrevocable y le pregunté si podía ir a hablar con ella y cenar juntos. Aceptó y salimos a cenar, siempre recordaré esa ocasión en el Comedor Concord, cerca de su hogar en Pleasant Hill. La convencí de que dejaría el sacerdocio aunque nuestra relación jamás continuara. Luego sentí que debía decirle: “Ivonne, tú has dejado el convento por tu propia voluntad, ¿por qué no puedo yo dejar el sacerdocio?”

Repentinamente tomó conciencia de lo que estaba haciendo conmigo y dijo: “Discúlpame, estaba equivocada en tratar de hacerte volver atrás en tu decisión. Pero si dejas, tienes que hacerlo independientemente de mí. Tienes que saber que es la voluntad de Dios”. Escribí a mi obispo y le conté de mi decisión y le pedí que solicitara una dispensa de Roma para que pudiéramos casarnos en la iglesia Católica. Finalmente ese proceso se transfirió a la archidiócesis de San Francisco. Le aseguré que había conseguido un sacerdote reemplazante por dos meses para cuando me fuera. Partí para el área de la Bahía San Francisco con mis pocas pertenencias en un pequeño acoplado unido al coche de la parroquia. Me detuve a visitar al obispo de la diócesis de Sacramento y para asegurarle que había hecho los arreglos para que el automóvil de la parroquia volviera a la diócesis. Me pidió la cédula rosa, escribié en ella y me la devolvió diciendo: “Vincent, disfrútalo. Ahora es tu coche; necesitarás ruedas”. Nunca olvidaré ese bondadoso gesto.

## **Ivonne y yo nos casamos**

Llegué a Oakland, donde Ivonne tenía una casita en el lago Merritt. Yo me instalé allí y ella se volvió a la casa de su madre en Pleasant Hill. Este era un lugar pacífico, una especie de cobertizo donde inicié un proceso de sanidad del enorme trauma que siguió a mi decisión final. Pasé los días orando por un trabajo y llenando solicitudes. Un día un amigo del Departamento de Prueba de Alameda, un ex sacerdote dominico, me entregó una solicitud que había llegado a su escritorio desde Colusa County. Llené el formulario, lo despaché, fui para una entrevista y obtuve el puesto.

Ivonne y yo nos casamos y nos mudamos a la ciudad de Colusa. Finalmente llegó la dispensa y nuestro matrimonio fue bendecido en la iglesia católica. Ivonne consiguió un trabajo como Directora de la Confraternidad de Doctrina cristiana de la parroquia. Por favor, recuerden que éramos católicos comprometidos y así estábamos decididos a seguir. Sin embargo, cada vez que volvíamos a casa después de la misa, nos sentíamos vacíos, sedientos y hambrientos de la realidad de Dios, de alguna comida espiritual para masticar y digerir, pero parecía no hallarse en ninguna parte. Dios nos había dado trabajos, un hermoso hogar y ahora

una preciosa hija, Kelly Ann. Estábamos muy contentos y llenos de gratitud hacia Dios por toda su bondad para con nosotros. Pero buscábamos una relación más profunda y más significativa con él.

### **Nacidos de nuevo**

Un día obtuvimos un libro acerca de un sacerdote que había nacido de nuevo por el Espíritu Santo. Eso era todo nuevo para mí. El libro era un testimonio de su vida y su encuentro con Dios. No mucho después de leer ese pequeño libro, Ivonne y yo fuimos invitados a una reunión en la que una monja compartió su testimonio sobre el poder de Dios para salvar, y de cómo había nacido de nuevo. Bueno, yo sentí que el Señor había tocado mi corazón y que me estaba hablando. Cuando se hizo la invitación a pasar al frente a recibir al Señor, adivinen quiénes fueron los primeros en estar allí. ¡Correcto! Vincent e Ivonne. Oramos para que él fuera Señor en todas los aspectos de nuestra vida, e inmediatamente comenzamos a sentir la diferencia. Fue en ese momento que creo haber nacido de nuevo y tuve la seguridad de la salvación y la paz de saber que mis pecados habían sido perdonados. Nuestra vida de oración comenzó a tener mucho más sentido y realidad. La Biblia, la Palabra de Dios, comenzó a cobrar vida y a tener más significado a medida que la leíamos y la estudiábamos.

### **Salvos por gracia, no por obras**

Comenzamos a asistir a un estudio bíblico y a profundizar más y más en la Palabra de Dios. Al hacerlo, descubrimos que muchas de las cosas que se nos habían enseñado como católicos no concordaban con la Palabra de Dios. En el análisis final, la Iglesia Católica Romana enseña un evangelio de obras (es decir, salvación por medio de los esfuerzos del hombre, esfuerzos por llevar una vida buena y hacer penitencia por los pecados, como si Jesucristo no hubiera pagado por todo eso con su sangre vertida en la cruz). Efesios 2: 8-9 deja bien en claro que la salvación es un don gratuito de Dios, que se recibe por fe, *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”*.

### **Sólo Jesús salva**

Hemos visto la necesidad de que los católicos se separen de los errores del catolicismo, como lo hemos hecho nosotros. El Señor Jesús realmente ha bendecido nuestra vida al buscar servirle. Nunca hemos sido tan felices. El Señor nos ha bendecido con dos hermosas hijas y ha abierto muchas puertas para ministrar la Palabra de Dios y para orar por la gente.

Nuestra oración por todos los que lean este testimonio es que puedan conocer al Señor y al poder de su resurrección. ¿Por qué no buscar al señor Jesús con todo el corazón? Aceptar que él, y sólo él es el Salvador. El murió para que pudiéramos vivir— en su Palabra (1 Pedro 3:18) dice: *“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. . .”*. Quiero dejarles una antigua bendición irlandesa: *“Que el camino avance contigo, que el viento esté siempre a tu espalda, y que estés en el cielo mucho tiempo antes de que el diablo se entere que has fallecido”*.

*Sinceramente en su amor y su servicio,  
Vincent e Ivonne O`Shaughnessy  
Paradise, California*



*Si desea conectarse con nosotros estaremos muy contentos de saber de usted.  
¡Bendiciones!*

El haber transferido sus obligaciones pastorales a otra persona en el *Paradise Christian Center* en California, lo ha librado para ministrar más al nivel nacional e internacional. En 1992 estaba ministrando en su propia tierra nativa, Irlanda. Gran parte de su tiempo lo ha pasado escribiendo el libro titulado, *The Truth that Sets Us Free*. Tanto él como su esposa Yvonne, continúan ministrando en el Christian Center School, en Paradise, California.

### **36. El estudio de la Biblia católica sacude a un sacerdote veterano**

*Benigno Zuñiga*

Hasta pasados los cincuenta años viví en una completa oscuridad espiritual. A pesar de haber sido sacerdote por muchos años, mi conocimiento sobre Jesucristo era distorsionado y limitado. En efecto, para mí, el Cristo real de la Biblia había estado escondido bajo un manto de compleja enseñanza religiosa.

Creía que fuera de la Iglesia Católica Romana no había posibilidad de salvación y que el papa, como representante de Cristo en la tierra, era infalible. Mi lealtad era tan grande que hubiera estado dispuesto a dar mi vida en defensa del papa.

#### **Las enseñanzas de la iglesia**

Había sido educado por los padres jesuitas y decidí convertirme en monje jesuita a los dieciséis años. Estudié en Perú, Ecuador, España y Bélgica y más tarde fui ordenado sacerdote. Enseñé en colegios católicos por años, tuve una firme posición como profesor de un seminario, como capellán de la armada y como sacerdote de dos de las principales parroquias de mi país.

Como sacerdote de parroquia me dispuse a hacer oposición a los protestantes del área. Los trataba como herejes, y enseñaba a mi gente de que ellos tenían las normas morales más bajas posibles. Como algunos de los protestantes apelaban continuamente a la Biblia como fuente de autoridad, decidí escribir un libro exponiendo sus errores a la luz de la Biblia.

#### **Las enseñanzas de Dios**

Al estudiar la Biblia capítulo por capítulo por un período de tres años, recibí un tremendo golpe al descubrir que el equivocado era yo. Lejos de estar en condiciones de refutar a los herejes, me encontré yo mismo siendo refutado por mi propia Biblia Católica Romana. Comencé a ver cuán lejos de la Biblia estaban las creencias católicas. Con frecuencia, cuando estudiaba, me encontraba derramando lágrimas al pensar que había estado siguiendo sumisamente ideas humanas en lugar de las enseñanzas de Dios.

Otro efecto de leer la Biblia capítulo por capítulo fue que mi conciencia volvió a despertar. Vi que yo personalmente estaba muy lejos de Dios. Como sacerdote, proyectaba una imagen de santidad, pero en realidad daba lugar a todo tipo de pecados y vivía una vida totalmente mundana. La sotana negra que vestía simbolizaba la oscuridad de mi alma. Ninguna cantidad de sacramentos, oraciones a santos, penitencias, agua bendita o confesión de pecados a un confesor humano me podían dar la paz que mi alma comenzaba a ansiar.

#### **Transformado por Cristo**

Un día, a pesar de ser un sacerdote de más de cincuenta años, finalmente rendí mi corazón a Dios. Me arrodillé delante de Cristo, quien, aunque invisible, se hizo real y vivo para mí. Sintíendome como nada y con dolor en mi corazón, me arrepentí de haberlo ofendido por mi espantosa vida de pecado. En mi imaginación vi la Cruz, donde su preciosa sangre fue derramada para salvarme del castigo que tan bien merecía. El resultado de esa oración fue que Cristo transformó mi vida. Me llamó fuera de la “tumba” de oscuridad espiritual y me trajo a una experiencia viva y al conocimiento de El.

El secreto de la verdadera realidad espiritual es tener un encuentro personal con Cristo por medio de una fe sincera y vibrante. Cuando Cristo toma un corazón toda otra bendición queda asegurada.

*Benigno Zuñiga*

El hermano Zuñiga conoció la fe bíblica en los últimos años de su vida.

### **38. No me oponía a la verdad**

*Bruno Bottesin*

Nací en Vicenza, Italia, en 1917. A los once años entré al colegio franciscano para estudiar para el sacerdocio. Después de mi ordenación me convertí en el pastor de una pequeña parroquia de montaña en Castagnara. En 1954 me transfirieron a una parroquia más grande en la ciudad de Chieti. Luego el obispo Piasentini me invitó a enseñar en el seminario en Chioggia y también me asignó allí a una iglesia.

#### **Cristianos católico romanos**

Pensé que al final había hallado el lugar adecuado para mi ministerio. Enseñaba en el seminario, era pastor de una buena parroquia, y me había ganado el favor del obispo. Organicé un Grupo de Acción muy bueno. Trabajaba día y noche para mi gente con gran celo, pero muy pronto comencé a comprender que todas mis actividades y enseñanza del catecismo y los dogmas romanos no podían cambiar la vida de la gente. Venían a la iglesia todos los domingos, a los sacramentos e incluso al confesionario, pero se negaban a seguir las enseñanzas del Evangelio de Cristo. ¿Cómo podía seguir dando los sacramentos a personas que no querían renunciar a su pecado? Pretendían ser cristianos pero hacían lo opuesto a lo que Cristo nos dice que hagamos en su Evangelio. La mayoría de mi gente, que no quería sacrificarse por Cristo y cambiar su vida pecaminosa, comenzó a oponerse a mí y muchos de ellos decían: “¿Qué tonterías nos enseña. ¿Por qué tenemos que cambiar nuestra manera de vivir si ya cumplimos con lo que nos pide la Iglesia Católica Romana? Recibimos la comunión, llevamos a nuestros hijos al sacerdote para que los bautice y confirme. Nos casó el sacerdote, no comemos carne el viernes santo y vamos a misa todos los domingos. ¿Qué más quiere nuestro nuevo pastor de nosotros? Somos cristianos porque pertenecemos a la iglesia Romana”.

#### **Sólo Cristo**

Alguien me acusó al obispo. Este me llamó a su casa y me dijo que debía renunciar a mi posición como maestro y pastor porque no seguía las enseñanzas e instrucciones de la Madre Iglesia Católica Romana. Dijo que yo estaba enseñando a la gente a ir a Cristo y depender de El en lugar de decirles que dependan de los santos de la iglesia Romana, de los sacramentos y de los sacerdotes que tenían el mismo poder que Cristo para perdonar pecados. Intenté en vano convencer a mi obispo que no estaba enseñando herejía sino solamente el Evangelio. Que no podían ser perdonados de sus pecados a menos que se arrepintieran ante Dios porque hay un solo Mediador entre Dios y el hombre, Jesucristo Hombre. El obispo se irritó mucho y me sacó de mi cargo como pastor y maestro. Le dije que apelaría a Roma, al papa, y me sugirió que lo hiciera.

#### **La gracia de Dios en la habitación silenciosa**

Partí para Roma a los pocos días después de preparar mi argumento, y fui al Vaticano a presentar mi caso al papa Pío XII. Durante varios días no recibí respuesta. Luego me informaron que el papa no tenía tiempo de atender mi caso, y que debía apelar a la Sagrada Congregación. A esa altura comprendí que me habían dejado solo, que incluso aquel que se llama a sí mismo el vicario de Cristo y el Santo Padre me había abandonado. En resumen, estaba indefenso. Comencé a comprender la diferencia entre el Evangelio y una organización de iglesia. El Evangelio es para la gente, pero la organización de la Iglesia Católica Romana no está pensada para el beneficio del individuo sino del de sus líderes políticos y sociales.

Dejé Roma y volví a mi gente, pero cuando llegué no tenía iglesia ni lugar para enseñar. No me rendí definitivamente, sino que puse mi confianza en el Señor. Me quedé en la ciudad entre mi gente. Un amigo me dio una habitación, y allí, en la quietud de ese cuarto, después de tantas pruebas y tribulaciones con el obispo y en Roma, comencé a leer el Evangelio en busca de consuelo. Nunca antes había leído un libro con tanto interés. Para mi sorpresa, encontré la respuesta a muchas dudas que tenía acerca de enseñanzas de la Iglesia Católica Romana. Muy pronto, por la gracia de Dios, comencé a comprender que la mayoría de los dogmas y enseñanzas que yo como sacerdote había instado a mi gente a creer no estaban en el Evangelio sino que eran hechas por el hombre, incluso en contra de la Santa Biblia. Comencé a ver que durante diecisiete años no había sido un siervo de Jesucristo ni su sacerdote, sino un siervo de una poderosa organización.

### **¿Por qué diecisiete años para descubrir la verdad?**

Puede sorprender que me llevó tanto tiempo descubrir la verdad. Pero deben recordar que un candidato para el sacerdocio entra al seminario siendo sólo un niño y es adulto cuando completa su preparación. Por eso no es fácil decidir en contra de la Iglesia Católica Romana. ¿Piensan ustedes que todos los sacerdotes creen lo que enseñan? Muchos de ellos no lo hacen, pero permanecen en el sacerdocio porque tienen temor de salir. Por mi parte yo no podía seguir sirviendo a dos señores: el papa y Cristo.

### **La obra es de Cristo—no nuestra**

He elegido a Cristo y lo he aceptado como mi Salvador personal. *“Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”* (Tito 3:5). Ahora predico el verdadero Evangelio con libertad y sin restricciones en el mismo pueblo donde era sacerdote. Las persecuciones son muchas, pero el Señor es poderoso. Varias personas se han convertido.

Mis queridos sacerdotes, si están leyendo esto, no se opongan a la verdad, sino búsquenla en el Evangelio y prediquen la verdad de la Biblia. No deben adaptar el Evangelio a sus enseñanzas; sino sean ustedes cambiados de acuerdo a las Escrituras. Si no se vuelven a las verdades del Evangelio no habrá esperanza ni gozo para ustedes, sino solamente oscuridad, sufrimiento y pecado. Como dijo Cristo a los “hombres religiosos” de sus días: *“Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis”* (Juan 8:24).

*“Aunque mi padre y mi madre me dejen, con todo Jehová me recogerá. Enséñame, oh Jehová, tu camino, y guíame por senda de rectitud a causa de mis enemigos. No me entregues a la voluntad de mis enemigos; porque se han levantado contra mí testigos falsos, y los que respiran crueldad”* (Salmos 27:10-12).

*Bruno Bottesin*

Italiano de nacimiento fue activo en sus esfuerzos por testificar a los del sacerdocio católico romano. Actualmente es muy anciano o está con el Señor.

### **39. Durante veinte años jamás examiné mis creencias**

*Renato Di Lorenzo*

Jamás hubiera pensado que llegaría a dejar la Iglesia Católica Romana, mucho menos el sacerdocio. Si alguien lo hubiera predicho, lo hubiera creído imposible.

Entré en la Orden de los Salesianos a los quince años, y a su debido tiempo fui ordenado en el sacerdocio. Trabajé mayormente con gente joven y disfrutaba mucho ese trabajo. Luego, después de casi diez años como sacerdote, mi Padre Superior me impuso un castigo—me envió a Roma durante un mes para realizar ejercicios espirituales.

El motivo fue haberle revelado que experimentaba afecto por una joven mujer. Había cortado esa relación, en parte porque no estaba seguro de estar verdaderamente enamorado de ella, pero también porque había consagrado mi vida a Dios y no estaba preparado para retractarme de mi compromiso.

También había, por supuesto, mucho orgullo y egoísmo en mi decisión. Hubiera sido humillante para mí tener que confesar que había sido “infiel” a mi llamado sacerdotal.

#### **La vida bajo la ley de la iglesia**

Le había pedido a mi superior que me transfiriera a otro monasterio, pero en lugar de recibir un diálogo paternal, se me entregó debidamente una carta donde se me informaba de mi castigo. Sabía que por el resto de mi vida, ese borrón estaría en mi contra, y siempre se me miraría con sospecha.

Durante mi mes en Roma pensamientos desesperados y amargos afloraron a mi mente. A veces quería escapar, no importa dónde. Otras veces anhelaba volver a mi trabajo en Nápoles. Pasé por momentos de una depresión muy profunda. Clamé el Señor en oración, pero todo en mí y a mi alrededor seguía en silencio. Me sentí completamente solo, como si estuviera en la cárcel, constantemente agraviado y seguro de mi inocencia.

El monasterio estaba situado en el Monte Selie, cerca de la antigua Roma, y permitía una vista de todo Roma y del Coliseo. Desde allí podía observar la vida común como si corriera bajo mis pies. Veía cómo la gente disfrutaba de la mutua compañía y se querían unos a otros, y me preguntaba si realmente ofendían a Dios al hacerlo. Quería mezclarme entre esa gente. Anhelaba quitarme la sotana negra—que me hacía sentir como una persona irreal—y ansiaba enormemente ser una verdadera persona como cualquier otra.

Me confié a un viejo sacerdote y le expliqué mis sentimientos. Me sugirió que escribiera a mi superior, pidiéndole permiso para volver a mi trabajo anterior. Mi superior respondió que debía soportar todas estas experiencias desagradables como penitencia por mi pecado y mi infidelidad. Pero me dio permiso para salir de día.

Así es que salí. No viajé por Roma como un peregrino, como él claramente pretendía, sino como turista. Compré periódicos y revistas llamativas, pero no me sentí satisfecho. Aproveché la oportunidad para conversar con otros sacerdotes. Su razonamiento siempre terminaba en el mismo punto: nunca debiera haber hablado de mi problema con mi superior, sino debí haberme callado. Mi superior había actuado de acuerdo con la ley de la iglesia, aunque la había interpretado de la manera más estricta.

Volví a Nápoles, no para seguir con mi trabajo allí, sino para volver con mis padres.

### **Las enseñanzas de Roma contrarias a las Escrituras**

Durante mi estadía en Roma había pasado tiempo rastreando mis pasos por las enseñanzas de la iglesia católica y comparándolas con las enseñanzas de la Biblia. Comencé a comprender que se citaba la Biblia en forma errónea y simplemente para sustentar la enseñanza de la Iglesia.

Se me había enseñado a creer en la Iglesia Católica sobre la base de que solamente podría hallar a Cristo por medio de la Iglesia. La obediencia a Cristo, de acuerdo a la enseñanza católica, significaba sujeción al sustituto de Cristo en la tierra, es decir el papa. Sin embargo, mientras leía los Evangelios en mi “celda de castigo”, vi que esa enseñanza era contraria a los Evangelios.

### **Buscando la verdad**

En Roma consulté con frecuencia la guía telefónica en busca de la dirección de una iglesia protestante, aunque en ese momento el protestantismo no me inspiraba mucha confianza. El único motivo de mi inclinación a contactar con protestantes era en busca de ayuda para dejar mi iglesia y comenzar una nueva vida. Nunca pensé que podrían ayudarme en mis conflictos de fe.

Durante mi estadía con mi familia en Nápoles me volvió la idea de contactarme con protestantes, y comencé a preguntarme si después de todo no estarían en lo cierto. Durante este período se me permitió cumplir con todas mis funciones sacerdotales, pero durante un lapso de siete meses solamente oficié misa veinte veces, escuché confesiones en menos oportunidades todavía, y nunca quería predicar.

Un domingo, evité la misa y fui a caminar. Durante ese paseo observé un local que exhibía literatura acerca de la Biblia. Era la entrada de una iglesia “evangélica”. No me atreví a entrar y pensé que provocaría una conmoción si entraba con mi atuendo religioso católico romano, de modo que telefoneé al ministro y lo visité en privado para explicarle mi problema.

Me puso en contacto con varios ex sacerdotes católicos quienes me ayudaron muchísimo, pero todavía no estaba dispuesto a dejar mi iglesia. Tenía miedo de tomar una decisión que pudiera estar influida por mi reciente castigo. Así fue que reasumí mis obligaciones de sacerdote y de líder espiritual entre la gente joven, y aunque me aboqué a toda clase de trabajo religioso con gran energía, descubrí que iba sintiendo un creciente rechazo hacia el mismo.

Ya no creía en la misa, ni en la confesión auricular al sacerdote. Tuve varias conversaciones con mi nuevo superior, que estaba muy alarmado de lo cerca del protestantismo que me había dejado arrastrar. Me aconsejó orar mucho a María, diciéndome que ella me ayudaría a volver a encontrar el camino.

### **“Os es necesario nacer de nuevo”**

Mi partida del sacerdocio se hizo inevitable, y en poco tiempo dejé Nápoles y me abrí paso al bien conocido “refugio” para ex sacerdotes, en Velp, Holanda. En este hogar, como resultado de la lectura de la Biblia y de orar a Dios pidiendo perdón y ayuda, llegué a conocer a Cristo en forma personal. Pasé por esa experiencia de conversión que Cristo declara

necesaria: *“Os es necesario nacer de nuevo”* (Juan 3:7). *“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”* (Juan 3:14-16).

Todo nacimiento implica esfuerzo y dolor. Veinte años de vida monástica, unido a mi formación teológica católica y a mi carácter obstinado, significaron grandes impedimentos en mi búsqueda y hallazgo de Dios. Pero finalmente me rendí al Señor en una entrega infantil y simplemente dije: “Señor, creo”.

Desde entonces, el Señor nunca me ha dejado solo. Ha fortalecido mi fe por medio del gozo tanto como de la tristeza, y se me ha dado a conocer verdaderamente como un Amigo y Salvador vivo y personal.

Renato Di Lorenzo está jubilado como pastor de una iglesia en Sondrio, Italia, donde todavía es activo en el ministerio.



## **Encontré todo cuando encontré a Cristo**

*Anthony Pezzotta*

Cuando estudiaba teología en Inglaterra, comencé a tener serias dudas acerca de algunas doctrinas de mi iglesia, las que encontraba difíciles de reconciliar con las Escrituras. Estas dudas siguieron preocupándome aún después de mi ordenación, pero luchaba por suavizarlas sumergiéndome en mis estudios y enseñando algunas asignaturas. Mi agenda era tan apretada que me quedaba poco tiempo para la investigación o la oración.

Después de diez años de ese trabajo duro, tuve que volver a mi hogar en Italia para pasar un año de descanso y recuperación. Pero entonces resurgieron las dudas y aumentaron en número, lo mismo que mi determinación por encontrar soluciones satisfactorias a las doctrinas que afligían mi espíritu. Leí incesantemente y medité profundamente las palabras de nuestros grandes teólogos, pero todas mis dudas persistían.

### **De los libros al Libro**

Al volver a Filipenses recuerdo haber dejado de lado todos mis libros de teología, decidido a enfocar toda mi atención en El Libro, la Palabra de Dios, especialmente el Nuevo Testamento. La Biblia se convirtió en mi única fuente de sabiduría para los propósitos prácticos, predicar, enseñar, meditar y leer. En un tiempo relativamente corto, mis dudas comenzaron a desaparecer, una a una se fueron aclarando al estudiar las Escrituras.

### **Comienza mi calvario**

A fines de enero de 1974, estaba en Santa Cruz, al sur de Manila, donde se acababa de levantar una atractiva Iglesia Bautista Conservadora. Nunca había estado en una iglesia protestante, de manera que un día entré silenciosamente al santuario para echar una mirada. Casi inmediatamente fui recibido por un amigable creyente cristiano que insistió en presentarme al pastor, Ernesto Montalegre, un maravilloso hombre de Dios.

Conversamos alrededor de dos horas, yo hacía todo cuanto podía para convertirlo en un buen católico, él respondía tranquilamente a todas mis preguntas. Por supuesto, no logré convertirlo al catolicismo, pero él tampoco me convirtió al protestantismo. Sin embargo, muchas de sus respuestas me sacudieron con fuerza, al punto que al final de las dos horas me fui con más dudas en mi corazón. Desde ese día en adelante, comenzó para mí un período de calvario, un tiempo de noches desveladas, lacerante indecisión y una aterradora falta de coraje para profesar la verdad de las Escrituras. Gradualmente comencé a ver en qué consistía la Verdad, pero no sabía qué debía hacer –hasta la noche del 20 de febrero de 1974.

## La noche de la gracia de Dios

Esa noche estaba solo en mi habitación y por primera vez en mi vida oré realmente. Le pedí a Cristo que se hiciera cargo porque yo no sabía qué hacer. Me sentí el peor de los pecadores. Pero ¿qué clase de pecador?, se preguntarán. Bueno, para ser verdaderamente honesto, nunca había fumando, ni bebido bebidas alcohólicas fuertes, ni roto mis votos de castidad durante todos los años de mi sacerdocio activo. No tenía ningún informe negativo en mis antecedentes. Pero estaba orgulloso de mis realizaciones como sacerdote parroquial. En realidad, mi pecado era mi orgullo. Era mi orgullo lo que intentaba impedir que Cristo entrara en mi vida, a causa de lo que podría pensar o decir mi obispo. Me preguntaba constantemente: "Si aceptas a Cristo como salvador, ¿qué dirán tus superiores? ¿qué pensarán tus colegas, o tus alumnos? Ellos te aprecian, ¿cómo puedes traicionarlos?" Carecía del coraje para ser honesto con esas personas, la estima de los hombres significaba más para mí que el amor por la Verdad. Pero entonces, mientras oraba, mis ojos dieron con el siguiente texto en el Evangelio de Juan: "*Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga*" (Juan 12:42).

Aquellas últimas palabras penetraron mi corazón como una espada de dos filos, pero también me llenaron de fuerza y coraje. Había sido liberado. Esa noche dormí sin el dolor ni la lacerante indecisión de las terribles semanas anteriores. La mañana siguiente cuando me desperté, vino a mi mente la figura del amable pastor bautista. Me vestí apresuradamente y me fui hasta su iglesia donde conversamos durante un tiempo. Acepté gustoso algunos tratados y folletos. Luego, al irme, me volví y pregunté: "En el caso de que deje mi iglesia, ¿puedo venir aquí? ¿Me aceptarán?" Sonriendo dijo: "Tenemos una habitación aquí y los creyentes cuidarán de usted".

## Vence la Verdad

Me llevó cinco días de oración y más lectura antes de que me rindiera ante la gracia de Dios. Luego, el 26 de febrero, acepté a Cristo como mi Señor y Salvador personal. Le pedí que tomara la dirección de mi vida, porque estaba dejando todo atrás: mi automóvil, mi biblioteca, todas mis posesiones. Escribí una carta de renuncia al obispo y me fui a vivir con mis nuevos amigos espirituales en Santa Cruz.

El 3 de marzo a las 11.00 de la mañana confesé públicamente mi fe evangélica y fui bautizado en el río Santa Cruz que corre detrás de la iglesia. Lo importante es que desde el día en que acepté a Cristo hasta este mismo momento no he tenido ni un segundo de remordimiento, nostalgia o añoranza de mi vida anterior. Fui literalmente llenado de gozo y conocí una libertad de la duda más allá de toda descripción. Recuerdo que un sacerdote que me visitó unos días después me preguntó: "Tony, ¿cómo te atreviste a tomar semejante decisión en sólo cinco días? ¿Has dejado la Iglesia Católica, veinte siglos de cultura, papas, santos, todo lo que has aprendido y amado durante tanto tiempo?" Le di la respuesta que salió de mi corazón: "No creo haber dejado nada; más bien encontré todo cuando encontré a Cristo".

Si usted cree que es salvo por su fe en Cristo, y acepta su Palabra como máxima autoridad, no es un católico romano, sino un protestante, aunque no le guste el término protestante. La salvación por fe y la sola autoridad de las Escrituras son la base misma de la fe bíblica, contra la salvación por obras y sacramentos y la autoridad de la tradición católica.

En conclusión, me gustaría que supieran cuántos católicos simplemente tienen una atadura sentimental a su iglesia, a la que han sido entrenados a llamar "Santa Madre Iglesia". Esta expresión común refleja su idea de que creen que deben su vida espiritual a la iglesia, porque ella los hizo creyentes por medio del bautismo y los mantiene espiritualmente vivos por medio de los otros sacramentos. Bíblicamente, no es la iglesia la que nos hace, sino que nosotros los creyentes hacemos la iglesia. Y como es por gracia mediante la fe que nos convertimos en piedras vivas de su Iglesia, Cristo es el verdadero Edificador. Con la sola autoridad de la Biblia ¡debemos creer solamente en Él!

Traducido por Dante Rosso

## **De sacerdote a predicador**

*J. M. A. Hendriksen*

Cuando en los viejos tiempos de monasterio venían a despertarnos, golpeaban a la puerta mientras decían "Bendito sea el nombre de Jesucristo", y la respuesta debía ser "Por siempre jamás, amén", sólo entonces quien llamaba daba por supuesto que habíamos oído el golpe y estábamos despiertos.

Esta frase mutua se llama en el mundo católico romano "Saludo cristiano". De la misma manera, si uno toca el timbre en un convento, la hermana portera hará una amistosa y modesta inclinación al abrir la puerta y al mismo tiempo lo saludará con las palabras "Bendito sea el nombre de Jesucristo", esperando escuchar la respuesta "Por siempre jamás, amén".

También se espera que el presidente de una asociación católica romana inicie la reunión con el "saludo cristiano". Esta buena gente, exteriormente torpe y a veces tosca, no siempre sabía las frases adecuadas, pero tenían corazones de oro leales y yo disfrutaba de su compañía. Así era un marinero que conocí.

### **Si los apóstoles hubieran sido carniceros**

El primer encuentro no pareció muy alentador. Llegué en el momento en que él, su esposa y algunos amigos estaban comiendo carne asada y tomando bebidas alcohólicas. Como era viernes, le pregunté si era católico romano. "Claro que sí, reverendo" respondió con entusiasmo. "Y le diré que he tenido que ayudar por lo menos a cien misioneros a cruzar al campo de la misión". Debí tomar eso como prueba de que era católico romano. De todas maneras le pregunté: "¿Pero puedes comer carne el viernes?" El marinero sacó inmediatamente una respuesta preparada: "No sea infantil, reverendo. ¿Qué importa una sola vez? No estoy en casa todos los días. Y además esa obligación de comer pescado una vez por semana es un asunto de la iglesia. Es sólo porque los apóstoles eran casualmente pescadores. Si hubieran sido carniceros, estoy seguro que nos hubieran ordenado que comiéramos carne una vez por semana. Pero como son las cosas, eran pescadores. ¡Tonterías, reverendo!" Estrictamente, como "Reverendo Padre" no debiera haberme reído pero eso fue lo que hice.

### **El evangelio de un marinero**

Alrededor de un año después me llamaron a visitar al mismo marinero. Estaba muy enfermo; el médico decía que tenía un cáncer incurable. Cuando lo vi me preguntó, para mi sorpresa, si tenía permiso para confesarse. Obviamente le permití. Incluso me agradó que me lo hubiera preguntado.

Luego siguió una espantosa historia de vida, una de las peores que había escuchado. Este hombre había malgastado su vida. Pero el medio en el que había tenido que vivir durante su juventud y también en los últimos años había sido particularmente malo y corrupto. Cuando a la mitad de su historia me preguntó si no

me parecía que era un hombre terriblemente malo, sólo pude contestar: "No, porque si yo hubiera vivido en tus circunstancias hubiera sido mucho peor".

Mientras tanto, descubrí con sorpresa, así como con emoción, que no quedaba mucho del despreocupado marinero del año anterior. Ver su tristeza y arrepentimiento era conmovedor. Aparentemente, Jesús había tomado a esta persona ruda al final de su vida tal como lo había hecho con el malhechor en la cruz.

Como el médico me había dicho que el marinero enfermo tenía los días contados, fui a visitarlo de nuevo unos días después. Estaba muriendo. Durante la conversación le pregunté si quería que pidiéramos perdón juntos por todas las cosas malas que había cometido durante su vida. "Ya lo hice" fue la respuesta. Y cuando me senté mirándolo en silencio dijo: "Por favor, reverendo, escuche. Si un hijo que me ha insultado me pide perdón y yo le digo que todo está bien, no necesita pedir perdón otra vez después de unos días. Hasta yo mismo actuaría así como padre. Y el querido Padre celestial es mejor Padre que yo". *"En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia..."* (Isaías 61:10).

¡Qué fe! ¡Qué asombrosa y gran fe! ¿Cómo es que ese rudo sujeto al final de su vida era un verdadero creyente con la seguridad de su salvación? Al día siguiente murió en paz. No recibió un funeral religioso; su familia no lo quiso. Pero tengo la seguridad de que al final de mi vida preferiría mil veces estar en los zapatos de ese marinero que en los de muchas otras personas por quienes yo había celebrado un solemne funeral en la iglesia. Y todavía pienso así.

### **Dejé la Iglesia Católica Romana**

Poco después muchos grandes cambios ocurrieron en mi vida. Fui transferido de Rotterdam a Amsterdam. Esto en sí mismo era un ascenso, pero mientras tanto mi conflicto interior con la doctrina y la vida romanas se había vuelto tan grande que me sentí impulsado a dejar la orden de los Dominicos y la Iglesia Católica Romana. Además de eso, gracias a mi filosofía de vida casi totalmente secular, no quedaba mucha fe en mi interior. Por esa razón la dejé en noviembre de 1955. Para dejar la orden solicité y recibí una "dispensación". No, por supuesto, para dejar la Iglesia Católica Romana. Me fui a vivir a La Haya, donde inicié una vida completamente distinta. Gracias a la intervención de un hombre de mucha influencia en el mundo, me convertí en administrador de un hotel en Rotterdam. Esto era realmente diferente de ser sacerdote. Mental y espiritualmente me sentía completamente vacío. Quería alejarme de la atmósfera religiosa. Quería librarme completamente del pasado y pensar en ello lo menos posible. Casi lo logré. Pero no podía olvidar a ese marinero.

Mi fe católica romana estaba por el piso. Rara vez asistía a algún lugar de adoración. La Iglesia Católica Romana me había dejado desilusionado, y las iglesias protestantes con frecuencia me dejaban aburrido por los sermones insulsos, esquemáticos, poco inspiradores y tradicionales, detrás de los cuales no se podía detectar mucha convicción ni entusiasmo personal. Con algunas excepciones, los

pocos sermones protestantes que había escuchado daban la impresión de ser más o menos exitosos como ensayos teológicos personales acerca del evangelio pero ninguno inspiraba convicción y proclamación del evangelio. Especialmente la lectura de notas y el estilo de los sermones me eran extraños. Viniendo de una Iglesia Católica Romana, me resultaba calamitoso. Además algunas veces resultó estar uno de los así llamados ministros "modernos" cuya charla imprecisa me alejaba con más rapidez. Perdí completamente interés en la iglesia. Pero no podía olvidar a ese marinero.

Después de tres años de vida de hotel, para la que era totalmente inadecuado, tuve la oportunidad de hacer algo más en línea con mi anterior preparación. Pude comenzar a estudiar nuevamente y me convertí en profesor de lenguas clásicas de algunas instituciones de enseñanza media, la tercera y última de las cuales fue un colegio cristiano en La Haya. Por la propia situación tuve que mezclarme con colegas cristianos. No puedo decir que todos eran ejemplos de un cristianismo vivo, pero había algunos que vivían en base a una consciente convicción religiosa y en los cuales la libertad y el gozo de los hijos de Dios estaba obviamente presente. Involuntariamente comencé a observarlos y esto se convirtió en una atractiva experiencia para mí.

### **La Biblia comenzó a fascinarme**

Tenía obligación de iniciar las clases cada mañana con la lectura de una pequeña porción de las Escrituras. Al comienzo lo hacía solamente porque debía hacerlo. Pero para mi sorpresa, gradualmente comencé a disfrutarlo.

La Palabra de Dios comenzó a atraparme y a fascinarme como nunca antes, y por propio interés comencé a leer mucho más de las Escrituras que la pequeña porción a que estaba obligado en la escuela. Junto con esto, también leía comentarios de eruditos. Por momentos me resultaban iluminadores e inspiradores, pero la mayoría de las veces los encontraba insulsos y áridos. De todos modos me estorbaban porque no sentía la necesidad de ayuda de parte de los estudiosos para entender las Escrituras. El etíope eunuco no aprendió a entender la lectura de Isaías a través de un profesor o ministro sino por medio del diácono Felipe, y este no le predicaba cosas dignas de saber, sino a Jesús. *"Entonces Felipe, abriendo la boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús"* (Hechos 8:35). Y Felipe predicó de tal forma que el hombre creyó, fue bautizado y siguió su camino gozoso.

*"Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado? Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y mandó parar el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó. Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y el eunuco no le vio más, y siguió gozoso su camino"* (Hechos 8:36-39).

Después de la lectura de ciertos comentarios, me resultaba imposible decir lo mismo de mí. Por el contrario, con frecuencia el gozo que ya tenía por el maravilloso mensaje del amor y la misericordia de Dios comenzaba a apagarse y enfriarse. En

consecuencia, de todos los escritos eruditos acerca de las Escrituras que leí, muy poco fue lo que retuve. Pero no podía olvidar a ese marinero.

Cuanto más leía las Escrituras, más se me aclaraba la razón por la que no podía olvidar a ese marinero. Ese hombre era un verdadero creyente. Yo personalmente no lo era ni lo había sido nunca realmente, a pesar de que en épocas anteriores había aceptado gran número de afirmaciones teológicas como “verdades religiosas” y a pesar del hecho de que tenía una posición de liderazgo en la iglesia.

Esa fue la conclusión a la que arribé por medio de la lectura de las Escrituras. En una época pensé que creer era aceptar la autoridad de alguien (por ejemplo la iglesia), y aceptar con la razón ciertas verdades (por ejemplo que Dios existe, que hay un infierno y un cielo, que hay sacramentos, etc.). Sin embargo las Escrituras me enseñaron que eso no es fe. Si así fuera, el diablo mismo sería creyente. ¡El diablo también acepta esas verdades! Pero eso no es fe.

### **La burla del siglo**

Según las Escrituras, creer es lo mismo que confiar. ¿Por qué llaman las Escrituras a Abraham el padre de los creyentes, el ejemplo de fe? No porque aceptó una serie de verdades intelectualmente, ni porque era un ardiente defensor de una reunión o sínodo de iglesia o de los Artículos de la Unión. Nunca supo nada de ellos.

Abraham fue llamado creyente por las Sagradas Escrituras porque confió ciegamente en Dios y en la Palabra de Dios, incluso cuando no la entendía intelectualmente.

*“Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso; para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia” (Romanos 4:11).*

Cuando Abraham y su esposa tenían casi 200 años entre ambos, Dios les dijo que tendrían un hijo. Biológicamente era la burla del siglo y algo completamente “increíble”. Es por eso que Abraham tuvo cierta dificultad al comienzo, porque no hay tal cosa como una fe sin complicaciones y basada sólo en respuestas prefabricadas.

Aun así Abraham confió ciegamente en que lo que Dios había dicho se cumpliría, incluso cuando esa expectativa no concordaba con la visión de su entendimiento humano. Es por eso que las Escrituras lo llaman creyente. Creer, de acuerdo a las Escrituras, es lo mismo que confiar ciegamente en Dios y en la Palabra de Dios. Quien lo hace, incluso en contra de su razonamiento humano, es un creyente. El hombre no cree de primera instancia con su mente ¡sino con su corazón! Como dicen las Escrituras: *“Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Romanos 10:10).*

### **Pero Abraham creyó**

Por ese motivo es posible que alguien que sepa mucha teología, tenga un alto cargo eclesiástico, asista regularmente a los servicios religiosos e incluso los dirija,

acepte una cantidad de “verdades religiosas” y las pueda defender elocuentemente, pero que por medio de todo eso confíe en su propio entendimiento y “pruebas” y no posea esa fe ciega en Dios y en la Palabra de Dios, sea un incrédulo. Es por eso que aquel marinero, que no tenía conocimiento teológico alguno, y que rara vez había asistido a la iglesia, era un verdadero creyente al final de su vida. Tenía esa confianza ciega por medio de la cual uno es un creyente según las Escrituras.

A pesar de todo el sufrimiento y la miseria del mundo, en base a lo cual muchos llegan a la conclusión de que no hay Dios o que no es un Padre cariñoso y solícito como se lo presenta en las Escrituras, ese marinero confió ciegamente en que Dios era verdaderamente ese Padre real y amoroso que describen las Escrituras, y era por eso, un Padre mucho mejor que él mismo. Llevado por el Espíritu de Dios, ese marinero supo con absoluta certeza que Dios era su Padre, que sus pecados habían sido perdonados y que era un hijo de Dios. Y esa fe resuelta y ciega lo hizo clamar de gozo desde su lecho de muerte “Abba Padre”.

Poco después de haberseme aclarado por medio de la lectura de las Escrituras lo que era realmente la fe, la Biblia se convirtió para mí en un libro completamente diferente de lo que era al comienzo. Siempre había “creído” que las Escrituras eran inspiradas, pero eso no me había impedido leerlas críticamente y sin tomar en serio ni demasiado literalmente las afirmaciones y los relatos. Repentinamente no pude volver a hacerlo. En lugar de eso, dirigía mi desconfianza contra las opiniones de mi propio intelecto y el de otros en lugar de hacerlo contra las Escrituras. Eso no significa que todos los problemas en relación con las Escrituras hubieran desaparecido. No, todavía los veo y creo que siempre estarán ahí para el intelecto humano. Pero también creo que lo que parece absolutamente imposible e increíble para el hombre, es posible para Dios (Lucas 18:27). Y que lo que pasa por gran astucia en este mundo, delante de Dios (y por eso en la realidad) es la más grande insensatez. También, a la inversa, aquello que en las Escrituras parece tontería de acuerdo a los conceptos del hombre, es la mayor sabiduría de Dios, y en consecuencia es la realidad. *“Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres”* (1 Corintios 1:25). *“Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios; pues escrito está: El que prenda a los sabios en la astucia de ellos”* (1 Corintios 3:19).

Fue por ese motivo que no pude hacer otra cosa que someterme a las Sagradas Escrituras y en adelante me sentí compelido a confiar ciegamente en el Señor y solamente en su Palabra. También pude, en una inolvidable oportunidad exclamar con todo mi corazón “Abba Padre”.

La Palabra infalible de Dios en la Biblia me enseñó que con esta fe, con esta confianza ciega, mis pecados habían sido borrados. Yo también ahora formaba parte de los hijos de Dios. Todo lo que dicen las Sagradas Escrituras acerca de los creyentes y las promesas a los creyentes podía cumplirse. También tendría la “vida eterna” no solamente mucho más tarde, sino ¡AHORA! *“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna”* (Juan 6:47).



## Tristeza y alegría

Los sentimientos de tristeza y arrepentimiento por mis muchos y terribles pecados estaban aflorando y no debía restringirlos. Pero se mezclaban maravillosamente con la abundante alegría de la seguridad de ser salvo del rechazo eterno por la preciosa sangre de Jesús, y de que ahora era un hijo de Dios para siempre. Es indescriptible lo que esto significa para alguien que nunca antes ha conocido esa seguridad. De cualquier manera, gracias a eso sigo siendo un hombre feliz y nadie, por importante o sabio que sea, me lo puede quitar. Ni por todo el dinero del mundo volvería a poner un pie en el camino del que he salido, incluso cuando veo con tristeza y consternación cómo colegas apreciados siguen por curiosidad más allá en ese camino, y en consecuencia pierden el consuelo, la seguridad y el gozo del poderoso mensaje de Dios y sus promesas para los creyentes.

Sigo leyendo y releendo que no son las iglesias ni las obras sino solamente la verdadera fe bíblica, la confianza ciega en el Señor y su Palabra, lo que justifica al pobre y perdido pecador. En esto tenemos el ejemplo en la antigua y notable persona de Abraham.

*"Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia"*(Romanos 4:3-5). *"Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús"* (Romanos 3:23-24).

Después de ese completo cambio espiritual en mi vida, me sentí indeciblemente feliz. Y sigo sintiéndome así. Es por eso que no deseo otra cosa sino que muchos otros experimenten esa misma felicidad, por eso oro cada día.

*"Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados"* (Efesios 2:1). ¡Los condenados a muerte eterna son ustedes y yo! No estuvimos colgados sobre la cruz en el Gólgota, donde merecíamos estar antes de nuestro eterno rechazo, ¡fue Jesús quien estuvo colgado allí! Nada menos que el Hijo del propio Juez fue colgado allí, porque nos amaba tanto a nosotros, una pobre gente perdida. El tomó nuestro lugar y murió para salvarnos de la muerte eterna y para ¡santificarnos y bendecirnos ahora y para siempre! Este mensaje inmensamente significativo del amor infinito de Dios por la gente, por ustedes y por mí, es el meollo de las Escrituras, ese libro único con su contenido único. Para contar sin distorsión este mensaje maravilloso y alentador de redención, de liberación y vida eterna, es que me convertí en ministro.

## Solo Cristo

Durante más de quince años fui fraile, pero a pesar de lo importante que era eso a los ojos de la gente, me resultaba imposible encontrar paz y felicidad. No podía, ni puedo, vivir feliz y en paz sin conocer con certeza que mis pecados han sido perdonados, que puedo ser hijo de Dios. La Iglesia Católica Romana nunca ha podido

dar-me esa seguridad, ni siquiera cuando era sacerdote y fraile. La Iglesia Católica Romana no me enseñó correctamente lo que era necesario. La iglesia de Roma no me enseñó que sólo hace falta la gracia de Dios, y de parte del ser humano, sólo fe, y el camino a la misma sólo se encuentra en las Escrituras.

A lo largo del totalmente inesperado camino desde sacerdote a predicador, que he intentado describir en las páginas anteriores, he podido encontrar esa paz tanto tiempo buscada y ahora doy testimonio con infinita gratitud y alegría que gracias a eso me he convertido en un hombre completamente feliz.

Oro con todo mi corazón cada día para que muchos de mis queridos compañeros con quienes solía trabajar, orar e investigar, y lo mismo para los que lean lo que he escrito aquí, que encuentren la misma paz, seguridad y vida de gozo. Esto es posible. No se las puede encontrar en cualquier camino arbitrario, ni por algún sendero eclesiástico exclusivo, sino solamente por la gracia de Dios, solamente por medio de la inquebrantable, inamovible fe, y leyendo, volviendo a leer, orando y leyendo confiadamente y volviendo a leer el asombroso Mensaje único de ese Libro poderoso y único en su género, la Biblia.

Traducido por Dante Rosso

### **43. Mi entrada al gozo de Cristo**

*Charles A. Bolton*

Recuerdo una oportunidad haber estado trabajando en un campo de heno desde la mañana hasta la noche bajo un sol ardiente y, luego, cansado y con la piel encendida, correr hasta una laguna de agua celeste y limpia en un bosque sombreado, quitarme las ropas sudadas y bañarme en las aguas refrescantes, que eran como un milagro de sanidad para mí y me hacían sentir un hombre nuevo. Así es como me sentí después de dejar la Iglesia Católica Romana, después de trabajar como esclavo para ella y sudar en su servicio. Ahora, despojado de las pegajosas supersticiones y falsas trampas de la servilidad, he sido lavado en el agua viva del amor de Cristo. El gozo sanador y la paz de la salvación que recibimos como un don gratuito de Dios y sin ningún mérito nuestro de por medio, son como unguento derramado sobre la piel herida—como lo hiciera el buen samaritano sobre el cuerpo del hombre que fue dejado casi muerto en la zanja a la orilla del camino—y producen un rejuvenecimiento en el alma y la mente. Gracias sean dadas a Dios por su gracia salvadora. Ahora repito con mayor comprensión las palabras que fueron impresas en la tarjeta de recuerdo de mi ordenación: *“A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso”* (1 Pedro 1:8).

#### **Sacerdote y profesor**

Nací en el condado de Lancaster en el norte de Inglaterra y fui educado allí en una escuela secundaria jesuita. Algunos de mis mejores cursos fueron en la universidad de Oxford, donde obtuve un título de Profesor de Filosofía y Letras y la Licenciatura en Letras. También se me otorgó un título en Educación en Oxford, con habilitación docente. Como preparación para el sacerdocio, estudié en el Instituto de París y en la Universidad de Lovaina en Bélgica, que es un conocido centro católico romano de estudios, y allí recibí el título de Licenciado en Teología. Fui ordenado sacerdote por el Rector de Lovaina, el obispo Paulinus Ladeuze, el 30 de abril de 1930. Por ese tiempo tenía la esperanza de ser sacerdote misionero y apóstol de la Iglesia Católica Romana en Rusia, pero eso siempre fue una esperanza vana porque el gobierno soviético nunca ha estado dispuesto a admitir a los sacerdotes misioneros.

Por tal motivo los veinte años siguientes fui profesor en el Colegio St. Bede en Manchester, Inglaterra, donde ejercí como Profesor Superior de Historia, aunque también enseñé idiomas modernos. Es así que a lo largo de los años me hice conocido entre cientos de estudiantes, también viajé por todo el norte de Inglaterra como predicador especial para causas de caridad. Más tarde estuve a cargo de una parroquia rural para poder seguir estudiando. Entre otras obras publicadas, está la historia oficial de mi diócesis y estudios sobre San Patricio y otros santos de las Islas Británicas.

#### **Vanas repeticiones**

Más adelante, mis investigaciones históricas produjeron una profunda impresión en mi mente y mi perspectiva, en particular cuando estudié los reformadores jansenitas dentro de la iglesia romana en los siglos XVII y XVIII. Compartía su amor por la Biblia y por la iglesia primitiva, y deploraba el desarrollo de la teología y las devociones populares desde la Edad Media. Como resultado, cuando predicaba, nunca podía alabar el poder, la primacía y la infalibilidad de los papas, cosa que descubrí que ya había sido denunciada en el tercer siglo después de Cristo por el gran mártir cristiano, San Cipriano de Cartago. Jamás lograba exhortar a la congregación a realizar las monótonas repeticiones del rosario, contrarias al

precepto de Cristo: “Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos” (Mateo 6:7).

### Otro evangelio

Descubrí que varias de las catorce Estaciones de la cruz que están desplegadas en las paredes de las iglesias católicas no se mencionan en los Evangelios, por ejemplo, “Verónica limpia el rostro de Jesús”. Verónica es un personaje ficticio, sin embargo se la venera en casi todas las iglesias católicas. No podía encontrar ningún valor en las indulgencias, que se distribuyen como una moneda inflada. Una sola oración equivale a muchos días y meses de penitencias. Descubrí que las medallas, las estatuillas y los escapularios se utilizaban como amuletos o totems paganos. El encender lámparas y velas votivas y el rociar agua bendita me parecían actos sin ninguna relación con la verdadera religión.

Aunque valoramos la comunión como instituida por Cristo en la última cena como recuerdo de su pasión y su sacrificio en la cruz, con toda seguridad no hay ningún justificativo en las Escrituras ni en la iglesia primitiva para convertir el pan de la comunión en una hostia que se adora como a un ídolo, que se inciensa y se lleva en procesiones públicas, como se hace en la fiesta de *Corpus Christi*. Cristo ofreció pan y vino como señal de su sangre y cuerpo separados, pero por siglos la iglesia romana lo ha sustituido por un trozo de galleta seca que ni siquiera un hombre hambriento consideraría comida. Así es como la iglesia romana mantiene la tradición de lo que Cristo instituyó, la tradición de la que ella afirma ser la única guardiana.

### Salvación solamente en Cristo

Mis estudios me mostraron que no hay ninguna verdadera autoridad en doctrinas como la de la Inmaculada Concepción, la Asunción corporal de María al cielo. La Iglesia Católica Romana viene cediendo en los últimos años a una manía popular, fomentada más que nada por las llamadas apariciones de Lourdes y Fátima, que convierten a María cada vez más en una diosa, que gobierna el cielo y la tierra. Muchos obispos romanos y los autotitulados teólogos marianos esperan promover la doctrina de que María redimió al mundo—a pesar de las declaraciones de Pablo: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Timoteo 2:5-6). Esta afirmación también está en desacuerdo con el intento de cierta teología romana adulterada de demostrar que todas las gracias deben llegarnos por intermedio de María. Sin embargo las Escrituras dejan sobradamente claro que es solamente por Cristo que tenemos salvación: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro hombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

### La censura católica

Como estudiante de la Biblia y de la historia de la iglesia, se me revelaron muchos secretos que la mayoría de los cristianos y muchos sacerdotes católico romanos no conocen. No pude revelar antes esos secretos debido a las leyes romanas de la censura. Cuando se ve un libro que tiene un *Imprimatur*, no hay ninguna seguridad de que el libro represente el pensamiento original del autor y de que no haya sido adulterado por los censores romanos, deseosos de no correr riesgos. Si algún libro escapa a los censores, puede ser inscripto en el índice de libros prohibidos por decreto de la Inquisición o Santo Oficio, contra el cual no hay apelación. La implacable dictadura de la Inquisición, que todavía mantiene el poder supremo

en el gobierno de la iglesia, es solamente un ejemplo del feroz totalitarismo y de los métodos romanos fundamentalmente no cristianos. Nadie está a salvo de sus espías, que están en todas las diócesis, comisionados para denunciar a cualquiera que no sea obediente a Roma.

Hoy día nos enfrentamos en Roma a una de las corporaciones internacionales más ricas del mundo. Se enriquece con los millones de ofrendas llamadas Dinero de Pedro, con la venta de canonizaciones (los gastos previos se supone que son cincuenta mil dólares y la canonización misma otros cincuenta mil dólares). Los obispos al ser designados pagan grandes sumas, y se afirma que los monseñores pagan varios cientos de dólares. Muchas dispensaciones, aunque son exigidas por la ley de la iglesia, son pagas, y se hacen donaciones para recibir la bendición papal, etc. Tal vez no se vendan reliquias, pero se hacen ofrendas en los relicarios o cápsulas nichos, y casi todas las iglesias romanas tienen altares en donde se guardan las supuestas reliquias de los mártires. Hay fragmentos de huesos de las catacumbas de mártires olvidados, aunque ya en el siglo XVII fieles estudiosos denunciaron la costumbre romana de afirmar falsamente que los huesos de los sepulcros subterráneos eran de mártires. Indudablemente gran número de los “altares consagrados” contienen reliquias falsas.

### **Abuso de poder**

Lo que ha vuelto mi corazón contra el abuso de poder de Roma es la forma en que ha torturado y quemado santos de Dios como Juana de Arco, cientos de mártires albigenses en Francia en el siglo XII, los Caballeros Templarios, Juan Hus, el dominico Girolamo Savonarola, el dominico Giordano Bruno y los obispos anglicanos Cranmer, Ridley y Latimer. La Inquisición ha promovido por lo menos dos masacres generales, la de miles de protestantes valdenses en el norte de Italia y la de miles de protestantes hugonotes en la noche de San Bartolomé en Francia. Más de treinta mil de los protestantes más cultos de Francia fueron pasados por la espada la noche de San Bartolomé el 24 de agosto de 1572. Al recibir las noticias, el papa mandó a hacer señales de cañón, proclamó un jubileo, ordenó que se cantara un Te Deum de acción de gracias e hizo acuñar una medalla especial para conmemorar la gloriosa “victoria”. Durante mucho tiempo observé la fiesta de San Bartolomé como un día de oración e intercesión especial por los protestantes, como un acto de amor y reparación. “*Y vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro*” (Apocalipsis 17:6).

### **La gracia sola**

Doy gracias a Dios por haberme permitido leer a un gran maestro luterano como el profesor Heiler, un sacerdote católico romano convertido, quien me enseñó el valor de la fe en Jesús y la salvación por su gracia sola. El *Misterium Caritatis* de Heiler, un maravilloso libro de sermones, fue objeto de mis meditaciones durante muchos años antes de que el Espíritu me diera el coraje final para actuar de acuerdo a esa enseñanza en relación a mi salvación. Dejar la iglesia donde uno ha nacido y donde uno está acostumbrado a servir, tener que alejarse de familiares y amigos, es una dura lucha, pero también es una gracia maravillosa de Dios.

Algunos de mis amigos, que ya habían dejado el sacerdocio católico romano y encontrado una bienvenida por otros en la hermandad de Jesucristo, me habían hablado de lo diferente que era la atmósfera de una iglesia cristiana que no tiene intrigas, espías, delaciones y condenas como se practican en el sistema católico romano. “*Por sus frutos los conoceréis*”. Roma debe enfrentar su responsabilidad, frente al tribunal de la historia en este mundo, y frente a la silla del juicio de Dios después, por fundar, promover y sostener hasta hoy la

perversa Santa Inquisición, y más tarde los jesuitas, suprimidos una vez, pero lamentablemente restaurados con más poder después.

Mi entrada al gozo de Cristo ha sido larga y a veces difícil, pero ha sido un peregrinaje que bien valía la pena. Debo constar mi gratitud porque después de enseñar en Washington, D.C. y en otras partes en Estados Unidos, he sido llevado a la plenitud del gozo en Cristo como mi Salvador personal y eterno Redentor, y también a la compañía de amigos verdaderamente cristianos, ministros del Evangelio y sus fieles, tanto jóvenes como ancianos, quienes han sido una gran fuente de fuerza, ayuda y comprensión. Entre los cristianos evangélicos, nacidos de nuevo en el amor redentor de Cristo y por fe en su perfecto sacrificio de sangre, tenemos misericordia, gozo, paz, paciencia, mansedumbre, templanza y confianza mutua. Tenemos esa sencillez de la que habla Jesucristo: *“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz”* (Mateo 6:22). Esa luz, que viene de Cristo, es la gozosa luz de la verdad que nos llena, a los redimidos y alumbrados, con un gozo indecible y glorioso.

Por todos estos motivos me he entregado a Jesucristo como mi suficiente Salvador y al aceptarlo, he pasado de la muerte del pecado a la vida: *“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”* (Romanos 5:1-2).

Querido lector, si todavía no tiene la plena seguridad y el gozo de la salvación, si todavía pone su confianza en ritos y ceremonias y obras piadosas, venga al conocimiento de Jesucristo como Salvador. Ore para tener el supremo don de la fe en su corazón por medio de la cual podrá entregarse a Él completamente y sin reservas, y Él a su vez lo aceptará y lo guardará desde ahora para siempre: *“Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, SERÁS SALVO”* (Romanos 10:9).

Charles A. Bolton nació en Inglaterra. Estaba trabajando en San Louis, Misuri, cuando oyó de Alex Dunlop, un sacerdote convertido en Havertown, Pensilvania. Vino a Havertown y recibió el mensaje bíblico de la gracia. Allí escribió su testimonio. Por unos veinte años trabajó como un instructor del *Christian Missionary Alliance College* en Nyack, Nueva York. Hoy ya está con el Señor.

## 45. El alma de un sacerdote

*Leo Lehmann*

He visto el catolicismo romano funcionando en tres continentes. He viajado con cardenales en sus lujosas limosinas mientras pasábamos la Guardia Suiza que saludaba y por el portón de Damasco del Vaticano, hacia los departamentos privados del pontífice. He visto morir a un papa y lo he visto enterrar; he participado de la elección de su sucesor y de su coronación. Estuve al lado del último papa Pío XI mientras el papa Benedicto XV lo hacía cardenal poniéndole el típico sombrero plano en la cabeza, yo mismo sostuve la larga cauda carmesí de otro recién ordenado cardenal. He ministrado como sacerdote no solamente en magníficas catedrales de Europa, sino también en granjas holandesas en la gran planicie africana y en destartaladas ruinas de iglesias en los profundos bosques de Florida.

Nací en 1895 en Dublín. No tengo ningún recuerdo feliz de mi niñez. Un sentimiento permanente de temor lo ensombrece todo. El temor estaba ligado a todo acto religioso con el sacerdote—ya sea la confesión, la asistencia a la misa del domingo, qué comer los días de ayuno y de abstinencia, el infierno, el cielo, el purgatorio o la muerte y el juicio de un Dios airado.

La Biblia era un libro cerrado para nosotros en el aula, en la iglesia, y en el hogar. No teníamos dinero como para comprar una versión católica, que era generalmente costosa, y no teníamos el valor de aceptar una Biblia gratis de la Sociedad Bíblica protestante. Fue principalmente el temor vinculado con todo en la religión católica romana lo que me ayudó en mi decisión de hacerme sacerdote. Solicité la admisión y fui aceptado en el colegio misionero de Mungret, cerca de Limerick.

### Dudas

Fue durante mis años de seminario en Roma que la duda y la desconfianza en la práctica papal del cristianismo me asaltaron por primera vez. Algunos de mis pensamientos en aquel tiempo eran: si Roma es el único centro de la verdadera fe, ¿cómo es que la verdadera religión está tan ausente en sus propios ciudadanos? ¿Por qué tanto ateísmo, indecencia e impunidad? El populacho de Roma nos negaba hasta la cortesía elemental cuando pasábamos por las calles; nos gritaban insultos obscenos, incluso los niños de Roma. Además, ¿por qué había tantos pedidos por parte de los sacerdotes de Irlanda y otras partes para exilarse en China, India y Africa como misioneros de la propaganda papal, cuando Roma misma estaba atestada por diez mil sacerdotes recostados perezosamente en las oficinas del Vaticano y encontrando a duras penas algún altar en sus trescientas iglesias para decir misa? También me preguntaba por qué los cacareados trescientos millones de católicos en todo el mundo tenían que ser representados en Roma por un cuerpo de cardenales casi tres cuartas partes de los cuales son italianos. Los cuarenta millones de habitantes de Italia eran católicos de nombre solamente, pero carecían totalmente de mentalidad religiosa. Pero, por ejemplo, los veinte millones de católicos de los Estados Unidos no solamente eran fieles asistentes a la misa sino que también contribuían con mucho dinero a los cofres del Vaticano. Sin embargo, se permitían solamente tres cardenales norteamericanos—siervos mediocres pero leales a Roma, hombres que jamás se atreverían a expresar un desacuerdo con sus dictados. Llegué a conocer las intrigas entre los eclesiásticos en Roma para obtener el favor de quienes estaban en el poder en el Vaticano, por su codicia de los honores papales y la elevación a posiciones encumbradas, descubrimos que había enconadas facciones entre los altos dignatarios de la iglesia. Diariamente pasaba muchas señales de los hechos subversivos de papas guerreros, codiciosos y ambiciosos y sus viles procedimientos. Estaba el Castillo de Sant'Angelo, o el Muelle de Adriano con sus paredes marcadas por el cañón de un papa que desde la fortaleza del Vaticano había bombardeado al papa rival que defendía sus anatemas.

Por fin llegó el día de mi ordenación. Fue una ceremonia larga. Yo estaba asombrado por los incontables rituales, por las muchas oraciones y cantos interminables. Mis dedos fueron

consagrados para decir misa y luego envueltos en delicados géneros de lino. Me ungieron la cabeza y también la envolvieron en bandas de lino. Me hicieron tocar el cáliz de oro. Se me dio el poder de escuchar confesiones y perdonar pecados, de ungir a los moribundos, y enterrar a los muertos. Por primera vez saboreé el vino del cáliz de la misa, el cual, según la creencia católica, yo mismo había ayudado a transubstanciar en la sangre de Cristo por la fórmula de la consagración. El prelado que ordenaba era el cardenal Basilio Pompilj, y la ceremonia se hizo en la iglesia de San Juan de Letrán.

### **Oraciones repetitivas**

Cualquier gozo que hubiera experimentado aquel día fue opacado por un incidente triste que presencié tarde esa noche. Uno de mis compañeros se vio mentalmente afectado; la presión de la rutina mecánica, las innumerables restricciones sin sentido, las incontables oraciones y fórmulas repetidas con frecuencia desequilibran la mente y traen una especie de locura religiosa denominada “escrupulosidad”.

Recuerdo otro incidente similar a eso. En Florida, como sacerdote, solía visitar una institución para niños con retardo mental a las afueras de Gainesville. El médico a cargo me trajo una niña católica de alrededor de catorce años cuya demencia consistía en repetir y contar febrilmente el “Yo te saludo María” como un penitente en la confesión.

Después de tres años y medio de trabajar como sacerdote en Sudáfrica, me llamaron a Roma para trabajar en el Vaticano. A medida que pasaba el tiempo seguían asaltándome dudas en relación a los orígenes del papado. El aumento de mi desconfianza en la práctica católica como verdaderamente cristiana, el conocimiento íntimo de las vidas torcidas de mis compañeros sacerdotes, y la pérdida de esperanza en alguna posibilidad de mejora de la iglesia cristiana bajo la supremacía papal, ya me habían causado una grave inquietud. Desde lo espiritual, lo doctrinal, lo jurídico y lo personal, el papado romano, como guardián divinamente señalado de la cristiandad se estaba desmoronando rápidamente a mis pies. Me enfrentaba a la amarga realidad de que debía romper completamente con el mismo si quería mantener mi fe en el cristianismo.

Desde Roma me transfirieron a Norteamérica. Nuevo como era en ese desconocido país, pensé librarme de la desilusión total interesándome profundamente en el humilde trabajo de ministrar para las necesidades espirituales de la gente común.

### **Un muchacho condenado a muerte**

Un incidente servirá de ejemplo al sentido de fracaso que experimenté. En una oportunidad tuve la triste prueba de asistir a un joven condenado a morir en la silla eléctrica en la Prisión del Estado de Florida en Rainford, que caía dentro de los límites de mi parroquia en Gainesville. Era de una ciudad del este, nacido y bautizado católico romano y producto de una escuela parroquial católica. En su niñez le habían enseñado toda la práctica católica romana considerada esencial para una vida temerosa de Dios. Había sido condenado en Tampa como cómplice de asesinato en primer grado durante el asalto a un restaurante en el que fue asesinado el propietario. Hice todo lo que pude para preparar a este joven para la “última milla”. Le administré a pleno todos los ritos que ha ordenado la iglesia Católica y por los cuales se considera que llevan al alma necesitada la gracia y la fuerza divina. Incluso, mientras yacía tieso y muerto en la silla eléctrica al instante después que la fatal corriente había hecho su trabajo, ungué su frente con aceite como está prescrito para la administración del sacramento de la “extremaunción”. Sin embargo, yo sabía que había fracasado en llevar algún consuelo real al alma marcada por el pecado de ese pobre muchacho.

Lo había visitado en su celda durante la semana de atemorizada espera y había repasado con él la fórmula de absolución muchas veces. Esa última mañana estaba a las puertas de la prisión al amanecer, llevando conmigo todos los incómodos instrumentos necesarios para celebrar la misa. Los acomodé sobre una mesa cerca de las rejas dobles de su celda. Lucía todos mis lustrosos vestidos de misa, y procedí, con toda la dignidad que la atmósfera ominosa de la celda de un condenado lo permitía, a ofrecer el “sacrificio” de la misa en pleno.



El pobre muchacho en su aterrada y febril espera, iba y venía detrás de las rejas fumando un cigarrillo tras otro. Arrojó un cigarrillo para recibir la hostia de la santa comunión que le alcancé por entre las barras de la reja. No surtió ningún efecto. La inyección de morfina que le administró el médico diez minutos antes de que lo condujeran a la silla lo calmó algo. Repentinamente caí en la cuenta de que la simple inyección de morfina había traído al muchacho más alivio externo que todas mis administraciones de los sacramentos católico romanos, que se supone deben aliviar tanto al cuerpo como al alma. Lo seguimos hasta la silla.

### **La silla eléctrica**

Cuando pasó por el cuerpo del muchacho toda la fuerza de la corriente destructiva, haciéndolo saltar violentamente y poniéndolo tenso y rígido casi en el aire mismo, mi mano subió y bajó en repetidas señales de la cruz, acompañadas de las palabras de absolución en latín, como si yo también pudiera enviar una corriente de gracia perdonadora a su alma en partida. Su cuerpo cayó flácido y muerto al cesar la corriente, y yo me acerqué con mi frasco de aceite suspendido entre los dedos. Pedí al guardia que quitara la cofia de hierro de la cabeza del joven muerto y le rocié la frente, húmeda de muerte, con el aceite utilizado para el rito final en la iglesia romana. Como ninguno de sus parientes estaban presentes, yo retiré su cuerpo y lo hice enterrar con todos los ritos de la iglesia en la parte católica romana del cementerio –no sin la protesta de algunos de los piadosos católicos de mi congregación quienes objetaron de que un asesino convicto descansara entre sus familiares fallecidos. Tuve que recordarles que Jesucristo murió entre dos ladrones y asesinos.

Sin embargo, confieso que a pesar de todo este elaborado esfuerzo del poder de los ritos sacramentales católicos romanos obrando a través de mis manos consagradas, sentí que le había fallado al pobre muchacho en su hora de mayor necesidad. Es probable que todo hubiera sido mi culpa, no tenía nada de verdadero valor para ofrecerle, todo parecía vacío y patético. Aun así tuve que aceptar los elogios de la gente católica por haber tenido éxito aparentemente en hacer un verdadero trabajo sacerdotal con el pobre muchacho condenado.

Toda esta maniobra ritual ha sido inventada por los teólogos romanos para acomodarse a su enseñanza básica de que la salvación solamente se puede ganar con “las obras hechas” por un sacerdote. Se enseña que la gracia es algo que puede ser “derramado” en el alma por los medios especialmente diseñados de los siete sacramentos. Estos a su vez se supone que actúan como conductos del gran reservorio de gracia sobre el que el papa de Roma tiene el monopolio. Esta ingeniería de irrealidades externas, que actúa con mágica fuerza para producir efectos espirituales, corre por todo el sistema de la teología católica romana. Las obras de las manos de un sacerdote deben ser aceptadas tanto por una cuestión de fe como de organización y práctica. Pero allí no tiene cabida el poder del reino de los cielos. El apóstol Pablo declara cuál es el verdadero poder del evangelio: *“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”* (Romanos 1:16-17).

A lo largo del difícil camino desde la iglesia de mi niñez y su sacerdocio, tuve que andar solo, sin ninguna guía ni apoyo humanos. Jesucristo fue mi única compañía y guía. Con determinación me tomé de su mano extendida y lo seguí hacia donde me condujera.

Después que me liberé del catolicismo romano, el Señor Jesucristo se me reveló como un Salvador personal por medio de la lectura de la Palabra de Dios. Vi los muchos errores del catolicismo romano. Desde mi eminencia sacerdotal tuve que caer a los tumbos hasta mis rodillas a confesar que, como todo otro hombre, yo mismo era un pecador necesitado de la salvación del Señor Jesucristo.

### **Dejando Roma**

En mi camino de retirada de Roma me crucé con algunos hombres que se apresuraban hacia ella, otros que ya dentro de sus puertas pregonaban ruidosamente las falsas glorias del

catolicismo romano. Enfrentaban aquello a lo que yo había vuelto la espalda. El sistema religioso que me había desilusionado, no solamente como miembro sino como agente del mismo, se estaba convirtiendo, o ya lo era, en su ilusión. Felizmente seguí convencido de que lo que para ellos era una cobarde retirada de mi parte, para mí era un avance. Tampoco tropecé en mi camino pensando que mientras ellos serían proclamados héroes espirituales por la poderosa propaganda de la iglesia de Roma, yo tendría que soportar los efectos de su amargo repudio y persecución.

A diferencia de los cardenales Newman, Chesterton y aquellos otros, mi conversión no era para escapar a la alternativa de un asilo de alienados, sino para lograr la sanidad espiritual. Sabía que hallaría la realidad de Cristo fuera del límite mental de la lógica de las especulaciones verbales de los dogmas de la iglesia romana, así como de todas las organizaciones religiosas librepensadoras. Vi, sin discusión, por qué Cristo había condenado en términos nada dudosos todos los sistemas religiosos como el papado romano poniendo en ridículo la iglesia judía de su propio tiempo.

### **Dejando la carga**

Podía ver una diferencia sólo de nombre entre la iglesia del papado romano y aquella a la que Cristo golpeó tan duramente –la iglesia de los sumos sacerdotes pontificios, de los dignatarios pomposos que portaban largas filacterias, de los escribas ciegos y blanqueados fariseos, la iglesia que ata “cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres”; que reglamenta mucho acerca de ayunos y lavados externos, que en determinados días vuelve pecaminosa la carne que va al estómago; pero presta poca atención a las cosas malas que salen del corazón todos los días. Si no se me daba la posibilidad de imitar a Cristo en su extrema condenación a una iglesia así, sentía que sería uno con El en la protesta silenciosa al renunciar a mi posición oficial como miembro de su sacerdocio.

Por encima de las atemorizantes condiciones dispuestas arrogantemente por el papado como esenciales para la salvación, yo pongo la sencilla y dulce invitación de Jesucristo en Mateo 11:28-30: “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil y ligera mi carga*”.

*“Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”* (1 Juan 1:5-7).

### *Leo Lehmann*

Leo Lehmann nació en Irlanda, y fue salvo a principios de este siglo. En su propio día fue muy eficaz en la predicación, el evangelismo y en escribir libros. Gran parte de su ministerio se desarrolló en Nueva York con la “Christ’s Mission”, antes, durante y después de los años de la segunda guerra mundial. Sus obras más famosas son: *Librado del laberinto* (que compara al catolicismo con la Biblia), y su propia historia, *El alma de un sacerdote*. Por muchos años fue redactor de *La revista del católico convertido*. Muchos de sus artículos son aún pertinentes a nuestra época.

## **46. Mi encuentro con Dios**

*Guido Scalzi*

Nuestra pequeña casa en Mesoraca se hallaba en una aldea llamada “Filippa”, que no estaba lejos del monasterio de los frailes franciscanos, ubicado en la cumbre de una hermosa montaña. Allí era donde, de niño, iba con mi familia a escuchar misa.

### **Majestad y monasterio**

Recuerdo una mañana en particular en que me sentí conmovido al escuchar las cuerdas del órgano de la iglesia, y con la primavera que despertaba, sentí por primera vez algo nuevo y diferente. Aquello produjo en mi mente una atracción única, una emoción que se agitaba en todo mi ser. Sentí que sería maravilloso vivir el resto de mis días en un monasterio en íntima comunión con Dios y con la naturaleza. Cuando mi madre salió de la iglesia, la encontré camino a casa y exclamé: “Mamá, qué maravilloso sería si pudiera ser sacerdote”. Decir que mi madre estaba contenta con mi intención sería poco. Estuvo más contenta todavía cuando pudo comprobar con el paso de los días que yo estaba cada vez más determinado en lo que había considerado sinceramente un llamado de Dios para mi vida.

Un día convencí a mi madre de ir conmigo al monasterio para hablar con el padre superior. Después de la entrevista se mostró satisfecho con la seriedad de mis intenciones y le dijo a mi madre que con toda seguridad yo sería sacerdote algún día. Finalmente fui aceptado por el director del seminario franciscano llamado “Colegio seráfico”. El 28 de septiembre de 1928 dejé mi familia y acompañado por el padre Carlo, viajamos en tren hasta el seminario en la provincia de Cosenza.

### **Hielo en lugar de jabón y religión en lugar de relación**

Durante el viaje, mis pensamientos volvían atrás a los que había dejado. Con frecuencia, sin permitir que mis compañeros me vieran, me limpiaba las lágrimas que caían silenciosamente por mis mejillas. Los primeros días del seminario se caracterizaron por una actividad agitada debido a la llegada de los nuevos estudiantes y por la confusión, ya que muchos de los niños no se adaptaban rápidamente al nuevo estilo de vida, muy diferente a la libertad que habían disfrutado antes. A medida que se acercaba el invierno, sufrí de congelamientos, gripe y otras enfermedades. No había calefacción en la escuela. Por la mañana cuando nos levantábamos al sonido de la alarma, teníamos que atravesar un patio abierto para lavarnos la cara, porque no había agua corriente. El agua se congelaba en las palanganas de manera que teníamos que romper la capa de hielo, y utilizábamos los trozos de hielo como jabón. A veces pasaban dos o tres días sin que la mayoría de nosotros nos atreviéramos a lavarnos la cara.

Era una vida dura. El frío tenía un efecto debilitador en mi moral que se hundía cada día más. Aunque yo trataba de superar todas esas cosas, me fui encerrando en mí mismo cada vez más. Me sorprendía encontrarme llorando. En esos tiempos nadie podía consolarme. Recuerdo una oportunidad en que el padre Carlo, fastidiado por el problema que yo estaba produciendo, dio un paso hacia mí y comenzó a darme cachetadas, puñetazos y hasta patadas. Debo decir que esos implacables golpes lograron el efecto deseado. Desde ese momento en adelante, decidí vivir esa vida de seminario aunque me resultara totalmente desagradable. Una cosa que aprendí pronto era que no podía confiar en nadie y que era imposible tener un amigo. Los espías parecían estar en todas partes. Conservo muy pocos recuerdos de esos cuatro primeros años del seminario.

## **Hermano alegre**

En septiembre de 1932, partí para el monasterio, donde pasé los años de novicio. De acuerdo con las reglas del noviciado de la orden de los frailes menores de San Francisco, el día que uno se inicia se le da un nuevo nombre. Desde ese momento se me conocía como “Hermano Felice” (Hermano Alegre). Recuerdo el terrible aburrimiento que atormentaba a los novicios, un aburrimiento que viene de una ociosidad forzada producto de una falsa soledad. Aunque se supone que los novicios son un grupo que está creciendo en los caminos de Dios, en realidad sospechan unos de otros, hay celos por menudencias, lo que conduce a la envidia, las peleas y la vulgaridad.

## **El sacerdocio irrumpe en mi pecho y sangro**

El primer año del noviciado terminó con la ceremonia de “profesión sencilla” el 4 de octubre de 1933. El 7 de junio de 1940 fui ordenado en el sacerdocio. Recibí las felicitaciones del obispo, de mis superiores y de los sacerdotes que estaban presentes. Yo estaba muy contento y emocionado. Por fin era sacerdote. Sin embargo, para mí, mi primera misa fue una decepción. Me pareció estar simplemente actuando el rol que se me había ordenado cumplir. No había gozo, ni satisfacción espiritual. ¿Dónde estaba la presencia de Dios que se me había prometido que disfrutaría de una manera muy real? No había otra cosa que mera formalidad; había solamente vacío.

Después de algunos años en el convento de San Francisco de Asís, donde enseñé italiano, Historia, Geografía y Religión en los niveles intermedio y superior, fui al monasterio de Bisignane (Casenza) y luego a un monasterio en Reggio Calabria. Fue aquí donde tuve mi primer contacto directo con cristianos evangélicos.

## **Un manantial de agua para el sediento**

El 15 de agosto de 1945, al pasar frente a la iglesia evangélica bautista de Reggio Calabria, repentinamente sentí un fuerte deseo de ver al ministro. Finalmente un día encontré el coraje para escribir una carta al ministro pidiendo verlo. “Venga cuando a usted le convenga, será muy bienvenido”, fue la respuesta del pastor Salvatore Tortorelli a mi nota. El pastor me recomendó que leyera la Biblia. “Léala con sencillez y sin ideas preconcebidas” dijo.

Volví al monasterio y comencé a leer la Santa Biblia en italiano. Esto fue para mi espíritu y para mi alma, como un manantial de agua para el sediento o la vista para el ciego. Cada página traía nuevas sorpresas y nueva luz, como ventanas abiertas en las paredes de una prisión. *¿Será posible?* Me repetía vez tras vez. *¿Es posible que haya vivido tantos años sin saber jamás todas estas cosas maravillosas?* Un día le dije al pastor Tortorelli cómo me sentía. “El Señor lo está llamando a salir de la falsedad. Deje todo y conviértase al Evangelio de Cristo Jesús”, fue su respuesta.

## **Mis verdaderos temores**

Había dos obstáculos que me impedían dejar el convento. Primero, la vergüenza de ser despreciado como persona infame, como sacerdote degradado. La segunda cosa que me impedía dejar el monasterio era el temor a aventurarme a un mundo desconocido sin tener seguridad ni empleo de ningún tipo. Este último punto era crítico, ya que el quinto artículo del

Concordato entre el gobierno italiano y el Vaticano prohibía dar empleo a cualquier ex sacerdote. Con tales condiciones, no lograba reunir el coraje para dejar el convento.

### **Jesús quiere salvarlo**

No mucho después fui transferido al monasterio de Staletti. Un día mientras caminaba por una calle del pueblo de Staletti, oí que alguien me llamaba. Me volví y vi un campesino granjero indicándome que me detuviera, porque quería hablar conmigo. “Le traigo saludos del pastor de la iglesia bautista de Reggio Calabria. Estuve allí la semana pasada y me dijo que un sacerdote llamado Guido Scalzi, que simpatizaba con los evangélicos, estaba en mi ciudad”. Siguió explicándome que la comunidad cristiana a la que él pertenecía estaba en Gasperina, a unos seis kilómetros, y que su pastor, Domenico Fulginiti, quería conocerme. Le dije que iría con gusto a encontrarme con su pastor.

El encuentro ocurrió unos días después. Salí de noche y fui al lugar convenido para el encuentro. La casa era pequeña y con muebles muy sencillos, como la mayoría de las casas de los campesinos de Calabria. Una mesa con algunas sillas, un fogón, y cerca del mismo unas batea para amasar pan y dos cernidores para la harina. Cerca del hogar, en la pared, colgaban ollas y sartenes. Por una puerta entreabierta se podía ver otro cuarto que se utilizaba para dormir. El pastor no me dio una muy buena impresión al comienzo. Vestía un traje muy modesto, y sin corbata. Se podía ver que era un simple campesino. *¿Qué clase de pastor es éste?* Pensé, cuando me presentaron a Domenico Fulginiti. Pensé que en cualquier momento sacaría su Biblia para comenzar a sermonearme. Pero en lugar de eso, mirándome con gran ternura, dijo: “Usted ya debe saber todo lo que hay para saber acerca de la Palabra de Dios. Lo que ahora necesita es la salvación. Jesús quiere salvarlo. Murió en la cruz para salvar su alma.” Continuó hablándome, acerca del “nuevo nacimiento” que se acepta por fe en la sangre de Jesús. Me contó la historia de Nicodemo, que fue a ver a Jesús de noche, y luego repitió las palabras del Maestro: *“¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?” Nacer de nuevo, nacer de nuevo, pensé, si solamente pudiera nacer de nuevo. Para borrar todo mi pasado penoso, todos mis errores, todos mis engaños, todos mis pecados, todo el barro y la suciedad acumulada en mi alma, y comenzar una nueva vida, una vida pura delante de Dios y los hombres. Si solamente pudiera nacer de nuevo.*

### **Una verdadera oración de fe**

“Debe nacer de nuevo” me repetía bondadosamente el campesino. Yo no sabía qué decir, pero estaba contento de estar de acuerdo con él, que seguía diciendo las mismas cosas con gran convicción. Hablaba con sencillez. No había rastro de superioridad en sus palabras. No usaba un florido estilo profesional. Después de un corto tiempo se puso de pie y me dijo, “Si no le molesta, ¿podemos orar antes de separarnos?” “Claro que sí”, le contesté. Se arrodilló y elevó las manos al cielo y cerró los ojos en oración. Yo tenía los ojos completamente abiertos. Comenzó dando gracias a Dios por la oportunidad que me había dado de escuchar las palabras de salvación. Siguió pidiendo a Dios que purificara mi corazón de todo pecado y lavara mi alma en la preciosa sangre de Jesús, su Hijo unigénito, que murió en la cruz para pagar el precio para redimir mi alma. Siguió así un rato. Yo también me había arrodillado pero, por supuesto, con cierta reticencia, y seguía su oración con escepticismo, sonriendo interiormente cuando hacía alusión a mis pecados. ¿Qué podía él saber? Lo miraba todo el tiempo, él mantenía sus ojos cerrados, mientras sus manos se extendían hacia el cielo suplicantes. La intensidad de su oración emanaba de todo su cuerpo. Era realmente una oración de fe. Nunca antes había yo escuchado orar así en toda mi vida. Sin embargo, esa oración parecía ser la verdadera oración, totalmente de acuerdo con las enseñanzas de Jesús, quien advertía contra

las repeticiones mecánicas y más bien estimulaba las oraciones en relación con la necesidad del momento. ¿Qué podría haber sido más urgente que la salvación de mi alma?

### **La vida eterna está en su Hijo**

Repentinamente, cerré mis ojos y toda mi vida pasada cruzó delante de mí. Todos mis pecados, mis mentiras, y muchas otras cosas. Me vi cubierto con todo tipo de pecados, como un leproso cubierto de su terrible enfermedad. Mi condición me asustó. Con angustia, me pregunté cómo podría librarme de esa situación opresiva. En ese instante recordé ciertas palabras mencionadas antes en la oración: “La sangre de Jesús nos limpia de todo pecado”. Fue entonces que comprendí lo que significaba ser verdaderamente libre. Fue entonces que me abandoné completamente en las manos de Jesús, mi Salvador, buscando desesperadamente su ayuda. Estaba pasando por una gran crisis. Por un lado veía mi vida actual, los placeres y comodidades que ofrecía; vi mis parientes, amigos y todos los que me respetaban por lo que era. Por el otro lado, veía lo desconocido, una vida de trabajo y sacrificio; pero también veía a Jesús con los brazos abiertos, dispuesto a recibirme con El, a darme un nuevo corazón, una nueva alma, una nueva vida, lleno de Su gracia, Su amor y Su paz. Por las palabras de las Escrituras, yo sabía que: “. . . *este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo*” (1 Juan 5:11).

### **Confiando plenamente en Jesús**

Sentí que la paz inundaba mi corazón. Por primera vez en mi vida sentí verdaderamente la presencia de Jesús. Estaba allí con nosotros en esa sencilla habitación, había aceptado mi arrepentimiento; me había recibido en El y me hablaba. Su voz era dulce a mis oídos. Calmó la ansiedad de mi corazón. La oscuridad se disipó en mi mente. Su presencia era tan viva que yo tenía la impresión de que si extendía la mano, podría tocar su manto. Era El, mi Señor, mi Maestro, Jesús.

El hermano Fulginiti se dio cuenta de que algo muy importante había ocurrido en mí y que el Señor había contestado su oración. Me abrazó y dijo: “El Señor tocó su corazón, crea en El solamente, no lo posponga. ¿Quién sabe si tendrá otra oportunidad de escuchar la invitación de Jesús? El enemigo siempre tratará de impedir que entre al camino de la salvación”. Con los ojos llenos de lágrimas le respondí: “Hermano, he decidido servir al Señor para vida o para muerte”. “*Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)*” (Gálatas 3:13).

Desde mi conversión y salida del catolicismo romano, he tenido el privilegio de trabajar como pastor misionero, como evangelista, como fundador y director de “La Voce Della Speranza” [La voz de la Esperanza] que se difunde por varias estaciones radiales tanto en Estados Unidos como Europa. “*A ordenar que a los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya*” (Isaías 61:3).

*Guido Scalzi*

Italiano de nacimiento, hoy está muy anciano o con el Señor. Durante muchos años era un evangelista, o maestro, y fundador (director) de los programas de radio “La voz de la esperanza”.

## **48. Sólo un necio persiste en su error**

*Thomas Connellan*

Cuando tenía trece años me llevaron de mi feliz hogar en el oeste de Irlanda y me entregaron a una hermandad religiosa en una localidad vecina. Mis parientes me habían destinado para el sacerdocio. Esta hermandad hacía los votos normales de castidad, pobreza y obediencia. Habían venido de Francia para dedicar sus vidas principalmente a la educación de los niños pobres. Pasé tres años en ese seminario en Sligo, Irlanda. Al final, fueron años felices.

### **Preparación para el sacerdocio**

De Sligo me transfirieron al colegio diocesano en Athlone. Después de otros tres años entré en Maynooth, un lugar selecto y especial de preparación para el sacerdocio. Estaba tan separado del mundo como si hubiera estado oculto bajo tierra. En cuanto al espíritu en Maynooth, era de una vil esclavitud. Se desalentaba, desaprobaba y denunciaba la independencia de pensamiento y de acción.

Me convertí en sacerdote católico romano el 20 de junio de 1880, y me enviaron a Strokestown como cura y de allí al nuevo palacio de mi obispo en Sligo para ser del “equipo de Sligo”. Después de una residencia de cuatro años en Sligo, me transfirieron a la ciudad de Rosecommon.

### **Esclavo de un galeón**

En una oportunidad después de haber predicado en la catedral sobre la “transubstanciación”, quedé en medio de las dudas y el desaliento. Para esa época veía claramente que debía decir adiós a Roma, pero me hallaba en un terrible dilema. Mis padres todavía vivían, mis hermanos y hermanas me consideraban algo así como un ser superior puesto que me habían apartado para el sacerdocio. Me había hecho un ejército de amigos – queridos, sinceros, valiosos amigos—cuya estima yo apreciaba mucho. Parecía no haber modo de escapar y me sentía un esclavo tan miserable como los que remaban en los galeones.

Ahí estaba, llevando una vida que sabía era una mentira, anhelando huir y descansar, y sin embargo mi consideración por mis seres queridos me tenía encadenado a la rueda del timón.

Alrededor de nueve meses antes de mi huida de la Iglesia Católica Romana, fui transferido a Athlone. Este pueblo está hermosamente ubicado sobre el Shannon. Para mí su principal atractivo era Lough Ree, un espléndido espejo de agua dulce, donde podía olvidar mis problemas. Estaba sediento casi de muerte, no podía comer ni dormir. Lo único que me sostenía era la esperanza de mi pronta liberación.

### **Finjo haberme ahogado**

Finalmente pensé un plan maravilloso. Fingiría haberme ahogado y dejaría mi sotana clerical en el bote. Funcionó como esperaba y aparecieron algunos notables avisos obituarios en el *Rosecommon Messenger* y otros periódicos. El Consejo de la Ciudad, la Corte Municipal y la Junta de Guardias se unieron todos como señal de respeto a mi memoria, mientras que el vicario general de mi diócesis escribió una carta muy compasiva a mi padre. Era imposible, después de semejante testimonio público a mi favor, que alguno atacara mi carácter.

Así fue como me alejé como hombre libre. Tomé el tren de Moate y tuve mi primer sueño tranquilo por meses en Dublín esa noche. A la mañana siguiente crucé Kingstown y alrededor

de las seis de la tarde salí de Euston, sin amigos y desconocido, en una selva de cinco millones de personas.

En pocos días obtuve el cargo de subdirector de personal de un periódico que se publicaba semanalmente. Desde entonces, mi profundo deseo era el de encontrar más luz y una comunión más íntima con el Dios vivo.

### **La gracia de Dios para conmigo**

Por medio de la gracia de Dios, conocí a un humilde siervo suyo, W. Webb-Peploe, y por él supe lo que es el verdadero cristianismo. Encontré salvación en el Señor Jesucristo, y descubrí que no tenía vergüenza del Evangelio de Cristo. Como Pablo puedo proclamar: *“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”* (Romanos 1:16-17). *“Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida”* (Romanos 5:18).

Comencé a editar un periódico que tuvo una amplia circulación, llamado *Los Católicos*. También he escrito el libro *Hear the Other Side* (Oigan el otro lado) y folletos. Mi hermano José también se convirtió en un creyente en el Señor Jesús, y desde nuestra Misión en Dublín mantenemos reuniones durante la semana para alcanzar a los católicos romanos perdidos para que se salven y se vuelvan de la oscuridad a la luz, y del poder de Satanás a Dios.

Todo hombre puede vivir engañado por un cierto tiempo, pero nadie que no sea un necio, perseverará en su error. *“Los insensatos no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad”* (Salmos 5:5).

*Thomas Connellan*

#### **Nota Editorial:**

Thomas Connellan fue a estar con el Señor alrededor del año 1912, amado por muchos a quienes había comunicado el mensaje bíblico de la salvación. Una historia más detallada aparece en el libro de Albert Close, *662 Priests Leave the Church of Rome* (662 sacerdotes dejan la iglesia de Roma).



## **49. Si hubiera permanecido en el catolicismo romano no hubiera encontrado a Jesús**

*Aníbal Pereira Dos Reis*

Nací en San Joaquín de Barra, en el estado San Pablo en Brasil el 9 de marzo de 1924, en una familia profundamente arraigada en el catolicismo. Mi padre era portugués y para no ser una excepción a la regla, se había adherido a los admiradores de la Señora de Fátima, la suerte y el buen vino. Mi madre era de origen italiano y se jactaba del trono dorado del papa en la península italiana.

Desde mi temprana edad, el padre de mi madre, muy devoto en las prácticas religiosas, solía llevarme a los solemnes ritos católicos de la Iglesia Madre.

Antes de los siete años, ya asistía regularmente a la parroquia para la instrucción en el catecismo. En una oportunidad un sacerdote obeso nos habló, lleno de energía y vivacidad, acerca del infierno. Nos mostró el peligro, pero no nos dio ni siquiera una mínima clave de cómo salvarnos de ese peligro.

### **El día de la Primera Comunión**

Hice la primera comunión el 1 de mayo de 1932. Me movían los más puros sentimientos. Sin embargo un incidente ensombreció la solemne atmósfera de esa hora. “Toad”, uno de nuestros compañeros comenzó a gritar cuando el sacerdote le puso la hostia en la lengua: “¡La hostia se ha pegado, Padre!” El sacerdote se acercó rápidamente al nervioso niño y le ordenó que se callara y que no sacara la hostia del “cielo de la boca” con los dedos. Tocar la hostia con los dedos era sacrilegio. Después de salir de la iglesia, los niños y niñas se volvieron al compañero en cuestión con fuertes recriminaciones, diciéndole que había mostrado una falta total de respeto por el santo Señor.

En 1936 mi familia se mudó a Orlandia, una localidad vecina, para que mis hermanos y yo pudiéramos asistir a la escuela secundaria. Mi padre quería darles a sus hijos la oportunidad de estudiar, cosa que él no había tenido.

Pero desde mi infancia me había quedado un serio problema, era la salvación eterna de mi alma. Solía pensar constantemente en ello. Temblando de miedo, recordaba las palabras del sacerdote cuando nos preparábamos para la primera comunión. Nos había informado de todos los actos piadosos recomendados por un sacerdote español muy estricto. Se había despertado en mí desde muy niño, un gran deseo de servir a Dios. Al no conocer otra forma, me hice sacerdote.

### **El seminario y la ordenación**

Me las arreglé para entrar al seminario a los diecisiete años. No era un buen ambiente. Nunca he estado en un lugar tan denigrante. Me entregué a estudiar intensamente todas las asignaturas. Sin embargo mi insatisfacción continuaba.

Fui ordenado sacerdote el 8 de diciembre de 1949 en la ciudad de Montes Claros, en el norte de Minas Gerais. El obispo diocesano me confirió la responsabilidad de organizar y dirigir el Círculo de Obreros. En verdad, esta responsabilidad cumplía con mis aspiraciones. Encontré que la práctica de la asistencia social era un alivio para mi ansiedad espiritual. Era

intensamente activo, obtuve la simpatía de la gente trabajadora de toda la región y muchas alabanzas de las autoridades eclesiásticas.

### **Un sacerdote en el trabajo social**

A comienzos de 1952, el obispo de Montes Claros fue transferido por el papa a Recife, como arzobispo. Fui incluido en ese cambio y me mudé a Recife.

En esa capital se me entregó la misión de restaurar una Compañía de Caridad. Una red de orfanatos y centros de educación católica que habían sufrido una crisis financiera en esa región. Trabajé duro, con la meta de reconstruir la imagen pública de esa institución. Cargaba con una pesada responsabilidad. Después de poco más de dos años de trabajo, los problemas financieros de la institución se resolvieron. Los orfanatos y hogares recibieron mayor número de niños y ancianos. Los educadores se actualizaron. La prensa usó mi nombre en varias oportunidades, cosa que sirvió para protegerme.

### **No tengo paz frente a Dios**

A pesar de esas victorias humanas y del aplauso de los admiradores, nunca sentí paz en mi alma. Ni la total dedicación a mis obligaciones en la caridad, ni la aprobación de las autoridades eclesiásticas eran una respuesta a mis tormentos espirituales. Deseaba ardientemente tener la seguridad de mi salvación, y nadie podía darme esa seguridad.

En 1960 me transfirieron a Guaratingueta en el interior del estado de San Pablo, una localidad próxima a Aparecida del Norte. Me alegró el cambio principalmente porque estaría con el “santo patrono del Brasil”. Por otra parte, era la primera vez que estaría involucrado en una tarea relacionada con la gestión social. Siempre había estado preocupado por la obra social. Se suponía que debía encontrar en mis obligaciones como sacerdote la respuesta a mi ansiedad espiritual. Pero no era así.

### **El trabajo en la parroquia**

Organicé una nueva parroquia en el distrito de Pedregulho en Guaratingueta. Trabajé duro. La construcción de una casa parroquial, un salón parroquial y tres iglesias en el plazo de tres años fueron pruebas de mi dedicación. Incluso en esta cumbre de mi vida, con una larga lista de servicios a favor del catolicismo, todavía no tenía seguridad de mi salvación.

Mi padre había muerto de cáncer pulmonar en octubre de 1956. Pasé un año entero rezando misas por el alma de mi padre. En ese tiempo toda la familia rezaba misas por él. Ni siquiera la misa Católica Romana, con toda su pretensión de valor infinito nos dio la seguridad de la salvación de mi padre.

Solía suplicar por esa seguridad para mí también. Pero ni siquiera el trabajo social en progreso, ni la construcción de las iglesias, ni las ceremonias que conducía, ni el ciego sometimiento a las autoridades eclesiásticas, ni el catolicismo romano estaban dándome la respuesta que necesitaba.

## **El odio por los evangélicos**

Con mi espíritu de rigurosa sujeción a las doctrinas católicas, sentía verdadero odio por los evangélicos, a quienes me refería en las predicaciones como “cabras”, mientras que los católicos eran los “corderos de Dios”.

Hay un hecho que prueba mi tendencia anti protestante. En oportunidad del día de Todos los Santos, en el cementerio del distrito de Pedregulho, los creyentes bíblicos estaban llevando adelante su tarea de distribuir tratados y extractos bíblicos. Con la intención de “dar gloria a Dios” (ese es el lema jesuita) y de defender a la “Santa Madre de la Iglesia Católica” resolví dañar su obra. Reuní a los niños de mi iglesia y los dividí en grupos para que estuvieran hora tras hora dentro del cementerio. La idea era recibir la literatura y destruirla en las velas encendidas detrás del funerario.

Sin embargo, a la noche, cuando hube terminado esta despiadada destrucción del material evangélico, entré en mi biblioteca para buscar algún libro que me entretuviera. Por la maravillosa gracia de Dios, me topé con la Biblia (traducida por Matos Soares).

Abrí el inspirado volumen. Leí el capítulo once del Evangelio de Juan. Sentí que me llegaba cierto alivio para mi aflicción. Sentí que una energía transformaba mi depresión espiritual. Seguí leyendo cada vez con mayor interés. Constantemente pensaba en ese capítulo.

## **Un comienzo en el estudio bíblico**

Lentamente comencé a sentir un nuevo horizonte en mi alma. Decidí estudiar la Biblia libre de preconcepciones. Sin la interferencia de nadie y solamente por medio de la Divina Gracia. Pasmado, descubrí que podemos tener absoluta y permanente certeza de ir al cielo si aceptamos el plan de Dios.

Sin embargo seguí resistiéndome. Mi alma se había conformado al modelo de la práctica Católica Romana.

## **Hablo con mi obispo**

Una cosa tenía clara, cuando hablara con mi obispo, quería ser sincero. El se sintió confundido con mis preguntas. En definitiva me dijo que yo estaba en Aparecida para ocuparme de la construcción de la Basílica. Mis preocupaciones se convirtieron en la compra de cemento, ladrillos y herramientas. Oraba a nuestra Señora de Aparecida.

## **El punto crítico de Dios en mi vida**

Por ese tiempo los creyentes evangélicos estaban distribuyendo folletos en Guaratingueta. Uno de ellos trataba sobre la idolatría católica, la adoración de imágenes, etc. Para responder a todas esas afirmaciones, decidí dar una explicación de esas doctrinas desde el púlpito, decir que la adoración a las imágenes no estaba prohibida por Dios. Tomé mi Biblia, comencé la explicación leyendo el capítulo 20 de Exodo. Salteé los versículos 4 y 5 para no dar “municiones a mis enemigos”. Cuando bajé del púlpito, me sentía totalmente avergonzado de mí mismo. Decidí hacer una sincera comparación entre las doctrinas católicas y la Biblia. Entonces pude comprobar el abismo infinito que las separaba.

## **Comienzo a utilizar las normas bíblicas**

En enero de 1963 recibí una invitación para ser sacerdote en la ciudad de Orlandia, donde había pasado mi adolescencia. Estaba encantado de volver a donde tenía tantos amigos.

Sin embargo, esa alegría no era suficiente como para borrar mi ansiedad espiritual. Me dediqué completamente al trabajo en la parroquia católica, llena de todas las deficiencias de una vieja parroquia con sus tradiciones rústicas. A pesar de la oposición de un grupo de mujeres descontentas pero piadosas, me las arreglé para desarrollar un trabajo espléndido donde todo encajaba bien, en lo posible, con las normas de la Biblia. Limpié la iglesia, retirando todos los ídolos. Mis predicaciones eran bíblicas. Mis programas diarios en la radio consistían en un sencillo comentario de la Palabra de Dios. Muchos himnos religiosos que cantábamos en los servicios eran canciones cristianas.

Además me ocurrió algo interesante, mi antiguo odio a los evangélicos se había convertido en temor. Quería hablar con un pastor, pero no tenía el valor de hacerlo. Estando en Guaratingueta decidí ir a San Pablo con la única intención de resolver esa situación. Al descender del colectivo en la estación, fui al correo para enviar un telegrama. En la calle del Correo había justo en ese momento un evangélico predicando. Al ver mi sotana, me desafió señalándome con el dedo y exponiéndome con sus duras palabras. El no sabía lo que estaba ocurriendo en mi alma, y no podía adivinar el propósito de mi visita a Paulicea. Como resultado de este incidente, quedé más convencido todavía de que un pastor evangélico podría liberarme de todos mis problemas. Me volví inmediatamente a casa.

## **Un siervo de Dios me ayuda**

En 1964 llegué cerca del fin. Ya no podía contener esa situación. En noviembre fui a Santos. Ya había trazado un plan. Vistiendo ropa civil, asistí al servicio del domingo de la Primera Iglesia Bautista y por increíble que parezca, el párrafo de la Biblia usado como base para el sermón fue justamente el capítulo once del Evangelio de Juan.

Al día siguiente pude acercarme al pastor Eliseu Ximenes. Este siervo de Dios me respondió de una manera tan amable que pronto me sentí cautivado y liberado de mi anterior prejuicio. Comenzamos a proyectar mi partida del catolicismo romano. Era apenas una partida formal, porque ya la venía realizando desde hacía mucho tiempo.

## **Fe en el Salvador suficiente**

El 12 de mayo de 1965, con la especial protección de Dios, logré desenredarme totalmente de la iglesia romana. El 13 de junio fui bautizado en la Primera Iglesia Bautista de Santos, testificando públicamente del cumplimiento de mi fe en mi único y suficiente Salvador, Jesucristo.

Además de traerme a su Reino, Dios puso en mi corazón la tarea de predicar las Sagradas Escrituras, y dediqué íntegramente mi vida a este ministerio. Recientemente ha bendecido la obra de este humilde siervo suyo dándome la alegría de ver a cientos de almas venir al Señor Jesucristo.

En mis sermones insisto en el Plan de Dios para la salvación solo por medio de Jesucristo. Cada vez que predico puedo sentir una “comunidad” más íntima con él.

Nunca antes había sentido tanto gozo espiritual como ahora. Tengo una paz total en mi corazón, porque tengo la certeza de mi salvación eterna. Mi alma ha sido purificada por la sangre redentora de Jesucristo, a quien sea la gloria por toda la eternidad.

*Anibal Pereira Dos Reis*

Durante muchos años, Anibal Pereira Dos Reis ha trabajado activamente en evangelismo en el Brasil. La última dirección que tenemos de él es: Sao Paulo, Brasil.

## **50. De la tradición a la verdad**

*Richard Peter Bennett*

Nací en Irlanda, en una familia católica de ocho hijos. Tuve una niñez feliz y completa. Mi padre fue coronel del ejército irlandés hasta el día que se jubiló, cuando yo tenía nueve años de edad. Como familia, nos gustaba jugar, cantar y actuar. Nuestra casa estaba en un campamento militar en Dublín.

Eramos una típica familia irlandesa católica romana. Algunas veces mi padre se arrodillaba al lado de su cama para orar de una manera solemne. Mi madre le “hablaba” a Jesús mientras cocinaba, o lavaba los platos, o hasta cuando fumaba un cigarrillo. Casi todas las noches nos arrodillábamos en la sala de nuestra casa para rezar el Rosario juntos. Nunca faltábamos a misa, a menos que estuviésemos seriamente enfermos. Como a la edad de cinco o seis años, Jesucristo era una persona muy real para mí, lo mismo que la virgen María y los demás santos. Puedo identificarme fácilmente con otras personas de las naciones católicas tradicionales de Europa y con los latinoamericanos y filipinos, que ponen a Jesús, María, José, y a todos los otros santos mezclados en un mismo caldero de fe.

En la Escuela Jesuita de Belvedere me inculcaron el catecismo. Fue también en esa escuela donde estudié para mi educación primaria y secundaria. Al igual que cualquier niño educado por los jesuitas, antes de los diez años ya podía recitar las cinco razones por las que Dios existe, y por qué el Papa era la cabeza de la única iglesia verdadera. Rescatar almas del purgatorio era un asunto muy serio. La frase citada con frecuencia, “Es un pensamiento santo y bueno orar por los muertos para que sean liberados de sus pecados”, la aprendimos de memoria aunque no comprendíamos el significado de dichas palabras. Nos dijeron que el Papa, por ser la cabeza de la iglesia, era la persona más importante del mundo. Lo que él decía, era ley, y que los jesuitas eran su mano derecha. Aunque la misa se decía en latín, trataba de asistir diariamente porque me intrigaba la profunda sensación de misterio que la rodeaba. Nos dijeron que esa era la manera más importante de agradar a Dios. Nos animaban a orar a los santos, y teníamos santos patronos para casi todos los aspectos de la vida. No hice de eso una práctica común en mi vida, con la excepción de San Antonio, el patrono de los objetos perdidos, puesto que yo tenía la mala costumbre de perder muchas cosas.

Cuando tenía catorce años, sentí un llamamiento a ser misionero. Sin embargo, este llamamiento no afectó la forma en que estaba conduciendo mi vida. Los años más agradables y de más satisfacción que pasé de mi juventud fueron entre los dieciséis y los dieciocho. Durante esos años me fue muy bien académicamente y como atleta.

A menudo tenía que llevar a mi madre al hospital para tratamientos médicos. En cierta ocasión, mientras esperaba que la atendieran, encontré un libro donde citaban los siguientes versículos de Marcos 10:29 al 30: “Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo... y en el siglo venidero la vida eterna”. Sin conocer el verdadero mensaje de la salvación, me convencí de que realmente había recibido el llamamiento para ser misionero.

### **Mi esfuerzo por ganarme la salvación**

En 1956 dejé mi familia y amigos para ingresar en la Orden de los Dominicos. Pasé ocho años estudiando para ser monje, lo que incluyó estudiar las tradiciones de la iglesia, filosofía, la teología de Tomás de Aquino, y un poco de Biblia desde el punto de vista católico.

Cualquiera sea la fe que haya tenido, estaba institucionalizada y ritualizada en el sistema religioso dominico. La obediencia a las leyes, tanto de la iglesia como de los dominicos, fue puesta ante mí como el medio de lograr la santificación. Muchas veces hablaba con el director de estudiantes, Ambrose Duffy acerca de la ley como el medio para obtener la santidad. Además de querer ser “santo”, quería también asegurarme de la salvación eterna. Aprendí de memoria la parte de la enseñanza del papa Pío XII en la que dice, “...la salvación de muchos depende de las oraciones y los sacrificios del cuerpo místico de Cristo que se ofrecen con esta intención”. Esta idea de ganarse la salvación mediante sufrimiento y oración es también el mensaje básico de Fátima y Lourdes, y traté de ganar mi propia salvación, así como la de otros, mediante dicho sufrimiento y oración. En el monasterio de los dominicos en Tallaght, Dublín, me sometí a muchas penitencias difíciles para ganar almas, dándome duchas frías en pleno invierno y castigando mi espalda con una corta cadena de acero. El director de estudiantes sabía lo que yo estaba haciendo, ya que su vida austera formaba parte de mi inspiración según lo que yo había recibido de las palabras del Papa. Estudiaba, oraba y hacía penitencias con mucho rigor y determinación. Trataba de obedecer los diez mandamientos y un sinnúmero de tradiciones y reglas de los dominicos.

### **Pompa exterior—vacío interior**

En el año 1963, a la edad de veinticinco años, fui ordenado sacerdote de la Iglesia Católica Romana, después de lo cual proseguí a terminar mi curso de estudios de Tomás de Aquino en la Universidad Angelicum en Roma. Pero allí fue donde tuve dos dificultades: la pompa exterior así como el vacío interior. A lo largo de los años, por medio de fotografías y libros, me había formado una idea de lo que sería la Santa Sede y la Ciudad Santa. ¿Podría ésta ser la misma ciudad? En la Universidad Angelicum también me ofendió mucho ver a los cientos de estudiantes que asistían a nuestras clases de la mañana mostrando una pasmosa falta de interés en teología. También descubrí que durante las clases leían una cantidad de revistas como *Time* y *Newsweek*. Los que estaban interesados en lo que se enseñaba, sólo parecían estar tratando de conseguir títulos o cargos dentro de la Iglesia Católica en sus propios países.

Cierto día fui a caminar en el Coliseo para que mis pies pudieran pisar la tierra donde se derramó la sangre de muchos mártires cristianos. Caminé en la arena del foro. Traté de imaginar en mi mente a aquellos hombres y mujeres que conocían a Cristo de una manera tan positiva que después estuvieron gozosamente dispuestos a morir quemados en la estaca o ser devorados vivos por las fieras debido a ese amor tan abrumador. Sin embargo, el gozo que sentí de esa experiencia se vio empañado por los insultos de unos jóvenes burlones que me gritaron palabras que significaban “escoria” o “basura” cuando regresaba en el autobús. Pensé que la motivación de esos insultos no era porque yo representaba a Cristo, como lo hicieron los primeros cristianos, sino porque en mí veían al sistema católico romano. De inmediato traté de borrar de mi mente ese pensamiento tan contrastante. Sin embargo, las cosas que me habían enseñado de las actuales glorias de Roma, ahora me parecían vacías y sin sentido.

Una noche, después de esa experiencia, oré por dos horas frente al altar de la Iglesia de San Clemente. Al recordar mi anterior llamamiento para ser misionero que recibí durante mi juventud, y la maravillosa promesa de ciento por uno en Marcos 10:29-30, decidí que no trataría de conseguir el título de teología, que antes había sido mi ambición desde que comenzara a estudiar la Teología de Tomás de Aquino. Esa fue una decisión importante, pero después de mucha oración, estaba seguro de que había decidido lo que era correcto.

El sacerdote encargado de dirigir mi tesis no quiso aceptar mi decisión. A fin de facilitarme el proceso de sacar mi título, me ofreció una tesis que había sido escrita varios años antes. Me dijo que podía utilizarla como si fuera mía siempre que hiciera la defensa verbal de la disertación. Esto me revolvió el estómago. Era similar a lo que había visto unas semanas antes en el parque de la ciudad: prostitutas elegantes exhibiéndose en sus botas de cuero negro. Lo que él me ofrecía era igualmente pecaminoso. Pero me mantuve firme en mi decisión y terminé mis estudios en la universidad hasta el nivel académico ordinario sin recibir ningún título.

Al regresar de Roma, recibí un aviso oficial que me asignaba a tomar un curso de tres años en la Universidad de Cork. Oí diligentemente acerca de mi llamamiento para ser misionero. Para mi sorpresa, a fines de agosto de 1964 recibí órdenes de ir como misionero a Trinidad en las Antillas Holandesas.

### **Mi orgullo, la caída, y una nueva hambre**

El primero de octubre de 1964, llegué a Trinidad y, durante siete años tuve un sacerdocio de mucho éxito, en términos católicos romanos, porque cumplí todas mis tareas y logré que muchas personas asistieran a misa. Para el año 1972, estaba muy involucrado en el movimiento católico carismático. Después, el 16 de marzo de ese mismo año, en una reunión de oración, le agradecí a Dios porque era un buen sacerdote y le pedí que, si era su voluntad, me humillara aun más para que fuese mejor. Más tarde, esa misma noche, tuve un accidente insólito en el que me fracturé la parte posterior del cráneo y sufrí varias lesiones en la columna vertebral. Pienso que si no hubiera estado tan cerca de la muerte, dudo mucho que hubiera escapado de mi vanidad personal. Mis oraciones rutinarias resultaron vacías cuando clamé a Dios en mi dolor.

En el sufrimiento que experimenté durante las semanas después del accidente, empecé a hallar algo de consuelo en las oraciones directas y personales. Dejé de rezar el Breviario (la oración oficial de un sacerdote de la Iglesia Católica Romana) y el Rosario, y comencé a orar utilizando porciones de la Biblia misma. Este fue un proceso muy lento. No sabía cómo manejar la Biblia, y lo poco que había aprendido a lo largo de los años, hizo que adoptara una actitud de desconfianza, en vez de confianza en la Palabra de Dios. Mi capacitación en filosofía y la teología de Tomás de Aquino me dejaron impotente, de forma que allegarme a la Biblia ahora sería como entrar en un enorme bosque oscuro sin un mapa.

Cuando más tarde me asignaron a una nueva parroquia ese mismo año, descubrí que trabajaría junto con un sacerdote dominico que a lo largo de los años había sido como un hermano para mí. Por más de dos años debíamos trabajar juntos en la Iglesia Pointe-a-Pierre, buscando a Dios con todo nuestro corazón según nuestro saber y entender. Leímos, estudiamos y oramos juntos poniendo en práctica lo que la Iglesia nos había enseñado. Establecimos congregaciones en Gasparrillo, Bahía Claxton y Marabella, sólo para mencionar los pueblos principales. En el sentido de la religión católica nos sentimos muy prósperos. Mucha gente asistía a misa. Enseñamos catecismo en muchas escuelas, incluyendo escuelas públicas. Yo continué escudriñando la Biblia pero esto nunca afectó el trabajo que hacíamos. Más bien, me mostró lo poco que sabía acerca del Señor y su Palabra. Fue en ese entonces que Filipenses 3:10 se convirtió en el gemido de mi corazón: “... *a fin de conocerle, y el poder de su resurrección...*”

Durante esa época, el Movimiento Católico Carismático estaba aumentando, y nosotros lo presentamos en la mayoría de nuestras comunidades. Debido a este movimiento, algunos



cristianos canadienses vinieron a Trinidad para compartir sus experiencias ministeriales con nosotros. Aprendí mucho de sus mensajes, especialmente cómo orar por la sanidad física. El impacto total de lo que decían estaba muy orientado a la experiencia, pero fue una verdadera bendición, dadas las circunstancias, puesto que me guió a la Biblia como fuente de autoridad. Comencé a comparar una porción de la Escritura con otra y hasta mencionar las citas con capítulos y versículos. Uno de los textos que los canadienses usaban era Isaías 53:5, “... y por su llaga fuimos nosotros curados”. Pero en mi estudio de Isaías 53, descubrí que la Biblia trata con el problema del pecado mediante la substitución. Cristo murió en mi lugar. Estaba mal que yo tratara de activar o cooperar en el pago del precio de mi pecado. Romanos 11:6 dice, “Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia”. Y en Isaías 53:6, leemos, “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él [Cristo] el pecado de todos nosotros”.

Uno de mis pecados personales era el orgullo. Me irritaba fácilmente con las personas y, a veces hasta me enojaba. A pesar de que pedía perdón por mis pecados, todavía no me había dado cuenta de que era pecador por la naturaleza que todos nosotros heredamos de Adán. La verdad de la Escritura es: “Como está escrito: No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10) y, “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). En contraste, la Iglesia Católica Romana me había enseñado de que el bautismo que recibí en mi infancia me había lavado de la depravación del hombre, a lo que llaman “pecado original”. Todavía mantenía esta creencia en mi mente, pero en mi corazón sabía que mi naturaleza depravada aún no había sido conquistada por Cristo. El versículo “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección...” de Filipenses 3:10, continuaba siendo el gemido de mi corazón. Sabía que sólo mediante el poder de Cristo podría vivir la vida cristiana. Coloqué este texto sobre el tablero de mi automóvil y en otros lugares visibles. Se convirtió en la súplica que me motivaba, y el Señor, que es fiel, comenzó a responderme.

### **La pregunta fundamental**

Primero, descubrí que las Sagradas Escrituras, o sea la Biblia, es absoluta y sin error. Me habían enseñado que la Palabra de Dios es relativa y que, en muchos aspectos, su veracidad podía cuestionarse. Pero ahora comenzaba a comprender que realmente se podía confiar en la Biblia. Con la ayuda de una Concordancia de Strong, comencé a estudiar la Biblia para ver lo que decía de sí misma. Descubrí que la Biblia enseña claramente que proviene de Dios y es absoluta en lo que dice. Que es veraz en su historia, en las promesas que Dios ha hecho, en sus profecías, en los mandamientos morales que imparte, y en cómo vivir la vida cristiana, declarando que “Toda la escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”(2 Timoteo 3:16-17).

Hice este descubrimiento mientras visitaba Vancouver, Canadá, y cuando estaba en Seattle, estado de Washington. Cuando me pidieron que diera una disertación a un grupo de oración en la Iglesia Católica de San Esteban, tomé como mi tema la autoridad absoluta de la Palabra de Dios. Era la primera vez que comprendía dicha verdad o hablaba acerca de ella. Regresé a Vancouver otra vez y volví a predicar el mismo mensaje ante unas 400 personas en una gran iglesia parroquial. Con la Biblia en la mano, proclamé que “la Biblia, la propia Palabra de Dios, es la autoridad final y absoluta en todos los asuntos de fe y moral”.

Después de la predicación, oré por una señora que desde su juventud había padecido de cierto malestar en los ojos. El Señor la sanó. Acepté esto como una confirmación del Señor en cuanto a la verdad que acababa de comprender respecto a la naturaleza absoluta de su Palabra.

Cultivé una estrecha amistad con la mujer sanada y su esposo. Dicha sanidad ha permanecido hasta el día actual. Hoy comprendo que este descubrimiento respecto a la naturaleza absoluta de la Palabra de Dios cambió mi vida a partir de ese momento. No obstante, quisiera decir que no acepto los milagros como fuente de autoridad, porque sólo hay una fuente: la Palabra de Dios. Más bien, menciono el relato del milagro porque así sucedió. Dios es soberano.

Tres días después, el arzobispo de Vancouver, James Carney, me llamó a su oficina. Allí fue que me silenció oficialmente y me prohibió predicar en su arquidiócesis. Me dijo que mi castigo habría sido más severo si no fuera por la carta de recomendación que yo había recibido de mi propio arzobispo, Anthony Pantin. Poco después regresé a Trinidad.

### **El dilema entre la iglesia y la Biblia**

Mientras todavía era cura párroco de Pointe-a-Pierre, le pidieron a Ambrose Duffy que me ayudara. Este era el hombre que me había enseñado tan estrictamente mientras era Director de Estudiantes. Pero ahora las cosas habían cambiado. Después de ciertas dificultades iniciales nos hicimos buenos amigos. Compartí con él lo que yo estaba descubriendo. Me escuchó atentamente y expresó gran interés y deseo de saber lo que me motivaba. Vi en él un canal por el cual podría alcanzar a mis hermanos dominicos y aun a los que estaban en la casa del arzobispo. Pero mi amigo falleció repentinamente de un ataque cardíaco. Sentí una profunda pena por su deceso. En mi mente había albergado la idea de que Ambrose Duffy sería la persona que podría descifrar el sentido correcto del dilema entre la Iglesia y la Biblia con el que yo batallaba tanto. Esperaba que pudiera explicarme, a mí y a mis hermanos dominicos, las verdades con las que yo luchaba. Prediqué en su funeral, y me sentí embargado de una sensación de profunda desesperación.

Continué orando Filipenses 3:10, “... *a fin de conocerle, y el poder de su resurrección...*” Pero antes de conocer más del Señor, primero tenía que reconocerme a mí mismo como pecador. En la Biblia descubrí que la función que cumplía como sacerdote mediador, conforme lo enseña la Iglesia Católica Romana, es contraria a la Palabra de Dios (1 Timoteo 2:5). Me agradaba realmente que la gente me reconociera y, en cierto sentido, me idolatrara por lo que era. Explicaba racionalmente mi pecado diciendo que, después de todo, si la mayor iglesia del mundo enseña tal cosa, ¿quién era yo para cuestionarla? Aun así, luchaba con mi conflicto interior. Comencé a darme cuenta de que la adoración a María, los santos y los sacerdotes era realmente un pecado. Pero aun cuando estaba dispuesto a renunciar a María y a los santos como mediadores, no podía renunciar al sacerdocio porque había invertido toda mi vida en ello.

### **Años de vacilación**

La virgen María, los santos y el sacerdocio eran sólo una pequeña parte de la gran batalla con la que me enfrentaba. ¿Quién era el Señor de mi vida: Jesucristo conforme se revela en su Palabra, o la Iglesia Católica Romana? Esta pregunta fundamental ardía dentro de mí, especialmente durante los seis últimos años como cura párroco de Sangre Grande, entre 1979 y 1985. La idea de que la Iglesia Católica Romana era suprema en todos los aspectos de fe y moral me la habían grabado en la mente desde la infancia. Me parecía imposible poder cambiar. Roma no sólo era suprema, sino que siempre la llamaban “Santa Madre Iglesia”. ¿Cómo podría rebelarme contra la “Santa Madre Iglesia”, especialmente cuando yo cumplía una parte oficial en dispensar sus sacramentos y en mantener a los feligreses fieles a ella?

En 1981, me redediqué seriamente al servicio de la Iglesia Católica Romana mientras asistía a un seminario de renovación parroquial que se llevó a cabo en Nueva Orleans. Sin embargo, cuando regresé a Trinidad para ocuparme de los verdaderos problemas de la vida, de nuevo volví a la autoridad de la Palabra de Dios. Finalmente, la tensión se volvió un tire y afloje dentro de mí. A veces consideraba que la Iglesia Católica Romana era la autoridad absoluta, y otras veces consideraba que la Biblia era la base fundamental. Durante esos años sufrí muchos problemas del estómago debido a las tensiones emocionales. Tendría que haberme dado cuenta de la simple verdad de que uno no puede servir a dos señores. En el cargo que ocupaba, debía colocar la autoridad absoluta de la Palabra de Dios bajo la supuesta autoridad suprema de la Iglesia Católica Romana.

Esa contradicción se representó en lo que hice con las cuatro estatuas que estaban en la Iglesia de Sangre Grande. Saqué y quebré las imágenes de San Francisco y San Martín porque el segundo mandamiento de la Ley de Dios declara, en Exodo 20:4, *“No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que está arriba en el cielo, ni debajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra”*. Pero cuando algunos feligreses se opusieron a mi decisión de quitar las imágenes del Sagrado Corazón y de la Virgen María, las dejé en su lugar por la autoridad superior, o sea, la autoridad de la Iglesia Católica Romana, que en su Ley Canónica 1188 dice: *“La práctica de presentar las sagradas imágenes en las iglesias para la veneración de los fieles debe permanecer”*. No me di cuenta, entonces, de que estaba tratando de hacer que la Palabra de Dios se sometiera a la palabra de los hombres.

### **Mi propia culpa**

Aunque anteriormente ya había descubierto que la palabra de Dios es absoluta, todavía experimentaba la agonía de sostener que la Iglesia Católica Romana era recipiente de más autoridad que la Palabra de Dios, hasta en los aspectos donde la Iglesia de Roma hablaba en contra de lo que dice la Biblia. ¿Cómo podría ser esto? En primer lugar, era mi propia culpa. Si yo hubiera aceptado la autoridad de la Biblia como suprema, la Palabra de Dios me habría convencido de que renunciara a mi cargo sacerdotal como mediador; pero esto era demasiadopreciado para mí. Segundo, nadie jamás cuestionaba mis acciones como sacerdote. Visitantes de ultramar venían a misa, veían nuestros aceites sagrados, el agua bendita, las medallas, imágenes, vestimentas, rituales, pero nunca decían una palabra. Este estilo maravilloso, el simbolismo, la música, y el gusto artístico de la Iglesia Católica es muy cautivante. El incienso no sólo tiene un fuerte aroma, sino que también infunde misterio a la mente.

### **El punto decisivo**

Cierto día, una señora me desafió con estas palabras: *“Ustedes, los católicos romanos tienen apariencia de piedad, pero niegan su poder”*. Esta fue la única cristiana que me enfrentó en todos mis 22 años de sacerdocio. Esas palabras me molestaron por algún tiempo porque las luces, los banderines, la música de la gente, las guitarras y los tambores me gustaban mucho. Probablemente ningún otro sacerdote en la isla de Trinidad tenía sotanas, vestimentas y adornos tan coloridos como los que tenía yo. Era evidente que yo no deseaba renunciar a esta *“apariencia de piedad”*. Así pues, por esas razones no quería poner en vigor lo que me revelaban mis ojos.

En octubre de 1985, la gracia de Dios se sobrepuso a la mentira que yo estaba tratando de vivir. Me fui a la isla de Barbados para enfrentar en oración la duplicidad en que me había forzado a vivir. Me sentía realmente atrapado. La Palabra de Dios, en verdad, es absoluta. Sólo debo obedecerle a ella. No obstante, a ese mismísimo Dios le había jurado obediencia a

la autoridad suprema de la Iglesia Católica. En Barbados pude leer un libro donde se explicaba el significado bíblico de “Iglesia” como “la hermandad de creyentes”. Tenía comentarios sobre el muy conocido texto que se encuentra en Mateo 16:18, donde el Señor Jesucristo declara “... *yo edificaré mi iglesia...*” En el propio lenguaje de Jesús, la palabra iglesia es *edah*, que significa “hermandad”. Yo siempre había entendido que la palabra “iglesia” significaba “la autoridad suprema para enseñar sobre todo asunto de fe y moral”. En el Nuevo Testamento no hay indicio alguno de una jerarquía, mucho menos de un “clero”, que se enseñorea sobre el “laicado”. Más bien, era como el Señor lo había declarado en persona “... *porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos*” (Mateo 23:8). Ahora que veía y comprendía el significado de la palabra *iglesia* como “hermandad”, esto me dio la libertad que necesitaba para desprenderme de la Iglesia Católica como la autoridad suprema y colocar mi dependencia en las Sagradas Escrituras y en Jesucristo como Señor. Al fin me di cuenta de que en términos bíblicos, los obispos de la Iglesia Católica que yo conocía no eran creyentes en la Biblia. La mayoría eran hombres piadosos dados a la devoción a la virgen María, al Rosario, y eran leales a Roma. Pero ninguno tenía idea de la obra completa de salvación que Cristo consumó en la cruz del Calvario; que la salvación es personal y completa. Todos predicaban penitencia para el pecado, sufrimiento humano, obras religiosas, “el camino del hombre” en lugar del evangelio de la gracia. Pero por la misericordia de Dios, vi que no es por la Iglesia Católica ni por ninguna clase de obras que uno se salva. La Escritura dice: “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe*” (Efesios 2:8, 9).

### **Un nuevo nacimiento a la edad de 48 años**

Abandoné la Iglesia Católica Romana cuando me di cuenta de que no podía vivir la vida cristiana mientras siguiera siendo fiel a la doctrina católica. Cuando me fui de Trinidad en noviembre de 1985, sólo llegué a Barbados. Mientras estaba en la casa de una pareja de ancianos, pedí al Señor un traje y el dinero necesario para llegar a Canadá, puesto que sólo tenía ropa para clima tropical y muy poco dinero personal. Sin que nadie, excepto Dios, supiera de mi situación, el Señor satisfizo ambas necesidades.

Desde un país tropical con temperatura de 90 grados Fahrenheit, llegué a la nieve y el hielo del Canadá. Después de un mes en Vancouver, pasé a los Estados Unidos. Al fin podía confiar en que el Señor proveería para mis diferentes necesidades, puesto que estaba comenzando una nueva vida a la edad de 48 años, prácticamente sin un centavo, sin tarjeta de inmigración, sin licencia para manejar un automóvil, sin recomendación alguna, y dependiendo sólo del Señor y su Palabra.

Pasé seis meses junto con una pareja de creyentes en el rancho que tenían en el estado de Washington. Les expliqué a estos amigos que me había separado de la Iglesia Católica, y que había aceptado a Jesucristo y la suficiencia de su Palabra, tal como está escrita en la Biblia. Al compartir esto, usé los vocablos “absolutamente”, “finalmente”, “definitivamente” y “resueltamente”. Pero lejos de estar impresionados por estas palabras, mis nuevos amigos quisieron saber si todavía albergaba dentro de mí alguna amargura o dolor personal. Me ministraron por medio de la oración y una gran compasión, puesto que ellos también habían hecho la misma transición y sabían cuán fácilmente uno puede amargarse en tales circunstancias. Cuatro días después de llegar al hogar de ellos, por la gracia de Dios, empecé a notar en el arrepentimiento el fruto de la salvación. Esto significó, no sólo pedir perdón por los muchos años que pasé desacreditando su mensaje, sino, al mismo tiempo, el aceptar la sanidad donde me sentía profundamente herido. Finalmente, a la edad de 48 años, basado

únicamente en la autoridad de la palabra de Dios, y por su sola gracia, acepté personalmente la muerte de Cristo como mi único sustituto en la cruz del Calvario. ¡A él solo sea la gloria!

Una vez que me recuperé física y espiritualmente mediante la relación con esta pareja cristiana y su familia, el Señor me proveyó una esposa, Lynn, quien era renacida en la fe, amable en su manera, y de mente inteligente. Juntos, nos trasladamos a Atlanta, en el estado de Georgia, donde ambos conseguimos empleo.

### **Un verdadero misionero con un mensaje de verdad**

En el mes de septiembre de 1988, partimos de Atlanta con el fin de servir como misioneros en el Asia. Esto resultó en un año extraordinariamente fructífero en el Señor, donde experimentamos el gozo y la paz del Espíritu Santo en maneras que jamás podríamos haber imaginado que fuese posible. Hombres y mujeres llegaron a conocer la autoridad de la Biblia y el poder de la muerte y resurrección de Cristo. Me quedé asombrado por la facilidad con que la gracia de Dios se hace eficaz cuando Cristo es presentado únicamente por medio de la Biblia. Presentaba un contraste evidente con las telarañas de la tradición de la Iglesia Católica que por 21 años habían nublado mi cargo de misionero en Trinidad: 21 años sin el verdadero mensaje.

Para explicar la vida abundante de la que Jesús habló, y de la que yo ahora disfruto, no puedo hallar mejores palabras que las de Romanos 8:1, 2: *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”*. No es sólo que me había librado del sistema de la Iglesia Católica Romana, sino que me había convertido en una nueva criatura en Cristo. Es por la gracia de Dios, y nada más que por su gracia, que he pasado de las obras muertas a una nueva vida.

### **Un testimonio al evangelio de la gracia**

Años atrás, en 1972, algunos cristianos me habían enseñado acerca de la sanidad divina de nuestros cuerpos. Pero cuánto más provechoso hubiera sido que me hubieran explicado acerca de la autoridad con que mis pecados podían ser perdonados, y cómo mi naturaleza pecaminosa podía ser reconciliada con Dios. La Biblia indica claramente que Jesús fue nuestro sustituto en la cruz del Calvario. Nadie puede expresarlo mejor que Isaías 53:5, *“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”*. Esto significa que Jesús llevó sobre sí mismo lo que yo tenía que sufrir por mi pecado. Delante del Padre, deposité mi confianza en Jesús como mi sustituto.

El versículo citado fue escrito 750 años antes de la crucifixión de nuestro Señor. Poco después del sacrificio en la cruz, la Biblia declara, *“quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia, y por cuya herida fuisteis sanados”* (1 Pedro 2:24). (Señor Jesús, declaro que llevaste mis pecados en tu cuerpo. En esto, únicamente, confío.)

Puesto que nosotros heredamos nuestra naturaleza pecaminosa de Adán, todos hemos pecado y hemos sido destituidos de la gloria de Dios. ¿Cómo podríamos presentarnos delante de un Dios santo—a menos que sea en Cristo—y aceptar que él murió en nuestro lugar cuando nosotros deberíamos haber muerto? Dios es quien nos da fe para nacer de nuevo,

haciendo posible que aceptemos a Cristo como nuestro sustituto. Fue Cristo quien pagó el precio de nuestros pecados. El que no tenía pecado, no obstante fue crucificado. ¿Es la fe en este único hecho lo suficiente para salvarnos? ¡Efectivamente! La fe que produce el nuevo nacimiento es suficiente. Esa fe, nacida de Dios, dará como resultado las buenas obras, incluyendo el arrepentimiento: *“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”* (Efesios 2:10).

Al arrepentirnos, nosotros desechamos, por medio del poder de Dios, nuestro antiguo estilo de vida y los pecados anteriores. Esto no significa que nunca volveremos a pecar, pero sí significa que nuestra posición ante Dios ha cambiado. Somos llamados hijos de Dios, porque en verdad ahora lo somos. Si en la actualidad pecamos, esto crea un problema en nuestra comunión con el Padre, y se puede solucionar. Pero no significa que hemos perdido nuestra relación como hijos de Dios en Cristo, puesto que esta posición es irrevocable. En Hebreos 10:10, la Biblia lo expresa en forma maravillosa, *“...somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”*. La obra de Cristo en la cruz es suficiente y completa. Cuando usted confía únicamente en este sacrificio consumado, una nueva vida, nacida del Espíritu, pasa a ser suya—usted nace de nuevo.

### **Mi situación actual**

Hoy, el Señor me ha preparado para el ministerio evangelístico, y me ha ubicado en la zona noroeste del pacífico de los Estados Unidos. Lo que el apóstol Pablo le decía a sus conciudadanos judíos, yo lo digo a mis amigos católicos: el deseo de mi corazón y mi oración a Dios es que los católicos también se salven. Puedo dar testimonio personal de que son celosos en cuanto a Dios, pero el celo no se basa en la Palabra de Dios sino en la tradición de la Iglesia. Si ustedes supieran la devoción y angustia que algunos de los siervos de la iglesia de Roma en las Islas Filipinas y Sudamérica han dedicado a su religión, entonces comprenderían el llanto de mi corazón. *“Señor, danos compasión para entender el dolor y tormento que los misioneros Católicos Romanos experimentan en sus esfuerzos por complacerte. Cuando comprendamos el dolor dentro del corazón de los católicos, tendremos el deseo de mostrarles las Buenas Nuevas de la obra completa de Cristo en la cruz”*.

Mi testimonio muestra lo difícil que fue para mí como católico abandonar la tradición de la Iglesia; pero cuando el Señor demanda esto en su Palabra, tenemos que obedecerle. La “apariencia piadosa” que distingue a la Iglesia Católica Romana ha hecho sobradamente difícil que el católico pueda ver dónde está el verdadero problema. Cada uno de nosotros debe determinar por cuál autoridad hemos de conocer la verdad. La Iglesia Católica Romana alega que sólo por su autoridad se puede conocer la verdad. En sus propias palabras, en la sección 1 del código 212, dice: “Los fieles, concientes de su propia responsabilidad, están obligados a seguir, por obediencia cristiana, todo lo que los pastores sagrados, como representantes de Cristo, declaran como maestros de la fe o establecen como rectores de la iglesia” (Concilio Vaticano II, Código de Derecho Canónico promulgado por el Papa Juan Pablo II, 1983). Sin embargo, según la Santa Biblia, *sólo la Palabra de Dios es la autoridad por la cual la verdad puede llegar a conocerse*. Fueron las tradiciones inventadas por los hombres las que hicieron que los reformadores exigieran “Sólo la Escritura, sólo mediante la fe, sólo mediante la gracia”.

## La razón porque comparto mi testimonio

Yo sufrí durante 14 años porque nadie tuvo el valor de hablarme de la verdad. Ahora comparto estas verdades con usted a fin de que pueda conocer el camino de la salvación que Dios nos ha dado. Nuestra falla fundamental como católicos está en creer que de alguna forma y por cuenta propia nosotros podemos responder a la ayuda que Dios nos da para estar bien en su presencia. Esta presuposición errónea que muchos de nosotros hemos mantenido por muchos años, se define en el Catecismo de la Iglesia Católica (1994) #2021: “Gracia es la ayuda que Dios nos da para responder a nuestra vocación de volvernos sus hijos adoptivos...”

Mi oración es que nuestro Padre Celestial le otorgue la gracia para poder aceptar que Cristo murió en la cruz en su lugar, y que sepa que su sacrificio es suficiente para convertirlo en una nueva criatura en él. *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (San Juan 3:16).

Con semejante actitud, sin saberlo estábamos respetando una enseñanza que la Biblia continuamente condena. Esa definición de la gracia es una sutil invención del hombre, porque la Biblia declara consecuentemente que la posición correcta del creyente con Dios es *“sin obras”* (Romanos 4:6), *“sin las obras de la ley”* (Romanos 3:28), *“no por obras”* (Efesios 2:9), *“pues es don de Dios”* (Efesios 2:8). Tratar de hacer que la respuesta del creyente sea parte de su salvación y que considere que la gracia es “una ayuda”, es negar categóricamente la verdad de la Biblia, que declara: *“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia...”* (Romanos 11:6).

El simple mensaje de la Biblia es que *“el don de la justicia”* en Cristo Jesús es un regalo, y descansa en el sacrificio omnisuficiente que él consumó en la cruz, *“Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia”*(Romanos 5:17).

Por lo tanto, es como Jesucristo lo dijo en persona, él murió en lugar del creyente, *“para dar su vida en rescate por muchos”* (Marcos 10:45). Así como cuando declaró, *“...esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”* (Mateo 26:28).

Pedro proclamó lo mismo, *“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios...”* (1 Pedro 3:18).

La predicación de Pablo se resume al final de 2 Corintios 5:21, *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”* (2 Corintios 5:21).

Este hecho, estimado amigo, se presenta claramente en la Biblia. Dios ahora ordena que lo aceptemos, *“...arrepentíos, y creed en el evangelio”* (Marcos 1:15)

El arrepentimiento más difícil para nosotros los católicos intransigentes es cambiar nuestra forma de pensar de “merecer”, “ganar”, “ser bueno lo suficiente” a simplemente aceptar con las manos vacías el don de justicia en Cristo Jesús. Negarse a aceptar lo que Dios manda es el mismo pecado en que incurrieron los judíos religiosos en los días de Pablo: *“Porque*

*ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Romanos 10:3).*

Mi peregrinaje de fe me ha llevado a depender solamente en Jesucristo y su Palabra. Si él sólo es su pastor, no necesitará nada más. Le perdonará sus pecados y lo convertirá en una nueva criatura

Pídale a Dios que le otorgue la gracia y la fe para aceptar su Palabra. Si clama a él de todo corazón, él pondrá en usted la voluntad y el propósito de confiar en él. Lo acercará a él mediante su gracia, y hará que comprenda que ha nacido de nuevo, que tiene una nueva vida y un nuevo propósito, porque *“lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que nacido del Espíritu, espíritu es”* (San Juan 3:6). ¡Que el Señor y Salvador Jesucristo reciba toda la gloria!



## **Cincuenta años en la Iglesia de Roma**

*Charles Chiniquy*

Nací y fui bautizado católico romano en 1809, y ordenado sacerdote en el año 1833 en Canadá. Durante veinticinco años fui sacerdote de la iglesia, y afirmo francamente que amaba la iglesia de Roma, y ella a mí. Hubiera derramado cada gota de mi sangre por mi iglesia y hubiera dado mi vida mil veces para extender su poder y dignidad en todo el continente americano y en el mundo entero. Mi gran ambición era convertir a los protestantes y atraerlos a mi iglesia, porque se me había dicho, y yo lo predicaba, que fuera de la iglesia de Roma no había salvación, y yo sentía pena al pensar que esas multitudes de protestantes se perderían.

### **La Biblia fue siempre preciosa para mí**

En la iglesia de Roma la Biblia es un libro sellado, pero no lo era para mí. La encontraba preciosa a mi corazón desde que era un niño, y cuando llegué a ser sacerdote de Roma la leía para hacer de mí un hombre fuerte y para poder argumentar a favor de la iglesia.

Mi gran objetivo era confundir a los ministros protestantes de América. Conseguí una copia de "Los Santos Padres" y la estudié noche y día con las Sagradas Escrituras para prepararme para la gran batalla que quería pelear contra los protestantes. Hice estos estudios para fortalecer mi fe en la Iglesia Católica Romana.

### **Una voz como de trueno**

Pero, bendito sea el Señor, cada vez que leía la Biblia había una voz misteriosa que me decía "¿No ves que en la iglesia de Roma no se siguen las enseñanzas de la Palabra de Dios, sino las tradiciones de los hombres?" En las horas silenciosas de la noche, cuando escuchaba esa voz, lloraba, pero se repetía con la fuerza de un trueno. Quería vivir y morir en la santa Iglesia Católica Romana, y oraba para que Dios silenciara la voz, pero la escuchaba aun más fuerte. Cuando leía su Palabra, Dios estaba tratando de romper mis cadenas, pero yo no permitía que las rompiera. El venía a mí con su luz salvadora, pero yo no la recibía.

No tengo resentimiento contra los sacerdotes católicos. Alguno puede pensar que lo tengo, pero se equivoca. A veces lloro por ellos porque sé que esos pobres hombres están luchando contra el Señor, y que se sienten desgraciados como yo me sentía antes. Cuando relate una de las batallas de las que hablo, comprenderán lo que significa ser un sacerdote católico romano, y orarán por ellos.

### **Establezco una colonia francesa en los Estados Unidos**

En 1851 fui a Illinois para fundar una colonia francesa. Llevé conmigo alrededor de 75.000 canadienses franceses y me instalé en las magníficas praderas de Illinois, para tomar posesión de ellas en nombre de la iglesia de Roma. Después de iniciar mi gran obra de colonización me convertí en un hombre rico, compré muchas Biblias y

entregué una a casi todas las familias. El obispo estaba muy molesto conmigo por eso, pero no me importaba. No tenía ninguna intención de dejar la iglesia de Roma, pero también quería conducir a mi gente lo mejor que podía en la forma en que Cristo quería que lo hiciera.

### **Consigo el despido del obispo**

Pero entonces el obispo de Chicago hizo algo que nosotros los franceses no podíamos tolerar. Era un gran crimen, y yo escribí al papa y obtuve su despido. Enviaron a otro obispo en su reemplazo, quien comisionó a su gran vicario para que me visitara.

El gran vicario me dijo: "Señor Chiniquy, estamos muy satisfechos de que haya conseguido el despido del anterior obispo, porque era un hombre malo, pero en muchos lugares se sospecha que usted ya no está dentro de la iglesia de Roma. Se sospecha que es un hereje y un protestante. ¿Podría darnos un documento de prueba para todo el mundo, de que usted y su gente siguen siendo buenos católicos romanos?" Yo respondí: "No tengo ningún inconveniente". El replicó: "Es el deseo del nuevo obispo que ha enviado el papa recibir ese documento de su parte".

### **Sumisión sobre una base Bíblica**

Entonces tomé un hoja de papel, y me pareció que era una oportunidad única para silenciar la voz que me hablaba noche y día y perturbaba mi fe. Quería persuadirme a mí mismo por ese medio, de que en la Iglesia Católica Romana realmente estábamos siguiendo la Palabra de Dios y no simplemente las *"tradiciones de los hombres"*. Escribí estas mismas palabras: "Mi señor, nosotros los canadienses franceses de la colonia de Illinois queremos vivir en la santa iglesia Católica Apostólica y Romana, fuera de la cual no hay salvación, y para demostrárselo a su señoría prometemos obedecer su autoridad según la palabra de Dios, como la encontramos en el Evangelio de Cristo". La firmé y se la entregué a mi gente para que la firmara, y lo hicieron. Luego se la entregué al gran vicario y le pregunté qué le parecía. Dijo: "Es justamente lo que queríamos". Me aseguró que el obispo la aceptaría y que todo estaría bien.

Cuando el obispo leyó la sumisión, él también la encontró bien y con lágrimas de alegría dijo: "Estoy tan contento de que haya hecho su sumisión porque temíamos que usted y su gente se hicieran protestantes".

Amigos, para mostrarles mi ceguera, debo confesar con vergüenza que estaba contento de haber hecho las paces con el obispo, un hombre, cuando todavía no había hecho las paces con Dios. El obispo me entregó una "carta de paz", por la que declaró que yo era uno de sus mejores sacerdotes, y yo volví a mis compatriotas con la determinación de seguir allí. Pero Dios en su misericordia se fijó en mí, y rompería esa paz que era una paz con los hombres pero no con Dios.

Después de mi partida, el obispo fue a la oficina telefónica y telegrafió mi sumisión a los demás obispos y les preguntó qué pensaban de la misma. Ese mismo día respondieron unánimemente: "¿No ve que Chiniquy es un protestante

encubierto, y que lo ha vuelto a usted protestante? No es a usted que se somete, se somete a la Palabra de Dios. Si no destruye esa sumisión, usted mismo es un protestante”.

### **Sumisión bíblica sí—Adoración no**

Diez días después recibí una carta del obispo y, cuando fui a verlo, me preguntó si tenía la “carta de paz” que me había dado antes. Yo se la mostré y cuando vio que era la misma, corrió hasta su hogar de leña y la arrojó al fuego. Yo estaba pasmado. Corrí al fuego a salvar mi carta, pero era tarde. Estaba destruida.

Luego me volví al obispo y dije: “¿Cómo se atreve, mi señor, a tomar de mis manos un documento que es de mi propiedad y ha destruirlo sin mi consentimiento?”

Respondió: “Señor Chiniquy, soy su superior, y no necesito rendirle cuentas”.

“Efectivamente es mi superior, mi señor, y yo no soy más que un pobre sacerdote, pero hay un gran Dios que está muy por encima de usted lo mismo que de mí, y ese Dios me ha dado derechos a los que nunca renunciaré para agradar a los hombres, en la presencia de ese Dios, protesto contra su injusticia”.

“Bien”, dijo, “¿ha venido aquí a darme un sermón?”

Yo respondí: “No, mi señor, pero quisiera saber si usted me trajo aquí para ofenderme”.

“Señor Chiniquy”, dijo, “lo traje aquí porque usted me ha entregado un documento que sabe muy bien que no es un acto de sumisión”.

Entonces dije: “Dígame qué acto de sumisión requiere de mí”

Dijo: “Debe comenzar por sacar estas pocas palabras ‘según la Palabra de Dios, como la encontramos en el Evangelio de Cristo’ y diga sencillamente que promete obedecer mi autoridad sin condición y que promete hacer todo lo que yo le diga”.

Entonces me puse de pie y dije: “Mi señor, lo que me pide no es un acto de sumisión sino un acto de adoración, y me niego a hacerlo”.

“Si es así”, dijo, “si no puede darme este acto de sumisión, no puede seguir siendo un sacerdote católico romano”.

Elevé mis manos a Dios y dije: “Mi Todopoderoso Dios, seas por siempre bendito”, y tomé mi sombrero y salí de la presencia del obispo.

### **Solo y de cara a Dios**

Fui al hotel donde había alquilado un cuarto y cerré la puerta con llave. Caí de rodillas para examinar lo que había hecho en presencia de Dios. Entonces vi por primera vez claramente que la iglesia de Roma no podía ser la iglesia de Cristo. Había aprendido la terrible verdad, no de labios de los protestantes, no de sus enemigos, sino de los labios de la iglesia de Roma misma. Vi que no podía permanecer en ella a menos que renunciara a la Palabra de Dios en un documento formal. Entonces

comprendí que había hecho bien en renunciar a la iglesia de Roma. Pero, ¡ay, amigos, qué nube negra me cubrió! En mi oscuridad clamé: "Mi Dios, mi Dios, ¿por qué es que mi alma está rodeada de semejante nube negra?"

Con lágrimas imploré a Dios que me mostrara el camino, pero por un tiempo no se me concedió ninguna respuesta. Había abandonado la iglesia de Roma. Había renunciado a la posición, el honor, a mis hermanos y hermanas, a todo lo que era querido para mí. Vi que el papa, los obispos y los sacerdotes me atacarían en la prensa y en el púlpito. Vi que me quitarían mi honor y mi nombre --y tal vez la vida. Vi que había comenzado una batalla a muerte entre la iglesia de Roma y yo, y busqué para ver si me quedaban algunos amigos que me ayudaran a pelear la batalla, pero no quedaba ni un solo amigo. Vi que hasta mis más queridos amigos se unirían para maldecirme y mirarme como un infame traidor. Vi que mi gente me rechazaría, que mi querido país donde tenía tantos amigos me maldeciría y que me había convertido en objeto de horror para el mundo.

Luego traté de recordar si tenía algún amigo entre los protestantes, pero como había escrito y hablado en contra de ellos toda mi vida, no tenía un solo amigo allí. Era demasiado y, en esa hora terrible, si Dios no hubiera forjado un milagro, no hubiera podido soportarlo. Me parecía imposible salir de aquel cuarto al frío mundo, donde no encontraría ni una sola mano que tomara la mía, ni una sola cara sonriente que me mirara, sino donde solamente vería a los que me miraban como un traidor.

### **El gozo de saber que soy perfectamente salvo**

Parecía que Dios estaba muy lejos, pero estaba muy cerca. Repentinamente entró en mi mente este pensamiento: "Tienes tu Evangelio, léelo, y encontrarás la luz". De rodillas y con mano temblorosa, abrí el Libro. No lo abrí yo, sino Dios, porque mis ojos cayeron sobre 1 Corintios 7:23: *"Por precio fuisteis comprados, no os hagáis esclavos de los hombres"*.

Con estas palabras me llegó la luz, y por primera vez vi el gran misterio de la salvación, hasta donde lo puede ver el hombre. Me dije: "Jesús me ha comprado; entonces, si Jesús me ha comprado, me ha salvado; soy salvo. Jesús es mi Dios. Todas las obras de Dios son perfectas. Entonces soy perfectamente salvo –Jesús no podría salvarme a medias. Soy salvo por la sangre del Cordero, soy salvo por la muerte de Jesús". Y estas palabras me resultaron tan dulces que sentí un gozo indecible, como si las fuentes de la vida estuvieran abiertas y fluyeran en mi alma corrientes de nueva luz. Me dije: "No soy salvo, como pensaba, por ir a María; no soy salvo por el purgatorio, o por indulgencias, confesiones o penitencias. Soy salvo solamente por Jesús". Y todas las falsas doctrinas de Roma se fueron de mi mente como cae una torre que ha sido golpeada en su base.

### **Que pueda mostrar el gozo de la salvación a otros**

Entonces sentí tal gozo, tal paz, que los ángeles de Dios no podrían ser más felices de lo que era yo. La sangre del Cordero fluía en mi pobre corazón culpable. Con una fuerte exclamación de gozo dije: "Oh, querido Jesús, lo siento, lo sé, Tú me

has salvado. Oh, regalo de Dios, te acepto. Toma mi corazón y guárdalo por siempre para Ti. Regalo de Dios, mora en mí para hacerme puro y fuerte; mora en mí para ser mi camino, mi luz, y mi vida; permíteme morar en Ti ahora y para siempre. Pero, querido Jesús, no me salves solo; salva a mi gente; permíteme mostrarles Tu Regalo. Oh, que puedan aceptarte y sentirse ricos y felices como yo ahora”.

Fue así como encontré la Luz y el gran misterio de nuestra salvación, que es tan bello y tan sencillo, tan sublime y tan grande. Había abierto las manos de mi alma y aceptado el regalo. Era rico por ese regalo. La salvación, amigos míos, es un regalo; no tenemos nada que hacer más que aceptarlo, amarlo, y amar al Dador. Apreté el Evangelio contra mis labios y juré que no volvería a predicar otra cosa que a Jesús.

### **Comparto con miles en la Colonia**

Llegué a mi colonia un sábado por la mañana. Todo el mundo estaba sumamente excitado y corrieron hacia mi a preguntarme las noticias. Cuando estuvieron reunidos en la iglesia les presenté el Regalo. Les mostré lo que Dios me había dado a mí, a su Hijo como un regalo, por medio de Jesús el perdón de mi pecado y la vida eterna como un don. Luego, sin saber si aceptarían o no el regalo, les dije: “Es tiempo de que los deje, amigos míos, he abandonado la Iglesia Católica Romana para siempre. He tomado el regalo de Cristo, pero los respeto demasiado para imponerme sobre ustedes. Si ustedes piensan que es mejor para ustedes seguir al papa que seguir a Cristo, e invocar el nombre de María en lugar del de Jesús para ser salvos, exprésenlo poniéndose de pie”.

### **¿Cruzarán conmigo el Mar Rojo?**

Para mi enorme grata sorpresa, toda la multitud se mantuvo en los asientos, llenando la iglesia con sus lágrimas y sollozos. Pensé que algunos de ellos me dirían que me fuera, pero ninguno lo hizo. Y al observarlos vi un cambio en ellos, un maravilloso cambio que no se puede expresar en términos naturales, y les dije entre lágrimas de gozo: “El Dios poderoso que me salvó ayer también puede salvarlos a ustedes hoy. Conmigo cruzarán el Mar Rojo y entrarán a la Tierra Prometida. Conmigo aceptarán el gran regalo; serán felices y ricos en ese regalo. Les voy a hacer la pregunta de otra manera. Si ustedes piensan que es mejor para ustedes seguir a Cristo que al papa, invocar el nombre de Jesús solamente en lugar del de María, que es mejor poner su confianza en la sangre del Cordero vertida en la Cruz por sus pecados que en el fabuloso purgatorio de Roma donde dicen que después de la muerte se puede ser salvo; y si piensan que es mejor para ustedes que les predique el puro Evangelio de Cristo en lugar de tener un sacerdote que les predique las doctrinas de Roma, díganme que están conmigo poniéndose de pie”. Entonces todos, sin la mínima excepción, se pusieron de pie y con lágrimas me pidieron que me quedara con ellos.

El Regalo, el grande e indecible Regalo por primera vez se había presentado ante sus ojos en toda su belleza. Lo habían encontrado precioso. Lo habían aceptado, y no hay palabras que puedan expresar el gozo de toda esa multitud. Tal como yo, se

sentían ricos y felices en el Regalo. Los nombres de esas miles de almas, lo sé, fueron escritas en el Libro de la Vida ese día. Seis meses después éramos dos mil convertidos. Un año más tarde éramos alrededor de cuatro mil. Ahora somos casi veinticinco mil que hemos lavado nuestras vestiduras y las hemos blanqueado con la sangre del Cordero.

La noticia de que Chiniqy, el sacerdote más conocido de Canadá, había dejado la iglesia de Roma a la cabeza de un noble grupo de hombres, corrió rápido por todo Norteamérica, incluso por Francia e Inglaterra. Y en todas partes donde se hablaba, el nombre de Jesús era bendito, y espero que ustedes bendecirán al misericordioso y adorable Salvador conmigo, ya que es mi privilegio haberles contado lo que El ha hecho en mi alma. Hoy más que nunca, escuchamos la voz del buen Maestro: *“Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega”* (Juan 4:35).

Traducido por Dante Rosso

## **52. La verdad me hizo libre**

*Toon Vanhuysse*

Nací en Zwevegem, Bélgica, el 13 de octubre de 1940, en los primeros años de la guerra. Mis padres eran gente muy piadosa, católicos. Papá era un hombre extremadamente estricto, pero a la misma vez muy amable. Además de las dificultades familiares (éramos diez niños) y del trabajo con la hilandería, papá encontraba tiempo para hacer todo tipo de “trabajos parroquiales”. También tenía un gran corazón para enviar contribuciones para el desarrollo.

Mi bendita madre—que falleció hace algunos años—era una mujer muy buena. Era muy amable y callada. ¿No es este el adorno más bello con que puede adornarse una mujer? También era una mujer celosa y habilidosa en las cosas de la familia, supervisaba todo el movimiento de la casa. Tenía un leve impedimento físico y soportaba mucho dolor en silencio. Jamás se quejaba y aceptaba todas las dificultades en su vida, consideraba a los demás como superiores, y nosotros nos beneficiábamos de eso.

Mamá no se preocupaba demasiado por la práctica exterior de un creyente, pero escondía una elevada relación con Dios.

### **El poder de la tradición**

La Biblia fue siempre un libro prohibido para mis padres. Pero Dios es soberano y atraviesa mucha de la resistencia que ha construido el catolicismo romano en los pensamientos y los corazones de la gente. Por eso creo que mi madre conocía el temor a Dios. Así fue que crecí con un gran temor reverencial hacia Dios, un temor fuertemente teñido de miedo a la ira de Dios por el pecado.

Recuerdo muy bien las idas al confesionario porque fallaba repetidamente y pecaba contra Dios y sufría de remordimiento. Este no me abandonaba y no tenía paz hasta no haber recibido la absolución del sacerdote en el confesionario. El confesionario era continuamente una liberación y un alivio para mí. Nunca tuvimos noticias del Evangelio de la gracia, del gozoso mensaje de que por creer en la obra reconciliadora de Jesús recibimos el perdón de los pecados y la vida eterna. ¿No es triste? Tal es el poder de la tradición en el sistema católico romano.

Pensemos por ejemplo en la confesión, a pesar de que la Biblia dice *“De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre”* (Hechos 10:43). Aun así Roma declara la excomunión a todos aquellos que testifican a favor de la Biblia. El Concilio de Trento lo declara y la tradición generalmente hace a un lado las Escrituras. Debemos tener cuidado de esto. ¡La Palabra de Dios nos lo advierte! La gente también está más dispuesta a aceptar lo que enseña la iglesia que lo que dice la Biblia. Este es el problema de la tradición.

### **Un llamado a las misiones**

Comencé mis estudios secundarios en un colegio en Waregem. Allí seguí un curso en humanidades, con griego y latín. Todavía era la época de la disciplina férrea. Obedecíamos y aprendíamos. Con seguridad no fue un tiempo fácil el de mi experiencia como interno en el colegio. Podíamos ir a casa alrededor de dos o tres semanas al año.

Yo sentía el deseo de hacer algo por los pobres. En mi tiempo de estudio había leído muchos relatos de grandes misioneros, y pensaba que debía seguir sus pasos. Así fue que entré en la orden de los Padres Oblatos de María, en Korbeekle, cerca de Leuven. Eso fue el 1959 o 1960, no recuerdo exactamente.

El noviciado de la orden estaba en Korbeekle. En realidad fue un año de suplicios, con los que se nos sometía a prueba y se nos preparaba para la vida enclaustrada. Fue un tiempo difícil para mí.

### **Ejercicios espirituales sin valor**

Todos los días teníamos una reunión de oraciones espirituales. Comenzaba temprano en la mañana con el breviario, la meditación, la misa y la devoción a María. En el curso del día teníamos nuestra “lectura espiritual”, el rosario y un tiempo de lectura bíblica. Por la tarde generalmente teníamos trabajo manual en silencio. Ah, creo que debería mencionar que algunos viernes por la tarde teníamos un corto tiempo de “flagelación”. Todo novicio tenía su látigo y teníamos que azotarnos la espalda con el mismo. Era como si pudiéramos sacarnos a fuerza de azotes la suciedad de la semana.

Así fuimos entrenados durante un año para la vida de claustro. Cuando miro atrás a esa época, me pregunto cómo no advertimos que todos esos llamados ejercicios espirituales y todos nuestros esfuerzos para servir a Dios no tenían valor, como Pablo enseña en la carta a los Colosenses, ¡sólo servían para satisfacción de la carne! Todos los llamados métodos “santos” van mutilando a Jesús como Mediador. *“Y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”* (Romanos 8:8). ¡Que tranquilidad poder descansar en la obra completa de salvación de Jesús! Quiero decirles esto a todos los sacerdotes y a todo el que esté en un claustro: *“¡Arrepentíos, y creed en el evangelio!”*

Me resulta tan triste que los católicos romanos generalmente no conozcan la diferencia entre la verdad y las mentiras en relación con las cosas espirituales. Las mentiras han adquirido una posición establecida en la mente y el corazón de la gente. Esto se expresa en muchas doctrinas de Roma. Una mentira no se somete fácilmente. Lo experimento ahora que evangelizo puerta por puerta, cosa que hago con la congregación de los cristianos nacidos de nuevo de Munsterbilzen. La gente tiene una aversión profundamente arraigada hacia la verdad. La verdad de la Palabra encara a la gente pecadora y le muestra claramente lo miserable y perdida que está. Pero todo el mundo prefiere escuchar las sugerencias de su corazón, que la Biblia llama “engañoso y perverso”. *“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, ¿quién lo conocerá?”* (Jeremías 17:9).

### **Sacerdote en la iglesia de Roma**

Luego nos trasladamos al Centro para Estudiantes en Gijzegem, un pueblo entre Aalst y Dendermonde. Después de dos años de estudio de filosofía y cuatro de teología, fui ordenado sacerdote el 20 de febrero de 1966. Por supuesto, para mí fue un suceso muy importante, como podrán imaginarse. Era la coronación de mis estudios y de mi educación.

No podía haber un llamado más elevado. ¡Ser sacerdote en la iglesia de Roma! Habíamos sido elegidos para volver a realizar los sacrificios de Jesucristo en el presente. Nos habíamos convertido en dispensadores de la gracia de Dios, esa era mi convicción. Teníamos la ambiciosa pretensión de ser algún tipo de “hacedor de bendiciones”. ¡Cuánto me había alejado de las Escrituras! Es deshonar a Dios considerar que el perfecto y suficiente sacrificio



de Jesús se debilita por el “sacrificio de la misa” y no se reconoce la profundidad de su eterno poder de salvación. La carta a los Hebreos es muy clara en cuanto a esto.

Dediqué un año a la preparación para el Seminario Menor (una escuela media con opciones para la vida de claustro) de los Padres en Waregem. No me pareció el mejor lugar y se me pidió que fuera a Amberes para participar del trabajo parroquial con un equipo de sacerdotes. Mi asignación era para trabajar específicamente con jóvenes.

Después de un año tuve que dejar Amberes-Kiel porque mi orden me llamó para una designación similar, esta vez para iniciar una parroquia en Houthalen-East. Con otros tres padres formamos un equipo y trabajamos allí. Yo me preguntaba acerca de su posición y de su idealismo.

Sin embargo todo era fruto del poder humano, una construcción humana no fundada sobre la Roca sino sobre la arena. La Palabra de Dios no era la base de nuestra vida, con el resultado de que esta estructura hecha por nosotros mismos era muy débil y su caída fue muy grande, como dice la Biblia. ¡Cómo necesitamos buscar a Jesucristo y aceptar la Palabra de Dios como la base firme para nuestra vida!

### **Vida sin el Espíritu**

Bueno, diría que después de mis diez años de servicio sacerdotal, estaba espiritualmente exhausto. Ya no podía escapar al fracaso de mi servicio oficial en la Iglesia Católica Romana, sobre todo en los momentos en que me veía confrontado con las necesidades humanas fundamentales. A las personas verdaderamente enfermas no podía darles el consuelo de la Palabra de Dios. A las personas con sentimientos de culpa por pasos mal dados en su vida, no podía presentarles el perdón y la reconciliación que se encuentran en Jesucristo. Yo mismo necesitaba conocer a Dios y recibir el perdón de mis propios pecados. Como resultado de esta carencia fundamental, mi vida se había convertido en una montaña de basura espiritual.

Mi trabajo como sacerdote en la Iglesia Católica Romana se caracterizaba por la generosidad y por supuesto por el deseo de hacer lo mejor posible por la mayor cantidad de gente posible, y esto por mis propios medios. Pero esto no subsistió. La principal causa de ese fracaso fue la falta de conocimiento de Jesucristo y de las Escrituras. La gente se pregunta sorprendida cómo es posible que un sacerdote no conozca el Evangelio y carezca de un verdadero conocimiento de Cristo. Es sumamente humillante tener que admitir que así era efectivamente. Jesús, para nosotros los católicos, era por sobre todo un gran ejemplo, el ejemplo de una vida moral elevada, el ejemplo de una justicia social y económica. También era por eso que estaba implicado en la vida comunitaria y el trabajo social, tratando de ser como él y así lograr de alguna manera la salvación.

### **Nuevo nacimiento espiritual**

Pero Dios por su gracia me llevó al verdadero nuevo nacimiento espiritual en Cristo Jesús y me abrió la Palabra escrita de Dios. Esto tuvo consecuencias naturales, en realidad consecuencias penosas. A la luz de la verdad del Evangelio, he descubierto quién soy realmente, a saber, un ser absolutamente pecaminoso, incapaz de hacer el bien e inclinado hacia el mal. ¡No hay nada de bueno en mí! ¡Este es el testimonio de la Biblia! La Biblia misma me enseñó que estaba excluido de toda esperanza de salvación y destinado a la terrible destrucción, como lo escribe Pablo claramente en la carta a los Efesios. ¡Dios no podía encontrar nada bueno en mí! ¡Quién lo hubiera pensado después de diez diligentes años como

sacerdote en la iglesia de Roma? Sin embargo Pablo usa una palabra que describe el valor de toda esa diligencia, a saber, basura; no vale nada a los ojos de Dios. Pensaba que mis obras eran una base para estar frente a Dios y ser bien visto a sus ojos, pero por el contrario, fueron dañinas. *“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo”* (Romanos 7:18), exclama Pablo. Fuera de Jesucristo la salvación es imposible. Todos necesitamos ser tocados por la gracia de Dios. No hay otra forma.

La Biblia enseña que todos hemos pecado y no somos dignos de la gracia que es dada por medio de Cristo Jesús. Esto se convirtió en una certeza bíblica para mí. Por medio de la fe la gente se vuelve justa sin las obras de la ley. *“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús . . . Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley”* (Romanos 3:21-24, 28).

Quiero insistir firmemente que la Biblia no permite condiciones en este punto. No hay camino intermedio entre la verdad y la falsedad. ¡Es verdad o mentira! Hay una gran tentación a considerar a la gente piadosa y que asiste fielmente a los servicios, como justa. Dios ha roto en mí la enraizada pero perniciosa inclinación hacia la auto redención. ¡Eso está tan profundamente metido en el hombre! Nacemos con eso. No creo que haya un hombre que quiera vivir por la “sola gracia”. En secreto tenemos la esperanza que todavía haya algo bueno en nosotros. Somos demasiado orgullosos para admitir lo contrario. Pero la Biblia exhala un clima de gracia soberana. El pecador es justificado por gracia, por medio de la fe. Está totalmente excluida la cooperación de la gente. Me alegro de que Dios me haya revelado esta verdad, *“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”* (Juan 8:32).

*Toon Vanhuysse*

Belga de nacimiento, su ministerio en Bélgica actualmente es mediante una Iglesia Reformada. También trabajó con el ministerio “The Straight Street” de Velp, Holanda. Su dirección es:

*T. Vanhuysse  
Sint Niklaasstraat  
3745 Eigenbilzen  
Tel. N° 00-32894 18673  
Bélgica*

### **53. La gracia de Dios en Nueva Guinea**

*Reverendo Jacob Van der Velden*

Decidí ser sacerdote movido por una profunda convicción. Quería ir como misionero a las islas inexploradas de Papúa para llevarles el mensaje de Dios, el Evangelio de Jesucristo. Pensé que estaba bien preparado para enfrentar todas las dificultades que me esperaban allí. Con el lema “Voy porque debo”, fui a Nueva Guinea, una antigua colonia holandesa, sólo para descubrir luego de cinco años que aunque había comenzado con entusiasmo, mi misión se había convertido en un desastre. Me di cuenta de que mis compañeros de trabajo y otros me ignoraban completamente, como si yo no fuera otra cosa que aire. Mi carga se hizo muy pesada por eso. Desilusionado, enojado y herido, no quería orar más ni hablar con Dios. No había ninguna forma en absoluto en que pudiera evitar enfrentar mi fracaso. No quería tener nada más que ver con Dios. Era un verdadero fracasado.

#### **Aprendí sobre mi naturaleza pecadora**

Justo cuando mi crisis espiritual estaba en su punto más bajo, conocí un misionero reformado. No quería hablar con él en absoluto, pero aun así lo hice y descubrí que el hombre era un cristiano verdaderamente gozoso. Escuchó mi historia, y eso solo ya fue un consuelo y un estímulo para mí. El podía entender mi desilusión y mi ira. De mi conversación con él, se me hizo claro que yo había estado escuchándome a mí mismo y a mis propias convicciones insensatas. En mi vida nunca había escuchado la Palabra de Dios, ni orado a Dios ni confiado en Dios. Lentamente pero con seguridad comencé a ver qué siervo inútil era y sería mientras siguiera apoyándome en mis propias fuerzas, pero que también podía ser un instrumento útil en manos de Dios cuando dejara que El me guiara en todas las cosas. Era como si se me hubiera abierto un mundo nuevo. Aprendí de la Palabra de Dios, llegué a ver la grandeza de Dios y la profunda corrupción del hombre a causa del pecado.

Con frecuencia he visto que los artículos que describen discusiones con los sacerdotes católico romanos consideran su doctrina como bíblicamente sólida. En realidad no son bíblicas en absoluto; no lo pueden ser en cuanto a eso. Esa también era mi dificultad antes de que me convirtiera. En el curso de mi conversión con frecuencia me decían “Eso no es escritural, la Palabra de Dios dice otra cosa”. Después de cada discusión me volvía más y más inseguro, al ser dirigido a las Escrituras tenía que reconocer vez tras vez que lo que hablaba era realmente contrario a las Escrituras, que en efecto, no conocía la Palabra. La lucha por conocer la verdad fue dura. No quería admitir que estaba equivocado. Nada es más humillante que tener que reconocer que la propia opinión de Dios, la propia convicción, adquirida durante muchos años de estudio y experiencia considerada inmune al desafío, una convicción por la que uno haría cualquier cosa—que todo eso no era otra cosa que opinión falsa y no escritural. Me hacía sentir como un fracasado, como alguien severamente mutilado.

#### **“... Muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1)**

El Señor sabe cuánto me resistí a la doctrina de la total corrupción humana: la tendencia del hombre hacia todo mal, su incapacidad para hacer lo bueno—qué dura es esa doctrina. Hace que uno caiga del pedestal y se vuelva completamente desgraciado. Muy lentamente aprendí a ver que el hombre había caído de su pedestal siglos atrás cuando escogió el pecado y se volvió contra Dios. Por años yo, junto con muchos otros, tratamos desesperadamente de mantener erguido ese hombre caído. Luego hablamos del hombre herido que sigue luchando para mejorar al hombre enfermo, deseando hacerse justo a los ojos de Dios. Pensaba que al final Dios iba a recompensar aquellas buenas obras, o más bien que estaba obligado a

recompensarlas. Nos recompensaría con la salvación eterna. Las buenas obras de nuestras vidas meritorias hasta traerían salvación a otros. Contra la opinión Católica Romana sesgada de un “Dios bueno, lleno de amor” iba a conocerlo como al Señor que derrama su ira sobre el pecado y que con toda seguridad no puede dejar sin castigo al pecado. El Señor que se revela a sí mismo en el Antiguo Pacto es el mismo ayer, hoy y siempre.

### **Historias cómicas católicas**

Este era el fin de las historias cómicas acerca de los “grandes santos” que tenían puertas traseras secretas en el cielo para hacer pasar adentro “de contrabando” a fieles especiales. Significaba el fin de las historias acerca de pecadores listos que, mientras guiñaban un ojo maliciosamente a Pedro, el celoso guardián de la puerta del cielo, se escabullían adentro. Ahora era, según la Palabra de Dios, todo por fe. *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe”* (Efesios 2:8-9).

### **La abundante gracia de Dios**

Cuando Dios, en su infinita misericordia me hubo convencido, ya no tuve pretensiones. Cuando su luz me iluminó, comprendí la gravedad de las palabras de Pablo: *“¡Miserable de mí!”* Entonces pude comprender Romanos 3:9-20. Dios me presentó una figura completamente nítida y supe que era yo mismo. Pero (y debo agregar que esto fue a renglón seguido) grande fue mi gozo por la salvación en Cristo Jesús. Entonces pude saborear la riqueza y la profundidad de este pasaje de las Escrituras: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”* (Juan 3:16).

Pude pedir ayuda al trono del misericordioso Padre Celestial quien, en Cristo Jesús, me salvó, me hizo una nueva criatura por medio del nuevo nacimiento, me llenó y me renovó por medio del Espíritu Santo. Ahora puedo vivir una vida de agradecimiento a mi Dios y mi Señor. Aprendí a conocer y adorar al Dios que llama y elige. Llegué a comprender que uno está frente a Dios con las manos vacías, y a permitir que El solamente las llene. Y todo esto me ha permitido, por la gracia de Dios, por la que llegué a creer, seguir adelante por el poder de esa fe. Habiendo sido un fracasado desahuciado, inesperadamente se me permitió salir adelante. Dios me guió de manera maravillosa. Es en su gracia que ahora me jacto abiertamente, porque me tomó de la mano y ahora me gozo en su servicio.

Habiéndome convertido en su propiedad, recreado de acuerdo a su imagen, comencé a vivir en El con un corazón nuevo. Pude amar a Dios y a mi prójimo y guardar sus mandamientos. No solamente me sentí una nueva persona, realmente me convertí en una nueva criatura, renovada a su imagen por su Espíritu. La nueva criatura sólo quiere ser agradecida y alabarle a él, que ha visto nuestra miseria y nos ha hecho tan ricos.

Cuando oigo que de tanto en tanto un católico romano convertido ha regresado al seno de la “iglesia madre”, reflexiono en silencio en las muchas cosas que he recibido, al ser llamado y tomado en forma ineludible por el Señor. Tuve que escuchar muchas veces decir: “Qué cambio, qué gran transformación, ¡de sacerdote católico romano a ministro reformado!” Sin embargo no podía dar una respuesta satisfactoria a este comentario, ya que era un cambio, una transformación que yo no había provocado—¡más bien todo lo contrario! David podía seguir agradeciendo a Dios mientras cantaba: *“En mi angustia invoqué a Jehová, y clamé a mi Dios”* (Salmos 18:6). Mi insensatez era tal que no invoqué a Dios en aquel tiempo; no, ni

siquiera le pedí ayuda, pero El sencillamente tomó lo que quiso. Tomó y llevó al reticente donde sabía que estaría bien: en su iglesia, donde se predica sólidamente su Palabra, donde se administran fielmente sus sacramentos, y donde se mantiene su disciplina.

### **La actitud mental Católica Romana**

¿Cómo es eso posible? Pregúntenle al Señor, él es maravilloso en todos sus hechos. Pero cuando leo el comentario acerca de algún sacerdote “Dios con seguridad tendrá que recompensar su valiente acto de dejar la Iglesia Católica Romana”, entonces veo con gran tristeza que esa persona no ha entendido nada en absoluto de su propia miseria y de la intervención salvadora de Dios por la gracia sola. Esta persona sigue llevando la miserable mancha hereditaria romana: “Soy yo quien tiene que hacer esto; soy yo quien tiene que lograr algo y entonces el Señor estará obligado a recompensarme”. Sólo podemos orar por tal persona para que sea verdaderamente iluminada por el Señor, tomada definitivamente por su Palabra, y al mismo tiempo, escuche de la misericordia de Dios en nuestro Señor Jesucristo.

Cuando alguien escribe en contra de aquellos que quieren justificar la homosexualidad, es obvio que será criticado viciosamente. Lo señalarán como a aquel antiguo sacerdote que tenía tanta necesidad de casarse pero no se le permitía hacerlo, que cambió de religión y siguió manifestándose contra todo lo relacionado con el catolicismo romano. Esas son las notas de quienes hablan en una longitud de onda completamente diferente. Están a tono con el mundo y no quieren reconocer que el hombre es concebido y nace en pecado. Tales personas primero deben ser convencidas de pecado por el Espíritu Santo (Juan 16:9), luego, por la gracia de Dios aceptar la salvación basada en el sacrificio completo de Cristo, por la sola fe.

### **El ecumenismo duele**

Sin embargo, me duele mucho más cuando los cristianos dan testimonio a los católicos romanos y al mismo tiempo aceptan la doctrina y la práctica romana. La tendencia a suavizar las doctrinas y prácticas pecaminosas Católica Romanas ¡debería ser otra advertencia para nosotros del falso movimiento ecuménico que causa gran daño a la obra del Señor!

Estoy agradecido de haber sido escogido para experimentar los ricos pensamientos que están claramente descritos en la Biblia, la Palabra escrita de Dios mismo. Por medio de su Palabra escrita, aprendemos a entender lo que hace a nuestra paz eterna. Es por medio de la sólida predicación de la Palabra por el Espíritu Santo que hasta los corazones más duros se ablandan: *“Te alabaré para siempre, porque lo has hecho. . .”* (Salmos 52:9).

Con frecuencia, cuando estaba en el campo misionero en Nueva Guinea, tenía que meditar sobre este pasaje de las Escrituras: “Así que la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). De la misma manera que he sido salvado por la sola gracia de Dios, la salvación ha llegado a otros aquí. Paganos que no tenían el menor deseo de justicia se han vuelto justos en Jesucristo. El Señor nos ha enviado a hacer a los paganos sus discípulos por la predicación de su Palabra.

### **La luz brilla en la oscuridad**

Dios en su amor y misericordia y estando lleno de perdón vino a mi vida y ocurrió un milagro. Un sacerdote católico romano a fines de sus cincuenta años jamás hubiera iniciado naturalmente una conversación con un misionero reformado, ¡el sacerdote que yo era con seguridad no lo hubiera hecho! Nunca antes había visto un misionero reformado, nunca había

hablado con alguno, y aun así de alguna manera lo hice. Una mano invisible intervino. Al comienzo me resistí, pero cuando el misionero reformado me invitó a sentarme a su lado a la orilla del río, el Espíritu de Dios estaba obrando. En esa primera conversación (y en muchas otras que siguieron), encontramos juntos el rostro de Dios, y éramos unas de las personas más gozosas de la tierra. Su gracia había salido victoriosa. Mis ojos se abrieron a la Luz que brillaba en la oscuridad y encontré la Verdad de las Escrituras. Por medio de esta verdad, pasé de ser sacerdote a ser salvo, de ser misionero a ser ministro, del ocupado hombre “hágalo usted mismo” a un siervo que aprendió a pedir a Dios obediencia a su Palabra. Desde que comprendí que la salvación es por gracia sola (Efesios 2:8-9), soy una persona diferente que vive por la gracia de Dios en Cristo, un testimonio de que Jesucristo es el único Salvador. Cuando miro atrás en mi vida, no puedo hacer otra cosa que regocijarme como un hombre feliz y agradecido. Quisiera que todo el mundo sepa, queridos amigos, que no me gané esto, sino que Dios fue misericordioso, e inesperadamente me salvó sólo por su libre gracia.

Que el Señor los llame en su gracia para que conozcan a Cristo y el poder de su resurrección (Filipenses 3:10). ¡A Dios solamente sea la gloria!

*Jacob Van der Velden*

Jacob Van del Velden era un holandés salvado por gracia en Nueva Guinea. Desde su conversión estuvo pastoreando una Iglesia Reformada en Holanda. Actualmente está con el Señor, habiendo pasado a su presencia el 24 de enero de 1997.

## **56. Fuera del Infierno y del Purgatorio**

*Peter Alphonsus Sequin*

Nací en Rigand County en la provincia de Vaudreuil, Quebec, Canadá. Era el noveno de diez niños; ocho varones y dos niñas. Mis padres eran católicos romanos extremadamente devotos. Eran gente buena, correcta, sobria, trabajadora que hicieron lo mejor para criar a sus hijos para Dios y la patria, pero ¡ay! qué ignorantes eran. Todo cuanto sabían era contar el rosario, ir a confesarse, asistir a misa y cumplir con la voluntad y los mandatos de sus sacerdotes.

### **Crianza francesa y católica**

No culpo a las personas católicas romanas sino al sistema Católico Romano y a los hombres que lo gobiernan. Al día siguiente de mi nacimiento me llevaron a la iglesia local para ser bautizado. A los siete años fui forzado a ir a confesar mis pecados al sacerdote. El sacerdote me hizo preguntas tan obscenas que no puedo ponerlas por escrito. Luego tuve mi primera comunión y fui debidamente confirmado por el obispo de Montreal.

### **Se me ordena hacerme sacerdote**

Después de alrededor de diez años en el Colegio Bourget, el canónigo Charles Edouard, entonces consejero del viejo obispo Bourget, me dijo que yo estaba llamado por Dios y por él para ser sacerdote. Decidí obedecer a mi superior y me encaminé al seminario mayor de Montreal donde permanecí cuatro largos años desde 1862 hasta 1866. Durante ese tiempo no tuve ningún contacto con el mundo real. Día tras día estudiaba las teologías de Liguri y Perrone. Era muy exigente en mis estudios y muy responsable con mis obligaciones en el seminario. Luego, el 22 de diciembre de 1866, rodeado de sesenta sacerdotes, fui ordenado sacerdote por el obispo Bourget.

### **Escribo al Papa**

Después de catorce años como sacerdote, había visto muchas cosas que me perturbaban. Al final me sentí tan preocupado por el pecado y la debilidad que veía en las parroquias de Montreal, Nueva Brunswick, Massachusetts, Nueva York y Minnesota, que reuní un documento de 150 páginas que envié al papa León XIII. En el mismo le informaba lo verdaderamente enfermos que estaban sus representantes en el continente americano.

### **Buscando la paz que sobrepasa todo entendimiento**

Finalmente salí de la Iglesia Católica Romana. Fue durante una visita de una semana que hice a Detroit, Michigan. Aunque todavía no era salvo, hablé contra el romanismo por primera vez en una iglesia Bautista francesa. Mi sermón trataba sobre el nuevo dogma de 1870 en relación a la infalibilidad papal. Por esta época también supe de Charles Chiniquy, un ex sacerdote, que había sido usado por Dios para llevar a Cristo muchas almas perdidas de la Iglesia Católica Romana. Supe que Charles Chiniquy tenía un hogar para sacerdotes que, como yo, estaban comenzando a ver la luz y cuyos hombros ya no podían soportar el yugo del papa de Roma.

Escribí a Charles Chiniquy pidiéndole la hospitalidad de su hogar y la riqueza de su experiencia para manejar las perplejidades que estaba enfrentando. Su respuesta fue: “Ven aquí mi querido hermano Sequin, yo voy a cuidar de ti”. Lo hizo, y con toda nobleza como corresponde siempre a un verdadero ministro de Cristo. Me encontré allí con otros dos sacerdotes que, como yo, estaban buscando aquella paz que sobrepasa todo entendimiento.

### **La Gracia de Dios viene a mí**

Cuánto oró el viejo Chiniquy para que Dios pusiera en mi corazón la convicción de que era un hombre perdido a menos que me arrepintiera y me entregara a Aquel que había venido a salvar a los perdidos. Un día después del almuerzo leímos como de costumbre un capítulo de la Biblia y luego oró. Por primera vez en mi vida pude ver cómo mis pecados me hacían feo y sucio a la vista de Dios. De rodillas y con lágrimas en los ojos clamé a Dios: “¿qué debo hacer?”

El resto de la tarde supliqué a Dios de rodillas, en nombre de su querido Hijo, que me mostrara la manera de llegar a El. Abrí mi Nuevo Testamento y leí: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”* (Efesios 2:8-9). Repentinamente vi que la salvación era un regalo de Dios, y miré al Señor Jesucristo, y Dios me salvó.

### **Cristo, la Perla de gran precio**

En ese solemne momento de mi conversión a Dios, cuando hubo pasado la nube, y el sol brillaba sobre mí, derramé muchas lágrimas, pero como la mujer del Evangelio, no de amargura sino de gozo. Corrí y le conté a mi amigo Chiniquy y, llamando a amigos y vecinos, les dije: “Alégrense conmigo porque hoy he encontrado la paz, la gema, la perla que había perdido; he hallado el regalo”. Hubo gozo en toda la casa. *“También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró”* (Mateo 13:45-46). La salvación está solamente en Cristo.



## **58. El obispo que encontró en Cristo la verdadera respuesta**

*Charles Mzrena*

Nací de padres católicos romanos en Austria; mi vida comenzó en una granja. Mi juventud comenzó a modelarse con un destino específico y un ansia puesta por Dios de saber qué había más adelante. Sabía que había algo más que este cuerpo en la vida. Sí, la eternidad estaba por delante, pero ¿cómo lograrla y dónde la pasaría? Quería conocer a Dios, pero no sabía como abordarlo.

De manera que inicié mi búsqueda de Dios. Después de la enseñanza media inicié los estudios para el sacerdocio en Suiza, luego vinieron varios años de servicio en una capilla, seguidos de estudios en leyes y de la enseñanza de historia y religión ya como sacerdote. Entonces la segunda guerra mundial trastocó todas nuestras vidas.

### **Dios revela su misericordia**

A fines de un otoño, fui movilizado al frente ruso. Estábamos ubicados en el interior de una cueva en la ladera de un montaña. Repentinamente, ambos ejércitos iniciaron un fuerte bombardeo de granadas, y sin advertencia quedamos enterrados vivos. Esta situación siguió durante ocho días. Estaba desesperado, hambriento, sediento, sin embargo de alguna manera creí hasta el final que Dios me liberaría. Mi fe creció hasta que me pareció que podría mover una montaña. Entonces alguien nos localizó y solamente un muchacho cristiano y yo estábamos vivos entre 130 hombres. Dios había tenido misericordia de mí.

Después de la guerra, tres bandidos desesperados me pusieron a las puertas de la muerte, en el intento de vender mi ropa al precio de mi vida. Cuando uno de ellos se me acercó con su cuchillo asesino yo exclamé: “Mi señor y mi Dios”. Repentinamente se detuvo, arrojó su cuchillo y dijo: “He matado a muchos hombres, pero no puedo matar a este hombre”. Nuevamente experimentaba la misericordia de Dios.

### **Perdido en los Estados Unidos**

Tiempo después me enviaron como sacerdote a los Estados Unidos. Con Norteamérica llegó el éxito, y una elección y consagración como obispo de la Iglesia Católica Romana por el arzobispo William Francis y el obispo Marsette. Años de prosperidad y escalada social y religiosa llenaron mi cabeza de conocimiento, experiencia y orgullo. Pero también vaciaron mi alma. No estaba avanzando, sino retrocediendo. No subiendo, sino bajando. Finalmente prevaleció mi buen juicio, y se volvió a despertar mi deseo de buscar a Cristo y su camino. Me había desilusionado la corrupción religiosa, los falsos hermanos me desanimaban, pero Dios me ayudó.

Renuncié al oficio de obispo. Perdí toda mi propiedad. Mi casa fue saqueada y fui despojado de todas mis posesiones. Se me perseguía injusta y encarnizadamente.

Entonces tuve una enfermedad casi fatal, y una vez más mi alma se vio enfrentada a la eternidad.

### **“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio”**

Era cristiano solamente de nombre. Muchas veces había leído y releído las palabras del Señor a Nicodemo: “*Os es necesario nacer de nuevo*”, pero no comprendía su significado. En una oportunidad pensé que había nacido de nuevo, pero no fue así en realidad. No era una

realidad porque seguía viviendo como un hombre del mundo. No tenía el Espíritu de Cristo morando en mí. Conocía la verdad con lo mejor de mi entendimiento, pero no tenía plena seguridad de ella. Entendía algo sobre la fe, pero no era una fe salvadora. Podía enseñar a otros, pero era incapaz de obedecer mis propias instrucciones.

Fue en abril que llegué a estar mortalmente enfermo. Me diagnosticaron cáncer, y avisaron a mi familia que esperaran mi muerte antes de los noventa días. Al escuchar las noticias de mi condición fatal, decidí poner todo el asunto en las manos del Señor. Tenía que ser ahora o nunca.

Un día estaba leyendo el Salmo 51 y orando a Dios en silencio. De alguna manera miré al Calvario y vi a Cristo muriendo por mis muchos pecados. El Espíritu Santo se movió sobre mí. Confesé mis pecados a Dios en profundo arrepentimiento, confiando en Jesús como mi Salvador personal. Entonces me rodeó un gran silencio, y sentí un inmenso poder desde arriba. Ese poder era Cristo. Nací verdaderamente del Espíritu Santo. Mi vieja naturaleza fue cambiada, y me convertí en un nuevo hombre. Dios, en su gran amor, hizo más todavía, y fui milagrosamente sanado. Mi búsqueda había llegado a su fin, mi sed había sido calmada, mi destino sellado. Era del Señor y El era mío.

Qué maravilla conocer su paz y su presencia, caminar con él y saber que está guiando mi vida. Sí, muchos años perdidos, pero ahora sólo me espera la gloria.

Entregue su corazón a este maravilloso Salvador y reciba la promesa de su Palabra: *“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”* (Juan 1:12)